

AGUSTÍN CUEVA
ENTRE LA IRA Y LA ESPERANZA
Y OTROS ENSAYOS DE CRÍTICA
LATINOAMERICANA

ALEJANDRO MOREANO
(antología y presentación)



CLACSO



siglo veintiuno
editores

Sociología
y
política

Colección Antologías del Pensamiento Social
Latinoamericano y Caribeño

Director de la colección
Pablo Gentili

Coordinadora académica
Fernanda Saforcada

Coordinador editorial
Lucas Sablich

Diseño de la colección
Marcelo Giardino

Entre la ira y la esperanza
y otros ensayos de crítica latinoamericana

Agustín Cueva

Antología y presentación
Alejandro Moreano



siglo xxi editores, méxico

CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina

GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial

LEPANT 241-243, 08013 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

F1414

C84

2015

Cueva, Agustín, 1937-1992

Entre la ira y la esperanza : y otros ensayos de crítica latinoamericana /
Agustín Cuevas ; antología y presentación, Alejandro Moreano. —
México, D. F. : Siglo XXI Editores ; Buenos Aires : CLACSO, 2015.

268 p. (Sociología y política)

ISBN-13: 978-607-03-0676-1

I. América Latina – Política y gobierno – Siglo XX. 2. América
Latina – Condiciones sociales – Siglo XX. I. Moreano, Alejandro,
prologuista. II. t. III. Ser

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

Primera edición, 2015

© Siglo XXI Editores, S.A. de C.V.

© Agustín Cueva

isbn 978-607-03-0676-1

en coedición con

© CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-

Conselho Latino-Americano de Ciências Sociais

Av. Callao 875, piso 5° C1023AAB Ciudad de Buenos Aires-Argentina

Tel.: (54-11) 4811-6588 Fax: (54-11) 4812-8459

www.clacso.org; clacso@clacso.edu.ar

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ÍNDICE

Agustín Cueva hoy	9
<i>Por Alejandro Moreano</i>	

ANTOLOGÍA DE AGUSTÍN CUEVA

Literatura, arte y sociedad en el Ecuador (1967)	29
El velasquismo: ensayo de interpretación (1972)	49
Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia (1974)	83
Posfacio. Los años ochenta: una crisis de alta intensidad (1977-1994)	117
En pos de la historicidad perdida. Contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador (1986)	153
El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales (1987)	177
El análisis “posmarxista” del Estado latinoamericano (1988).....	201

La espiral del subdesarrollo en las estructuras simbólicas de <i>El coronel no tiene quien le escriba</i> y <i>Cien años de soledad</i> (1989)	223
Bibliografía comentada de Agustín Cueva	263

AGUSTÍN CUEVA HOY

*Alejandro Moreano*¹

A fines de los años sesenta, Agustín Cueva sorprendió a todos con una pequeña obra de teatro sobre fray Gaspar de Villarroel. El conflicto que Agustín indagaba era el del intelectual de un país colonizado. A su llegada a España, Villarroel pretendía en vano que lo consideraran un escritor español en el exilio y no un americano. En esa imagen, Agustín realizaba una mordaz caricatura de los intelectuales ecuatorianos que intentan pensar en inglés.

Agustín era el intelectual opuesto a fray Gaspar de Villarroel. Ciertas vidas se corresponden tan profundamente con su épo-

¹ Escritor, novelista y ensayista ecuatoriano. Su novela *El devastado jardín del paraíso* fue Premio Único de la Primera Bienal de Novela, 1990. Ha escrito numerosos ensayos sociales, políticos y literarios. Fue jurado en el Concurso Casa de las Américas 1983. Su tesis de doctorado en la Universidad Pablo de Olavide de España, "Historia de la narrativa y narrativa de la historia", es una indagación sobre el conjunto del campo cultural del Ecuador en el siglo XX. Ha sido director de la Escuela de Sociología de la Universidad Central, docente de la Universidad Central, de la Universidad Católica y de la Universidad Andina Simón Bolívar (UASB), en el área de Letras y Estudios Culturales. *El apocalipsis perpetuo*, de 2002-2003, fue elegido entre los cinco textos señalados para las últimas deliberaciones del jurado del XXX Premio Anagrama de Ensayo, y recibió el Premio Isabel Tobar Guarderas del Municipio de Quito, en 2002. En 2003 recibió el Premio Nacional de Ciencias Sociales Pío Jaramillo Alvarado.

ca, que en ellas ciclos vitales e históricos son idénticos. La vida intelectual de Agustín fue una sola con la época que nació con la Revolución Cubana y culminó con el desmoronamiento de la URSS y del Este europeo. El desarrollo de su pensamiento, sus mutaciones y desplazamientos, estuvieron marcados por las fases y virajes de los procesos sociales y políticos del Ecuador, de América Latina y del mundo.

HISTORIA Y LITERATURA

En la primera fase, Agustín vivió un doble tránsito: del ensayo literario y social a la investigación sociológica; de una formación clásica —Max Weber, Durkheim— al marxismo. Las obras fundamentales de Cueva en esa fase fueron *Entre la ira y la esperanza* y *El proceso de dominación política en el Ecuador*, que incluía un imaginativo análisis de Velasco Ibarra.

Eran los tiempos en los que el desarrollismo —desde las tesis de la CEPAL a las del dualismo estructural— había entrado en crisis y emergían las formas libertarias del pensamiento revolucionario —Mao Tse-tung y el tío Ho, Fanon, el Che—, espacio social e histórico análogo a aquel en el que se formó el joven Marx.

El pensamiento de Cueva se movió en el seno de ese proceso complejo y conflictivo. En los contenidos teóricos y políticos, y también en la forma: en el paso, tenso y conflictivo, del ensayo al discurso sociológico.

Con relación a la forma y a los criterios de validez del discurso, el desarrollo de Agustín Cueva fue diferente del de otros científicos sociales latinoamericanos que provenían de una formación académica —economistas y sociólogos y de los organismos internacionales—.

Si bien era sociólogo, Agustín Cueva tenía una valiosa formación literaria, y durante buena parte de los años sesenta desarrolló su actividad intelectual en relación con los movimientos literarios y políticos del Ecuador, en particular con el *tzantzismo*. Es decir, no en la relación de la sociológica con el proceso político sino en la existente entre literatura y política.

Su primer libro, *Entre la ira y la esperanza*, de 1967, expresa ese nexo y, a la vez y sobre todo, la vida cultural dominante de la época. Allí, todos los conflictos señalados encuentran una rica resolución.

A partir de una concepción de campo intelectual —la relación de fuerza entre distintas formas estéticas y géneros literarios y la hegemonía de uno de ellos— y de una sociología literaria que encuentra las determinaciones sociales en la forma estética y no en los contenidos, Cueva realizó una lúcida interpretación de la historia cultural del Ecuador desde la Conquista hasta los años sesenta. Para Cueva, el hecho colonial, que bloqueó la formación de una dinámica relación entre el habla social y la lengua de la cultura, condicionó la producción intelectual y artístico-literaria del Ecuador hasta las primeras décadas del siglo XX, impidiendo la formación de una auténtica cultura nacional. Sólo a partir de la generación de los años treinta —mediante la literatura y la pintura sociales— se habría abierto la posibilidad de esa creación cultural. El análisis de los géneros literarios de la Colonia —predominio del sermón religioso y de la poesía de signo culterano— y el de la dialéctica de lengua y habla en la formación del lenguaje literario son dos de las mayores aportaciones de Cueva a la comprensión de la dimensión cultural del Ecuador.

En relación con la forma, *Entre la ira y la esperanza* es uno de los mejores libros de Agustín Cueva. Si bien se estructura sobre la forma analítico-expositiva del discurso sociológico —cuyo fundamento es la objetividad del análisis de los procesos sociales—, el texto es una apasionada crítica del poder y de las formas culturales de la dominación, tanto colonial como interna, una poderosa requisitoria sobre el vacío cultural del poder y de las clases dominantes.

La complejidad del contenido se expresa en la complejidad de la forma: el discurso aséptico de la sociología es finalmente dominado y vencido por la literatura. Si bien el afán expositivo y la legitimación por la vía de la objetividad están presentes, la capacidad crítica crea una atmósfera de pasión y de enorme fuerza expresiva. Imágenes fuertes, metáforas, símiles y paradojas, y

una punzante ironía, tejen un lenguaje literario de gran riqueza. Agustín Cueva se mantiene en la gran tradición de los ensayistas latinoamericanos y ecuatorianos. Y a la vez, abre el espacio para la reflexión de las ciencias sociales en la vertiente de un análisis crítico del poder y sus formas.

En este texto, Agustín Cueva logra la armonía y la síntesis de las formas literarias del viejo ensayo, la científicidad del discurso de las ciencias sociales y el sentido crítico del pensamiento político de la época, y lo hace entre la escritura, la creatividad personal del ensayo, el rigor de las ciencias sociales y la pasión del discurso político.

Éste fue un momento singular del discurso social en el Ecuador. Posteriormente, y en tanto los movimientos revolucionarios fueron derrotados —primero, en la fase democrática libertaria, la guerrilla del Che; luego, en la formación del proyecto socialista del proletariado, la revolución chilena—,² se abrió la brecha entre el ensayo y el discurso de las ciencias sociales que cribó toda dimensión literaria y personal en aras de un discurso neutro y aséptico, una suerte de grado cero de la escritura.

El proceso de dominación política, su segundo libro, de 1972, contiene dos partes. En la primera, Cueva esbozó un panorama de la historia política del Ecuador del siglo XX. En la segunda, luego de una interpretación sociológica e histórica del velasquismo, Cueva realizó un agudo y novedoso análisis de la figura mítico-simbólica de Velasco Ibarra.

En *El proceso de dominación política*, Agustín Cueva se adentró cada vez más en el terreno de las ciencias sociales a partir de su propia evolución. Su educación sociológica inicial se inscribió más bien en una línea clásica —Durkheim, Weber—, y su posición política, en la izquierda y en el marxismo. Su desarrollo intelectual, del cual esta obra es una de las primeras manifestaciones, fue un proceso de continua formación y elaboración de un marxismo de raíces más sociológicas y políticas que económicas y filosóficas.

² Y no se produjo la síntesis del joven y el viejo Marx, de las tendencias democrático-revolucionarias y del pensamiento comunista.

Por otra parte, esa formación clásica empató con el marxismo de ciertas formaciones de la izquierda latinoamericana. Así, las tesis del dualismo estructural para definir a las economías y sociedades latinoamericanas, que provenían de la sociología clásica, se transfiguraron en las tesis de los partidos comunistas de América Latina, que caracterizaban a los países latinoamericanos bajo la conceptualización de economías y sociedades semifeudales y semicoloniales. A la vez, la metodología weberiana, utilizada para el análisis del “carisma” de Velasco Ibarra, se inscribió en un análisis de los procesos de dominación política del Ecuador a partir de las determinaciones estructurales y de la lucha de clases. El producto fue un texto que abrió nuevos paradigmas a la comprensión del Ecuador contemporáneo.

Ecuador, subdesarrollo y dependencia, de Fernando Velasco,³ *Ecuador, pasado y presente* —del cual fue coautor—, y *El proceso de dominación política* fueron los textos fundadores del moderno pensamiento social ecuatoriano.

EL DEBATE SOBRE AMÉRICA LATINA

La segunda fase de su pensamiento expresó el ascenso y la derrota de los grandes movimientos populares de los países del Cono Sur articulados en torno al proletariado, que estuvieron a punto de gestar revoluciones sociales clásicas: el Chile de la Unidad Popular, el Uruguay del Frente Amplio y los Tupamaros, la Argentina de la izquierda peronista y del ERP.

Dichos procesos crearon el horizonte de visibilidad social para la emergencia del marxismo, que se volvió dominante no sólo en los espacios políticos y sociales sino en la vida académica. Durante este período, el pensamiento de Cueva se orientó en dos direcciones: la reflexión sobre esos procesos y los esfuerzos

³ Fernando Velasco, *Ecuador: subdesarrollo y dependencia*, Quito, Federación Nacional de Organizaciones Campesino-Indígenas, FENOCCI-CDS-Corporación Editora Nacional, 1990.

por fundar una visión marxista de América Latina.⁴ *Crítica a la teoría de la dependencia* y *El desarrollo del capitalismo en América Latina* fueron sus obras fundamentales.

En esta segunda fase, realizó una aguda crítica de la teoría de la dependencia⁵ a partir de la teoría de los modos de producción y las formaciones sociales. Ésa fue una de las dos grandes polémicas⁶ de la vida de Agustín Cueva.⁷

La crítica de Agustín Cueva se dirigía a lo que consideraba la ambigüedad de la teoría de la dependencia, que se movía entre el marxismo y el desarrollismo, y a la relación mecánica, no dialéctica, que se habría establecido entre el capitalismo, el mercado mundial y la dinámica interna de nuestras sociedades. Cueva concentró sus fuegos en la vertiente desarrollista —Cardoso y Faletto, Sunkel— y, sobre todo, en el flanco más débil del ala marxista —André Gunder Frank y ciertas tesis de Theotonio dos Santos—. Al cabo de los años, es evidente que las tesis más avanzadas de la teoría de la dependencia⁸ han mostrado su sorprendente validez.

⁴ Según Luis Verdesoto, aquí se consuma el desplazamiento del objeto de la reflexión de Cueva: de la nación a América Latina. Estableciendo un parangón entre Agustín Cueva y René Zavaleta, Verdesoto convoca a pensar las determinaciones de esa diferencia en torno a la rica vitalidad nacional de la historia boliviana y la débil tradición nacional del Ecuador.

⁵ Ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de Sociología, San José, 1974.

⁶ Los hitos de esa polémica fueron, además de la ponencia de Agustín Cueva, un texto de Vania Bambirra y una contrarréplica de Cueva. Véanse Vania Bambirra, *Teoría de la dependencia: una anticrítica*, México, Era, 1978; y Agustín Cueva, *Vigencia de la anticrítica o necesidad de la autocrítica*, México, Línea Crítica, 1979.

⁷ La otra polémica fue la que mantuvo durante los ochenta contra el discurso oficial de las ciencias sociales y los “gramscianos” latinoamericanos.

⁸ La relación entre explotación imperial y de clase en *La dialéctica de la dependencia*, de Ruy Mauro Marini, el mayor texto de todos; en *La estructura del sistema capitalista mundial*, de Aníbal Quijano; en *El nuevo carácter de la dependencia*, de Theotonio dos Santos. De hecho, algunas de las fuentes intelectuales de la teoría de la dependencia, el pensamiento de Samir Amin y el de Immanuel Wallerstein, han cobrado gran actualidad.

Agustín Cueva lo reconoció en varias ocasiones,⁹ y Ruy Mauro Marini —cuyo texto *Dialéctica de la dependencia* es sin duda el mayor esfuerzo teórico de interpretación de América Latina— aceptó los aportes de Cueva al debate.

La intervención de Cueva se inscribió en el desplazamiento epistemológico de la teoría de la dependencia a la teoría de los modos de producción y las formaciones económico-sociales que las tesis althusserianas y de los comunistas italianos —Della Volpe, Luporini— habían gestado en el pensamiento social latinoamericano.¹⁰

La crítica de Agustín Cueva comportaba un compromiso intelectual: realizar una interpretación de América Latina en la nueva perspectiva teórica propuesta. *El desarrollo del capitalismo en América Latina*,¹¹ de 1977, fue esa respuesta.

El subtítulo de la obra nos da la clave de su sentido: *Ensayo de interpretación histórica*. No se trata de un texto teórico —a la manera de la *Dialéctica de la dependencia* de Ruy Mauro Marini— sino histórico, y ofrece una visión panorámica de la historia latinoamericana desde la Independencia, pretendiendo en todo momento partir de las contradicciones internas de las sociedades latinoamericanas —sin desconocer, por supuesto, el peso del imperialismo sobre las mismas— para explicar su desarrollo, diferencias, mutaciones y crisis.

El desarrollo del capitalismo en América Latina es, además, la obra de Cueva de mayor éxito (obtuvo el Premio Ensayo Siglo XX) y la de más difusión (18 ediciones en español, traducciones al holandés, japonés y portugués).

En cuanto a la forma, los textos mantuvieron las dotes de escritor de Agustín Cueva. Sin embargo, la rica y diversa relación entre literatura, teoría social y discurso político que gobernó la

⁹ Agustín Cueva, *Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica*, Quito, Planeta, 1988, pp. 53-54.

¹⁰ Intelectuales ligados al Partido Comunista mexicano, como Enrique Semo, las habían asumido con mucha fuerza.

¹¹ Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1977.

escritura de *Entre la ira y la esperanza* dio paso a una tensa relación entre ciencia social y política. Los criterios de validez del discurso se modificaron. La literatura fue la primera en abandonar la escena. Luego, la política, con una tenue nostalgia. Con su extrema lucidez, Cueva condenó la pretensión de muchos científicistas sociales de la época —Dos Santos, Marini y otros— de criticar, orientar o, peor aún, dirigir a los partidos y fuerzas de izquierda. Al final del texto, Agustín Cueva se sitúa entre los sociólogos que reconocen su incapacidad para dirigir procesos políticos —tarea de los partidos revolucionarios—, pues sólo pueden analizarlos a posteriori. Tanto la *Crítica a la teoría de la dependencia* como *El desarrollo del capitalismo en América Latina* fueron escritos años después del derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular y la instauración de la monstruosa dictadura militar de Pinochet.

Éste fue el momento culminante del matrimonio entre las ciencias sociales, el pensamiento crítico y una posición política de izquierda. Agustín Cueva fue uno de sus exponentes más importantes.

EN DEFENSA DEL MARXISMO

Luis Verdesoto señala la diferencia entre Agustín Cueva y René Zavaleta, uno de los grandes pensadores y sociólogos bolivianos de la época, en torno al ámbito de la categoría matriz de su pensamiento: en Zavaleta fue la nación, Bolivia, y en Cueva, Latinoamérica.¹² La explicación habría que buscarla en la acumulación histórica de cada país: en Bolivia, la Revolución del 52 fortaleció el imaginario de la nación; en el Ecuador, en cambio, tal imaginario nunca llegó a cuajar plenamente, dada la debilidad de la Revolución del 44.

Cueva inició su labor intelectual con trabajos teóricos y de investigación sobre el Ecuador. Fue en su segunda fase que Lati-

¹² Luis Verdesoto, “Hacia una relectura de Agustín Cueva: ponencia general”, en *550 años, historia, actualidad, perspectiva*, Cuenca, Editorial Facultad de Filosofía, Letras y Educación de la Universidad de Cuenca, 1993.

noamérica devino en la categoría central de su pensamiento. Sin duda, la débil textura nacional del Ecuador y la debilidad de sus procesos políticos, e incluso hechos circunstanciales como la estadía de Agustín en Chile y México, país en el cual se estableció definitivamente, fueron algunas de las causas de ese cambio. Sin embargo, la explicación mayor habría que buscarla en el movimiento político y en el de las ideas, a las que Cueva era extremadamente sensible: los procesos políticos de la región —posteriores a la Revolución Cubana—, en particular la extrema condensación del período que se produjo en el Cono Sur, convirtieron a América Latina en la categoría privilegiada. La teoría de la dependencia fue su mayor expresión teórica.¹³

Paradoja de paradojas. Fue la teoría de los “modos de producción y las formaciones sociales”, que fundara los textos de Agustín Cueva sobre América Latina, la que, junto a otras determinaciones teóricas, provocó un resultado epistemológico inesperado: el fin de la hegemonía de la categoría de América Latina en las ciencias sociales de la región y el despliegue de los estudios sociales sobre cada uno de los distintos países latinoamericanos. El desplazamiento del eje analítico del capitalismo y el mercado mundial a la dinámica interna de cada uno de nuestros países —una de las críticas de Cueva a la teoría de la dependencia— contribuyó a generar ese cambio de categorías.

Sin embargo, la riqueza de esta mutación no duró mucho tiempo. Progresivamente, las ciencias sociales fueron colonizadas por el pensamiento empirista y por concepciones teóricas y políticas funcionales al nuevo orden. Las categorías de “totalidad”, en el terreno metodológico, y de “revolución” o “cambio”, en el plano teórico-político, dejaron de organizar el pensamiento y las ciencias sociales. La década de los ochenta fue el período privilegiado de esa evolución.

La década perdida fue la época de los programas de ajuste, la derrota de los proyectos nacionales y la funcionalización de

¹³ Sus mejores exponentes, Marini y Dos Santos, confluyeron, junto con Cueva, en el Chile de la Unidad Popular.

las economías y los Estados latinoamericanos a los procesos de globalización de la economía y del poder. Esta dinámica produjo un significativo cambio social y político, la crisis de los viejos movimientos sociales, la informalización de la economía y la sociedad, el surgimiento de la “democracia” como sistema político y mecanismo de legitimación del nuevo poder.

En el terreno de las ciencias sociales se produjo un gran viraje: de la problemática de la revolución y de los sistemas de acumulación capitalista a la de la democracia y del sistema político; del marxismo —que fue derrotado en su esfuerzo por colocar la categoría de “crisis” en el centro del debate— a la sociología de Alain Touraine, en el mejor de los casos, o al funcionalismo. Una sui géneris utilización de Gramsci, gran pensador marxista y dirigente comunista italiano, facilitó ese tránsito. La sociología abandonó la “calle” —los escenarios sociales y políticos— y se replegó en los centros de investigación social y en los circuitos de la “financiación de proyectos”.

A la vez, el empirismo tomó la escena y provocó una continua fragmentación del objeto de estudio, proceso que de ninguna manera implicó una progresiva concreción de las investigaciones. El empirismo disuelve las estructuras en la fenoménica social y el conocimiento se convierte en la infinita descripción de la misma, mientras que, para la “sociología crítica”, lo concreto es síntesis de múltiples determinaciones.¹⁴

Pero no sólo existe una diferencia de los niveles en los que se localiza el objeto de la investigación, sino una diferencia aún mayor en la constitución del mismo. Para el empirismo casi no hay diferencia entre el objeto real y el objeto del conocimiento, que

¹⁴ Implica la comprensión de la totalidad, del sistema de contradicciones que constituye la unidad de la misma, y de las progresivas mediaciones a través de las cuales esas determinaciones se procesan en la autonomía de lo concreto. De allí que el método de análisis de los procesos vaya de lo abstracto a lo concreto. El método marxista va de los conceptos más abstractos, que captan las estructuras más profundas y generales —y que corresponden al ámbito de una época—, a los procesos sociales que suponen la concreción múltiple, y a través de innumerables estructuras. Así, por ejemplo, *modo de producción* es el concepto más abstracto y *formación económico-social* es el concepto concreto.

no es más que una descripción —una fotografía lo más exacta posible— del primero. La realidad habla, se conoce y reconoce a través de la descripción empirista. Para el marxismo y para todo discurso científico, en cambio, el objeto de conocimiento implica un proceso de construcción teórica y se diferencia radicalmente del objeto real.¹⁵ El empirismo terminó por liquidar los conceptos de “modo de producción” y “formación social” que habían animado la crítica a la teoría de la dependencia.

En esta fase, y frente a tal proceso, la reflexión de Agustín Cueva se orientó en tres direcciones:

1. La crítica del régimen democrático que se estableciera en la América Latina de los años ochenta y del pensamiento que lo legitimó, y cuya mayor expresión fue una suerte de variante socialdemócrata del pensamiento de Gramsci. El texto central de esta línea de pensamiento fue *Las democracias restringidas en América Latina*.¹⁶ A la vez, *Teoría social y procesos políticos de América Latina*,¹⁷ *Ideología y sociedad en América Latina*,¹⁸ y *América Latina en la frontera de los años noventa*.¹⁹

2. La (re)formulación de una sociología marxista, cuyo texto fundamental fue *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*.²⁰

¹⁵ Marx establece una clara distancia entre el objeto real y el objeto teórico, que no tienen ninguna correspondencia cara a cara, pues responden a procesos radicalmente distintos en su desarrollo interno, que se corresponden como totalidades: el proceso real y el proceso de pensamiento.

¹⁶ Agustín Cueva, *Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica*, Quito, Planeta, 1988.

¹⁷ Agustín Cueva, *Teoría social y procesos políticos de América Latina*, México, EDICOL, 1979.

¹⁸ Agustín Cueva, *Teoría social y procesos políticos de América Latina: ideología y sociedad en América Latina*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, Colección Temas Latinoamericanos, 1988.

¹⁹ Agustín Cueva, *América Latina en la frontera de los años noventa*, Quito, Planeta, 1989.

²⁰ Agustín Cueva, *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, Quito, Planeta, 1987.

3. Un retorno tanto al Ecuador como a la sociología de la literatura de su primera fase. Dos fueron los principales textos: *Lecturas y rupturas*²¹ y *Literatura y conciencia histórica en América Latina*.²²

En este período se mostró el temple intelectual y moral de Agustín. Aislado y aun cercado por la euforia de las nuevas corrientes sociológicas, a contracorriente del mercado de prestigio y de las finanzas de la investigación social, desarrolló el pensamiento crítico en las nuevas condiciones. Agustín realizó un cuestionamiento implacable del “gramscismo latinoamericano” y, a la vez, profundizó el análisis del carácter de “democracias restringidas” de nuestros países.

El texto central de esta línea de pensamiento fue *Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica*. En la primera parte, este trabajo realiza un análisis de las democracias forjadas en la América Latina de los años ochenta, luego de las crueles dictaduras de la década de los setenta, en especial las del Cono Sur. Se trata de democracias “restringidas”, diseñadas, según el autor, no para promover la participación política de la sociedad sino para el control de la misma, necesario para enfrentar la agudización de la crisis provocada por la deuda externa y los programas de ajuste estructural.

A la par, Cueva desestructura el pensamiento de las ciencias sociales oficiales de la América Latina de la época, que, luego de la fase radical y crítica de los años sesenta y setenta, contribuyeron a la legitimación del nuevo orden. El texto continúa con una discusión sobre la categoría de “populismo” y, en el capítulo final, cuestiona las tesis de Hernando de Soto sobre la llamada “informalidad”, uno de los fundamentos de la “nueva derecha”.

²¹ Agustín Cueva, *Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Planeta, 1986.

²² Agustín Cueva, *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Planeta, 1993.

El eje central del texto es el análisis de los regímenes democráticos que surgieron en América Latina luego de los fascismos militares del Cono Sur y de los regímenes de nacionalismo militar de los años setenta en algunos países del área andina. El análisis, sin embargo, no se hace directamente sino a través de la mediación de la crítica al pensamiento dominante en las ciencias sociales de aquel período.

La crítica central de Cueva se remite a la famosa tesis de la “democracia sin adjetivos” que los cientificistas sociales de la época convirtieron en blasón y que teóricamente suponía la existencia de una esfera estrictamente política desligada de la economía, la sociedad y la historia; una forma pura, sin contenidos. Los análisis concretos de las “democracias restringidas” le sirven para deconstruir la tesis. Al final, Cueva define la relación entre democracia y poder como el ámbito en el cual se puede comprender la verdadera significación de la democracia.

Muerte teórica del capital y del Estado:²³ en primer lugar, las ciencias sociales decretaron la extinción teórica del ogro filantrópico. Benjamín Arditi lo expresó de manera tajante:

En la medida en que estos efectos suponen la progresiva socialización de “la política” y la expansión de lo “político” sobre el territorio societal, el sentido del proceso en su conjunto prefigura, en el límite y en clave no economicista, *lo que Marx y Engels pensaron como la abolición-disolución de la forma Estado*, o cuando menos una cierta “des-formalización” de éste a través de la reabsorción de ámbitos de decisión dentro de la sociedad.²⁴

Se trata de una suerte de anarco-capitalismo. Gramsci fue la bisagra de ese “cambio de paradigmas”. Una específica lectura de su teoría, fundada en la modificación de sus conceptos de “socie-

²³ Véase Alejandro Moreano, *El apocalipsis perpetuo*, Quito, Planeta, 2002.

²⁴ Benjamín Arditi, “Expansividad de lo social, recodificación de lo político”, en F. Calderón (ed.), *Imágenes desconocidas: la modernidad en la encrucijada posmoderna*, Buenos Aires, CLACSO, 1988. En Arditi opera una elemental cosificación del Estado, reducido a la materialidad física de los aparatos de Estado.

dad política” y “sociedad civil”, jugaron un papel fundamental. Así, la consolidación de la sociedad civil, que en Gramsci equivale a una forma más desarrollada de la dominación de la burguesía —a un “momento” del Estado—, aquella que se funda no en la coerción sino en la hegemonía,²⁵ devino increíblemente su contrario: el fortalecimiento de la sociedad frente al Estado —reducido a la esfera de la sociedad política—, es decir, una variante del anarco-capitalismo: “más sociedad y menos Estado”.

Al escamoteo del Estado correspondió el del capital. La identificación de la categoría de “sociedad civil” con la de “sociedad” en general fue la estratagema teórica para disolver la categoría de “dominación” y (re)configurar la sociedad como el escenario de la igualdad jurídica y de las luchas particulares, el lugar de la competencia de individuos y grupos portadores de intereses privados.²⁶

²⁵ Véase Alejandro Moreano, “Hegemonía, sociedad civil, bloque histórico”, en *La “sociedad civil” en el Ecuador: esfera pública y esfera privada*, Quito, Proyecto Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas, 1990-1992, pp. 82-83. En Gramsci dichos conceptos formaban parte de una estrategia revolucionaria. En su sistema teórico-político, la hegemonía de la sociedad civil no es más que la transformación de la burguesía de clase dominante en dirigente, y de los fundamentos del poder y de su ejercicio: aparatos culturales y educativos en vez de aparatos represivos; dirección cultural en lugar de dominio político; consenso por coerción. A diferencia de la Rusia de principios del siglo XX, en la que la endeblez de su sociedad civil postulaba una estrategia de asalto directo a los aparatos de Estado, en la Europa occidental, la fortaleza de la sociedad civil burguesa obligaba a una estrategia de toma de la hegemonía en el seno de esa sociedad civil por parte del nuevo bloque histórico de la revolución social, dirigido por el nuevo príncipe, el partido intelectual orgánico del proletariado y las clases subalternas. Esa toma de la hegemonía, a través de una larga guerra de trincheras, comprendía la construcción de una nueva cultura, un nuevo proyecto ético-espiritual de toda la sociedad, fundado en la concepción del mundo de la nueva clase fundamental. Una larga guerra de trincheras que no liberaba a las fuerzas revolucionarias de la toma del poder en la sociedad política, toda vez que la burguesía se refugiaría en el aparato del Estado, una vez perdida su hegemonía en la sociedad civil.

²⁶ El discurso dominante excluyó los términos, en principio semánticamente inocuos, de *capital* y *capitalismo*. Incluso la crítica agrupada en los llamados *estudios culturales* lo hizo. Como afirma Žižek, esta crítica “está ofreciendo el último servicio al desarrollo irrestricto del capitalismo al participar activamente en el esfuerzo ideológico de hacer invisible la presencia de éste: en una típica ‘críti-

Pero ¿por qué Gramsci? La tergiversación socialdemócrata de Gramsci fue una exigencia del nuevo orden para cooptar a una intelectualidad que estaba “saliendo” del marxismo pero frente al cual tenía aún mucho respeto. Ésa fue la fase en la que Agustín Cueva abrió sus fuegos. Cumplida su función, Gramsci empezó a ser olvidado y el pensamiento de la democracia buscó otros fundamentos —Tocqueville, Weber, Touraine, Giddens— hasta que empezó a ser sustituido por un nuevo discurso que gobernaría las ciencias sociales en los años noventa, el de la gobernabilidad.

La (re)formulación de una sociología marxista, cuyo texto fundamental fue *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, fue una exigencia del combate político. La primera parte del texto realiza una amplia discusión sobre la problemática de las clases sociales, a partir de la “anatomía de la sociedad civil”. La intención política es manifiesta: la “sociedad civil” había sido la piedra de toque a partir de la cual el gramscismo latinoamericano había pretendido disolver las categorías de “capital”, “poder” y “clases sociales”. Cueva reconstruye la problemática fundamental de la sociología marxista. En esa misma perspectiva, Cueva analiza la categoría gramsciana de “hegemonía”,²⁷ otra de las piedras angulares de la versión socialdemócrata de Gramsci. Si bien reconoce la importancia de la categoría para diferenciar las formas de gobierno de la burguesía en los distintos países de la cadena imperialista —el centro y la periferia—, cuestiona dos problemas en la formulación gramsciana: la posibilidad de separar el momento de la hegemonía, como proceso cultural, del “proceso *estructurado* de reproducción social”,²⁸ y el olvido del carácter imperialista de ese Occidente, cuya peculiaridad, según Gramsci, es poseer una *robusta sociedad civil*. Y fueron precisa-

ca cultural’ posmoderna, la mínima mención de capitalismo, en tanto sistema mundial, tiende a despertar la acusación de ‘esencialismo’, ‘fundamentalismo’ y otros delitos”. Véase Slavoj Žižek “Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional”, en Eduardo Grüner (comp.), *Estudios culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires, Paidós, 1998, p. 176.

²⁷ Véase “El fetichismo de la hegemonía”, en Agustín Cueva, *Teoría social y procesos políticos de América Latina*, op. cit., pp. 149-163.

²⁸ *Ibid.*, p. 151.

mente esos dos problemas los que fundamentaron las tesis del gramscismo latinoamericano que combate Cueva.

Completan el texto discusiones con autores marxistas —Balibar, Bettelheim, Mandel, Gramsci, Lenin, Lukács, Sánchez Vázquez, Althusser, Poulantzas— sobre diversas problemáticas conflictivas y actuales del marxismo: enajenación, ciencia e ideología, relaciones de apropiación y propiedad. Y al final, un importante panorama del desarrollo del marxismo latinoamericano. Ésta es, sin duda, la obra teórica más importante de Cueva y uno de los textos más orgánicos de su última fase.

Agustín Cueva no perdió la relación con dos pasiones fundamentales, la literatura —la cultura— y el Ecuador de su primera fase, y las fundió en una sola: una sociología de la literatura y de la cultura ecuatorianas. De esa manera retornó a los temas de su primera obra, *Entre la ira y la esperanza*. Fiel a su interés por América Latina, extendió esa sociología a algunos aspectos importantes de la literatura y la cultura latinoamericanas. Dos fueron los textos centrales de esta línea.

En *Lecturas y rupturas*, los principales ensayos,²⁹ escritos entre 1967 y 1971, se mueven en el mismo ámbito categorial y simbólico de *Entre la ira y la esperanza*.³⁰ Sólo los dos últimos,³¹ posteriores a los años setenta, se organizan en torno a una sociología de la literatura claramente marxista, algunas de cuyas tesis son expuestas en el primer ensayo.³²

²⁹ Un panorama de la literatura ecuatoriana y estudios sobre Jorge Icaza, *A la costa*, José de la Cuadra, Arturo Montesinos, César Dávila Andrade y Pablo Palacio.

³⁰ El análisis de la narrativa de César Dávila Andrade, por ejemplo, en particular de sus *13 relatos*, se organiza en torno a la opción simbólica entre lo orgánico y lo inorgánico.

³¹ “En pos de la historicidad perdida (contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador)”, de 1978, y “Claves para la literatura ecuatoriana de hoy”, de 1985.

³² “El método materialista dialéctico aplicado a la periodización de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas”, de 1980.

Un magistral análisis de la narrativa de García Márquez³³ inicia *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, libro de Cueva publicado de manera póstuma por Erika Hannenkamp en 1993, a un año de su muerte, y que contiene además varias reflexiones sobre el colonialismo —viejo tema central de su sociología de la literatura—, un renovado panorama de la literatura ecuatoriana del siglo XX y una nueva intervención sobre el llamado “*affaire* de Pablo Palacio”.

En estas obras, Cueva transita de la visión de su primera obra a una metodología marxista, sin abandonar la riqueza del análisis simbólico. La “donación de forma” a un referente empírico determinado es el eje metodológico central del análisis que permite a Cueva reconstruir los imaginarios culturales de las distintas épocas históricas del Ecuador y de América Latina, e indagar por las ambigüedades y problemas de nuestro ser cultural.

AGUSTÍN CUEVA HOY

Agustín Cueva nació en Ibarra el 23 de septiembre de 1937. De 1955 a 1960 estudió en la Universidad Católica del Ecuador, donde obtuvo la licenciatura en Ciencias Públicas y Sociales. De 1960 a 1963 estudió en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, donde obtuvo el diploma de Estudios Superiores en Ciencias Sociales. Fue profesor y director de la Escuela de Sociología de Quito, Ecuador, entre 1967 y 1970, y profesor de Teoría Literaria en Concepción, Chile, entre 1970 y 1972. A partir de 1973 y hasta 1992 fue catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales e investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, de México. De 1980 a 1986 fue profesor de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM.

³³ Agustín Cueva, “La espiral del subdesarrollo en las estructuras simbólicas de *El coronel no tiene quien le escriba* y *Cien años de soledad*”, prólogo a la edición de las correspondientes obras de García Márquez en Biblioteca Ayacucho, vol. 148, Caracas, 1989. La parte sustancial del análisis de *Cien años de soledad* fue publicada en los años setenta en *La bufanda del sol*.

Murió en 1992, en el momento más intenso de la conmoción intelectual provocada por la caída de los regímenes del Este, época que hizo pensar a muchos en la muerte del marxismo y de todo pensamiento crítico, el “fin de la historia”.

A poco más de una década, el proyecto de la derecha que en la euforia del derrumbe de la URSS parecía eterno, ha perdido su impulso. El neoliberalismo está en decadencia y la izquierda experimenta un rápido proceso de reagrupamiento. Se ha iniciado, sin dudas, el viraje del péndulo de la historia: la resurrección de la crítica social, fundamento del resurgimiento de la crítica teórica y política.

En Europa y los Estados Unidos se habla del retorno de Marx, y en las grandes concentraciones del movimiento antiglobalización y de los foros de Porto Alegre, los grandes temas y categorías del pensamiento crítico han retornado con fuerza. Se trata, sin duda, de un nuevo pensamiento y de una nueva crítica teórica. Agustín Cueva, una de cuyas características fue la extrema sensibilidad para el curso de los tiempos, nos invita a pensar desde hoy y no desde el pasado.

Ecuador, 8 de octubre de 2007

ANTOLOGÍA DE AGUSTÍN CUEVA

LITERATURA, ARTE Y SOCIEDAD EN EL ECUADOR¹

UNA PRIMERA CONSTATACIÓN

Lo primero que llama la atención de quien revisa la historia de nuestra literatura es el desarrollo desigual, diacrónico, de los géneros literarios. No puede pasar inadvertido que hay un largo período en el cual la poesía predomina; algunos momentos en que el ensayo y el panfleto se imponen como formas de expresión preferidas; así como un instante “épico” y una edad de la narrativa.

El caso del teatro es muy especial. A pesar de que alguien haya llegado a recopilar, o por lo menos a contar, cosa de cuatrocientas obras escritas en el Ecuador, puede decirse que este terreno sigue siendo virgen. En definitiva, no cuenta la cantidad sino la calidad, aunque para los fines específicos de este trabajo tomaremos más bien en consideración la resonancia, la repercusión social —nivel en donde tampoco el teatro nacional se ha dejado sentir—.

Pues no nos proponemos revisar aquí críticamente las obras consideradas hasta ahora como cumbres de la literatura nacional, para confirmar o impugnar su valor. Aun cuando estamos

¹ Extraído de Agustín Cueva, *Entre la ira y la esperanza*, Quito, Planeta, 1967, pp. 13-41.

convencidos de que una revisión de tal índole se impone, hemos preferido conservar la selección existente, estimando que hasta los errores o injusticias que ella pueda contener tienen su significación. Después de todo, en cada período se aceptan o se rechazan —se escogen, en una palabra— las producciones literarias y artísticas, atendiendo no sólo al criterio de calidad —él mismo históricamente condicionado—, mas también de acuerdo con los intereses de los pontífices de turno y de la clase social a la que ellos pertenecen, sirven o acuerdan sus simpatías.

Por lo demás, al decir que en cada época se destaca la preferencia por un género determinado de la literatura, no estamos afirmando que tal predilección desemboque en el establecimiento de monopolios exclusivos. Sobre todo en el siglo XX, se producen simultáneamente obras de calidad y renombre en varios géneros, aunque el teatro parece seguir desempeñando hasta hoy el papel de pariente pobre de los mismos.

COLONIA Y POESÍA

La primera edad de la poesía ecuatoriana coincide con el período colonial. Junto con la oratoria sagrada, aquélla constituye el arquetipo literario de entonces, y la razón de tal fenómeno debería buscarse, a juicio nuestro, en el punto de equilibrio entre la curva de requerimientos de la Colonia y la curva de “virtualidades” de la literatura española del mismo período. Pues resulta extraño, a primera vista, que el teatro y la novela peninsulares, en pleno apogeo en la Metrópoli, no produjeran retoños coloniales, habiendo prosperado en “tierras indias” tan sólo la poesía.

Escribe el doctor Carrión:

Curioso es el hecho de que poco nos llega la influencia de Cervantes y *El Quijote*. En cambio, se advierte más acusada la presencia soberana de Lope de Vega, de los grandes místicos como Santa Teresa, los Luises y San Juan de la Cruz y, aunque parezca poco creíble, la

influencia de Don Luis de Góngora, sobre el cual en España misma, llovían epigramas y anatemas.²

Lo que ocurre es que la realidad americana fue para el colonizador un inenarrable, un verdadero innombrable artístico. Inframundo poblado de subhombres, según él, pronto convirtiéndose en *tabú* imposible de revivir con la palabra literaria. Lo que no es un decir: recuérdense las discusiones sobre la calidad humana del indígena o constátese —quienquiera puede hacerlo— cómo hasta hoy “cristiano” es sinónimo de “humano” en el lenguaje diario (en el del campo especialmente, que ha sufrido menos transformaciones). Ahora bien, puesto que el primer término se confundía con “europeo” en tiempos coloniales, quien no lo era caía automáticamente en los dominios de la zoología. Por eso, si el indio y “lo indio” aparecen en las historias, porque ellas comprendían también “lo natural”, no aparece en cambio en la literatura ni en el arte, terrenos reservados a lo humano y, en rigor, a lo natural sublimado.

Y es que el español no podía ver a nuestro aborigen de manera distinta, so pena de enervar las justificaciones “morales” de su empresa. Mejor dicho, lo vio en los contactos iniciales “de buena estatura, gente muy hermosa, de grande y perspicaz ingenio” (Colón), pero tal visión fue transformándose, tuvo que ir transformándose: como a medida que el descubridor devenía colonizador deshumanizaba con sus actos al indígena, para conservar buena conciencia no le quedaba más remedio que deshumanizarlo también en la teoría.

Mas en dicha realidad menospreciada está obligado a vivir, y con esos seres subhumanizados a mantener contacto y hasta comercio carnal. Ellos constituyen por lo tanto su horizonte real, su cotidianidad. Ni siquiera puede llamarla suya sin reservas, y menos todavía asumirla plenamente (pues pretende apropiarse sólo de lo material, evitando sus proyecciones síquicas y culturales),

² Benjamín Carrión, *El cuento de la patria*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1966, p. 156.

que ya tal realidad lo fija, lo define. Y en cierto momento, hasta llega a convertírsele en mala conciencia por la voz imprudente de algún predicador.

Sólo la fe lo salva, y la poesía. Como la religión, ésta deviene en América una especie de velo protector contra la realidad (mundo, demonio y carne coloniales); prestándose la poesía de entonces mejor que cualquier otro género literario a tal fin, porque en el límite permite soslayar lo cotidiano, gracias a la exigencia de seleccionar temas “sublimes” como único motivo. En esa latitud se ubica la poesía “virreinal”, al cantar a Dios, a los santos, a los reyes y a las vírgenes. Con ellos construye un espacio poético de exilio, libre dizque de contaminación por lo nativo: espacio lírico “puro” que se convierte en refugio, en campo de mistificación, en antídoto contra lo vivido. Si lo señala, hoy y a nosotros, es sólo indirectamente: como ausencia, como vacío —ni siquiera es un purgatorio esta poesía, como lo devendrá después: por lo pronto, es un limbo—.

Y no solamente por la selección inicial, obligada de temas, dicho género literario favorece la huida, explotado como fue, aquí, al máximo en sus aspectos negativos. También da pábulo a ello su manera de tratar los contenidos, que según el modelo cultural de esos siglos debían revestirse de un manto no menos “sublime”. Doble depuración entonces, que permite “idealizar” lo ya “idealizado”, vale decir: mistificar más aún lo ya mistificado.

La novela, en cambio, exige un mínimo siquiera de arraigo en su lugar de origen, y más todavía la española, popular y realista. Se concibe que la poesía pueda alimentarse de mitos e ideologías, pero no la novela, que echa raíces en lo vivido. Por eso, la aristocracia americana y sus ministros mandarines no la cultivan, y la Metrópoli llega incluso a prohibir su difusión en tierras indias. (Narrada literariamente,³ la cotidianidad americana y sus protagonistas aborígenes se habrían humanizado; pero mal podía per-

³ Literariamente, decimos, porque la narración tipo *crónica*, que sí hubo, es distinta: la crónica es una conjugación del verbo *ver*, la literatura, del *vivir*.

mitirlo el colonizador: reconocida la humanidad del explotado, es el explotador quien se deshumaniza).

En pleno siglo XIX, un obispo ecuatoriano se preguntaba todavía: “¿Quiénes son sino los héroes de la novelas? ¿Quiénes sino los adúlteros, los ladrones y los asesinos?”.⁴ Torpe confesión, pero que muestra cómo se tuvo conciencia, aun después de la Colonia, del peligro de llegar con la novela a la narración de lo indecible. Riesgo no sólo, entonces, de humanizar lo indígena, sino también de autodelatarse el colonizador; para prevenir lo cual el español de América prefería cultivar y fomentar los sermones y la poesía. Con un poco de maldad diríamos —conclusión de la cita de arriba— que no había que mentar la soga. El discurso literario es tanto más “puro” cuanto peor conciencia tiene la clase que lo escribe; tanto más etéreo cuanto más miedo tenga la misma de abandonar su limbo.

Véase, pues, cómo la latitud mínima de la poesía clásica española determinó el predominio de este género sobre las demás formas literarias en el Ecuador colonial; mientras que las características de la novela le acarrearón la cuarentena, el entredicho. Lo que destaca ya la íntima relación entre Historia a secas e historia de la literatura, aun en este plano aparentemente formal.

LA PROSA COLONIAL

Si de algo tuvo miedo el colonizador, fue de que la literatura le devolviese una imagen real de sí mismo, de su situación y del mundo en que vivía. Por eso prefirió la poesía como género —ya lo dijimos—. Pero como también hubo una prosa colonial; a ella tenemos que referirnos.

Escribe el padre Sánchez Astudillo en su “Introducción” a los *Prosistas de la Colonia*:

⁴ Afirmación de monseñor Ordóñez, citado por Montalvo en *La mercurial eclesiástica*, Ambato, Imprenta Municipal de Ambato, 1960, p. 38.

El trabajo de nuestros intelectuales de la Colonia en ningún campo subió tan alto como en los estudios escolásticos de Filosofía y Teología. Son seguramente las únicas disciplinas en que los autores ecuatorianos —y en general hispanoamericanos— se acercan al nivel de los autores europeos de su época.

Causas mediatas de este florecimiento son el particular interés de la Iglesia por estas materias, la nueva edad de oro que ellas alcanzaron en España durante los siglos XVI y XVII, y la misma vocación natural de los pueblos hispánicos para la especulación abstracta.⁵

Ahora bien, esto de la “vocación natural de los pueblos hispánicos por la especulación abstracta” es falso. En primer lugar, la filosofía española es una actividad de segundo orden, comparada con la literatura del mismo país, y de tercera o cuarta categoría en el ámbito filosófico europeo. Luego: cierto es que existe en España una literatura mística muy importante (que podría ser invocada como prueba de la sobredicha vocación); pero también hay una notabilísima y original *picaresca*, testimonio suficiente de la inclinación del español metropolitano por lo concreto-real.

¿Por qué se desarrolló en lo que hoy es el Ecuador una sola de estas vocaciones? Es lo que tenemos que explicar. ¿Por qué esa pertinacia del colonizador en reducir la literatura a simple actividad de diversión? ¿Por qué fray Gaspar de Villarroel, por ejemplo, estuvo desgarrado entre la *necesidad* de condenar la comedia en tierras indias y la imposibilidad de extender la censura a los autores metropolitanos?⁶ ¿Por qué, finalmente, ese inexplicable, misterioso auge del culteranismo en nuestro suelo, tan poco apto, aparentemente, para abonarlo?

⁵ Miguel Sánchez Astudillo, “Introducción” a *Prosistas de la Colonia*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla, Cajica, 1960, p. 21.

⁶ “Los que escriben comedias, si no son torpes y deshonestos y no tienen intención sino de entretener y granjear, valiéndose de su talento, para comer, no pecan mortalmente en componerlas”, dice fray Gaspar en “El caso Lope”. *Fray Gaspar de Villarroel*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla, Cajica, 1959, p. 326. Pero es evidente que a Lope sí le estaba permitido ir más allá...

Especulación abstracta en la prosa; culteranismo, misticismo y otros temas “sublimes” en poesía; oscuridad y pseudoerudición en la oratoria sagrada: todos esos fenómenos tienen origen en una misma situación e intención colonial, sobre la que algo hemos dicho ya tratando de la poesía, y que vamos a completar en los siguientes capítulos.

SOBRE LA LITERATURA POPULAR

En cuanto a la literatura popular (cantares, coplas, etc.) que debió haberse producido durante la Colonia, los fragmentos que nos han llegado son tan pocos —¡cómo iba a conservarlos la clase alta!— que no permiten formarse una idea cabal de lo que fue. Pero es posible que en muchos casos, y frente a una literatura oficial altisonante aunque finalmente mediocre, convencional y evasiva, la popular fuera de pretensiones menores, pero más espontánea y mejor anclada en la realidad (lo poco que se ha recogido en el volumen respectivo de la Biblioteca Ecuatoriana Mínima lo confirma).

No obstante, es menester andar en este terreno de las conjeturas con las debidas precauciones. La afirmación que acabamos de hacer, basándonos en ejemplos relativamente recientes (frágil, por lo tanto), se halla contrarrestada de manera inevitable por otra constatación que se apoya en los mismos: paralela a la vocación realista, encontramos en la literatura popular la impronta de los valores estéticos y sentimentales impuestos por la clase alta a la sociedad toda. (Y, de no ser así, ¿cómo se explicaría, por ejemplo, el hecho incontrovertible de que la aristocrática poesía de los “decapitados” sea, de entre la producida por los poetas a quienes la crítica considera tales, acaso la única en haber llegado al pueblo en lo que va de este siglo?).

No debemos olvidar que en los países colonizados la llamada “poesía artística” precede, en cierto sentido, a la poesía popular y, sirviéndole de modelo, le imprime su marca. Ocurre pues, exactamente lo contrario de lo sucedido en los países de desarrollo espontáneo y libre, en donde aquélla se elabora con los materiales

de ésta. Aquí no; más bien podría decirse que las expresiones populares van emitiéndose con los elementos de la poesía artística, cuando no con sus despojos.

EL ESCRITOR COLONIAL

Las provincias de Quito tienen dos grupos humanos, llamados a la final asimilación; pero mientras tal cosa suceda, la literatura en lengua castellana será la enseñanza de cómo fue cultivándose el conquistador rudo.⁷

Al constatar, en las líneas precedentes, que historia de la literatura colonial y proceso de culturización del conquistador son sinónimos, Isaac J. Barrera pone de manifiesto un hecho evidente, obvio, pero que en razón o con pretexto de su misma evidencia se elude sistemáticamente: la literatura fue producto de la clase dominadora, a cuyos designios y necesidades fielmente sirvió.

La “traducción” que acabamos de hacer al enunciar en términos sociológicos (clase dominadora) lo que fuera formulado originariamente en términos históricos (el conquistador español), permite pasar de una perspectiva que sugiere, casi implica, la singularidad del hecho, a otra que invita a interrogarse sobre la posible continuidad o recurrencia del fenómeno.

Decir que una literatura es de *clase* equivale para nosotros a afirmar: a) que fue o es producida por el grupo al que se la atribuye, o al menos bajo su estricto control; b) que refleja su concepción del mundo o siquiera su situación en él, y sus predilecciones estéticas; c) que estuvo o está al servicio de los intereses de ese grupo.

Es, precisamente, lo que ocurrió con la literatura colonial. De hecho, el indio se hallaba excluido por completo de la vida intelectual y literaria, e incluido en la artística sólo como artesano ejecutor. En cuanto al mestizo, su caso es más complejo: el mestizaje

⁷ Isaac J. Barrera, *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960, p. 151.

étnico comienza en los albores mismos de la Colonia, pero para que se produzca la primera manifestación intelectual mestizada en cierto sentido habrá que esperar hasta las postrimerías de la época en cuestión. Solamente entonces surge una figura como Espejo, al amparo de la agravación de la lucha entre las dos fracciones de la minoría blanca: peninsulares y criollos.

Antes, al mestizo no le quedaba más remedio que buscar su “salvación” individual abrazando el sacerdocio: y el cultivo de las letras formaba parte de la actividad sacerdotal. Pese a la expresa prohibición inicial de ordenar mestizos, la carencia de elemento blanco hizo que en más de una vez se pasara por encima de tal disposición. Fray Gaspar de Villarroel afirma: “Pero por la gran necesidad que padece de curas éste mi obispado, he puesto en ínterim algunos ilegítimos”.⁸

Y el padre José María Vargas dice: “El Ilmo. Señor de la Peña, en contestación a una cédula de Felipe II de 20 de enero de 1577 que prohibía ordenar mestizos, respondió que en doce años de obispado había ordenado tan sólo cuatro sacerdotes”. Y explica que: “La Iglesia abrió las puertas a los nativos de estas tierras, que hallaron en la religión las posibilidades de realce personal”.⁹

Arribismo, pues, como aguijón de la actividad sacerdotal-intelectual, que llevaba al mestizo a incorporarse en la maquinaria colonizadora, a aceptar sin matices siquiera los valores que la clase alta le imponía y, más aún, a coadyuvar activamente a su difusión, renunciando de antemano a toda originalidad cultural que habría podido venirle de su originalidad étnica.

Sospechosos de traición, es decir, de americanismo, escritores y artistas tienen que dar muestras permanentes de *fidelidad*: ésta, ha sido elevada a la categoría de primera virtud social, y es prácticamente la única que cuenta en el *curriculum* requerido para la concesión de ese estatuto de “realce personal”. Hombre digno

⁸ En *Fray Gaspar de Villarroel, op. cit.*, p. 375.

⁹ José María Vargas, *Historia de la cultura ecuatoriana*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1965, p. 40.

de su época, Juan Sánchez de Jerez Bohórquez alcanzará en este terreno la excelstitud:

[Fue] el espía de la Audiencia de la Revolución de las Alcabalas (1592), que solicitó del Rey de España permiso para pintar un cuadro en que se representaba él mismo, arrodillado ante el rey y en actitud de entregarle una carta, símbolo de sus intrigas y delaciones, por lo cual pedía, como premio, la cantidad de 12.000 pesos.¹⁰

Semejante ambiente social mal podía permitir el desarrollo de la autenticidad: ni siquiera en los criollos, cuya experiencia vital en América tenía que disimularse tras el *pastiche* destinado a acreditar su estirpe peninsular. No más autenticidad, en todo caso, que en el “Apéstegui y Perochena” que el indio Chuzig viose obligado a usar como disfraz; o que en el lenguaje “cervantino” con el cual Montalvo quiso ostentar su humanidad.

De nuestro primer poeta colonial (Bastidas), Aurelio Espinosa dice:

[...] En el centenar de composiciones que de él conserva el *Ramillete*, no hay una sola que proceda de un impulso lírico auténtico, respuesta a una necesidad íntima de expresión, ni nada que nos dé un atisbo siquiera de su alma, de su concepción de la vida, del arranque superior de sus personales anhelos. En su mayoría, son versos de compromiso, y, lo que es peor, versos de certámenes, con temas fijos en los que nada tiene que hacer la inspiración libre y genuina, sino sólo el ingenio, vencedor de trabas ideológicas o métricas.¹¹

Pero ¿qué más cabía esperar de esos librillos o versillos compuestos con el único fin de halagar a los poderosos, y creyendo que “cada uno habría de ser un escalón más para subir”? “Los

¹⁰ José Gabriel Navarro, *Artes plásticas ecuatorianas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, p. 157.

¹¹ Aurelio Espinosa Pólit, *Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla, Cajica, 1960, p. 38.

predicadores de Quito —escribe González Suárez— no dejaban también de profanar la cátedra sagrada con lisonjas y adulaciones a los poderosos”;¹² y *La conquista de Menorca*, que según historiadores y críticos es el gran poema épico de nuestra Colonia, fue compuesto por un jesuita ecuatoriano del extrañamiento, José Orozco (“único poeta colonial digno de ese nombre”, si creemos a González Suárez), con el fin de ganarse la simpatía y el socorro de un “grande de España”.

En cuanto al padre Aguirre, ni el “patriótico” ensayo de Zaldumbide —en donde pretende demostrar la “profundidad” de este poeta— lo salva. Su contenido metafísico apenas si es más original y genuino que la ramplona glosa zaldumbideana que como muestra transcribimos:

¿Qué vale entonces vida tan mortal que sólo es lenta agonía? Vivir muriendo ¿es vivir? ¿No es más bien morir largamente, hasta nacer quizá un día, de veras según la fe, a la ciencia y principio del ser? La muerte, ¿no es así muerte y nacimiento, cuando se acierta a morir?¹³

De esta literatura colonial puede decirse que, en rigor, ni siquiera es significativa sino meramente *indicial*: señala, indica, remite a una *situación* con la que el hombre-autor se confunde en forma total (a tal punto que una sociología de estas obras llega prácticamente a agotarlas), y más allá de la cual no se advierte ningún espesor, ninguna personalidad, ningún afán creador. En ella encontramos escritores arribistas alienados en el servicio al colonizador, o colonizadores cumpliendo con su “pacificadora” misión:

¹² Federico González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador*, tomo VIII, Quito, ESPEL, 1967, p. 88. Es interesante la crítica de este autor a la oratoria sagrada colonial (numeral 4 del tercer capítulo).

¹³ En Aurelio Espinosa Pólit, *Los dos primeros poetas coloniales ecuatorianos*, op. cit., p. 325.

La autoridad volvió a restablecerse y fue posible la continuación de la vida civil por medio de la ley. Este recuerdo histórico está probando suficientemente el grado de atracción que tuvo la elocuencia de Aguirre, a pesar de cuantos reparos puso en contra de ella el malhumorado Espejo.¹⁴

¿Qué más pruebas pueden pedirse, efectivamente, de la eficacia de la palabra colonial y del papel social del escritor? Poeta, su misión consistía en distraer; orador sagrado, tenía que atraer y contraer. En ambos casos, era una pieza de la maquinaria de colonización: servil, fiel, arribista, adulador, vacío, superficial, nos ha dejado una herencia que aún en nuestros días es difícil repudiar.

Toda esta literatura no fue más que una *coartada*: un esfuerzo del colonizador por eludir su *hic et nunc*. Y eso explica, por ejemplo, su empecinamiento en ostentar “erudición”: habitante de un mundo “bárbaro”, tenía que, como muchos críticos y ensayistas de hoy, poner en evidencia su calidad de miembro de la “civilización” citando, pertinente o impertinente, a cualquier autor “universal”, leído o no. Y aquello explica también el auge del culteranismo, así como el lenguaje engolado, abstruso de los sermones:¹⁵ discursos destinados a una imaginaria exportación (hasta ahora muchos ecuatorianos escriben como si fueran a ser leídos en el exterior, lo que no ocurre justamente por esa razón), los segundos no eran eficaces aquí por su contenido —más o menos indiferente para un pueblo que ni siquiera conocía a fondo el español o lo desconocía en forma total—, sino por ser anuncio (y recuerdo) de la consiguiente represión.

¹⁴ Isaac J. Barrera, *Historia de la literatura ecuatoriana*, *op. cit.*, p. 400.

¹⁵ “Los predicadores de Quito gustaban de antítesis sorprendentes y proposiciones más ingeniosas que sólidas; hacían mucho uso de circunlocuciones conceptuosas y de metáforas oscuras, temiendo la sencillez y huyendo adrede de la naturalidad [...]”. Federico González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador*, *op. cit.*, p. 88.

LAS ARTES COLONIALES

Antes de pasar a las manifestaciones literarias pre y postindependentistas, es necesario consignar algunas reflexiones sobre las artes plásticas coloniales que, según el decir corriente, tanto renombre habrían dado al arte “ecuatoriano”.

Tenemos, en primer lugar, la “gran” pintura. Todos esos “mártires lacerados y gangrenosos (pintados) bajo la torva vigilancia de los mastines del Santo Oficio” (Raúl Andrade),¹⁶ sobre los cuales uno se pregunta dónde reside finalmente su valor artístico. Para salir de dudas, quien no lo es recurre al criterio de los entendidos; mas sucede que la inquietud aumenta entonces, en vez de disiparse. Parece existir en el fondo un grave malentendido, que ni siquiera se anuda en torno a la manera de valorar particularmente cada obra, sino, lo que es más grave, alrededor de la concepción misma de *arte*. En resumidas cuentas, los críticos sigloventinos del Ecuador elevan a la categoría del baremo estético la habilidad imitativa, y más que en términos de creación plantean el problema artístico en términos de *reproducción* (no de la realidad, por supuesto, sino de otras obras de arte). Sólo así se explica que José Gabriel Navarro, con no disimulado orgullo, afirme de la más grande figura colonial lo siguiente: “Desconcierta, verdaderamente, la pintura de Miguel de Santiago. Muchas veces se creyó que este insigne pintor fuese español”.¹⁷ Pero a nosotros nos desconcierta más todavía que este “insigne crítico” fuese ecuatoriano, y que siéndolo, hallara mérito artístico en el don de sus compatriotas de carecer en tal grado de personalidad.

Por su parte, el padre Vargas se ufana de la capacidad de “asimilación” del artista nativo, y no vacila en afirmar en el mismo libro, por un lado, que: “En muchos casos el cliente imponía al pintor un modelo establecido, que podía ser el grabado de un libro o la reproducción de una imagen de culto”, por lo que “*debieron*

¹⁶ Raúl Andrade, *El perfil de la químera*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1951, p. 79.

¹⁷ José Gabriel Navarro, *Artes plásticas ecuatorianas*, *op. cit.*, p. 172.

ser pocos los casos en que el pintor desarrollase una idea personal"; y, por otro, que: "[...] la fe inspiraba las obras del arte [...]".¹⁸

Es curioso notar cómo el enjuiciamiento de estas manifestaciones coloniales fue a veces más severo en el siglo pasado: "[...] la pintura entre nosotros se ha mantenido campeando en el terreno servil de la imitación. Pero ahora ella se lanza a la invención y la originalidad para tomar un carácter nacional", afirmóse en 1852;¹⁹ y aunque lo enunciado en la segunda parte no haya tenido cumplimiento cabal en aquel entonces, el juicio sobre el arte de la Colonia nos parece acertado. Pues la "inspiración" de la que habla el padre Vargas produjo finalmente una pintura de la que más ausente no puede estar la particularidad americana, y no sólo en el sentido trivial de ausencia de "temas" locales, sino —y eso sí es grave— como falta de sensibilidad original.

Si algo refleja el arte colonial del medio en que se produjo, no es otra cosa que una total alienación: técnica, cromática, temas, todo nos remite a una situación existencial poblada de manos indias y mestizas produciendo dioses blancos con todos los detalles blancos exigidos por el blanco colonizador.²⁰

¹⁸ José María Vargas, *Historia de la cultura ecuatoriana*, op. cit., pp. 158 y 176. En cuanto a la capacidad de asimilar, igual virtud se ha señalado en el poeta Aguirre: "No se le puede negar, junto a la capacidad de asimilación y a la habilidad con que imita los más variados estilos, etc.", comenta el argentino Carilla (citado por Zaldumbide en su estudio sobre Aguirre para la Biblioteca Ecuatoriana Mínima, op. cit., p. 380). Y, por lo que es de la inspiración de la fe cristiana al indígena, eso sabe casi a ironía en este momento en que todos hablan de poblaciones "marginales", o sea, aún no integradas a la cultura europea.

¹⁹ José María Vargas, *Historia de la cultura ecuatoriana*, op. cit., p. 472.

²⁰ Para que no se nos acuse de *parti pris* en contra de la pintura colonial, transcribamos la opinión del director del Museo Nacional de Arte Contemporáneo de Madrid: "Si el arte virreinal se midiera hoy por lo que nos han dejado la escultura y la pintura no pasaría de ser un pobrísimo apéndice del arte peninsular, ingenuo, primitivo y provinciano, que apenas reclamaría el interés de algunas personas curiosas, de escasos especialistas dedicados a fenómenos marginales y de algunos *snoobs* gustosos de lo que signifique primitivismo y rudeza. Pero, en cambio, la arquitectura [...]" (Fernando Chueca Goitia, "Inventario de la arquitectura hispanoamericana", en *Revista de Occidente*, Madrid, mayo de 1966, p. 242).

Hasta cierto punto, el caso de esta pintura es semejante al de la poesía del mismo período. Pero hasta cierto punto solamente, porque si el itinerario de la segunda muestra cómo “fue cultivándose el conquistador rudo”, la primera indica, en cambio, cuánto fue aniquilada la sensibilidad vernácula. Lo cual nos invita a escribir algunas líneas sobre la suerte del artista colonial.

SITUACIÓN DEL ARTISTA COLONIAL

Refiere González Suárez, en el último tomo de su obra principal, que los estudiantes nobles del colegio jesuita de San Luis habían sido dispensados de asistir a los divinos oficios, esto es, de acolitar en la Catedral, “a pesar de su ponderada religiosidad [...], tan hondamente grabada tenían en su alma la idea errada de su nobleza que la creían empañada con cualquiera clase de trabajo, aunque fuera hecho en servicio del culto divino”.²¹

Bien; si acolitar era ya considerado por la nobleza como un bajo menester, ¿qué no se pensaría de la dedicación a las artes plásticas en que las manos habían de ensuciarse al contacto de los pinceles, o encallecer en el manejo del buril? Ellas fueron, por esa razón, dejadas al afán de los blancos pobres, de los mestizos, de los indios. Un Hernando de la Cruz, casquivano metido a hermano jesuita —digo bien a hermano, no a padre—, o un Miguel de Santiago, blanco pobre al iniciar su carrera, y menos todavía un Caspicara, un Pampite u otros indios y mestizos, no son precisamente miembros de la aristocracia ni ostentan ese estatuto de privilegio que la Colonia acuerda al eclesiástico-escritor. Los últimos son más bien gente de pueblo, como ahora diríamos.

Así que no debe incurrirse en el error de asimilar arbitrariamente la situación del artista a la del escritor. Si escribir era, en tiempos “virreinales”, un medio de ascender al nivel superior, esculpir o pintar apenas fueron maneras de escapar a la peor condición. Para decir la verdad, ni siquiera puede afirmarse que

²¹ Federico González Suárez, *Historia general de la República del Ecuador*, op. cit., p. 19.

haya existido un estatuto de “artista” en la sociedad colonial —al menos no existió en el sentido que le acordaríamos hoy—. Fueron las artes consideradas como oficios artesanales; como tales constaron, junto a otros oficios, en el programa del colegio popular San Andrés, al comenzar la Colonia, y como tales las hallamos, al finalizar la misma, en el programa de enseñanza del taller de los maestros indígenas Sangurima. (Por eso no es raro encontrar cuadros sin firma alguna; tan poca importancia se acordaba a la persona del pintor o escultor).

Esto no iba, naturalmente, sin inconvenientes. Si el artista plástico era un artesano, y *en situación colonial*,²² el papel que la sociedad le asignaba no consistía en crear, ni siquiera en innovar. Su labor tenía que limitarse a ejecutar servilmente los pedidos y, como en la poesía, aunque por razones un tanto distintas, la inspiración estaba aquí también por demás. En los contratos se estipulaba hasta el último detalle: tamaño, disposición de elementos, colorido, matiz —a veces hasta se le señalaba la estampa de la que debía copiar—, y los “tratados” de pintura eran verdaderos *recetarios* de la materia en cuestión. Las posibilidades del arte de entonces estaban, pues, rigurosamente codificadas, y la libertad del artista (como las otras libertades), no sólo limitada por los cuatro costados: simplemente era una noción desconocida en aquel momento cultural.

No debe sorprendernos, por ende, que “los indios del callejón interandino, sin la vigorosa tradición de los de México y el Cuzco, no imprimieran su carácter vernáculo a las obras que realizaron bajo la dirección de los españoles”; ni que “en este aspecto [haya] sido nota característica del artista quiteño la facilidad de asimilar las corrientes europeas del arte”.²³ ¿Qué otra cosa podía hacer?

²² Insistimos en el particular porque, en otras circunstancias, un artesano puede ser perfectamente un creador. Y el que en el Ecuador ha trabajado para sí, para los suyos, efectivamente lo es —arte propiamente popular—.

²³ José María Vargas, “Quito y su mensaje de cultura”, en *Revista de la CCE*, No. 21, enero-diciembre de 1959, pp. 52 y 57. Lo referente a la capacidad de “asimilación” es controvertible: si este término se entiende en el sentido prestado por la fisiología a las ciencias de la cultura (y no cabe proceder de otra manera),

Sorprende más bien que en esa situación de superdeterminismo se hayan deslizado, de cuando en cuando, asomos de una empeñada vocación de libertad.

LA ARQUITECTURA COLONIAL

Como no podemos pasar por alto la arquitectura colonial, comencemos diciendo que sería necio pretender negarle valor artístico. Allí están, por si quisiéramos hacerlo, tantos monumentos verdaderos para contradecirnos. ¿Por qué, entonces, la misma situación histórica produjo una pintura pobre y una rica arquitectura?

La explicación tenemos que buscarla en la índole diferente de las dos artes. Primeramente, recordando que toda arquitectura, aun la religiosa, es funcional y tiene, por lo mismo, que adaptarse a las circunstancias físicas y sociales de cada lugar. Es lo que le confiere, en todos los casos, un mínimo siquiera de autenticidad. A este hecho debemos las pocas originalidades de nuestra arquitectura, que no significan necesariamente aporte humano de América sino, en más de una vez, acertada respuesta del europeo al desafío de la situación local.

En segundo término, vale tener presente que mientras la originalidad de la pintura es en buena parte originalidad de *ejecución* (el boceto sólo puede darnos una idea muy débil de lo que el cuadro será), en la arquitectura la originalidad reside *sobre todo* en la *concepción*. Ahora bien, dicha concepción fue en el Ecuador casi siempre europea, y así tenemos un mensaje arquitectónico colonial extranjero pero vigoroso, en la medida en que cabe en

de “convertir en substancia *propia* los materiales que se toman del exterior”, ciertamente no hubo tal asimilación—hasta ahora el indígena no hace suyos los valores culturales que le obligó a aceptar exteriormente el conquistador español—. Por lo demás, la cultura, o, mejor dicho, *las culturas* vernáculas sufrieron ya un fuerte sacudón con la dominación incásica. Recuérdese, y con asombro, que Tomebamba, por ejemplo, fue levantada a imagen y semejanza del Cuzco, y, si creemos a los cronistas, hasta con piedras desde allá traídas... (Al respecto, véase Gabriel Cevallos García, *Visión teórica del Ecuador*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla, Cajica, 1960, p. 64).

este terreno, sin mayores riesgos cuando media habilidad ejecutiva, encargar a otros de su *emisión*.

En cambio, la pintura es un monótono mensaje, emitido no siquiera directamente a partir de un código europeo —que el americano jamás llega a manejar—, sino a partir de otros mensajes: lo que hace que los llamados nuestros sean en verdad submensajes, *recados* que han perdido la emoción vital de la primera emisión.

DOS PALABRAS SOBRE LA ESCULTURA

El caso de la escultura es un tanto distinto: en ella pueden descubrirse algunos rasgos originales porque, como anota Navarro: “Nuestros escultores trabajan de memoria, de manera que las imitaciones de las estatuas españolas no podían nunca ser serviles”. Mas dicha originalidad es también limitada. El mismo autor escribe: “Los escultores quiteños, además de seguir los tipos de escultura tradicional española, inventaron nuevos modelos que quitan, *en parte*, la impersonalidad característica de las escuelas”. Y: “La estatuaria quiteña adquirió *cierta* originalidad, separándose *un poco* del tipo de imágenes creadas por los escultores españoles de los siglos XVI y XVII”.²⁴

Además, la imaginería se encuentra en el límite del llamado gran arte y de las artes populares, lo cual le permitió disfrutar, en parte siquiera, de la libertad de creación propia de las segundas, en donde —repetimos— quien las hace no se ve constreñido a la fiel ejecución de pedidos.

EL “COMPROMISO” COLONIAL

Quien aprecie de manera superficial el arte de la Colonia, podrá pensar que no hay muestra mejor de arte “comprometido”. Todas las apariencias inducen a creerlo: la intención originaria de que “aquellas imágenes [fueran] una manera de escritura que

²⁴ José Gabriel Navarro, *Artes plásticas ecuatorianas, op. cit.*, pp. 184 y 197. Las cursivas son nuestras.

representaba y daba a entender a quien representaba”²⁵ y, de ese modo, medio idóneo de comunicación. Luego, la existencia de un ambiente propicio para que tal designio pudiera hacerse realidad: los espectadores (fieles) estaban aparentemente familiarizados con la simbología católica, y cuando algo quedaba por descifrar, allí estaba el guía (fraile de barrio) para ayudarles. En fin, público receptor del “mensaje” no faltaba, pues la sala de exposiciones era nada menos que la iglesia o el convento, lugares obligados de reunión. Pero además, y por si todo lo anterior fuera poco, disponíase de aquellos recetarios (clave), que evitaban que la unidad simbólica fuera disolviéndose y, con su deterioro, destruyéndose el sistema socializado, codificado de comunicación.²⁶

Se dirá, además, que el arte cristiano de Europa se produjo en una situación similar; pero nosotros creemos que no existe tal similitud. Aquél tiene, cierto es, una temática —su temática— limitada y semejante a la del *nuestro; posee, asimismo, su repertorio simbólico* y sus reglas. Pero se diferencia del producido aquí precisamente en eso: en que dichos elementos pueden llamarse *suyos* con propiedad. Son creación espontánea, a través del tiempo, de los mismos europeos, y reflejan por ende *su cosmovisión*. Entonces, aun cuando no exista en cada caso creación individual de símbolos, habrá desarrollo de la *creación social* y, al pintar o esculpir la imagen de un santo cualquiera, un europeo siempre estará diciéndonos algo sobre su cultura, su pueblo y su raza. En cambio, cuando un aborígen americano se dedicaba a igual quehacer, no hacía más que rendir culto a la imagen —por otros idealizada, pues ni siquiera en este proceso tenía injerencia— del conquistador. Con el mismo acto con que el artista de Europa rendía testimonio de su relativa libertad, el de América ratificaba su absoluta alienación (“elegirse” artista era, para el indígena de aquí, una de las tantas maneras de objetivar su enajenación).

²⁵ Según la aclaración del primer sínodo celebrado en Quito, en 1570.

²⁶ Un ejemplo de esos recetarios: “Hombre piadoso: semblante alegre, color *blanco* y puro ojos carrosos umedos, la narís vien sacada, derecha, no agulileña, buena proporción corporal” (transcrito por José María Vargas en *Arte quiteño colonial*, Quito, Imprenta Romero, 1944, p. 328).

Nosotros creemos que sí puede haber arte comprometido, y que el recurso a una simbología socializada *no se opone a la libertad de creación*, pero siempre que tales símbolos sean producidos espontáneamente por la sociedad, o por artistas que, interpretando el sentir del grupo al que quieren llegar, despierten con sus motivos plásticos vivencias colectivas en el espectador, hasta conseguir que éste aporte todos los elementos necesarios para que la obra adquiera plena significación. Todo esto, en condiciones de libertad, que no pueden darse sino cuando el artista participa de un credo común o hace uso de su legítimo derecho de rebelión.

Pero como nuestro arte colonial no nace ni de la rebeldía ni de la comunión, es una actividad mediatizada a la que llamamos *arte* sólo en atención a algún afortunado *desliz* de originalidad, o prestando a quienes pintaban una intención creadora, que en realidad no fue más que accesoria o casual.

EL VELASQUISMO: ENSAYO DE INTERPRETACIÓN¹

INTRODUCCIÓN

El velasquismo constituye, a no dudarlo, el fenómeno político más inquietante del Ecuador contemporáneo. Baste recordar que Velasco ha logrado triunfar en cinco elecciones presidenciales y acaudillar un movimiento insurreccional (el de 1944), fascinando permanentemente a los sectores populares pero sin dejar de favorecer desde el gobierno a las clases dominadoras. Sorprende, además, su habilidad para apoyarse en los conservadores y buena parte del clero sin malquistarse con los liberales ni descartar en determinados momentos una alianza *de facto* con los socialistas y aun los comunistas.

Así, Velasco ha conseguido dominar el escenario político ecuatoriano por un lapso de cuarenta años: desde 1932, cuando apareció por primera vez como personaje público relevante en el Congreso, hasta 1972, año en que concluyó su quinta administración.

Por lo demás, ¿en qué casilla ideológica ubicar a este hombre que respondió lo siguiente a un periodista que le instó a definir-

¹ Extraído de Agustín Cueva, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Quito, Planeta-Lettraviva, 1997, pp. 123-150.

se políticamente?: “Yo me siento ligado a una misión divina del hombre en la vida, cual es la de cooperar para que toda la naturaleza y la humanidad salgan del caos a la organización y de las tinieblas a la luz”.²

CRISIS E IMPASSE POLÍTICO

Lo primero que llama la atención de quien investiga el período histórico inmediatamente anterior al apareamiento del velasquismo, es que en un lapso de apenas diez años se haya producido el fracaso de tres fórmulas de dominación en el país. En efecto, entre 1922 y 1925 se desmorona el mecanismo montado por la burguesía de Guayaquil (fórmula liberal); en 1931 cae, abatido por la crisis económica y por sus propias debilidades, el gobierno “juliano” pequeñoburgués (fórmula militar-reformista); en fin, en 1932 fracasa en el campo de batalla la “solución” de los terratenientes de la Sierra (fórmula conservadora).

Desembocamos con esto en una especie de “vacío de poder”, que durará largo tiempo y será el terreno abonado para que prospere el velasquismo. Pues, por una parte, la burguesía agroexportadora no podía retomar el poder político por la vía electoral, dada su impopularidad y el debilitamiento sufrido por efecto de las crisis económicas de los años veinte y treinta; ni con las armas, ya que el ejército se oponía abiertamente a la llamada dominación “plutocrática”. Por las razones que se analizarán más adelante, aun el fraude, sustituto caricaturesco de la democracia “representativa”, y que por sí solo era indicio de debilidad política de nuestra burguesía, se había vuelto inviable.

Por otra parte, los terratenientes serranos, que sí estaban en capacidad de triunfar en elecciones, movilizándolo a los sectores controlados ideológicamente por el clero, no podían acceder al gobierno sin la aquiescencia de una oficialidad que les era hostil y contando, como contaban, con la fuerte oposición de la burguesía de la Costa.

² Revista *Mañana*, Quito, No. 25.

En fin, y como ya se vio, en el momento en que surgió el velasquismo tampoco cabía que la clase media retomara *manu militari* el control del Estado, luego de que su fracaso de 1931 había puesto de manifiesto la imposibilidad de llevar adelante una política reformista en época de crisis.

Así que la paradoja de una situación que no había permitido la concentración de todos los elementos del poder social en una sola clase, sino que más bien los había distribuido entre varias, al conferir la hegemonía económica a la burguesía agromercantil, la hegemonía ideológica a los terratenientes de la Sierra y la facultad de “arbitrar” con las armas a una oficialidad muy ligada a la clase media, se convirtió en una encrucijada verdadera.

Esta crisis del poder es el primer elemento que debe tenerse presente para una explicación correcta del fenómeno velasquista, pero sin olvidar que ella toma cuerpo en el marco de la crisis económica de los años treinta. Dato importante si se recuerda que los triunfos más impresionantes de Velasco han coincidido con coyunturas similares: la apoteosis de 1944 ocurrió “cuando se hizo patente en el país el fenómeno de la inflación monetaria con su secuela de especulación, elevación del costo de la vida, depreciación de la moneda”, y el triunfo arrollador del caudillo en 1960 se produjo en un momento crítico para la “economía del banano”.

SITUACIÓN DE MASAS Y SUBPROLETARIADO

Sin embargo, ni la crisis económica ni la de hegemonía bastan, por sí solas, para explicar el nacimiento y desarrollo de una solución “populista” como la del velasquismo. Si ésta termina por imponerse es gracias a la conformación de un nuevo contexto social y político en las urbes ecuatorianas a partir de los años treinta (proceso ligado, claro está, a la crisis del sistema en su conjunto). Aquel contexto se caracteriza por lo que denominaremos “situación de masas”, sobre la cual disponemos ya de ciertos datos que conviene recapitular.

En 1931-1932 la Compactación Obrera Nacional se presenta como movimiento “democrático y de masas”, pese a su carácter eminentemente retrógrado.

El presidente Martínez Mera, durante el corto lapso de su gobierno (1932-1933), sufrió el hostigamiento constante del “populacho”, los “grupos de muchachos” y la “gente del hampa”, según el decir de los historiadores burgueses.

El velasquismo principia, como afirma su líder, “por el mercado de Guayaquil y por las modestas barras que se dignaban escucharme en la Cámara de Diputados”.³

En fin, Velasco triunfa en 1933 gracias a una campaña “dinámica, callejera y exaltada, llena de promesas de acabar con los privilegios, las trincas, los estancos y todos los vicios de la República”.

Urge preguntar, entonces, qué significado puede tener esto de que la propia reacción se haya visto obligada a presentarse como movimiento democrático y de masas; el que un presidente del Ecuador haya sido forzado a abandonar su puesto por el hostigamiento popular y que un movimiento político haya nacido en los mercados y triunfado gracias a una campaña de las características señaladas.

Para nosotros, la respuesta es clara: la composición social de las urbes se alteró de tal suerte en esos años que se volvió obsoleta la tradicional política de elites, con los viejos partidos de notables, y fue necesario aceptar una forma política inédita que, sin atentar contra los intereses de la dominación en su conjunto, fuese adecuada al nuevo contexto. Era imprescindible tomar en consideración las reacciones eventuales de las masas, que en adelante ya no intervendrían, como antes, sólo en casos extremos de

³ Discurso del 27 de marzo de 1960. Salvo indicación contraria, los textos de los discursos o declaraciones de Velasco son tomados de las siguientes fuentes: a) para los años 1944-1945, *El 28 de mayo: balance de una revolución popular*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1946; b) para los años 1952-1956, *Obra doctrinaria y práctica del gobierno ecuatoriano*, tomos I y II, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1956; c) para 1960, Raúl Touceda, *El velasquismo: una interpretación poética y un violento período de lucha*, Guayaquil, Editorial Royal Print, 1960.

insurrección o motín, sino también en las “contendidas” cívicas convencionales. Por ello, el fraude tornóse riesgoso, como poco redituables las decisiones tomadas a nivel de pequeño club electoral. Había, pues, que tolerar cierto grado de participación popular en la política nacional.

¿De qué masas se trataba y cómo se habían desarrollado en los últimos años? Para responder a esta pregunta es necesario analizar, aunque sea en forma somera, los efectos de la crisis capitalista de los años treinta en algunos sectores de nuestra sociedad.

Empecemos por la suerte corrida por los campesinos. Los de la Sierra fueron los menos afectados, no sólo en la medida en que la agricultura de consumo doméstico sufrió menos que la de exportación, sino también porque el sistema de remuneración predominante en el callejón interandino, en recursos naturales o en especies, era menos sensible a las fluctuaciones del mercado. Sin embargo, una parte de esos campesinos, de la provincia de Pichincha sobre todo, que era la de mayor desarrollo por encontrarse en ella la capital de la República, cayeron en la desocupación y tuvieron que emigrar a la ciudad de Quito. Lo cual ocurrió, sin duda, con los trabajadores ocasionales, quienes según una estimación de 1933 ascendían a 300.000 en el país.⁴

El campesino de la Costa, por su parte, sufrió rápidamente los efectos de la depresión, como se anota en un informe de 1932:

En la época de una más o menos normal y satisfactoria actividad de los negocios, los productores de cacao han acostumbrado pagar un jornal diario de 1,20 a 1,40 sucres, mientras que en la actualidad no sólo ha disminuido el número de peones ordinariamente empleados en dichas haciendas de cacao, sino que ha bajado también su jornal a un sucre por día.⁵

⁴ Cfr. Pío Jaramillo Alvarado, *Del agro ecuatoriano*, Quito, Imprenta de la Universidad Central, 1936, p. 127.

⁵ Exposición de Luis Alberto Carbo, 1932, transcrita por el mismo autor, p. 526.

Mas resulta que ni esa desocupación ni la baja del nivel de vida originaron conflictos graves en el agro costeño, sino que motivaron el éxodo de campesinos a la ciudad de Guayaquil, por lo cual esta ciudad creció, entre 1929 y 1934, a un ritmo anual de 5,33%, nunca antes alcanzado. De 1909 a 1929, su población había crecido al 1,45% anual; y aun después, entre 1934 y 1946, por ejemplo, aumentó al ritmo de 2,5%. Elevadísima tasa, pues, la de aquel quinquenio clave, que mal podría explicarse por el solo crecimiento vegetativo, muy bajo en ese entonces.⁶

Ahora bien, el éxodo rural a las ciudades de Quito y Guayaquil (a esta última sobre todo), en un momento en que ninguna de dichas urbes se encontraba en condiciones de emplear esa mano de obra, equivalía a una transferencia de la desocupación del sector urbano. Es cierto que con ello se “descongestionaba” el agro, evitándose que el conflicto estallara allí; pero esta descongestión tuvo su precio: la creación de nuevas áreas de tensión en las ciudades por la conformación de un sector marginal urbano.

Por lo demás, este sector no se constituyó únicamente con dichos migrantes, sino también por el impacto de la depresión de los sectores populares urbanos que no gozaban de empleo estable, remuneración fija y un mínimo de garantías legales similares a las del proletariado. Los vendedores ambulantes, peones de obras, cargadores, estibadores y, en general, todos aquellos pequeños vendedores de bienes ocasionales que en nuestro país constituyen la mayoría de la población urbana pobre, o cayeron pura y llanamente en la desocupación o vieron reducidos sus ingresos y su campo de actividad de manera considerable.

En esta forma se constituyó, por efecto de la crisis capitalista de los años treinta y no por una crisis del “sector tradicional” como corrientemente se afirma, un grupo específico de comportamiento político, al que denominaremos “subproletariado”.

Al principio, éste fue controlado en Quito, políticamente, por aquellos que secularmente habían dominado a la población

⁶ Cfr. Tudor Engineering Company-Junta Nacional de Planificación, *Informe de factibilidad para el proyecto de rehabilitación de terrenos*, Guayaquil, Junta Nacional de Planificación, s.f.

andina. Los terratenientes y el clero organizaron, como se recordará, la Compactación Obrera Nacional. Pero tal control se les fue rápidamente de las manos, tan pronto como los subproletarios adquirieron comportamientos más acordes con su situación económica y social.

Si hubo razones para que estos “marginados” escaparan al control clerical-conservador, también las hubo para que no cayesen bajo la férula ideológica de la burguesía liberal. En suma, ninguno de los grupos dominantes logró imponer sus normas de comportamiento político al subproletariado porque la “marginalidad” de éste, que implicaba una desubicación con respecto a los roles económico-sociales básicos y previstos por el sistema, colocaba al subproletariado relativamente al margen, también, de los mecanismos de control social antes usados. El ex peón de hacienda, por ejemplo, convertido en “libre” vendedor de servicios ocasionales en la urbe, ya no podía ser dominado ideológicamente del mismo modo y con la misma facilidad que en su antigua situación.

Así que este sector social quedó políticamente “disponible” y en espera de un redentor. Inconformes con su nuevo destino; paupérrimos a la par que psicológicamente desamparados; tanto más insubmisos cuanto que en ellos ya no impactaban, con suficiente fuerza, los controles sociales tradicionales; pero incapaces, al mismo tiempo, de encontrar una salida revolucionaria, esos subproletarios no podían impulsar otra cosa que un populismo como el que Velasco inauguró y que, por supuesto, no ha sido el único en el Ecuador. La Concentración de Fuerzas Populares con base en los suburbios de Guayaquil, y otros movimientos de menor envergadura, responden a la misma situación y presentan infinidad de rasgos comunes con el velasquismo, aunque no hayan alcanzado como éste magnitud nacional.

Luego analizaremos la forma en que el caudillismo de Velasco “respondió” a las condiciones objetivas y subjetivas de este sector social. Antes de hacerlo, consignemos algunos datos más, que prueban la relación existente entre los “marginados” y el velasquismo.

En 1952, 1960 y 1968, Velasco ascendió al gobierno gracias a la abrumadora mayoría de votos obtenida en tres provincias: Guayas, Los Ríos y El Oro,⁷ que son justamente las que mayor número de migrantes han recibido en las últimas décadas (por ejemplo, en el período intercensal 1950-1962, absorbieron el 80% del total de las migraciones internas del país).⁸

Y el baluarte del velasquismo en Guayaquil han sido los barrios suburbanos, como puede comprobarse analizando a nivel parroquial los resultados de cualquiera de las elecciones en que ha intervenido Velasco. En las demás ciudades, el caudillo ha sentado también sus reales en las circunscripciones habitadas por gente en situación socioocupacional comparable a la de los pobladores de los suburbios del puerto. Aun en las áreas no urbanas de la Sierra la votación velasquista parece provenir de aquellos lugares donde las estructuras entran en crisis, permitiendo la formación de grupos sociales que escapan al poder tradicional, en las aldeas, anejos y otros tipos de pueblos. El informe del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola (CIDA) afirma, refiriéndose a estos últimos, que son ellos los que

[...] bajo una bandera populista, con su apoyo decisivo, han hecho posible que llegase al poder un político (uno de los poquísimos presidentes de origen serrano que no es ni ha sido terrateniente), varias veces presidente de la República, desafiando el esquema tradicional y el poder terrateniente.⁹

⁷ En 1952, Velasco obtuvo el 80% de los votos de Guayas y Los Ríos, y 65% de El Oro. En 1960, 68% de la votación de Los Ríos, 66% de El Oro y 58% de Guayas. En 1968 triunfó en las mismas tres provincias y en ninguna otra; pero la ventaja obtenida en ellas fue tan grande que le permitió ascender a la Presidencia una vez más.

⁸ Cfr. Osvaldo Hurtado, *Ecuador: dos mundos superpuestos*, Quito, Inedes, 1969, p. 137.

⁹ Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Ecuador*, Washington, Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, 1965, p. 478.

Poca duda cabe, entonces, de que la base social popular del velasquismo está constituida por todos aquellos grupos a los que el desarrollo del capitalismo dependiente convierte en “marginados”, sea arrancándolos de las posiciones antes estables del sector “tradicional”, sea desplazándolos periódicamente de las precarias ubicaciones “modernas” en que él mismo los había colocado.

LA ALTERNATIVA REVOLUCIONARIA EN LA “ERA VELASQUISTA”

Queda ahora la inquietud de saber por qué, una vez producida la crisis económica de los años treinta, rotos los mecanismos tradicionales de dominación política y creada una situación de masas en las urbes, ello no fue aprovechado por los partidos marxistas.

Al respecto, sólo podría admitirse como explicación parcial que se debió a errores cometidos por la dirección comunista o socialista (nos referimos, naturalmente, al ala marxista del socialismo, pues la otra no tenía más interés que el de promover el ascenso de la clase media) o a la incapacidad de adaptar el marxismo a la situación de nuestro país. Sobre lo primero, creemos que en efecto pudo haber habido errores; pero de allí a explicar la debilidad del movimiento marxista por esa sola causa, media un gran trecho. En cuanto a lo segundo, también pensamos que hay parte de verdad. Pero no estaría de más preguntarse si el proyecto revolucionario marxista es tan flexible como para adaptarse a una base popular predominantemente subproletaria, sin convertirse en populismo puro y simple.

En síntesis, más objetiva parece la hipótesis de que el desarrollo del marxismo en el Ecuador fue incipiente porque los sectores populares urbanos tuvieron, en el período que aquí se analiza, una composición netamente subproletaria; y el subproletariado es un grupo que, dada su ubicación económica y social, se presta mal para una politización en sentido revolucionario, salvo en situaciones en que el proletariado ya ha creado un contexto apropiado.

Sobre el predominio cuantitativo del subproletariado entre la población urbana, nada más elocuente que las cifras. En Guayaquil, que es la ciudad más industrializada del Ecuador, teníamos en una fecha reciente como 1962 la siguiente composición socioocupacional: profesionales y técnicos, 7,79% de la población económicamente activa; gerentes y administradores, 1%; oficinistas, 13,06%; vendedores, 20,57%; pescadores, 8%; agricultores y leñadores, 1,97%; madereros, canteros y afines, 0,16%; transportadores, choferes, ferroviarios, etc., 6,22%; artesanos, 3,79%; obreros y jornaleros, 9,67%; trabajadores domésticos, 18,09%; otros, 9,68%.

Ahora bien, la sola suma de “vendedores” y “trabajadores domésticos”, que en su mayoría son subproletarios, alcanza a cerca del 40% de la población económicamente activa; mientras los obreros y jornaleros ni siquiera representan el 10% (sin contar con que muchos de los “jornaleros” pertenecen de hecho al subproletariado por sus condiciones objetivas de trabajo y de vida).¹⁰

Sobre la base de datos como éstos, que demuestran la casi inexistencia de proletariado urbano en el Ecuador (en los años a los que nos venimos refiriendo, hay que insistir), cabe formular algunas preguntas: ¿será fácil convencer a un vendedor ambulante, por ejemplo, de las ventajas de socializar los medios de producción? ¿Hacer ver a un cargador los beneficios de una reforma agraria o de la estatización de las fábricas? ¿Qué consigna revolucionaria, válida para el caso concreto de todos y que no se aparte de la meta, lanzar en un medio como el subproletariado? ¿Cómo organizar, si no es en torno a la vecindad, a elementos cuyo trabajo —individual o en el mejor de los casos en pequeños grupos— los dispersa en lugar de concentrarlos? ¿Cómo evitar, si se los organiza en torno al único vínculo “visible”, que para ellos no sea más concreto el relleno de una calle o la construcción de una escuela o un dispensario médico, es decir, las medidas po-

¹⁰ Tudor Engineering Company-Junta Nacional de Planificación, *Informe de factibilidad para el proyecto de rehabilitación de terrenos*, op. cit., pp. 3-13.

pulistas, que el socialismo? ¿Cómo, en fin, lograr que perciban como concreto el problema estructural del país estos marginados cuyo quehacer diario se desarrolla, precisamente, en el polo marginal de la economía?

Si se acepta el criterio marxista de que para que prospere una conciencia revolucionaria no basta la “pobreza”, sino que es menester la concurrencia de otras condiciones sociales, se impone la conclusión de que era extremadamente difícil que en nuestro subproletariado se desarrollara tal conciencia, a no ser por el “empuje” de otra clase social.

Pero sucede que en el período que venimos analizando los agentes sociales de la revolución eran demasiado débiles para impulsarla. El principal de ellos, el proletariado, ha tenido un carácter incipiente desde todo punto de vista; y el campesinado, disperso, aislado de las ideologías modernas, heterogéneo incluso culturalmente, sometido a la peor opresión material y espiritual, no ha podido ir más allá de una actuación histórica jalonada de jornadas heroicas, pero sin real perspectiva revolucionaria.

En circunstancias tan desfavorables, el subproletariado ecuatoriano devino la base de un populismo caudillista, mesiánico y asistencialista, que a sus ojos se presentaba como símbolo de la “voluntad popular” y de desafío abierto a los proyectos más ortodoxos de dominación.

LAS CLASES DOMINANTES Y EL VELASQUISMO

En una visión histórica de conjunto, el velasquismo no puede aparecer sino como lo que objetivamente es: un elemento de conservación del orden burgués, altamente “funcional” por haber permitido al sistema absorber sus contradicciones más visibles y superar al menor costo sus peores crisis políticas, manteniendo una fachada “democrática”, o por lo menos “civil”, con aparente consenso popular. Desde este punto de vista, que es el único válido, puede afirmarse que el velasquismo ha sido la solución más rentable para las clases dominantes. ¿Quién, por ejemplo, habría sido capaz de capitalizar y mistificar mejor que Velasco el

movimiento popular de 1944, que alcanzó dimensiones verdaderamente insurreccionales? ¿Cuál de los hombres o partidos habría conseguido, mejor que él, captar primero y disolver después el sentimiento antiimperialista y antioligárquico de 1960?

Sin embargo, el velasquismo se ha desarrollado en medio de una tensión constante con los principales grupos dominantes y los partidos políticos que más ortodoxamente los representan (conservador y liberal). ¿Cómo explicar esta aparente contradicción?

Ella se disipa teniendo en cuenta que la respuesta histórica concreta tendiente a la autoconservación del sistema nunca coincide de manera estricta con el proyecto particular de dominación de uno solo de los grupos hegemónicos (clase o fracción de clase). Por este hecho, el velasquismo adquiere complejidad y aparece como una fórmula no ortodoxa, casi bastarda de dominación, en la medida en que representa, por una parte, un compromiso entre los proyectos de dominio en competencia y, por otra, una adecuación del conjunto de ellos a las posibilidades objetivas de ejercerlo.

Es obvio, por ejemplo, que las clases dominantes hubieran preferido que no se creara en las urbes una situación de masas como la descrita, a fin de seguir aplicando fórmulas más cómodas de dominación política, a través de los partidos “clásicos” y el mecanismo del fraude. Pero, una vez que el proceso de urbanización se aceleró, sin que nada pudieran hacer esas clases para frenarlo, no les quedaba más remedio que adaptarse a la nueva situación dentro de la cual el caudillismo populista era el mal menor.

Resulta evidente, asimismo, que dichas clases han visto con alarma la elevación periódica de la temperatura política del país, inquietándose, incluso, por el “desfogue” psicológico que Velasco ha desatado en las masas portadoras de malestar social. Pero ya que tal malestar existía independientemente de la presencia de Velasco, la *mise à mort* simbólica de la oligarquía por parte del caudillo era preferible a una *mise à mort* real.

Igual cosa ha sucedido en lo que se refiere al gobierno y la administración del país. Los grupos dominantes no han dejado de

protestar por la falta de una política económica “clara” (entiéndase: desarrollista) de Velasco; mas cabe preguntar si esa misma ambigüedad no habrá sido políticamente rentable para ellos, en la medida en que también para el pueblo presentaba una faz ambigua capaz de alimentar ilusiones de transformación. Habida cuenta de que el desarrollismo, como todo proyecto de dominación, sólo es viable en determinadas condiciones económicas, sociales y políticas, que en el Ecuador no se han dado sino en contados momentos (durante la administración Plaza, o en la época del auge petrolero, por ejemplo), puede afirmarse que en realidad la burguesía no ha renunciado a él en favor de la política “intuitiva” de Velasco, sino que ha tenido que allanarse ante situaciones concretas, en las cuales aquel proyecto resultaba inaplicable.

En fin, es indiscutible que tanto la burguesía liberal como los terratenientes conservadores habrían preferido gobernar directamente, sin la mediación de un veleidoso caudillo. Pero a falta de un “consenso” para sus partidos y ante la dificultad de superar sus propias contradicciones, les era preferible permitir que gobernase un tercero, que presentaba ventajas tan evidentes como la de haber dado garantías contra las “hambrientas fauces de la demagogia (que pretenden) suprimir la propiedad particular, única creencia real de la burguesía del Ecuador”,¹¹ de haberse proclamado liberal al mismo tiempo que cristiano y de ser popular entre los sectores más pobres e insumisos de la población urbana. Serrano amado por el subproletariado de la Costa, Velasco hasta resultó una fórmula ideal para superar la oposición “regionalista”.

Por eso Velasco, a pesar de haber representado con acertada intuición y habilidad los intereses de la dominación en su conjunto, ha mantenido tensas relaciones con cada uno de los grupos hegemónicos en particular. Plenamente, el velasquismo sólo ha satisfecho las aspiraciones del sector especulador de la burguesía, es decir, de esa especie de *lumpen* que trafica con divisas,

¹¹ José María Velasco Ibarra, *Democracia y constitucionalismo*, Quito, s.e., 1929, p. 292.

artículos de primera necesidad, etc., o saca tajada de los célebres negociados, al amparo, precisamente, del “caos” velasquista. Es este sector el que ha “financiado” las campañas electorales de Velasco Ibarra.

RELACIONES CON LAS CLASES MEDIAS

Las relaciones de Velasco con las clases medias también revisten cierta complejidad. De una parte, Velasco ha contado con el apoyo de algunos sectores de ellas, como es el caso de los choferes, cuya fidelidad al caudillo ha sido uno de los fenómenos más notables de las últimas décadas; y, en menor grado, de los pequeños y medianos comerciantes y artesanos, cuando estos últimos han logrado escapar al control tradicional de los terratenientes y el clero.

Poco interesados en la realización de cambios estructurales, aunque insatisfechos con la dominación oligárquica, estos trabajadores por cuenta propia¹² (*pequeña burguesía* propiamente dicha), han encontrado beneficiosa la política populista de construir escuelas, dispensarios médicos, carreteras, etc. Y, dada su extracción generalmente “mestiza”, han visto en el velasquismo una manera de desafiar simbólicamente a una sociedad aristocratizante en muchos aspectos, que antes los despreciaba en forma abierta. El caudillo les ha devuelto, como él diría, el sentido de su “dignidad humana”.

No hay sino que revisar los discursos de Velasco Ibarra para comprobar hasta qué nivel de demagogia ha llegado esta “curación por el espíritu”: “¡Vuestra profesión es tan sublime! ¡Cuántas veces he pensado si hubiera sido chofer! Por eso, porque vuestra profesión es tan sublime, tiene tanto de sublimidad, por eso vuestra alma es tan independiente y tan libre”,¹³ dirá a los

¹² Entre nuestros choferes predomina la situación y la mentalidad (la aspiración) de trabajador-propietario de vehículo.

¹³ Discurso del 19 de marzo de 1955. Palabras que no dejan de recordar estas otras, dirigidas al cuerpo de aviadores: “La aviación es lo más excelso de la especie humana. Es el hombre en busca de la aventura, es el ser que se desprende de la

choferes. Y hasta les inculcará un ideológico sentido de “grandeza”, alentando sus tendencias individualistas derivadas de la experiencia concreta de un trabajo que no se efectúa en equipo (“Ésa es la psicología del chofer: el hombre individual, el hombre solo, el hombre técnicamente solo, amigo del viento”, etc.); y sugiriéndoles insidiosamente que, por lo mismo, son muy superiores a la clase obrera: a “esos pobres hombres [que] no son personas, esos pobres hombres [que] a duras penas son un cuarto de ser individual, un décimo de ser individual...”.

A estos sectores, Velasco los ha redimido, pues, psicológicamente, del doble pecado original de ser trabajadores manuales y ser mestizos, lo cual ha servido de complemento de su integración técnica y económica en la sociedad “moderna”, en algunos casos (pensamos en los choferes, por ejemplo), o de sustituto funcional de ésta, en otros (el caso de los artesanos, por ejemplo).

En cambio, las relaciones de Velasco con la *clase media* propiamente dicha (intelectuales y tecnoburocracia) han sido sumamente tirantes. La misma coyuntura en que nació el velasquismo explica, siquiera parcialmente, este fenómeno; pues el caudillo se irguió sobre los escombros del reformismo “juliano”, inspirado por esa clase. De suerte que ésta ha tenido la impresión de que Velasco le había arrebatado el liderazgo político al que creía tener derecho, en el momento mismo en que el grupo empezaba a adquirir personalidad y peso político.

Por lo demás, el caudillo ha manifestado siempre y sin tapujos su desprecio por los intelectuales ecuatorianos:

Esclavos del último libro europeo, de la última revista, de la última mala traducción, nuestro anhelo es ostentar erudición, datos y cifras. Incapaces de crear nada, hemos sido ineptos para enseñar a los niños a reflexionar y a meditar poco a poco por cuenta propia.

vulgaridad de la tierra para comulgar con la pureza del cielo, y luego purificar la tierra, después de haber recibido la comunión de lo infinito”. Citado por el capitán John Maldonado en *Taura: lo que no se ha dicho*, Quito, El Conejo, 1988, p. 25.

Dice, por ejemplo, a los educadores; y a cierto periodista y escritor no vacila en recordarle que “no hace falta que un mestizo ecuatoriano escriba largos estudios sobre Cervantes, Lope de Vega y Hurtado de Mendoza, si pensadores españoles verdaderamente doctos y eruditos han profundizado doctamente estos temas”.¹⁴

Nuestra *intelligentsia* de clase media, que es la aludida con el término “mestizo”, ha sido tanto más sensible a este tipo de ataques cuanto que se trataba de un grupo poco seguro de sí, dada su reciente formación (intelectuales de extracción popular en su mayoría, promovidos a raíz de la revolución liberal). Y como ya se habían “redimido” de su condición de “mestizos” gracias al trabajo intelectual y a la ideología del mestizaje como “esencia” de nuestra cultura, Velasco ni siquiera les fue útil en el sentido en que lo fue para el grupo antes analizado. Al contrario, les resultó perjudicial en la medida en que el populismo velasquista ensanchaba la brecha entre las “ideologías de los doctores” y la idiosincrasia popular.

Tampoco es difícil descubrir, en los textos transcritos arriba, el menosprecio del letrado tradicional que es Velasco, por el intelectual mestizo recién promovido. Las mismas frases del caudillo en el sentido de que “el indio del campo no hace males. Alimenta al país con su trabajo. En cambio el indio de las ciudades es sumamente peligroso. Ha leído libros”, etc.,¹⁵ no atestiguan su desprecio al pueblo, como han dicho sus contrincantes, sino su aversión, ella sí evidente, a la nueva clase intelectual del país. Aversión acentuada en la medida en que con defectos y todo, ese grupo ha intentado por lo menos pensar por sí mismo y afirmar su independencia, cosa inadmisibles para un caudillo que jamás ha admirado en los demás otra virtud que la fidelidad para con él.

De otra parte, es necesario recalcar que, para la tecnoburocracia, el “caos” velasquista ha constituido una constante pesadilla.

¹⁴ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, Quito, Editorial Moderna, pp. 39 y 133.

¹⁵ *Ibid.*, p. 156.

La remoción periódica e indiscriminada de empleados públicos,¹⁶ los caprichos imprevisibles que determinan las sanciones y los ascensos, la poca confianza del caudillo en la burocracia y en los “consejos” técnicos, han mantenido en permanente zozobra a este sector.

Por ello, en la medida en que la tecnoburocracia ha mejorado su situación (a raíz del *boom* del banano sobre todo), su antivelasquismo no ha hecho más que aumentar. Anhelosa de alcanzar un estatus de seguridad, en el año 1960 prefirió sin duda la alternativa desarrollista propuesta por Galo Plaza; en 1963 le pareció más “sensato” un gobierno militar tecnocrático que el populismo equívoco del caudillo. Y en 1968, cuando los empleados públicos agrupados en federación estaban decididos a pasar de la tradicional actitud individualista-clientelista a una conducta clara de grupo organizado, el choque con Velasco se produjo de manera abierta.

Ello no obstante, el velasquismo ha sido útil para los desempleados de clase media, aspirantes a incrustarse en la burocracia por la vía del oportunismo. Gracias a sus célebres “barridas” de empleados, Velasco ha permitido a estos clientes incorporarse a la administración pública, creando así un mecanismo de curiosa “alternabilidad” burocrática que, a fin de cuentas, bien puede haber sido otro elemento de equilibrio, aunque sea precario, del sistema.

Todo ocurre, pues, como si en este nivel también el velasquismo funcionase como movimiento político de los “marginados”.

RELACIONES CON LAS ORGANIZACIONES DE IZQUIERDA

En cuanto a las relaciones políticas del caudillo con la izquierda cabe recalcar que, en teoría y como es obvio, tanto los comunistas como los socialistas y marxistas en general se han manifestado

¹⁶ Jaime Chávez Granja afirma que en 1960 “Se dio el caso del Ministerio del Tesoro en el que se impusieron más de dos mil cambios de empleados para satisfacer las frenéticas exigencias de los velasquistas”. En “Las experiencias políticas en los últimos diez años”, en *El Comercio*, Quito, 1 de enero de 1970.

siempre antivelasquistas y han combatido doctrinariamente al líder populista. Pero en la práctica, más de una vez lo han apoyado directa o indirectamente.

Esta flexibilidad se explicaría, naturalmente, por razones tácticas; mas lo curioso está en que también por este lado Velasco ha sacado ventaja casi permanente de su condición de mal menor. Así lo han considerado algunos sectores de izquierda, frente a alternativas de extrema derecha, como la de Camilo Ponce en 1968, o la prepotencia de la burguesía liberal, caso más frecuente aún (1940, 1944 y 1960).

De otra parte, es comprensible que un hombre de tanta popularidad haya tentado siempre a los partidos y grupos de izquierda. Entonces, o bien se ha justificado una alianza de hecho aduciendo razones como la de que ella no es con el líder sino con sus bases, bien arguyendo la posibilidad de “infiltración” o, simplemente, para no perder contacto con el pueblo. Lo cual ha sido, por supuesto, ilusión, la que ha aprovechado el caudillo para debilitar más aún a la izquierda.

Algunos sectores revolucionarios no han dejado de alimentar la esperanza de que el “caos” velasquista agravara las contradicciones del sistema y creara así una coyuntura favorable a la revolución; y ha existido la convicción de que Velasco, con su demagogia, contribuye a elevar la eferescencia social, o que su falta de planes coherentes de gobierno es preferible al desarrollismo y al reformismo. En fin, no han faltado sectores de izquierda que, proyectando sus anhelos sobre la ambigüedad ideológica de este político dispuesto, según él, a acoger “los enunciados aceptables del comunismo”, han creído que con Velasco se puede avanzar, al menos, por el camino del reformismo y el nacionalismo.

Actitudes muchas veces contradictorias entre sí, que no hacen más que revelar la desorientación y diversidad de posiciones concretas dentro de la izquierda ecuatoriana.

LAS CAÍDAS DEL CAUDILLO

El hecho de que Velasco-candidato y Velasco-gobernante se mueven en órbitas distintas da cuenta del fenómeno aparentemente

insólito de que el ídolo de las multitudes haya sido derrocado tantas veces, con relativa facilidad y sin que nada hicieran sus partidarios para defenderlo.

Además, su misma ambigüedad doctrinaria y programática, tan útil durante el período electoral ya que permite aglutinar a los elementos más heterogéneos en torno de un ideal abstracto en el que cada uno proyecta sus esperanzas e intereses, se vuelve contra el caudillo cuando está gobernando.

Para comenzar, la base propiamente popular se desintegra después del “triumfo” por falta de organización y metas concretas del subproletariado. El mismo Velasco escribió, después de su primera caída: “Ningún presidente se mantiene si, fuera de los elementos burocráticos, no está apoyado por algún grupo social coherente, conocedor del ideal y del sendero”.¹⁷

En segundo lugar, el oportunismo no tarda en aparecer, sobre todo en los sectores medios que lo han apoyado. Aun refiriéndose a las bases aldeanas de Velasco, el informe del CIDA, ya citado, hace notar con razón que, “en buena parte, al basar su apoyo en este tipo de sectores (que poseen una actitud evidentemente oportunista, poco clara y con una visión sólo inmediata de sus perspectivas), sus mismas posibilidades de mantenerse en el poder se han visto amargadas”.¹⁸

Por fin, llega una fase en que Velasco queda enfrentado ya no a “su” pueblo, sino a los grupos organizados de la sociedad.

La primera parte de sus administraciones ha sido siempre, por eso, un momento incoloro, pero de gran expectación. Todos le solicitan definirse y ejercen presión para llevar el agua a su molino. Al principio el caudillo resiste, tratando de mantenerse “por encima de los intereses particulares, clasistas o partidistas”. Busca la “unidad de todos los ecuatorianos” y procura mantener, verbalmente, una línea política suficientemente equívoca como para que ni las oligarquías se alarmen ni el pueblo se desilusione.

¹⁷ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, op. cit., p. 192.

¹⁸ Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, *Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola: Ecuador*, op. cit., p. 487.

Pero nadie queda satisfecho con esto. Las presiones aumentan y la situación empieza a deteriorarse en todos los órdenes cuando, cansados de las palabras, algunos grupos organizados, como los sindicatos, toman actitudes de hecho, y los sectores hegemónicos, exasperados por lo que consideran indecisiones y veleidades del caudillo, le lanzan el ultimátum.

Velasco tiene entonces que descender del Olimpo y decidirse por uno de los contendores. Termina por pactar abiertamente, sea con los conservadores, sea con los liberales (en todo caso con algún sector hegemónico, pues Velasco nada tiene de revolucionario), o por apoyarse en el ejército y hasta tentar un golpe de Estado. Sólo que al hacerlo, lanza a la oposición no únicamente a los sectores organizados del pueblo, sino también a las fracciones de la clase dominante que no han entrado en el “pacto”.

La oposición de izquierda se hace presente a través de manifestaciones estudiantiles y huelgas obreras, y la tensión aumenta. La clase o fracción de clase con que el caudillo ha pactado evalúa entonces la situación: si Velasco, que ha sido aceptado como instrumento de manipulación del pueblo, pierde ese papel y se convierte más bien en el elemento “perturbador”, lo echan del poder y la clase dominante en su conjunto busca la solución más “cuerda”.

En cuanto al subproletariado —con el que el caudillo ha perdido entretanto contacto—, lo abandona con tanta mayor facilidad cuanto que el eco mesiánico del discurso velasquista de la fase electoral se ha diluido ya. Solo y desamparado, el “apóstol” de las multitudes tiene que resignarse a partir.

LOS “PLANES” DE GOBIERNO

Los intelectuales ecuatorianos han reprochado a Velasco su desconocimiento de las cuestiones económicas y hasta su menosprecio por ellas, en el aspecto técnico; y a partir de cierto momento las clases altas y medias lo han acusado de carecer de planes de gobierno, acusación fundada si lo que se reclama es un plan económico y social aparentemente coherente, en el sentido desarrollista del término.

Por su parte, el caudillo ha expresado abiertamente su desinterés por este tipo de planes, a los que ha opuesto su concepción *asistencialista* del gobierno:

Ir por calles y plazas y campos buscando dónde hay dolores que restañar, casas que construir, puentes que levantar, abismos que cerrar, viviendas, amigos, servicios de asistencia social en todas las escuelas, médicos y libros en todo establecimiento agrario... eso es la conciencia nacional que todos debemos tener.¹⁹

Asimismo, ha llamado la atención que Velasco, en sus últimas campañas, ni siquiera mentara el tema tan en boga de las llamadas “reformas estructurales”.

A pesar de todo esto, el pueblo no ha visto pecado en ello y lo ha elegido en cinco ocasiones. En tal hecho, que a muchos llena de asombro y a no pocos de indignación, nosotros no hallamos misterio alguno. Por el contrario, encontramos estricta correspondencia entre la concepción meramente asistencialista de gobierno que posee Velasco y las aspiraciones *inmediatas* de su base social. En efecto, qué puede ser más atractivo y palpable para el subproletariado que lo sigue: ¿una concepción global y armónica del Desarrollo Económico, con mayúsculas, o la promesa de construir obras y ampliar servicios tales como la vivienda, la educación o la atención médica?

Es comprensible que para las poblaciones “marginales” que viven en la más absoluta miseria y abandono, la posibilidad de encontrar trabajo en las obras por construirse o de contar con ciertos servicios haya sido más tangible que un abstracto plan desarrollista que, por lo demás, implica una visión a por lo menos mediano plazo, que no poseen esos grupos sumidos en una situación de inmediatez. Y, como lo insinuáramos ya, ¿qué puede significar la promesa —aun la verdadera— de cambios estructurales para esos subproletarios cuya experiencia social concreta se realiza precisamente en la periferia de las situaciones estructurales básicas del sistema?

¹⁹ Discurso del 27 de marzo de 1960.

En cuanto a la aversión del caudillo por la técnica, ello corresponde, claro está, a su mentalidad de letrado tradicional. Pero lo que importa recalcar es que tal actitud ha encajado con la de las bases subproletarias, cuya actividad cotidiana está regida por la lógica del *bricolage*, antes que por las normas del trabajo técnico. Además, dichos sectores populares parecen haber intuido, no sin fundamento, que una “racionalización” capitalista de la sociedad ecuatoriana se haría necesariamente a sus expensas.

RURALIDAD Y CAUDILLISMO

Muchos de los aspectos aparentemente originales del velasquismo pueden explicarse teniendo en cuenta el origen rural o semirural de sus bases. Para comenzar, el propio fenómeno del *caudillismo* tiene, a nuestro juicio, raíces en ello.

Provenientes del campo o de la aldea, donde las instituciones y funciones tienden a encarnarse en los hombres concretos que las ejercen, mal cabía esperar que nuestros “marginados” se agruparan de inmediato en un partido y en torno a principios ideológicos, antes que alrededor de un caudillo con *carisma*. Al contrario, era normal que trasladaran a la urbe sus modelos de comportamiento sociopolítico (en este sentido, la urbanización del Ecuador ha implicado también un proceso de ruralización), y que tales modelos se conservasen en el nuevo contexto con tanta mayor fuerza cuanto menores eran las posibilidades objetivas de desarrollo doctrinario y organizativo.

Además, la propia ubicación socioeconómica del subproletariado, cuya experiencia cotidiana apenas sobrepasa el marco de las relaciones esencialmente primarias (vecindad, paisanaje, familia), parece haberse proyectado al terreno político en forma de caudillismo.

LA AMALGAMA IDEOLÓGICA

Repetidas veces, los intelectuales y políticos ecuatorianos han manifestado su asombro por el “caos” ideológico de Velasco

Ibarra, quien, ya en 1929, escribió que “en las entrañas de la sociedad guardadas están tendencias de las más diversas índoles” y que “entre esas tendencias no hay en el fondo contradicción”,²⁰ y pocos meses antes de ascender por primera vez a la presidencia ratificó que su “ideología es definida: liberal-individualista”, pero que “si el socialismo tiene cuestiones aceptables, benéficas, hay que tomarlas de allí. Si el conservadurismo posee algo que sea conveniente, no debe rechazarse. Ni excluirse tampoco las enunciaciones aceptables del comunismo”.²¹

Fiel a estos propósitos, Velasco no ha tenido reparos en seguir proclamándose liberal a la par que católico, y hasta en poner de relieve su admiración por el socialismo: “He aquí, señores, lo que es el velasquismo: una doctrina liberal, una doctrina cristiana, una doctrina del socialismo”, ratificó en su discurso del 23 de noviembre de 1960. Ahora bien, lo asombroso no es que la mente individual de Velasco haya llegado a fabricar tal amalgama, sino el hecho social, él sí inquietante, de que esa mixtura ideológica haya tenido tanto éxito.

Para comprender cómo pudo ocurrir este fenómeno es necesario partir de una constatación fundamental: la de que América Latina, y en este caso particular el Ecuador, es una sociedad dependiente, cuya superestructura ideológica se caracteriza, por una parte, por su origen “exótico” (en el sentido de que no ha nacido enteramente en la formación histórico-social latinoamericana) y, por otra parte, por la tensión permanente que supone la necesidad de adaptación de esos elementos ideológicos a la realidad particular de América Latina. Ello determina, en primer término, un relajamiento de la cohesión interna de las ideologías teóricas (o una redefinición, a veces total, de los elementos de las ideologías prácticas), así como la pérdida de muchas de las implicaciones o connotaciones que originariamente tuvieron en la formación social que las produjo. Examinemos algunos ejemplos.

²⁰ José María Velasco Ibarra, *Democracia y constitucionalismo*, op. cit., p. 1.

²¹ *El Comercio*, Quito, 3 de noviembre de 1933.

Arturo Uslar Pietri habla del carácter “aluvial” de la literatura hispanoamericana, en el sentido de que cada corriente se superpone a la anterior sin cancelarla:

En ella nada termina y nada está separado. Todo tiende a superponerse y a fundirse. Lo clásico con lo romántico, lo antiguo con lo moderno, lo popular con lo refinado, lo racional con lo mágico, lo tradicional con lo exótico. Su curso es como el de un río, que acumula y arrastra aguas, troncos, cuerpos y hojas de infinitas procedencias. El aluvial.²²

Por su parte, Walter Palm advierte un fenómeno semejante en nuestra arquitectura, al decir que “se habrá ganado mucho para el entendimiento de la historia del arte colonial hispánico cuando se llegue a aunar el concepto de la sucesión de estilos históricos con el de su coexistencia”.²³ Y, en el terreno de la filosofía, Augusto Salazar Brondy constata que “no es insólito encontrar los mismos filósofos europeos acogidos como mentores doctrinarios a la vez por escritores liberales y conservadores”, y cita el caso aberrante del bergsonismo, “que no sólo es acogido y exaltado por los sectores conservadores sino también por los liberales e incluso por los marxistas”.²⁴

¿Qué significa todo esto? Que, en suma, los “trasplantes” literarios, artísticos y filosóficos a América Latina se realizan en condiciones tales que hasta pierden el carácter negativo o exclusivo de algo, que tuvieron en su lugar de origen.

Una cosa similar sucede con las doctrinas políticas. Carentes de arraigo histórico suficiente en la sociedad concreta en que tienen que funcionar, devienen entidades equívocas, con reso-

²² Arturo Uslar Pietri, *Las nubes*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956, pp. 70-71. No aceptamos, por supuesto, las conclusiones que él extrae de esta constatación.

²³ Citado por Fernando Chueca Goitia, “Invariantes en la arquitectura hispanoamericana”, en *Revista de Occidente*, mayo de 1966, p. 259.

²⁴ Augusto Salazar Brondy, *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, México, Siglo XXI, 1968, pp. 19 y 22.

nancias existenciales sumamente vagas. Debilitadas en su rigor teórico, sin embargo, adquieren una impronta a veces importante en la población local.

Según el mayor o menor tiempo de afincamiento, llegan a introducir en el subconsciente colectivo ciertos modos de percepción de la realidad (el caso del catolicismo); a simbolizar determinadas aspiraciones (el ejemplo del liberalismo), o a despertar penosamente tendencias latentes (el caso de las doctrinas socialistas).

Velasco parece haber comprendido o al menos intuido estas evidencias y combinado sabiamente (en función de la dominación) los elementos ideológicos acumulados en nuestra sociedad. Del catolicismo ha tomado los modelos de percepción y los símbolos, que han devenido, respectivamente, la matriz ideológica y el repertorio semántico fundamental de su mensaje político; del liberalismo ha retenido una abstracta aspiración a la libertad y, del socialismo, un no menos abstracto anhelo de justicia social (del socialismo no científico, claro está). Reduciéndolos a principios equívocos, a sentimientos meramente formales, no ha tenido dificultad en volverlos compatibles. Después de todo, ¿por qué habrían de excluirse necesariamente un catolicismo definido como “bálsamo para los dolores e inextinguible luz en las tinieblas del humano destino”; un liberalismo que “se reduce” (sic) a “respetar la conciencia del hombre y su personalidad”, y un socialismo que no sería otra cosa que “un sentimiento de amor, de generosidad, de desprendimiento”, según Velasco Ibarra?²⁵

Si los mismos literatos, artistas y filósofos de América Latina, o sea, sus “élites” intelectuales, no han tenido reparos en amalgamar las corrientes y estilos más diversos, ¿con qué derecho reprochar al subproletariado ecuatoriano, que por primera vez intervenía en las contiendas “cívicas” organizadas por la burguesía, el que no haya encontrado contradicción en este sincretismo político elaborado con “lo mejor” y “más puro” de cada doctrina?

²⁵ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, op. cit., pp. 48 y 65.

EL ENFOQUE RELIGIOSO DE LOS PROBLEMAS POLÍTICOS

Suficientemente perspicaz para advertir que le tocaba actuar en un momento histórico en que el poder *institucional* de la Iglesia se debilitaba, Velasco no intentó, como los políticos del Partido Conservador, apoyarse en ese poder “temporal”, es decir, en el clero. Al contrario, se pronunció desde los comienzos de su carrera contra la intervención de éste en los asuntos del Estado.²⁶ Pero fue, asimismo, bastante sagaz para comprender que el secular proceso de colonización católico había dejado huellas ideológicas indelebles en nuestra población y que a ese nivel convenía actuar. Toda su astucia consistió, pues, en no recurrir al clérigo con hábitos, que poca autoridad ejercía ya sobre la población “marginal”, sobre todo de la Costa, sino más bien al clérigo invisible que subsistía en el “fuero interno” de este sector social.

Examínense con detenimiento los discursos de Velasco y se constatará que el caudillo jamás enfoca los problemas en términos sociopolíticos, sino desde un ángulo estrictamente religioso y moral. Aparte de sus múltiples afirmaciones en el sentido de que el problema del Ecuador es moral (cosa que no ha dejado de repetir durante cuarenta años de actividad política), su “doctrina” consiste en enfocar la problemática del país como resultado del enfrentamiento entre el “bien” y el “mal”. En 1929, invitó ya a los ecuatorianos a “consagrarse a la lucha contra el mal”;²⁷ en 1969, encontramos que no ha modificado un ápice de su visión:

Los filósofos persas explicaban la trágica agitación humana entre abismos lóbregos y alturas luminosas por la lucha entre el Mal, sustantivamente personificado, y el Bien, asimismo sustantivamente personificado. La batalla debía decidirse a favor del Bien gracias a la cooperación de los hombres. Tal vez esta versión metafísico-poética, como todo lo que es poesía, contenga muy grande verdad.²⁸

²⁶ *Ibid.*, pp. 25 y ss.

²⁷ José María Velasco Ibarra, *Democracia y constitucionalismo*, op. cit., p. 287.

²⁸ Mensaje al Congreso Nacional, 10 de agosto de 1969.

Que una visión como ésta, claramente religiosa, haya podido trasladarse al terreno político y ser acogida y aplaudida hasta el delirio por amplios sectores de la población, sólo se explica por el hecho de que éstos se encontraban fuertemente impregnados por los modelos católicos de percepción de la realidad, que han servido, incluso, para redefinir los “principios liberales y socialistas” incorporados a la amalgama velasquista.

Aun esa tendencia al rescate mítico-ritual que se observa claramente en la conducta del subproletariado ecuatoriano, sólo es comprensible a partir del ceremonial cristiano y su simbología.

Pensemos, por un momento, en lo que tales símbolos pueden representar para nuestros campesinos. En la “tierra” y el “cielo”, por ejemplo, como verdad y espejismo. Y que, entre los dos, la práctica religiosa se ofrece como mediadora. Es ella la que colma el vacío de la tierra arrebatada con la ilusión de una Tierra Prometida; la que diluye la imagen del amo rubicundo en la ascética figura del hombre-dios sufrido; la que, trastocando símbolos, articula míticamente el amor, el látigo y la sangre, en una especie de cruel, confusa poesía. Es ella la que convierte al blanco martirizador, en la ceremonia momentánea, en objeto de martirio; la que por medio del ritual salva la distancia entre la realidad y su ideología; la que de la palabra hace brotar el Verbo, encarnación del carisma. De este modo, el poder terrenal se justifica. Nace de la pasión, del sacrificio de los oprimidos. Gracias a una serie de mediaciones míticas, el sistema se rescata, se bautiza cada día.

Ésta es la escuela real y suprarreal en que han sido ideologizados los dominados del país durante tantos siglos. ¿Qué de raro, entonces, que ese modelo de “liberación” los haya guiado en sus primeros pines políticos, como subproletarios, y que en el mismo momento en que parecían desligados del sacerdote con hábitos haya reflatado en ellos el clérigo interiorizado?

Incapacitados para transformar la realidad, nuestros “marginados” se limitaron, pues, a exorcizarla con ceremonias y ritos religioso-políticos. Y eligieron como sumo sacerdote a un caudillo que fuera la contraimagen del amo aborrecido y que pareciera reunir, más bien, los atributos morales y hasta físicos del hombre ideal del cristianismo.

Por esto, se vuelve imprescindible decir algo siquiera sobre los aspectos mítico-simbólicos del velasquismo.

LOS CONTORNOS DEL MITO

De Velasco “profeta” y “apóstol” guardamos recuerdos muy precisos, que no pueden desprenderse del impresionante repiquetear de campanas que, mezclado a los ensordecedores vítores, constituyó el fondo sonoro de su triunfal arribo al Ecuador, en mayo de 1944. Magro y ascético, el caudillo elevaba sus brazos, como queriendo alcanzar igual altura que la de las campanas que lo recibían. Y en el momento culminante de la ceremonia, ya en el éxtasis, su rostro también, y sus ojos, su voz misma, apuntaban al cielo. Su tensión corporal tenía algo de crucifixión y todo el rito evocaba una pasión, en la que tanto las palabras como la *mise en scène* destacaban un sentido dramático, si es que no trágico, de la existencia. Comprendimos, entonces, que esas concentraciones populares eran verdaderas ceremonias mágico-religiosas y que el velasquismo, hasta cierto punto, era un fenómeno ideológico que desbordaba el campo estrictamente político.

En efecto, ¿no serán los detalles brevemente reseñados, indicios inequívocos de la explotación de una simbología de estirpe religiosa? ¿No será la figura distante y austera del mesiánico caudillo, el correlato de la del ascético Cristo en el subconsciente del subproletariado ecuatoriano? ¿No habrán identificado así, al Hombre, esas masas de ex campesinos desamparados que, como luego se verá, jamás exigieron a Velasco palmadas en la espalda ni sonrisas coquetas, sino únicamente que jugara a comprenderlas y a sufrir?

Velasco no ha sido solamente el “profeta” del subproletariado, más bien su sacerdote supremo. En 1933, él mismo escribió: “La profesión especial del clero [...] es elevar a los humildes indicándoles la trascendencia del racional destino”.²⁹ Tres dé-

²⁹ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, op. cit., p. 26.

cadavés más tarde, un periodista nos lo describe desempeñando estrictamente ese papel:

Hace pocos minutos yo había visto, en esa misma casa, llorar a sus partidarios. Él les había hablado con acento patético, crispando las manos. “La tierra es demasiado pequeña para el ser humano... Él viene del cielo. Vuela hacia el cielo”.³⁰

Indicarles “la trascendencia del racional destino”, he ahí la primera cosa que Velasco ha hecho con nuestros marginados. Ha sabido hablarles del “paso triunfante de tu dirección sublime hacia el insondable mar de lo bello, de lo integralmente justo y lo profundamente humano”,³¹ y estas frases huecas, demagógicas para otros sectores sociales, han impresionado a esta gente desamparada, ansiosa de sentirse integrada a la sociedad y de reivindicar aunque sólo fuera una abstracta “dignidad humana”. Rescate subjetivo, ideológico, pero de gran impacto entre aquellos olvidados que alguna vez declararon a un investigador que en Guayaquil no tenían más protección que la de Dios, la Virgen y “una señora del barrio Urdesa que regala plátanos”.³²

Por lo demás, y explotando el modelo “paternalista” de la religión y de las prácticas rurales tradicionales, Velasco ha procurado encarnar también el papel simbólico de padre de nuestros marginados. Declaraciones como la siguiente dejan poco lugar a dudas sobre el particular: “Usted es el padre de los pobres y los desamparados... y por tanto nuestro padre; de ahí que nuestras esposas lucharon por usted en la campaña electoral”.³³ Frases pronunciadas por un policía, en el momento en que Velasco desbarataba una huelga de éstos amonestándolos, precisamente, como un indignado padre.

³⁰ *El Tiempo*, Quito, 7 de agosto de 1966.

³¹ José María Velasco Ibarra, *Conciencia o barbarie*, op. cit., p. 53.

³² Javier Espinosa, *Aculturación de indígenas en la ciudad de Guayaquil*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1965, p. 22.

³³ *El Comercio*, Quito, 5 de enero de 1969.

Figura paternalista, pues, pero de padre chapado a la antigua. “Usted sonríe poco, ¿por qué?”, le preguntó un periodista. “Comprendo el dolor de los hombres”, contestó lacónicamente el entrevistado.³⁴ Y es cierto que, fiel al papel dramático que se ha impuesto desempeñar, el caudillo sonríe rara vez.

Ascético en sus costumbres, la iconografía popular lo ha consagrado como el hombre que no fuma ni ingiere licor. Severo en su vestir, ni siquiera el calor del trópico consiguió hacerle abandonar su traje oscuro en la reunión de presidentes americanos en Panamá, hace algunos años. “Magro y austero como un cura de aldea”, como lo retrató entonces la revista *O Cruzeiro*.

Su panegirista Raúl Touceda anota que “tanto en invierno como en verano —quién sabe por qué pudor personal— usa chaleco”.³⁵ Y mal podríamos imaginar a Velasco trivializándose a la manera norteamericana en sus campañas electorales. A sus partidarios les extiende, cuando más, su huesuda mano; del resto, se mantiene siempre distante, circunspecto, rodeado de un hábito de extracotidianidad. Un periodista llegó a afirmar, por esto, que es imposible suponer a Velasco en la silla de un lustrabotas o en el sillón de una peluquería.³⁶

En cuanto a la pobreza del “profeta”, ella también ha sido elevada a un plano mítico, o por lo menos colocada en el nivel de una leyenda que empieza con el relato de una anciana que aseguraba haberlo visto volver de su primer exilio con el mismo vestido con que partió, y termina con la afirmación del propio Velasco en el sentido de que, pese a su amor por las piezas trágicas y dramáticas, se privó de verlas en el Teatro Colón de Buenos Aires, debido al alto costo de las entradas.

Y sus turiferarios no dejan de insistir en detalles como éstos: que salió “desterrado a la República de Colombia sin un centavo en los bolsillos”, o que en 1947 “cae de nuevo del poder y lo

³⁴ *El Tiempo*, Quito, 7 de agosto de 1966.

³⁵ Raúl Touceda, *El velasquismo: una interpretación poética y un violento período de lucha*, op. cit., p. 16.

³⁶ Cfr. Luis Monsalve Pozo, “Introducción”, en *Estudios filosóficos de José Peralta*, Cuenca, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, 1961, p. 1.

expatrian a la Argentina en la misma insolvencia económica de antes”,³⁷ situación que le obliga a vender hasta sus medallas y condecoraciones.³⁸

Naturalmente, Velasco ha explotado al máximo esta leyenda. “Yo soy tan pobre como vosotros y quiero quedar siempre pobre, para no amar otra cosa que el ideal y el combate por el ideal”,³⁹ dirá y repetirá al pueblo, asegurándole: “No busco nada para mí. No busco el bienestar y el dinero. Quiero seguir siendo pobre para tener el alma revolucionaria”.⁴⁰

Cultiva, pues, una imagen de desapego y renuncia a los bienes de “este” mundo, y a su ascetismo físico y moral, de cuño evidentemente religioso, añade la garantía de una “naturaleza” inmutable, que lo abriga de cualquier contingencia social. “Yo no os he de traicionar moralmente. Es imposible por mi temperamento. En esto no hay mérito alguno, porque mi temperamento es así”,⁴¹ afirma, y en repetidas ocasiones ha manifestado que no puede dormir más de cuatro o cinco horas diarias, porque su “naturaleza” se lo impide.⁴²

Ser natural y no social, Velasco se yergue entonces, invulnerable, en el ciclo de su mitología. Ubicado en sitial tan alto, ni siquiera le son imputables las inmoralidades o errores cometidos durante sus administraciones: de tales debilidades “humanas” sólo pueden responder sus “malos” colaboradores.

En realidad, el único papel verdaderamente “profano”, de hombre de carne y hueso, que el pueblo haya atribuido a Velasco, es el de *doctorcito*. Es decir, el de letrado. Mas no cabe olvidar que tal papel está revestido en nuestro país de un contenido simbólico especial.

³⁷ Jorge Rivera Larrea, *Veinte y siete años de velasquismo*, Quito, Editorial Santo Domingo, 1960, pp. 24 y 16.

³⁸ Raúl Touceda, *El velasquismo: una interpretación poética y un violento período de lucha*, op. cit., p. 6.

³⁹ Discurso del 17 de noviembre de 1945.

⁴⁰ Discurso del 11 de julio de 1945.

⁴¹ *El Comercio*, Quito, 5 de agosto de 1944.

⁴² Cfr. *El Comercio*, Quito, 6 de junio de 1968, por ejemplo.

Los libros, las letras, la escritura se ofrecieron y se ofrecen al aborígen ecuatoriano como un componente importante de la magia extranjera. La Biblia del padre Valverde fue la magia negra que secretaba muerte. El misal, con sus efluvios esotéricos, sigue siendo un continente cargado de admoniciones, ilusión y misterio. El papel sellado, es un vaticinio siniestro.

Pero junto a esto existe también la magia blanca de las letras; la del Código del Trabajo o la Ley de Reforma Agraria, para citar dos ejemplos. Y es precisamente el “doctorcito” el encargado de convencer a la población dominada de que allí, entre tantos modernos jeroglíficos, está la Justicia.

Velasco ha desempeñado, pues, el papel de profeta, sacerdote y padre de nuestros subproletarios, y además el de su “abogado”. Ha sido la figura simbólica tutelar que les ha permitido tener la ilusión de incorporarse a una sociedad que los marginaba y que, después de cuarenta años de velasquismo, los sigue marginando. Ha sido, en suma, la máscara más sutilmente ideologizada de la dominación.

Aun el tan mentado “nacionalismo” de Velasco debe ser interpretado en este plano, ya que no ha consistido en una posición doctrinaria coherente, capaz de producir efectos objetivos. Apenas si es un abstracto sentimiento de orgullo “patrio”, ubicado, como lo confiesa el propio caudillo, en el “interior del hombre”.⁴³ Verbalismo demagógicamente rentable, sin embargo, en la medida en que ha contribuido a que el subproletariado tenga la sensación, ilusoria por cierto, de incorporarse a la “comunidad” nacional también por ese camino.

PARA CONCLUIR

He aquí los aspectos más relevantes del velasquismo, fenómeno que ha impuesto su marca aparentemente original a la política ecuatoriana durante los últimos cuarenta años. Como hemos tra-

⁴³ Discurso del 28 de mayo de 1945.

tado de demostrarlo a lo largo de este estudio, no es cuestión de un simple fenómeno de caudillismo, reductible a la personalidad del líder, sino de un hecho complejo, profundamente arraigado en la particularidad histórica de la formación social ecuatoriana.

Esta particularidad, claro está, debe ser definida en primer término por la situación de dependencia, sin la cual resulta imposible explicar un fenómeno político que, como el velasquismo, nace precisamente en el momento en que la gran crisis del sistema capitalista mundial sacude la frágil estructura de una sociedad articulada a él a través del sector agroexportador, predominante en la formación interna de nuestro país. Pero también cabe recalcar que aquella crisis, que de hecho implica un relajamiento temporal de los vínculos con la metrópoli, no significó para el Ecuador una oportunidad de iniciar el “despegue” industrial ni mucho menos, sino que tuvo por efecto la acentuación de ciertas contradicciones internas específicas, originadas en la profunda heterogeneidad estructural de la sociedad ecuatoriana.

Dada la importancia que aún seguía teniendo el modo de producción servil a nivel nacional, fueron las fuerzas sociales arraigadas en él las que resurgieron en el primer plano de la escena política al amparo de la crisis de 1929. Así que el velasquismo no nació como una fórmula de arbitraje entre burguesía industrial y oligarquía agroexportadora, ni como instrumento de manipulación del proletariado naciente, como parece ser el caso de los populismos argentino y brasileño, sino como una fórmula de “transacción” entre una burguesía agromercantil en crisis y una aristocracia terrateniente todavía poderosa y, en otro plano, como un medio de manipulación de unas masas predominantemente *subproletarias*. Después, el velasquismo continuó desarrollándose como factor de equilibrio precario entre los intereses de una clase dominante, en su conjunto débil y fraccionada hasta el extremo, a la vez que como expresión completa de aquel fenómeno de “marginalidad”, consecuencia inevitable, tanto de la crisis y avatares del modo de producción capitalista predominante, como de la conflictiva articulación de éste con la economía mundial y con los sectores precapitalistas nacionales. Por ello, aun a nivel

ideológico, el velasquismo representó una combinación de elementos estructurales heterogéneos, amalgamados al calor de una demagogia mistificadora.

Ligado a un momento preciso de nuestra historia, es natural, entonces, que el velasquismo entre en su zona crepuscular por razones que van más allá del agotamiento personal del caudillo.⁴⁴ Esta forma sutil de perpetuar al menor costo social las condiciones político-ideológicas de la dominación, agoniza no solamente en función de la elevación del nivel de conciencia de las masas, sino de la extinción histórica de la coyuntura que lo engendró.

⁴⁴ Velasco Ibarra falleció en Quito, el 30 de marzo de 1979, a la edad de 86 años.

PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA¹

La teoría de la dependencia, al menos en su vertiente de izquierda, que es la que aquí nos interesa analizar, nace marcada por una doble perspectiva sin la cual es imposible comprender sus principales supuestos y su tortuoso desarrollo. Por una parte, surge como una violenta impugnación de la sociología burguesa y sus interpretaciones del proceso histórico latinoamericano, oponiéndose a teorías como la del dualismo estructural, la del funcionalismo en todas sus variantes y, por supuesto, a las corrientes desarrollistas. Con esto cumple una positiva función *crítica*, sin la cual sería imposible siquiera imaginar la orientación actual de la sociología universitaria en América Latina. Por otra parte, emerge en conflicto con lo que a partir de cierto momento dará en llamarse el “marxismo tradicional”.

Ahora bien, toda la paradoja y gran parte de la originalidad de la teoría de la dependencia estriba, no obstante, en una suerte de cruzamientos de perspectivas que determina que, mientras por un lado se critica a las corrientes burguesas desde un punto de vista cercano al marxista, por otro se critique al marxismo-leninismo

¹ Extraído de Agustín Cueva, *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, México, EDICOL, 1ª ed., 1979, pp. 15-39.

desde una óptica hartamente impregnada de desarrollismo y de concepciones provenientes de las ciencias sociales burguesas.

El debate sobre feudalismo y capitalismo en América Latina, que derramó mucha tinta y sembró no poca confusión teórica, es, sin duda, el ejemplo más claro, aunque no el único, de lo que venimos diciendo. Debate situado aparentemente *en el seno del marxismo*, es el que Gunder Frank y Luis Vitale² sostuvieron con la “izquierda tradicional”. Tiene éste, empero, la particularidad de que los autores se formulan tesis que sólo se vuelven comprensibles a condición de abandonar la teoría marxista.

En efecto, y siempre que uno haga caso omiso de *El capital* y se ubique de lleno en la óptica de la economía y la historiografía no marxistas, las aseveraciones de Frank y Vitale se tornan límpidas e irrefutables. Definido el capitalismo como economía monetaria y el feudalismo como economía de trueque o, en el mejor de los casos, como economía “abierta” y economía “cerrada”, respectivamente, pocas dudas caben de que el capitalismo se instaló plena y profundamente en América Latina no sólo desde su cuna sino desde su concepción, como llegó a decirse. Para demostrarlo, ni siquiera era menester realizar nuevas investigaciones históricas —y en efecto, nadie se tomó el trabajo de hacerlas—; bastaba retomar los materiales proporcionados por la historiografía existente y demostrar que en el período colonial hubo moneda y comercio. Se podía seguir, en suma, aunque no sin caricaturizarlo, un razonamiento análogo al que permite a Pirenne afirmar la existencia de capitalismo en la Edad Media, a partir del siglo XII por lo menos.³

Todo esto, envuelto en una especie de mesianismo cuya lógica política resulta, además, imposible de entender; a menos de to-

² Luis Vitale nunca formuló, desde luego, una teoría de la dependencia. Pero si trabajos suyos, como el titulado *América Latina: ¿feudal o capitalista?*, alcanzaron tanta difusión, es porque se inscribían dentro de una perspectiva teórica que ya empezaba a pensar nuestra problemática en términos izquierdistas pero que visiblemente se alejan de los del marxismo-leninismo.

³ Véase, por ejemplo, su *Historia económica y social de la Edad Media*, México, Fondo de Cultura Económica, 1969, pp. 119 y ss.

marla como lo que en realidad fue: una ilusión de intelectuales. Las que aparecían entonces como nuevas líneas revolucionarias en América Latina, esto es, el castrismo y el maoísmo,⁴ se habían constituido desde luego con mucha anterioridad al “descubrimiento” del carácter no feudal de la Colonia; y, en cuanto a la táctica de frentes populares que se quería impugnar, era obvio que no iba a derrumbarse con el solo retumbar de estas nuevas trompetas de Jericó. El frente que se formó en Francia en 1936, por ejemplo, no necesitó hablar de feudalismo para sustentarse.

Sea de ello lo que fuere, lo que importa destacar aquí es esta primera gran paradoja que envolverá a la teoría de la dependencia “desde su cuna”: la de constituirse como un “neomarxismo” al margen de Marx. Hecho que pesará mucho en toda la orientación de la sociología latinoamericana contemporánea y terminará por ubicar a dicha teoría en el callejón sin salida en el que actualmente se encuentra.

Esta situación ambigua debilitará incluso las críticas hechas a las teorías burguesas del desarrollo y el subdesarrollo, en la medida en que sus impugnadores permanecen, de una u otra manera, prisioneros de ellas. Es lo que ocurre con Gunder Frank, por ejemplo, quien en su ensayo *La sociología del desarrollo y el subdesarrollo de la sociología*, por lo demás muy meritorio, entabla una descomunal batalla con los discípulos de Parsons, destinada a saber dónde existen pautas más “universales” de comportamiento, si en los países desarrollados o en los subdesarrollados,⁵ embarcándose en una polémica barroca de la que ni siquiera es seguro que resulte vencedor. Después de todo, la mistificación de los parsonianos no radica en el hecho de encontrar en los paí-

⁴ Lo que en determinado momento se denominó “castrismo”, evolucionó en Cuba hacia un sólido marxismo-leninismo; en los demás países de América Latina el proceso fue más complejo. En cuanto al maoísmo, se ha convertido en la actualidad en la extrema izquierda del imperialismo. Las citas que aquí se hacen de trabajos de Mao deben tomarse como simples referencias teóricas, que jamás implicaron simpatía alguna por la política de Pekín (nota de 1979).

⁵ Véase *Desarrollo del subdesarrollo*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 1969, pp. 34 y ss.

ses subdesarrollados orientaciones de conducta, que en realidad pueden darse en áreas donde el modo de producción capitalista aún no se ha desarrollado suficientemente; sino en sustituir el análisis de las estructuras por el de sus efectos más superficiales y presentar a éstos como las determinaciones últimas del devenir social.

El mismo debate sobre el *dualismo estructural*, tesis burguesa que en realidad era menester impugnar, parece desembocar a menudo en la simple recreación de un dualismo de signos invertidos, en el que el planteamiento, y por lo tanto los elementos básicos del análisis, no cambian, sino sólo su papel. En las *Siete tesis equivocadas sobre América Latina* de Rodolfo Stavenhagen, por ejemplo,⁶ los sectores “tradicional” y “moderno” siguen presentes como unidades analíticas fundamentales, con la única diferencia de que ahora ya no es el sector “tradicional” el causante del atraso sino más bien el sector “moderno”. Por eso, la misma teoría del *colonialismo interno*, al menos tal como es presentada en las *Siete tesis...*, dificulta el análisis de clase en vez de facilitararlo; conduciendo, además, a conclusiones sumamente cuestionables como aquella de la séptima tesis, en donde se formula la inviabilidad de la alianza obrero-campesina en Latinoamérica, aduciendo que “la clase obrera urbana de nuestros países también se beneficia con la situación de colonialismo interno”. El propio autor parece haber sentido las limitaciones de este tipo de enfoque, por lo que reformulará posteriormente su tesis del colonialismo interno en términos de combinación de modos de producción,⁷ retomando de esta manera uno de los conceptos centrales del marxismo clásico, que en las *Siete tesis...* aparecía más bien catalogado como una sofisticada variante del dualismo estructural.

⁶ Stavenhagen no formula en rigor una teoría de la dependencia y, lo que es más, se aparta del horizonte teórico de ésta en sus trabajos más amplios. Pero las *Siete tesis* se escriben indudablemente bajo la influencia de los autores dependentistas y constituyen en cierta medida el manifiesto de toda una generación.

⁷ Véase su intervención en el seminario sobre clases sociales realizado en Oaxaca en 1971, reproducida en *Las clases sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1973, pp. 280-281.

De todas maneras, hay en este trabajo de Stavenhagen, y sobre todo en los de Frank, la presencia de un esquema en el cual la explotación, y por tanto las contradicciones de clases, son reemplazadas por un sistema *indeterminado* de contradicciones nacionales y regionales que, justamente por su indeterminación, no deja de plantear serios problemas desde un punto de vista estrictamente marxista. A este respecto, antes que preguntarse si el modelo frankiano, por ejemplo, es compatible o no con un análisis de clase, resulta importante constatar que en ensayos como el titulado *Chile: el desarrollo del subdesarrollo*, la lucha de clases está simplemente ausente, pese a que en dicho país, hasta donde sabemos, la historia no parece ser muy pobre en este aspecto.

Este desplazamiento que convierte a los países y regiones en unidades últimas e irreductibles del análisis, es el que confiere, además, un tinte marcadamente *nacionalista* a la teoría de la dependencia, y no porque la contradicción entre países dependientes y estados imperialistas no se dé históricamente, cosa que sería absurdo negar, sino porque un inadecuado manejo de la dialéctica impide ubicar el problema en el nivel teórico que le corresponde: esto es, como una contradicción derivada de otra mayor, la de clases, y que sólo en determinadas condiciones puede pasar a ocupar el papel principal. Si no nos equivocamos, el único texto en que se aborda este problema de manera sistemática e inequívoca es *Imperialismo y capitalismo de Estado*, de Aníbal Quijano;⁸ pero no se olvide que tal escrito data de 1972, cuando ya los cimientos de la teoría de la dependencia están bastante resquebrajados y el propio Quijano se encuentra, a nuestro juicio, más cerca del marxismo a secas que de aquella corriente.

Y no es únicamente en estos puntos, de por sí importantes, que los nuevos modelos de análisis cojean. Antidesarrollista y todo lo que se quiera, la teoría de la dependencia sigue moviéndose, *de hecho*, dentro del campo problemático impuesto por la corriente desarrollista e incluso atrapada en su perspectiva economicista. Ocurre como si el neomarxismo latinoamericano, al

⁸ Revista *Sociedad y política*, No. 1, Lima, junio de 1972, p. 5.

polemizar con sus adversarios, hubiera olvidado o desconocido la tajante advertencia de Marx en *La ideología alemana*: “No es sólo en las respuestas, sino en las preguntas mismas, donde ya hay una mistificación”.

En efecto, la pregunta que se hicieron los desarrollistas al comenzar la década de los sesenta venía ya cargada de ideología, no sólo porque al indagar cuáles eran los escollos para un “desarrollo económico-social acelerado y armónico” de nuestros países, escamoteaban la cuestión central (*explotación de clase*) y reducían la problemática a la del simple *desarrollo indeterminado de las fuerzas productivas*, imponiendo así una perspectiva economicista; sino también porque, de hecho, tal pregunta involucraba la aceptación de que es posible alcanzar un desarrollo de este tipo —equilibrado, armonioso, sin depresiones ni crisis—, bajo el sistema capitalista. Así y todo, la pregunta tenía un sentido y una coherencia, que le eran dados precisamente por la ideología de clase en que se sustentaba. En cambio, ¿qué sentido podría tener para un marxista formularse las mismas preguntas, sin antes desmontar y rehacer toda esta problemática? ¿De qué desarrollo frustrado o frenado se estaba hablando en este caso?

Frank encontró, desde luego, una fórmula mágica, la del “desarrollo del subdesarrollo”, que entre otros supuestos implicaba el de la “continuidad en el cambio”, que Theotonio dos Santos no tardó en señalar, con razón, como una concepción adialéctica.⁹ En realidad, se trataba de un mito, tal vez no del eterno retorno, pero sí de la eterna identidad, que, en lugar de introducir una dimensión histórica en el análisis, suprimía la historia de una sola plumada. Pero aun así Frank tuvo que recurrir a sutiles acrobacias verbales para apuntalar una teoría en la que la retórica ocupaba visiblemente las lagunas dejadas por la dialéctica:

⁹ “El capitalismo colonial según André Gunder Frank”, en Theotonio dos Santos, *Dependencia y cambio social*, Cuadernos de Estudios Socioeconómicos, No. 11, Universidad de Chile, CESO, 1970, pp. 151 y ss.

Al extender esta vieja tesis sobre las regiones más colonializadas y explotadas, para comprender no sólo Latinoamérica sino Asia y África también; y, al denominarlas “ultrasubdesarrolladas” en mi exposición en Caracas, los compañeros Francisco Mieres y Héctor Silva Michelena objetaron que, conforme a mi “teoría”, el ultrasubdesarrollo debería darse no en aquellas regiones anteriormente más colonizadas, sino en las actualmente más colonizadas, y que, de hecho, según Silva, el país que sufre más ultrasubdesarrollo en América Latina es Venezuela. La objeción teórica me pareció correcta y, también, la evaluación del ultrasubdesarrollo venezolano a causa de la ultraexplotación del *boom* de exportación de petróleo. Acordamos denominar, muy provisionalmente, este último como un desarrollo “activo” del ultrasubdesarrollo y buscar otra palabra conceptual para el estado “pasivo” del ultrasub (¿o lumpen?) desarrollo de aquellas regiones de exportación de etapas anteriores del desarrollo capitalista mundial.¹⁰

En un plano ya más serio, el propio Theotonio dos Santos entabló una polémica con Lenin, que resulta interesante reconstituir para ver hasta qué punto la teoría de la dependencia y el marxismo-leninismo se movían en órbitas aparentemente muy cercanas, pero en el fondo harto distintas. Nos referimos a aquel texto en que Dos Santos afirma que “la dependencia, conceptualándola y estudiando su mecanismo y su legalidad histórica, significa no sólo ampliar la teoría del imperialismo sino también contribuir a su reformulación”.¹¹

¿De qué reformulación se trata exactamente? Según Theotonio dos Santos, de

[...] algunos equívocos en que incurrió Lenin, al interpretar en forma superficial ciertas tendencias de su época. Lenin esperaba que la evolución de las relaciones imperialistas conducirían a un para-

¹⁰ André Gunder Frank, *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, Santiago, Prensa Latinoamericana S.A., 1970, p. 37.

¹¹ Theotonio dos Santos, *Dependencia y cambio social*, *op. cit.*, pp. 41-42.

sitismo en las economías centrales y su consecuente estancamiento y, por otro lado, creía que los capitales invertidos en el exterior por los centros imperialistas llevarían al crecimiento económico de los países atrasados.

Al respecto, Lenin dice textualmente lo siguiente:

La exportación del capital influye sobre el desarrollo del capitalismo en los países en que aquél es invertido, acelerándolo extraordinariamente. Si, por este motivo, dicha exportación puede, hasta cierto punto, ocasionar un cierto estancamiento del desarrollo en los países exportadores, esto se puede producir únicamente a costa de la extensión y del ahondamiento del capitalismo en todo el mundo.¹²

Afirmación errónea, a juicio de Dos Santos, porque:

En primer lugar, Lenin no estudió los efectos de la exportación de capital sobre las economías de los países atrasados. Si se hubiera ocupado del tema, hubiera visto que este capital se invertía en la modernización de la vieja estructura colonial exportadora y, por tanto, se aliaba a los factores que mantenían el atraso de estos países. Es decir, no se trataba de la inversión imperialista en general, sino de la inversión imperialista en un país dependiente. Este capital venía a reforzar los intereses de la oligarquía comercial exportadora, a pesar de que abría realmente una nueva etapa de la dependencia de dichos países.

Sí, pero no nos parece nada seguro que, de haberse Lenin ocupado del tema, hubiera modificado lo substancial de su afirmación, al menos en lo que a los países atrasados concierne, entre otras razones, porque Lenin no dice lo que Theotonio dos Santos le atribuye. En el resumen que éste hace de la tesis de aquél

¹² Vladimir I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1972, p. 80.

hay una diferencia terminológica que, en el fondo, remite a una diferencia de conceptos y universos teóricos que es el origen de todo el malentendido: Lenin no afirma, en ningún momento, que las exportaciones de capital “llevarán al *crecimiento económico* de los países más atrasados”, sino que dichas inversiones producirán en estos países un acelerado *desarrollo del capitalismo* que significará, a la postre, una extensión y ahondamiento de dicho modo de producción en escala mundial. Ahora bien, decir que desde 1916, fecha en que Lenin redactó dicho texto, hasta 1969, en que Dos Santos escribe el suyo, no ha habido una extensión y un ahondamiento del capitalismo en América Latina, con desarrollo de las fuerzas productivas inclusive, es lisa y llanamente insostenible. ¿Qué ha ocurrido, si no, en nuestros países?

Que este desarrollo ha sido desigual y crítico en el sistema en su conjunto y en los países subdesarrollados en particular, así como la causa de la pauperización relativa y, a veces, absoluta de las masas trabajadoras, es un hecho que está fuera de duda; pero no debemos olvidar que, para Lenin, ello forma parte del concepto mismo de *desarrollo del capitalismo*, que, por lo tanto, no es equivalente a la expresión ideológica *crecimiento económico*. De no darse esas desigualdades y esa pauperización, anota Lenin en el mismo texto: “El capitalismo dejaría de ser capitalismo, pues el desarrollo desigual y el nivel de vida de las masas semihambrientas son las condiciones y las premisas básicas, inevitables, de este modo de producción”.¹³

Lo que sucede es que Dos Santos se ubica en una perspectiva diferente, que involucra necesariamente la idea de que, *a no ser por la dependencia*, América Latina hubiera tenido un desarrollo mucho más acelerado y armonioso del que en realidad tuvo. Admite que hubo una “modernización”, pero ella misma es reconceptualizada como elemento de perpetuación del atraso, en la medida en que éste no es definido en relación con una situación existente en el momento dado, sino en relación con una situación virtual: el desarrollo independiente del capitalismo en América Latina.

¹³ *Ibid.*, p. 77.

Y es que, de hecho, en los autores de la teoría de la dependencia existe, en mayor o menor grado, una suerte de nostalgia del desarrollo capitalista autónomo frustrado; esto es, justamente lo que confiere a su discurso un permanente hábito ideológico nacionalista y determina que *la dependencia* se erija en dimensión omnímoda cuando no única del análisis. Lo que no quiere decir —y esto hay que dejarlo bien sentado— que ellos hayan propugnado el desarrollo capitalista autónomo como panacea para nuestros males: mientras para el nacionalismo reformista este tipo de desarrollo seguía presentándose como el camino más expedito hacia la Tierra Prometida, para el nacionalismo revolucionario ya no era más que un paraíso irremisiblemente perdido:

Pero al aislar a su país, no de toda relación, sino de la dependencia extranjera [escribe Gunder Frank], los gobiernos del Doctor Francia y sus sucesores, los López, lograron un desarrollo nacional estilo bismarkiano o bonapartista como ningún otro país latinoamericano de la época. Construyeron un ferrocarril con capital propio; desarrollaron industrias nacionales y contrataron técnicos extranjeros —pero sin admitir inversiones— como lo harían los japoneses, décadas más tarde; establecieron la educación primaria fiscal y gratuita, casi eliminando —según testigos contemporáneos— el analfabetismo; y, es más, expropiaron a los grandes latifundistas y comerciantes, en beneficio del régimen más popular de América, con apoyo de los indígenas guaraníes. Cuando esta política “americana” —que, por cierto, también devino expansionista a mediados del siglo— tropezó con las ambiciones del “partido europeo” en Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y en la propia Europa, la Guerra de la Triple Alianza venció a la nación paraguaya y diezmó hasta 6/7 de su población masculina. Luego, el Paraguay también se abrió a la “civilización”.¹⁴

Nostalgia del capitalismo nacional perdido que no deja de ser, por lo menos, paradójica si se piensa que este texto fue escrito

¹⁴ André Gunder Frank, *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, op. cit., pp. 72-73.

en el momento en que el futuro socialista estaba ya instalado en América, con la Revolución Cubana como bandera.

La presencia de este trasfondo desarrollista o nacionalista no anula, por supuesto, la validez de muchos análisis concretos, ni resta mérito a investigaciones como la del propio Theotonio dos Santos en *El nuevo carácter de la dependencia*, hito notable en el desarrollo de nuestra sociología, que sólo citamos a título de ejemplo, ya que no es nuestra intención repartir premios y castigos ni hacer historia, sino solamente señalar, con la mayor franqueza y precisión, algunos puntos de discrepancia con respecto a la corriente sociológica más vigorosa y difundida en la última década.

Entre los problemas que esta corriente presenta está, naturalmente, el derivado del uso totalitario de los conceptos *dependencia* y *dependiente*, cuyos límites de pertinencia teórica jamás han logrado ser definidos y cuya insuficiencia teórica es notoria, sobre todo cuando se trata de elaborar vastos esquemas de interpretación del desarrollo histórico de América Latina.

Que este desarrollo, en el siglo XIX, por ejemplo, resulta absolutamente inexplicable si no se toma en cuenta la articulación de nuestras sociedades a la economía mundial, es algo que está fuera de toda duda, como lo está también la enorme contribución que para el conocimiento de este problema han realizado los estudios sobre dependencia. Admitido lo cual, uno no puede dejar de constatar, sin embargo, las claras insuficiencias explicativas del concepto *dependencia*, sobre todo cuando se dejan de lado conceptos básicos como: *fuerzas productivas, relaciones sociales de producción, clases y lucha de clases*; o bien, se los reemplaza por categorías tan ambiguas como: *expansión hacia fuera, colonias de explotación o de población, grupos tradicionales y modernos, integración social*, etcétera.

Tenemos naturalmente en mentes el libro *Desarrollo y dependencia en América Latina*, de Cardoso y Faletto, cuyas tesis generales se vuelven incluso difíciles, si es que no imposibles de organizar y discutir, en la medida en que todo el discurso teórico de los autores parece remitir constantemente a un doble código

y ser susceptible por lo tanto de dos lecturas: una marxista y otra desarrollista, según que uno acentúe tal o cual afirmación, ponga de relieve uno u otro concepto, o, simplemente, atribuya diferente significado a los términos tantas veces entrecomillados.

Pero si no nos fijamos ya en los ambiguos enunciados teóricos, sino que reflexionamos sobre los análisis históricos concretos, descubrimos de inmediato las lagunas dejadas por la no aplicación de conceptos fundamentales como los arriba señalados. Es lo que ocurre por ejemplo en el capítulo III del libro mencionado, intitulado “Las situaciones fundamentales en el período de reexpansión hacia fuera”, donde parecen escaparse muchos elementos sin los cuales se torna incomprensible la historia —incluso meramente económica— de los países latinoamericanos en ese período y aun más allá de él. Tales elementos son, entre otros, los siguientes:

Primero, el carácter básicamente precapitalista de América Latina al iniciarse ese período, lo que implica ya cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas y ciertas relaciones sociales de producción; es decir, una articulación concreta de modos de producción y, por lo tanto, de clase, que de alguna manera determinará la forma de articulación de nuestros países al capitalismo mundial, en un movimiento desde luego dialéctico.

Segundo, el proceso de acumulación originaria que en esas condiciones tenía que darse y se dio; no porque América Latina no hubiera contribuido desde antaño a la acumulación originaria en Europa, sino justamente por esto: porque su situación colonial le impidió realizar *internamente* dicho proceso.

Tercero, y lo que es más importante, toda la lucha de clases que ello implicó, aunque sólo fuese por hechos como el despojo bárbaro a los campesinos desde México hasta Chile, la confiscación de los bienes eclesiásticos y las revoluciones liberales en sí mismas, que no necesariamente fueron un juego de niños.

De estos hechos se hace caso omiso en el libro en cuestión, pese a que sin ellos resulta imposible entender la Revolución Mexicana, por ejemplo, sin la cual es incomprensible, a su vez, el ulterior desarrollo del capitalismo en México. De la misma ma-

nera que, sin hablar de los desembarcos y ocupaciones militares del Caribe y Centroamérica por las fuerzas imperialistas, cosa igualmente omitida en *Desarrollo y dependencia*, es absolutamente imposible explicarse el desarrollo de esta área, incluyendo la Revolución Cubana. Tales actos, no lo olvidemos, crearon situaciones verdaderamente *coloniales* (Puerto Rico) o *semicoloniales* (Cuba, Santo Domingo, Haití, Nicaragua, etc.), que el ambiguo término de “enclave” está lejos de describir y, menos aún, de captar en su significación histórica.

No se trata, pues, de reclamar el análisis de los modos de producción y de las clases sociales por razones morales o de principios, sino por ser categorías teóricas fundamentales, sin las cuales ni siquiera se puede rendir cuenta del desarrollo puramente económico de la sociedad. Los propios autores de *Desarrollo y dependencia* parecen admitirlo implícitamente cuando escriben: “¿Hasta qué punto el hecho mismo de la Revolución Mexicana, que rompió el equilibrio de las fuerzas sociales, no habrá sido el factor fundamental del desarrollo logrado posteriormente?”¹⁵ pero son, justamente, la lógica y riqueza de procesos como éste las que dejan escapar al adoptar un modelo teórico que parte del supuesto de que “es *el tipo de integración de las clases*, y no su lucha, uno de los ‘condicionantes’ principales del proceso de desarrollo”.¹⁶

En general, es el análisis de las clases y su lucha lo que constituye el talón de Aquiles de la teoría de la dependencia. Para empezar, los grandes y casi únicos protagonistas de la historia que esa teoría presenta son las oligarquías y burguesías, o, en el mejor de los casos, las capas medias; cuando los sectores populares aparecen, es siempre como una masa amorfa y manipulada por algún caudillo o movimiento populista; de suerte que uno se pregunta por qué en Brasil, por ejemplo, se estableció un régimen claramente anticomunista (y no antipopulista), o cómo fue posible que

¹⁵ Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Desarrollo y dependencia en América Latina*, México, Siglo XXI, 1970, 2ª ed., pp. 8-9.

¹⁶ *Ibid.*, p. 17.

en Chile se constituyera “de repente” un gobierno como el de la Unidad Popular. Además, no deja de ser sintomático el hecho de que, en la década pasada, no se haya producido un solo libro sobre las clases subordinadas a partir de aquella teoría.¹⁷

En fin, el propio estudio de la burguesía y sus fracciones parece haberse visto interferido por un inadecuado manejo del marxismo. Tal es el caso de los análisis sobre la burguesía nacional (media y pequeña), a la que comienza por pedírsele virtudes revolucionarias que jamás poseyó, para luego negar pura y llanamente su existencia en América Latina. Con el loable propósito de evitar las posiciones reformistas, en este como en otros aspectos, se cae en el otro extremo, la ultraizquierdización del análisis, al borrar de una plumada todas las contradicciones secundarias de la sociedad y la posibilidad de actuar sobre ellas.

Algo semejante ocurre con los estudios sobre la llamada “oligarquía”, a la que se le atribuye, de derecho, una contradicción antagónica con la burguesía industrial; para pasar a señalar, de inmediato, que la originalidad del capitalismo “dependiente” frente al capitalismo “clásico” determina la abolición de aquella contradicción. Razonamiento que uno tiene dificultad en seguir, aunque sólo fuese por la ambigüedad inherente al término “oligarquía”. En todo caso, si se trata de la aristocracia feudal o esclavista, ella ha sido eliminada de la escena social latinoamericana hace ya bastante tiempo; o convertida, hasta en sus últimos reductos en Ecuador o Bolivia, en fracción terrateniente semicapitalista; así que por ese lado, no se ve mayor diferencia de fondo entre el desarrollo “clásico” y el nuestro. Y si por “oligarquía” se entiende simplemente el sector agrario de la burguesía, no se ve en virtud de qué habría que esperar su total eliminación. El desarrollo del capitalismo, clásico o no, convierte a esta fracción de clase en sector no hegemónico, como está ocurriendo por doquier en América Latina, mas esto es ya otro asunto.

¹⁷ Existe, por supuesto, el libro ya mencionado de Rodolfo Stavenhagen, pero cuyo marco teórico poco tiene que ver con la teoría de la dependencia.

Observación que nos coloca, además, frente a otro problema presente en la mayoría de los estudios sobre dependencia; problema que consiste en el manejo teóricamente arbitrario de dos modelos: el de un capitalismo “clásico” y un capitalismo “dependiente”, que, a la postre, no son otra cosa que dos tipos ideales, en el sentido weberiano del término.

Meditemos, por ejemplo, en toda la ambigüedad de este pasaje extraído de *Desarrollo y dependencia en América Latina*:

Metodológicamente no es lícito suponer —dicho sea con mayor rigor— que en los países “en desarrollo” se esté repitiendo la historia de los países desarrollados. En efecto, las condiciones históricas son diferentes: en un caso se estaba creando el mercado mundial paralelamente al desarrollo, gracias a la acción de la denominada *bourgeoisie conquérante*; y en el otro se intenta el desarrollo cuando ya existen relaciones de mercado, de índole capitalista, entre ambos grupos de países, y cuando el mercado mundial se presenta dividido entre el mundo capitalista y el socialista. Tampoco basta considerar las diferencias como desviaciones respecto de un patrón general de desarrollo, pues los factores, las formas de conducta y los procesos sociales y económicos, que a primera vista constituyen formas desviadas o imperfectas de realización del patrón clásico de desarrollo, deben considerarse, más bien, como núcleos de análisis destinados a hacer inteligible el sistema económico social.¹⁸

“La historia no se repite”: he ahí una fórmula de perfiles peligrosos, puesto que puede conducir directamente al *empirismo*, si es que no se precisa su alcance y su contenido. Entendida en el sentido de una originalidad absoluta de nuestro proceso histórico, esa fórmula ha sembrado, de hecho, una enorme confusión en las ciencias sociales latinoamericanas, como es fácil comprobar con sólo seguir la discusión sobre los modos coloniales de producción, supuestamente irreductibles a cualquier categoría antes conocida.

¹⁸ Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Desarrollo y dependencia en América Latina*, op. cit., p. 33.

Que la historia de América Latina no es una forma “desviada o imperfecta de realización del patrón clásico de desarrollo”, en eso estamos de acuerdo con Cardoso y Faletto; mas no por las razones que ellos aducen, sino porque plantear el problema en términos de “patrones” o “modelos” nos parece sustancialmente incorrecto. Lo que existe, al menos desde un punto de vista marxista, no son “patrones” sino leyes, como las del desarrollo del capitalismo, por ejemplo, que se cumplen en América Latina como por doquier, dentro de condiciones históricas determinadas, claro está, pero cuyo estatuto tiene que ser definido con precisión si no se quiere caer en una teoría de la irreductible singularidad. Son esas “condiciones” (sobredeterminaciones) las que aceleran, por ejemplo, el paso de la fase competitiva a la fase monopólica; o las que ahorran al capitalismo periférico la necesidad de una revolución industrial, al mismo tiempo que entregan a sus masas trabajadoras a una doble explotación: la de la burguesía local, más la de la burguesía imperial, o inversamente, si se quiere. Y es en esto, así como en la articulación específica de varios modos de producción, y de varias fases de un mismo modo, donde reside la *particularidad* del desarrollo histórico latinoamericano, en el que no cabe buscar entonces una excesiva “originalidad”. La historia no se repite al pie de la letra, es cierto, pero “milagros” como el brasileño o como el del propio Pinochet tampoco son del todo inéditos. Antes que “milagros” de la dependencia son milagros del capitalismo *tout court*.

Por eso conviene recordar, metodológicamente, que en la fórmula “capitalismo dependiente” hay algo que es un sustantivo (capitalismo) y algo que es un adjetivo (dependiente) y que, por lo tanto, la esencia de nuestra problemática no puede descubrirse haciendo de la oposición *capitalismo clásico / capitalismo dependiente*, el rasgo de mayor pertinencia, sino *a partir* de las leyes que rigen el funcionamiento de todo capitalismo. El mantenimiento de aquella oposición como eje central del análisis no es, por lo demás, otra cosa que el testimonio fehaciente de cierta “continuidad en el cambio”, toda vez que representa la traducción a términos aparentemente marxistas del clásico binomio cepalino

“centro/periferia”, que Frank, a su turno, retomó con el nombre de “metrópoli/satélite”.

En su afán de mantenerse fiel a la teoría de la dependencia, incluso un autor tan riguroso y ceñido al marxismo como Ruy Mauro Marini se ve obligado a estilizar tanto las situaciones, que a la postre termina trabajando con modelos antes que con leyes. En los capítulos 5 y 6 de su libro *Dialéctica de la dependencia*, por ejemplo, nos describe una situación específica del capitalismo latinoamericano que consistiría en la existencia de una estructura productiva basada en la sobreexplotación del obrero; la que, a su vez, determinaría una estructura de la circulación escindida: por un lado, una esfera orientada hacia el consumo suntuario, que sería la verdaderamente dinámica; y, por otro, la del consumo obrero, deprimida y en constante estancamiento. De suerte que, mientras en la “economía clásica” es y habría sido el consumo de las masas el motor principal de la industrialización, en la “economía dependiente” no ocurriría nada parecido, creándose así un problema de realización que originaría una tendencia de expansión hacia el exterior, y que sería la causa fundamental del subimperialismo.

Muchos de los problemas planteados por Marini son desde luego ciertos; queda, sin embargo, la inquietud de saber si entre el capitalismo llamado clásico y el dependiente existe realmente una diferencia *cualitativa* que autorice a formular leyes específicas para uno y otro;¹⁹ o si Marini no está simplemente cargando las tintas a fin de volver operables los modelos. Se puede poner en duda, por ejemplo, que a la Francia de 1930 o 1940 se le hubiera podido aplicar esta afirmación con la que el autor cree describir una especificidad del capitalismo dependiente:

¹⁹ Punto sobre el cual las formulaciones teóricas de Marini se vuelven, por lo demás, equívocas. En la p. 81 de su *Dialéctica de la dependencia* (México, Era, 1973), habla de “las leyes de desarrollo del capitalismo dependiente”; en la 83, se refiere, en cambio a “la manera como se manifiestan en esos países [los de América Latina] las leyes de desarrollo del capitalismo dependiente”; mientras en otros pasajes habla de “*los grados intermedios* mediante los cuales esas leyes [las leyes generales del capitalismo] se van especificando” (p. 99); afirmaciones que no son exactamente equivalentes.

El abismo existente allí, entre el nivel de vida de los trabajadores y el de los sectores que alimentan a la esfera alta de la circulación, hace inevitable que productos como automóviles, aparatos eléctricos, etc., se destinen necesariamente a esta última.²⁰

Como se puede dudar también de que ramas industriales como la electromecánica (televisores, radiorreceptores, etc.), la de productos metálicos (muebles, por ejemplo) o petroquímicos (utensilios de material plástico), no estén dinamizadas en gran parte de los países latinoamericanos gracias a cierto consumo popular. Después de todo, la imagen de las masas semihambrientas pero provistas de *transistores*, parece ser más bien “típica” de las situaciones de subdesarrollo.²¹

Éstas son observaciones con las cuales no queremos decir —repetámoslo una vez más— que el desarrollo de los países dependientes ocurra en la misma forma que el de los países capitalistas hoy “avanzados”; ni que la situación de las masas sea idéntica en ambos casos. Tanto la dominación y explotación imperialista, como la articulación particular de modos de producción que se da en cada una de nuestras formaciones sociales, determinan que incluso las leyes propias del capitalismo se manifiesten en ellas de manera más o menos acentuada o cubiertas de “impurezas” (como en toda formación social, por lo demás); pero sin que ello implique diferencias cualitativas capaces de constituir un nuevo objeto teórico, regido por leyes propias, ya que la dependencia no constituye un modo de producción *sui generis* (no existe ningún

²⁰ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, op. cit., p. 72.

²¹ Incluso decir, como lo hace Marini, que el proceso de industrialización en América Latina se frenó por “la comprensión permanente que ejercía la economía exportadora sobre el consumo individual del obrero” (*ibid.*, p. 61) es sólo parcialmente cierto. La situación que describe Peter Klaren, por ejemplo, en su libro *La formación de las haciendas azucareras y los orígenes del Apra* (Lima, Moncloa, 1970), no es una situación en la cual los obreros de la plantación no tienen acceso a bienes industriales; la tienen, y justamente por eso la compañía redobla su negocio instalando grandes tiendas donde se venden artículos... importados, cosa que está lejos de contribuir al desarrollo industrial del Perú por razones obvias, pero que no corresponden al mecanismo descrito por Marini.

“modo de producción capitalista dependiente”, como en cierto momento llegó a decirse), ni tampoco una fase específica de modo de producción alguno (comparable a la fase imperialista del modo de producción capitalista, por ejemplo), sino que es la forma de existencia concreta de ciertas sociedades²² cuya particularidad tiene que ser desde luego estudiada.

Nuestra tesis es, por lo tanto, la de que no hay ningún espacio teórico en el que pueda asentarse una teoría de la dependencia, marxista o no, por la misma razón que no la hubo ni en la Rusia de Lenin, ni en la China de Mao; aunque en todos estos casos haya, naturalmente, complejos objetos históricos concretos cuyo conocimiento es necesario producir a la luz de la teoría marxista.

Además de los problemas ya mencionados, la teoría de la dependencia presenta otro, que consiste en el tratamiento no dialéctico de las relaciones entre lo externo y lo interno; lo que lleva, en muchos casos, a la postulación de esquemas mecánicos en los que no queda otro motor de la historia que la determinación externa. Aquí, como en puntos anteriores, conviene partir de las tesis de Frank, que son las más elocuentes al respecto.

En el “Mea culpa”, publicado como introducción a *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, el autor no deja de expresar su asombro por el hecho de que Ernst Halperin haya interpretado su libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* como “una presentación impresionante y convincente de la manera en que, a partir de la Conquista, el destino de los latinoamericanos siempre ha sido afectado por acontecimientos fuera de su continente y fuera de su control”.²³

²² Por eso, aun aquel rasgo que Marini señala como más típico de éstas, es decir, la sobreexplotación, que se traduce por la comprensión del consumo individual del obrero, bien podría enunciarse con un nombre bastante clásico: proceso de pauperización, que en coyunturas a veces prolongadas se realiza, incluso, en términos absolutos. Y en cuanto al problema de la realización de la plusvalía, que el mismo autor plantea, tampoco es del todo inédito, basta recordar la polémica que al respecto mantuvo Lenin con los populistas rusos.

²³ André Gunder Frank, *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, *op. cit.*, p. 14.

Frank arguye entonces que ése no es su punto de vista, y para comprobarlo, cita este pasaje del libro comentado por Halperin:

Para la generación del subdesarrollo estructural, más importante aún que la succión de su excedente económico [...] es la impregnación de la economía nacional del satélite con la misma estructura capitalista y sus contradicciones fundamentales [...] que organiza y domina la vida nacional de los pueblos en lo económico, político y social.²⁴

Luego añade que,

al contrario de aquella “impresión” [la de Halperin], la dependencia no debe ni puede considerarse como una relación meramente “externa” impuesta a todos los latinoamericanos desde afuera y contra su voluntad; sino que es igualmente una condición “interna” e integral de la sociedad latinoamericana, que determina a la burguesía dominante en Latinoamérica; y, a la vez, es consciente y gustosamente aceptada por ella.²⁵

Frank se defiende pues, aquí como en otros ensayos,²⁶ de haber realizado y difundido un tipo de análisis en el cual las determinaciones externas sustituyen y anulan a las determinaciones o contradicciones internas, como núcleo explicativo del desarrollo de América Latina.

Ahora bien, el comentario de Halperin es, en realidad, una caricatura de las tesis de Frank; pero como toda caricatura, no hace más que acentuar algunos rasgos del original. Por eso, lo que a la postre resulta asombroso no es tanto que Halperin y otros hayan leído sin la debida atención a Frank, sino que Frank

²⁴ *Ibid.*, p. 15.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ André Gunder Frank, “La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases”, en *Sociedad y desarrollo*, No. 3, Santiago de Chile, CESO-PLA, julio-septiembre de 1972, p. 228.

se haya leído mal a sí mismo o no haya tomado conciencia de las implicaciones teóricas de lo que escribía. Suyas son, después de todo, las siguientes afirmaciones:

Si es el status de satélite el que genera el subdesarrollo, una relación más débil o menos estrecha entre metrópoli y satélite puede producir un subdesarrollo estructural menos profundo y/o permitir mayores posibilidades de desarrollo local.²⁷

Y:

Es importante también para confirmar nuestra tesis, el hecho característico de que ciertos satélites lograron avances temporarios, en el sentido del desarrollo durante guerras o depresiones ocurridas en la metrópoli, las cuales debilitaron o redujeron momentáneamente la dominación de ésta sobre la vida de los satélites.²⁸

¿Piensa realmente Frank que esos avances se debieron a que los satélites se “desimpregnaron” en ese momento de su estructura capitalista, o más bien realiza un cuasi experimento destinado a mostrar cómo un elemento exterior (crisis o depresión en la metrópoli) determina, en este caso favorablemente, el desarrollo del satélite? Sus análisis concretos sobre Chile no dejan lugar a dudas:

Estimulada por la depresión y por la caída de las importaciones industriales provocadas por la guerra, la producción de la manufactura chilena aumentó en un 80% entre 1940 y 1948; pero sólo un 50% entre 1948 y 1960. En otras palabras, durante el primer lapso de ocho años la tasa no acumulativa anual de la producción industrial fue del 10%; y en los doce años que siguieron a la recu-

²⁷ André Gunder Frank, “Chile: el desarrollo del subdesarrollo”, en *Monthly Review. Selecciones en castellano*, 2ª ed., s.f., p. 20.

²⁸ *Ibid.*, p. 21.

peración metropolitana, la tasa de crecimiento de la manufactura bajó al 4%. Desde entonces el promedio siguió descendiendo hasta tocar el cero; y, a veces, más abajo.²⁹

Que los autores cepalinos vean el desarrollo industrial de Chile, a principios de los años cuarenta, como un desarrollo “inducido” por una crisis en las “economías centrales”, que obligó a realizar una “sustitución de importaciones” en los países “periféricos”, parece lo más normal del mundo: se trata de una interpretación prudente y oficial. Pero que un autor como Frank ignore la existencia de ciertas luchas sociales en Chile, el triunfo del Frente Popular de Aguirre Cerda en el año 38, y la consiguiente implantación de una política planificada que “algo” tuvo que ver con la industrialización del país (en condiciones nacionales e internacionales *determinadas*, claro está), es un hecho ya más grave. Demuestra los límites a los que puede llegar una “revolución” teórica que, para superar al marxismo “tradicional”, no vacila en reemplazar la lucha de clases por la sustitución de importaciones como motor de la historia.

Ninguno de los teorizantes de la dependencia ha llegado, desde luego, a manejar un esquema tan simplista como el de Frank. Sin embargo, ideas como la de que la industrialización de América Latina es explicable por las sucesivas crisis en el “centro” parecen ser harto difundidas, pese a que basta con revisar las tasas de crecimiento de la industrial fabril, en cualquier país latinoamericano entre 1929 y 1935, por ejemplo, para darse cuenta de que se trata de un simple mito. Mas el hecho mismo de que el mito haya podido prender, demuestra hasta qué punto llegó a arraigar en nuestra sociología el esquema determinista mecánico difundido por Frank y los autores cepalinos.³⁰

²⁹ André Gunder Frank, *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, *op. cit.*, p. 142.

³⁰ Quiero hacer notar que todos los autores dependencistas, sin excepción, aceptaron la tesis de la industrialización “por sustitución de importaciones”, al menos hasta el momento en que este trabajo fue redactado (nota de 1979).

Es cierto que en autores como Cardoso y Faletto hay un importante esfuerzo por superar dicho esquema a través de planteamientos como el siguiente:

Se hace necesario, por lo tanto, definir una perspectiva de interpretación que destaque los vínculos estructurales entre la situación de subdesarrollo y los centros hegemónicos de las economías centrales, pero que no atribuya a estos últimos la determinación plena de la dinámica del desarrollo. En efecto, si en las situaciones de dependencia colonial es posible afirmar con propiedad que la historia y —por ende el cambio— aparece como reflejo de lo que pasa en la metrópoli, en las situaciones de dependencia de las “naciones subdesarrolladas” la dinámica social es más compleja. En ese último caso hay, desde el comienzo, una doble vinculación del proceso histórico que crea una “situación de ambigüedad”, o sea, una contradicción nueva. Desde el momento en que se plantea como objetivo instaurar una nación —como en el caso de las luchas anticolonialistas—, el centro político de la acción de las fuerzas sociales intenta ganar cierta autonomía al sobreponerse a la situación de mercado; las vinculaciones económicas, sin embargo, continúan siendo definidas objetivamente en función del mercado externo y limitan las posibilidades de decisión y acción autónomas. En eso radica, quizá, el núcleo de la problemática sociológica del proceso nacional de desarrollo en América Latina.³¹

Pero aun aquí las limitaciones son evidentes. En primer lugar, y como lo señaló oportunamente Weffort,³² la contradicción entre un Estado nacional políticamente independiente y una economía nacional dependiente (del mercado mundial) resulta abstracta, por decir lo menos, si es que no se liga a un riguroso análisis de

³¹ Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Desarrollo y dependencia en América Latina*, op. cit., pp. 28-29.

³² Francisco C. Weffort, *Notas sobre la “teoría de la dependencia”: ¿teoría de clases o ideología nacional?*, México, ABIIS-UNAM, s.f.

clase. En el caso ecuatoriano, por ejemplo, ¿qué contradicción podía haber entre el Estado nacional de la incipiente burguesía agromercantil y la economía mundial de mercado, siendo que esa burguesía se había sumado a la lucha independentista justamente para conseguir la abolición de las trabas comerciales impuestas por España, que le impedían desarrollarse como clase? Si contradicción hubo entre Estado independiente e incorporación al mercado mundial en el caso mencionado, no fue otra que la que se estableció entre esa burguesía y los terratenientes feudales, cuyos rudimentarios “obrajes” no tardaron en desaparecer ante la competencia de los géneros importados. Es decir, una contradicción de clase que aquí remitía, incluso, a una contradicción entre modos de producción; que naturalmente, no dejó de reflejarse a nivel del Estado nacional, y en las relaciones de éste con los centros metropolitanos. Es por lo tanto esa contradicción interna —a cuyo desarrollo desde luego no es ajeno el de la economía capitalista mundial— la que permitirá comprender los aspectos contradictorios y no contradictorios de la relación entre el Estado ecuatoriano y el mercado externo.

En segundo lugar, la aseveración de que “en las situaciones de dependencia colonial es posible afirmar con propiedad que la historia —y por ende, el cambio— aparece como reflejo de lo que pasa en la metrópoli”, es profundamente reveladora de cómo el esquema frankiano no está totalmente superado por Cardoso y Faletto; sino sólo relegado a la etapa en que no existía aún el Estado nacional, único elemento capaz de introducir cierto nivel de contradicción. Pero ¿cómo explicar, a partir de esta visión *nacionalista* de la historia, los levantamientos de los encomenderos a mediados del siglo XVI; la secular lucha de los araucanos; las continuas rebeliones populares y, finalmente, la Independencia? ¿Fue esta última, por ejemplo, un simple “reflejo” de la crisis por la que en ese momento atravesaba la Metrópoli?

Dicha crisis fue sin duda *uno* de los elementos que configuraron la compleja situación en que pudo triunfar el movimiento independentista latinoamericano; mas ello no autoriza a establecer un determinismo tan mecánico, que bien podría llevarnos con

igual legitimidad a afirmar que los tiempos han cambiado tanto que ahora la situación de las metrópolis es un “reflejo” de lo que sucede en las colonias, como los recientes acontecimientos de Portugal lo estarían demostrando.

Hay, pues, un problema en el tratamiento de la relación externo-interno, que, a nuestro juicio, no ha sido adecuadamente resuelto por la teoría de la dependencia. De hecho, ésta parece oscilar entre una práctica en la que la determinación ocurre siempre en sentido único (lo que sucede en el país dependiente es resultado mecánico de lo que ocurre en la metrópoli), y una “solución” teórica que es estrictamente sofisticada y no dialéctica: no hay, se dice, diferencia alguna entre lo externo y lo interno, puesto que el colonialismo o el imperialismo actúan *dentro* del país colonizado o dependiente. Esto último es cierto, ya que de otro modo se trataría de elementos no pertinentes, ajenos simplemente al objeto de estudio; pero hay un sofisma en la medida en que de esa premisa verdadera se derive una conclusión que ya no lo es: ese “estar adentro” no anula la dimensión externa del colonialismo o el imperialismo, sino que más bien la plantea en toda su tirantez.

El capital imperialista invertido en la explotación del petróleo ecuatoriano, por ejemplo, está en el interior del país, forma parte de la estructura interna del Ecuador y hasta constituye, en el momento actual, el polo hegemónico de su economía. Sólo que, si por arte de magia suprimimos la dimensión externa del problema (externa a la formación social ecuatoriana), tendríamos que concluir, lisa y llanamente, que el Ecuador es un país imperialista puesto que el capital monopolístico constituye el polo dominante de su economía. Desgraciadamente, lo que penetra en cada nación “dependiente” no es el concepto de imperialismo, sino el imperialismo “de carne y hueso”, con todas las relaciones internacionales que ello implica (relaciones que, por supuesto, no pueden entenderse sin aquel concepto).

Weffort tenía razón de hacer notar que “la incorporación de la dimensión eterna es obligatoria, pues de otro modo no tendría sentido hablar de las relaciones internas como relaciones de

dependencia”,³³ pero su error consistió en creer que el problema podía resolverse mediante la simple supresión de las premisas nacionales de que había partido la teoría de la dependencia, cuando, en realidad, era menester buscar el fundamento de la clase de la relación entre naciones y tratar, de manera dialéctica, la dimensión externa que ello implica necesariamente.

“En oposición a la concepción metafísica del mundo, la concepción dialéctica materialista del mundo sostiene que, a fin de comprender el desarrollo de una cosa, debemos estudiarla por dentro y en sus relaciones con otras cosas; dicho de otro modo, debemos considerar que el desarrollo de las cosas es un automovimiento, interno y necesario, y que, en su movimiento, cada cosa se encuentra en interconexión e interacción con las cosas que lo rodean”, escribe Mao en su conocido texto “Sobre la contradicción”.³⁴ Gunder Frank arguye que, sin embargo, nadie ha logrado todavía “clarificarla suficientemente [...] cómo debe distinguirse exactamente entre las contradicciones ‘externas’ y las ‘internas’ en el proceso, tal como éste se desenvuelve en una parte determinada del sistema imperialista”.³⁵ Y es comprensible que esto le ocurra. Para Mao, ese misterioso “interno” está constituido por una articulación específica de contradicciones “entre las clases productivas y las relaciones de producción, entre las clases y entre lo viejo y lo nuevo”,³⁶ en cada formación social concreta, llámese ésta China, Colombia o Argentina; articulación interna que resulta imposible imaginar siquiera en un esquema como el de Frank, en donde los conceptos de *fuerzas productivas*, *relaciones de producción*, *estructura* y *lucha de clases* están simplemente ausentes.

Este error de la teoría de la dependencia, que consiste en tratar de explicar siempre el desarrollo de una formación social a par-

³³ *Ibid.*

³⁴ Mao Tse-tung, *Cinco tesis filosóficas*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1971, p. 49.

³⁵ André Gunder Frank, *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo*, *op. cit.*, p. 51.

³⁶ André Gunder Frank, “La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases”, *op. cit.*, p. 228.

tir de su articulación con otras formaciones, determina que aun trabajos tan sólidos como *Dialéctica de la dependencia* desemboquen en un verdadero callejón sin salida. Como se sabe, Marini sostiene en este libro que en la relación entre países industrializados y países dependientes, en la segunda mitad del siglo XIX —primera fase de nuestra dependencia—, se encuentra ya la clave para entender las diferencias del desarrollo de estas dos áreas. Y aduce para ello buenas razones.

En primer lugar:

El fuerte incremento de la clase obrera industrial y, en general, de la población urbana ocupada en la industria y en los servicios, que se verifica en los países industriales, en el siglo pasado, no hubiera podido tener lugar si éstos no hubieran contado con los medios de subsistencia de origen agropecuario. Esto fue lo que permitió profundizar la división del trabajo y especializar a los países industriales como productores mundiales de manufacturas.³⁷

En segundo lugar, la propia implantación del modo de producción específicamente capitalista en Europa, basado en la plusvalía relativa en lugar de la absoluta, no puede explicarse sin considerar la afluencia de productos agropecuarios provenientes de los países dependientes; productos que, obtenidos a precios cada vez más deteriorados, abarataban en el Viejo Continente el valor real de la fuerza de trabajo.

En fin, y coadyuvando en el mismo sentido, tendríamos el flujo de materias primas desde la periferia hacia el centro del sistema.

He ahí, según Marini, el anverso de esta medalla llamada dependencia. Su reverso, que es el que más nos interesa, estaría, a su turno, constituido por un contrario dialéctico. Esa misma producción exportable, que hace posible la implantación de un modo de producción específicamente capitalista en los países industrializados, tiene como contrapartida, en los países depen-

³⁷ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, op. cit., p. 21.

dientes, el establecimiento de un modo de producción basado en la sobreexplotación; es decir, en la remuneración permanente del trabajo por debajo de su valor; sobreexplotación que, a su vez, se convierte en un freno para el desarrollo de nuestros países, tal como se vio en páginas anteriores.

Ahora bien, la novedad del esquema de Marini no está en señalar la existencia de un intercambio desigual entre naciones, con la consiguiente transferencia de valores y, en última instancia, de plusvalía; ni en anotar que la baja remuneración de los trabajadores constituye un escollo para la creación de un amplio mercado interno en América Latina. Tampoco en recordar todas las tropelías y exacciones que el imperialismo ha realizado, y realiza, en nuestros países, cosa que Marini da por sabida. Lo nuevo está en establecer una relación directa entre la articulación países industrializados-países dependientes (causa) y el desarrollo interno de cada una de esas economías que de ahí se derivaría (efecto). Y es en este punto, precisamente, donde el esquema de Marini se torna cuestionable, no por falta de coherencia lógica ni de fuerza ideológica, sino porque la realidad histórica se resiste a encajar en él.

En efecto, basta pensar en dos casos concretos de la historia de América Latina —y no muy marginales que se diga— para que la relación causal establecida por Marini se rompa en uno u otro sentido. En el primer caso que tenemos en mientes, el de Brasil, uno puede admitir en rigor la tesis de la sobreexplotación a condición de no poner reparos teóricos a su concepto mismo (remuneración permanente de la fuerza de trabajo por debajo de su valor) y de entenderlo más bien a partir del “sentido común”; pero en cambio resulta imposible concebir siquiera cómo las exportaciones de café brasileño habrían podido abatir el valor real de la fuerza de trabajo en Europa, y contribuir con ello al proceso que Marini señala (paso de la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa), ya que se trata de un producto netamente superfluo desde el punto de vista de la reproducción de la fuerza de trabajo y cuyo principal consumidor ni siquiera fue la clase obrera.

En el otro caso significativo, el de la Argentina, uno puede aceptar la incidencia de la exportación de cereales y carnes en la disminución del valor real de la fuerza de trabajo en Inglaterra, por ejemplo, pero entonces resulta hartamente difícil sostener que ello haya tenido como contrapartida la remuneración de la fuerza de trabajo argentina por debajo de su valor, ni impedido la creación de un mercado interno para la industria de este país. Las masas argentinas de ese período fueron de las pocas aceptablemente nutridas del mundo capitalista en general, y dicho país, el primero de América Latina en tener un mercado significativo para productos industriales.

Además, los mismos ejemplos del Brasil cafetalero y la Argentina cerealera y ganadera contradicen flagrantemente la afirmación de Marini en el sentido de que, sin la contribución de la economía agropecuaria latinoamericana, habría sido imposible liberar la mano de obra que Europa necesitaba para su desarrollo industrial. Las áreas abastecedoras de cereales y carne —que por lo demás no siempre coinciden con los países hoy subdesarrollados— y aun un área cafetalera como la del Brasil, se poblaron, en el período en cuestión, con inmigrantes extranjeros; esto es, con la población *excedente* de Europa.

¿Quiere decir esto que las tesis de Marini no funcionan a nivel de formaciones sociales concretas o que, al menos, pierden pertinencia en algunas de ellas? ¿Deberían ubicarse entonces en un plano más general? Es posible que así sea, pero, en ese caso, ya no estamos ante un proceso de abstracción que lleve al descubrimiento de verdaderas leyes, sino ante generalizaciones cuyo estatuto teórico habría que precisar, definiendo, en primer término, los objetos mismos sobre los que recae la investigación, esto es, lo que Marini denomina respectivamente “economía clásica” y “economía dependiente”.

Por su misma brillantez y rigor, el ensayo de Marini pone de relieve las fronteras insuperables dentro de las cuales se mueve toda la teoría de la dependencia. Es decir, las limitaciones inherentes a ese prurito inveterado de explicar el desarrollo interno

de cada formación social a partir de su articulación con otras formaciones sociales, en lugar de seguir el camino inverso.

Y es que la teoría de la dependencia ha hecho fortuna con un aserto que parece gozar de la caución de la evidencia, pero que merece ser repensado seriamente. Según dicha teoría, *la índole de nuestras formaciones sociales estaría determinada en última instancia por su forma de articulación en el sistema capitalista mundial*; cosa cierta en la medida en que se presenta como la simple expresión de otra proposición, ella sí irrefutable: el capitalismo, una vez que ya lo tenemos como dato de base, mal puede ser pensado de otra manera que como economía articulada a nivel mundial. Sólo que no todo ese razonamiento supone que dicho dato (el carácter capitalista de nuestras sociedades) es un dato teóricamente irreductible, que no puede ser concebido como producto permanente de una estructura interna que en cada instante lo está produciendo y reproduciendo. Cuando más, puede ser susceptible de una explicación genética (somos países dependientes porque siempre fuimos de una u otra manera dependientes), explicación que, por lo demás, nos encierra en un círculo vicioso en el que ni siquiera hay lugar para un análisis de las posibilidades objetivas de transformación de nuestras sociedades.

Por eso, la misma fórmula, aparentemente evidente, de la teoría de la dependencia, podría enunciarse de manera estrictamente inversa, para poner de relieve sus limitaciones y su unilateralidad: ¿no será más bien la índole de nuestras sociedades la que determina, en última instancia, su vinculación al sistema capitalista mundial?

En rigor, es esta segunda formulación la que está más cerca de la verdad. Si la revolución boliviana de 1952, por ejemplo, hubiera seguido un curso similar al de la Revolución Cubana, Bolivia no sería hoy un país dependiente: para serlo (y aquí no estamos hablando de situaciones coloniales o semicoloniales, sino de situaciones de dependencia en sentido restringido), hay que tener como premisa indispensable una estructura interna capitalista, o preñada de fuerzas históricas que tienden “naturalmente” hacia el capitalismo; de la misma manera que para avanzar al

socialismo son necesarias fuerzas internas capaces de romper la estructura existente. Esto es indudable, pero no se trata aquí de colocarse “más cerca de la verdad” ni de reemplazar una visión adialéctica por otra similar, sino de recordar la doble perspectiva del problema.

Ningún error es gratuito, sin embargo. Si la teoría de la dependencia ha enfatizado unilateralmente un aspecto del problema, es debido a su empantanamiento en una problemática desarrollista, con su consiguiente perspectiva economicista no superada totalmente. Sólo así se comprende, además, que a partir de tal teoría no se haya producido un solo estudio sobre el desarrollo revolucionario cubano,³⁸ caso omitido, incluso, en libros de un horizonte histórico tan amplio como *Desarrollo y dependencia en América Latina*.

La teoría de la dependencia no está desligada, sin embargo, de la Revolución Cubana y, sobre todo, de algunos de los efectos que ella produjo inicialmente en el resto del continente. ¿Cómo entender, si no, esta extraña mezcla de premisas nacionalistas y conclusiones socialistas, de una epistemología desarrollista y una ética revolucionaria que hemos venido analizando, si no es a partir de un hecho como la Revolución Cubana que, entre otras cosas, produjo una radicalización total de vastos sectores medios intelectuales, desgraciadamente desvinculados del movimiento proletario, tanto orgánica como teóricamente, y que, incluso, llegaron a ufanarse de su “independencia” frente a las organizaciones obreras, como en el caso del mismo Frank o del grupo de *Monthly Review*?

A partir de esta constatación, todo se torna en cambio coherente: el predominio omnímodo de la categoría *dependencia* sobre la categoría *explotación*, de la *nación* sobre la *clase*,³⁹ y el mismo éxito fulgurante de la teoría de la dependencia en todos los sectores medios intelectuales. Incluso la ilusión de que con ello se

³⁸ El libro de Vania Bambirra sobre la Revolución Cubana apareció con posterioridad a la redacción de este trabajo (nota de 1979).

³⁹ Marini tiene el enorme mérito de ser la excepción en ambos casos.

habían superado las “estrecheces” y “limitaciones” del marxismo clásico: ¿y cómo no iba a ser posible esta “superación” teórica, si en la misma práctica política las vanguardias de extracción intelectual creían poder reemplazar al proletariado en sus tareas revolucionarias?

Si esta hipótesis —seamos cautos— es cierta, el mismo movimiento crepuscular de la teoría de la dependencia hacia fines de la década de los sesenta podría explicarse por razones que irían más allá del simple desarrollo de las contradicciones de tal teoría. Tal vez no sean extraños a este itinerario acontecimientos como el “Cordobazo” argentino, la presencia de la clase obrera boliviana en el primer plano de la escena política de su país entre 1970 y 1971, o el ascenso de la Unidad Popular al gobierno en ese mismo momento; es decir, el repunte de las luchas proletarias en vastas zonas del continente.

Pero ¿ha muerto realmente la teoría de la dependencia? Más aún, ¿es algo que merezca ser enterrado? Ambiguo como siempre, Gunder Frank tituló uno de sus más recientes escritos: “La dependencia ha muerto, viva la dependencia y la lucha de clases”. Ambiguo, decimos, puesto que no cabe confundir un hecho histórico objetivo con las teorías que a partir de él puedan elaborarse. La dependencia obviamente no ha muerto, ni nadie ha tratado en momento alguno de negar su existencia, ya que es una de las dimensiones más expresivas de nuestra realidad. Los estudios concretos que sobre ella se han hecho siguen y seguirán por lo tanto vigentes, y no como un simple reservorio de datos sino como una cantera inagotable de preocupaciones y sugerencias para la futura investigación. Lo que tal vez haya estallado sin remedio es esa caja de Pandora, de la que en un momento dado llegaron a desprenderse todas las significaciones e ilusiones, y que recibió el nombre de teoría de la dependencia. Caja de Pandora que, desde luego, no era un “lugar sin límites”, sino un marco de representación de contornos definidos por la idea de que toda nuestra historia es *deducible* de las oposiciones “centro-periferia”, “metrópoli-satélite” o “capitalismo clásico-capitalismo de-

pendiente”; eje teórico omnímodo sobre el cual podían moverse desde los autores cepalinos hasta los neomarxistas.

Es este movimiento sociológico, cuya sociología queda aún por hacer, el que parece encontrarse ahora en franco declive o en vías de una positiva superación. Lo que empezó como una construcción barroca en Gunder Frank, tal vez termine, pues, con el edificio neoclásico de Marini, en el que se dibujan ya nuevas perspectivas. Para no mencionar la clara ruptura operada por Aníbal Quijano, por ejemplo, quien en uno de sus últimos trabajos⁴⁰ no vacila en hablar de la teoría de la dependencia en pasado y retomar la línea general de análisis del marxismo-leninismo, recuperando, incluso, los aportes de uno de sus más grandes pensadores latinoamericanos, José Carlos Mariátegui.

⁴⁰ Cfr. Aníbal Quijano, “Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú”, Seminario sobre Clases Sociales y Crisis Política en América Latina, Oaxaca, IIS-UNAM, junio de 1973.

POSFACIO

Los años ochenta: una crisis de alta intensidad¹

Retrocedamos un poco en el tiempo para recordar que entre 1974 y 1982 el capitalismo avanzado sufrió una crisis bastante más profunda de lo que solemos imaginar. En el plano económico, ciertos datos de base dicen todo al respecto: severa recesión en 1974 y 1975, que en sus momentos más depresivos llegó a registrar caídas de hasta un 20% en la producción industrial de países como Suiza o Japón;² recesión seguida de una recuperación efímera en 1976 y un nuevo declive en 1978³ que terminaría convirtiéndose en un curso sinuoso y lleno de asincronías (entre países) hasta 1982. Hubo, además, un incremento de la inflación, que no tardó en superar los temidos dos dígitos, situándose en torno de un 20% anual en naciones como Italia, Japón o Gran Bretaña, en el transcurso de 1974-1975. Fue el momento de la *estanflación*, o sea, del estancamiento acompañado de inflación.

A su turno, los índices de desocupación se elevaron rápidamente. Durante el invierno boreal de 1975-1976, “el número de

¹ Extraído de Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica*, México, Siglo XXI, 1994, 15ª edición, pp. 219-238. La primera edición data de 1977.

² Cfr. Ernest Mandel, *La crisis: 1974-1980*, México, Era, 1980, p. 18.

³ Cfr. Ramón Tamames, *Estructura económica internacional*, Madrid, Alianza Universidad, 1986, p. 400.

desempleados oficialmente reconocidos en el conjunto de los países imperialistas se aproximaba a los 17 millones”;⁴ para 1982, algunas estimaciones situaban el contingente de desocupados de esos países en alrededor de 30 millones.⁵

Sólo a partir de 1983 el capitalismo desarrollado superó efectivamente su crisis, aunque ciertos fenómenos como el de un significativo desempleo han perdurado, convirtiéndose en rasgo estructural.

Y dicha crisis económica no fue el único “mal” que aquejó al sistema en ese lapso: entre 1974 y 1979 el imperialismo sufrió también duros *reveses políticos* a lo largo y ancho del Tercer Mundo. En Asia se produjo la contundente victoria de los movimientos de liberación de Vietnam, Laos y Kampuchea, con las repercusiones ampliamente conocidas. De manera casi simultánea se registraron en África los triunfos de movimientos de signo similar en Angola, Mozambique y Etiopía, a lo que habría que añadir la radicalización de regímenes como el de Yemen del Sur y sobre todo el de Libia, y la definición antiimperialista de los países de la llamada “línea del Frente”, con Zimbabwe a la cabeza. Poco después, en el Medio Oriente, la revolución islámica de Jomeini se encargaba de hacer añicos una de las piezas clave de la dominación estadounidense en la región: el poder del sha de Irán. En fin, en América Latina asistíamos al triunfo sandinista en Nicaragua y de las fuerzas progresistas de Maurice Bishop en Granada.

Con respecto a la crisis económica, se ha dicho que fue tanto más traumatizante para los países desarrollados de Occidente, cuanto que éstos no habían experimentado una situación semejante desde hacía por lo menos un cuarto de siglo. En lo que atañe a sus derrotas políticas del segundo quinquenio de los setenta podría afirmarse lo mismo: desde la toma del poder por Mao Zedong en China, en octubre de 1949, el campo imperialista no había sufrido desmembramientos de comparable envergadura.

⁴ Ernest Mandel, *La crisis: 1974-1980*, *op. cit.*, p. 17.

⁵ Cfr. Fred Halliday, *Génesis de la segunda guerra fría*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 164.

Es cierto que la Revolución Cubana infligió, un decenio después, un serio golpe a Estados Unidos en su más próxima zona de seguridad y desempeñó, además, el papel de símbolo y aliciente de numerosas luchas; aun así, el alcance real de esa revolución sólo fue aquilatable en los años setenta, cuando, sumando su caudal al de la denominada “tercera oleada revolucionaria”,⁶ se proyectó en todo el Tercer Mundo a través de la ayuda brindada a múltiples movimientos de liberación nacional.

Por otra parte, en 1979, un contingente de tropas soviéticas procedió a ocupar Afganistán, dando la impresión de que avanzaban en dirección de “la ruta del petróleo”, como parte de una operación de cerco tendido intencionalmente a Occidente. Al menos, fue la interpretación que difundieron muchos estrategas y analistas, en especial estadounidenses, quienes llegaron a sostener que, de hecho, la Tercera Guerra Mundial había comenzado.⁷

Más allá de estas exageradas lecturas de los acontecimientos, era verdad que una nueva correlación de fuerzas se perfilaba en varios puntos del planeta, a raíz de un hecho crucial: el fin de la hegemonía mundial de Estados Unidos y su reemplazo por una situación de *paridad estratégica* con la Unión Soviética. Es en la perspectiva de este nuevo (aunque todavía precario) equilibrio que hay que entender no sólo los cambios arriba mencionados, sino también otros episodios, como los que terminaron por configurar la llamada “crisis de los energéticos”.

En efecto, uno de los hechos más relevantes de la historia contemporánea consiste en la súbita elevación de los precios del petróleo decidida por los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que hizo que tales precios se triplicaran entre octubre de 1973 y enero de 1974 (“primer choque petrolero”), y se multiplicaran por diez entre 1973 y 1979, fecha del “segundo choque petrolero”.

⁶ Expresión de Fred Halliday, *ibid.*, p. 203. El mismo autor levanta un registro de 14 “cataclismos revolucionarios” ocurridos en el Tercer Mundo entre 1974 y 1980 (p. 95).

⁷ Véase, por ejemplo, Richard M. Nixon, *La verdadera guerra: la tercera guerra mundial ha comenzado*, Barcelona, Planeta, 1980.

Las razones de estos incrementos fueron a la vez políticas y económicas. Políticas, en la medida en que las alzas se iniciaron a guisa de represalia de algunos estados árabes contra los países occidentales que, como es de rigor, habían vuelto a tomar partido por Israel con motivo de la cuarta guerra árabe-israelí, más conocida como Guerra de Yom Kippur. Y económicas, ya que como impulsora final de esas alzas subyace la vieja reivindicación tercermundista de un pago justo por las materias primas y otros bienes exportados hacia el Primer Mundo. Pero este antiguo anhelo sólo podía hacerse realidad ahora (pese a que la OPEP había sido fundada en 1960), cuando la correlación mundial de fuerzas alejaba la posibilidad de que Estados Unidos y otras potencias occidentales ocupasen impunemente los campos petrolíferos de los países árabes, como lo habrían hecho en la edad dorada del imperialismo.⁸

No estábamos, pues, ante una guerra declarada por algunos países del Tercer Mundo contra la “civilización occidental”, ni, menos aún, frente a una contienda bélica que la Unión Soviética estuviera librando, a través de interpósitos actores, contra esa civilización. Estábamos asistiendo, esto sí, a una redefinición de las tradicionales relaciones entre los Estados imperialistas y los países coloniales, semicoloniales y dependientes. En el caso del triunfo de los referidos movimientos de liberación, tal hecho es claro, incluso en lo concerniente a las raíces coloniales del problema. Y en cuanto a la nueva política de precios seguida por la OPEP, tampoco hay duda de que lo que se intenta es revertir la secular tendencia al deterioro de los términos de intercambio, que constituye el rasgo más típico de la vinculación económica “centro-periferia”. En este sentido, no es casualidad que otros productores de bienes primarios hayan intentado también asociarse (exportadores de bauxita, de cobre, de banano, etc.), y

⁸ Una medida del cambio en la correlación mundial de fuerzas se expresa en el hecho de que fue Estados Unidos el que se apresuró a declarar una alerta de tipo nuclear con motivo de la Guerra de Yom Kippur, por temor a que la Unión Soviética interviniese en el Medio Oriente. Cfr. Richard Nixon, *La verdadera guerra: la tercera guerra mundial ha comenzado*, op. cit., pp. 20 y 110.

que en el propio año de 1974, en pleno ascenso de la marejada tercermundista, se haya puesto en marcha la idea de constituir un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), logrando, entre otras cosas, que la VI Sesión Extraordinaria de las Naciones Unidas aprobase la “Declaración para la constitución de un nuevo ordenamiento económico internacional”, y que la XXIX Asamblea General de la misma organización promulgara, con el apoyo de la abrumadora mayoría de sus miembros (de Asia, África, América Latina y los países socialistas), la “Cana de los derechos y deberes económicos de los Estados”.⁹

Por lo demás, la década de los setenta registró otros datos que parecían atestiguar que, subterráneamente, ese nuevo orden estaba en vías de gestación. Así, por ejemplo:

En el período 1970-1978, cuando la producción industrial en los países capitalistas avanzados aumentó el 3,3% anual, la del Tercer Mundo en conjunto aumentó el 8,6% anual, mientras que la de ocho países de reciente industrialización aumentó el 15% anual. Los Estados Unidos tenían desde 1974 un déficit global en el comercio de manufacturas con los países de reciente industrialización y el reto vino en particular de cinco países que respondían del 61% de las importaciones estadounidenses del Tercer Mundo en 1981: México, Taiwán, Corea del Sur, Hong Kong y Brasil. Su competencia se notó particularmente en acero, construcción naval y textiles [...]¹⁰

Si para los países tercermundistas tanto aquellas acciones como estos datos representaban jalones en el camino de la esperanza, a los ojos de las potencias imperiales aparecían, en cambio, como una seria amenaza contra sus intereses y espacios “vitales”. Y la amenaza se percibió como más grave en la medida en que dichas potencias seguían sumidas en su crisis. Por cierto que los primeros síntomas de ésta habían sido detectados con

⁹ Cfr. Johann-Lorenz Schmidt, *Los países en desarrollo: origen, situación, perspectivas*, México, El Caballito, 1977, pp. 161 y ss.

¹⁰ Fred Halliday, *Génesis de la segunda guerra fría*, op. cit., p. 173.

bastante antelación al primer “choque petrolero”,¹¹ pero ahora se disponía de buenos chivos expiatorios en quienes descargar responsabilidades. Como escribe Fred Halliday:

La afirmación sobre que la OPEP era la única responsable de la inflación y la recesión de los años setenta carece de fundamento [...] Sin embargo, el efecto de los aumentos de la OPEP, junto con una recesión, iba a alimentar una hostilidad populista contra los Estados productores, contra los “árabes”, los “jeques” y así sucesivamente. Por supuesto, la respuesta ideológica fue nacionalista, y a menudo, racista, culpando a estos cabezas de turco extranjeros de la recesión en los países avanzados [...] Si el exponente más palpable de la crisis de la hegemonía capitalista a finales de los años setenta era la inflación, y si se culpaba al petróleo por la crisis, entonces fue, por encima de todo, a través de este medio, mediante el precio de la energía en el surtidor de la gasolinera y mediante la factura de calefacción doméstica, como se generó la movilización de una nueva hostilidad frente al Tercer Mundo [...] Cuando fueron secuestrados los rehenes estadounidenses en Teherán en 1979, pareció como si el demonio compuesto del Tercer Mundo se hubiera materializado por fin totalmente.¹²

Buenos salvajes musicales y pintorescos de los años cincuenta, héroes románticos de la década de los sesenta, henos aquí convertidos, a finales de los setenta, en la encarnación misma del mal y la barbarie. La xenofobia, el racismo, el chauvinismo, la prepotencia, todos esos reflejos almacenados en el subconsciente colectivo de los países de tradición colonialista e imperialista iban a descargarse ahora, con furia, sobre un desprevenido Tercer Mundo.

Estábamos, sobre todo, en la picota de la “nueva derecha”, corriente ideológica y política que se extendía como mancha de aceite por los países “avanzados” de Occidente. En 1979 fue ele-

¹¹ Véase, por ejemplo, el capítulo VII de Ernest Mandel, *La crisis: 1974-1980*, op. cit.

¹² Fred Halliday, *Génesis de la segunda guerra fría*, op. cit., p. 171.

gida primera ministra de Gran Bretaña la conservadora Margaret Thatcher, quien volvería a triunfar en 1983 y 1987. También en 1979 se produjo el viraje a la derecha de la política exterior estadounidense, bajo la presidencia del propio James Carter, dando origen a la llamada “segunda guerra fría”¹³ y como preludio de los aplastantes triunfos de Ronald Reagan en 1980 y 1984, y de Bush en 1988. Desde 1982, Yasuhiro Nakasone asume el poder en Japón, lo cual supone “un viraje general hacia la derecha en el ambiente ideológico interno, con una discreta confirmación del militarismo japonés y del culto al emperador”.¹⁴ Ese mismo año, el demócrata cristiano Helmut Kohl deviene en canciller de Alemania Federal. La derecha está, pues, bien servida por doquier; los regímenes de Martens en Bélgica, Lubbers en Holanda y Schlüter en Dinamarca son, como dice Perry Anderson, “cortados de la misma tela”. A ellos se sumará, poco después, el del criptonazi Kurt Waldheim en Austria.

Es cierto que el sur de Europa pareciera ir por caminos distintos, en la medida en que está gobernado por una socialdemocracia representada, hacia 1982, por Mitterrand en Francia, Craxi en Italia, González en España, Soares en Portugal y Papandreou en Grecia. Pero resulta que, con la sola excepción de Papandreou, todos ellos terminan por actuar igual o peor que los conservadores: congelación de salarios, incremento del desempleo, recortes al gasto social, ataques a los sindicatos. Además de que, como observa el mismo Anderson,

[...] la nueva socialdemocracia ha abrazado la nueva guerra fría. La campaña de Mitterrand por los misiles Cruise en Alemania, o de González por la integración de España a la OTAN, han estado a la vanguardia de la ofensiva de Reagan [...].¹⁵

¹³ *Ibid.*, p. 212.

¹⁴ *Ibid.*, p. 221.

¹⁵ Perry Anderson, “La socialdemocracia en los ochenta”, en *Brecha*, México, primavera de 1987, p. 28.

La actitud de esa “nueva derecha” no obedece, por lo demás, a una reacción improvisada y epidérmica frente a la crisis (por mucho que ésta la haya efectivamente exasperado), sino que es fruto de una visión del mundo que ha venido construyéndose de manera meditada y paulatina, ya sea como respuesta a los avances del ideario socialista, ya como réplica a las reivindicaciones igualitaristas del Tercer Mundo, o bien en contraposición al mismo desarrollo del Estado benefactor en los países capitalistas avanzados y, por supuesto, cual antídoto contra ese “malestar” de la cultura occidental denunciado por autores como Daniel Bell;¹⁶ vale decir, en oposición a aquel espíritu “contestatario”, un tanto lúdico y hedonista, que singularizó a buena parte de los movimientos culturales de los años sesenta.

Una muestra fehaciente de esa concepción retrógrada del mundo constituye la obra de los filósofos de la “nueva derecha” francesa, empeñados en acabar con un ideal igualitario que les parece una gravísima amenaza contra la civilización europea, y cuyos orígenes se remontarían, según ellos, al propio cristianismo, pasando por el Iluminismo y la Revolución de 1789, para desembocar “fatalmente” en el marxismo, cizañas, todas éstas, que urgiría extirpar de raíz.¹⁷ Desde los tiempos del nazifascismo no se había intentado, en realidad, una crítica tan radicalmente reaccionaria del humanismo occidental.

Y tenemos también eso que se denomina *sociobiología*, presentada en Estados Unidos como la mayor novedad científica contemporánea,¹⁸ y que hará verdadera escuela (sobre todo en los países anglosajones), a título de descifrar “las pautas fundamentales de la vida social mediante los principios teóricos de la biología neodarwiniana”.¹⁹ Con su obvio corolario de “expli-

¹⁶ Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid, Alianza Universidad, s.f.

¹⁷ Véase, por ejemplo, Alain de Benoisi y Guillaume Faye, *Las ideas de la “nueva derecha”*, Barcelona, Ediciones de Nuevo Arte Thor, 1986.

¹⁸ Sobre todo a raíz de la tan celebrada y publicitada aparición de *Sociobiology: The New Synthesis*, de E. O. Wilson, en 1975.

¹⁹ Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Alian-

car” la guerra y la xenofobia, por ejemplo, a partir del “instinto de territorialidad”, o las desigualdades sociales entre los sexos por razones “naturales”, y sobre todo de convertirse en “un arma poderosa en manos de los ideólogos que defienden una organización social beligerante mediante una ‘defensa genética del mercado libre’”.²⁰

A este respecto, conviene recordar que son múltiples los vasos comunicantes que existen entre la sociobiología y el pensamiento económico neoliberal, de la Escuela de Chicago en particular,²¹ lo que después de todo es normal tratándose de dos vertientes de una misma y sólida visión del mundo. A fin de cuentas, el *neoliberalismo* no es más que un *neodarwinismo* aplicado al campo de la economía, con el mercado como “selector natural” de las “especies” empresariales mejor dotadas.

La congruencia de esta cosmovisión, el apoyo logístico que recibe desde todos los pretendidos “campos del saber” —filosofía, genética, sociología, economía, ciencia política, etc.—,²² confieren a la “nueva derecha” un gran poder de convicción, proporcionándole ese seguro doctrinarismo que la torna tan seductora. Como ha observado Nathan Glazer: “La administración Reagan fue —caso raro si no único en la política estadounidense— una verdadera administración ideológica. Y uno no espera administraciones ideológicas en los Estados Unidos”.²³

za Universidad, 1984, p. 78. Bell considera a la sociobiología una de las cuatro “llaves para la comprensión de la conducta social” en la década de los setenta.

²⁰ R. C. Lewontin et al., *No está en los genes. Racismo, genética e ideología*, Barcelona, Crítica, 1987, pp. 287-288.

²¹ Daniel Bell, *Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial*, op. cit., p. 104.

²² Para un análisis más amplio de esta cuestión, véase Agustín Cueva (coord.), *Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de Occidente*, número monográfico de la revista “A”, N° 20, México, UAM-A, enero-abril de 1987 (edición brasileña en San Pablo, Huchee, 1989; edición ecuatoriana en Quito, El Conejo, 1989).

²³ Nathan Glazer, *The Limits of Social Policy*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1988, p. 36.

Por su parte, el *conservadurismo de masas*, vale decir, ese “sentido común” conservador que la crisis va creando en países que tienen mucho que conservar y se sienten amenazados por un supuesto asedio externo, convierte a la “nueva derecha” en una fuerza avasalladora, capaz de llevar adelante una verdadera *cruzada* reaccionaria a nivel mundial.

Esta cruzada ha consistido, en primer lugar, en una tenaz lucha ideológica encaminada a revalorizar el papel histórico (y desde luego actual) del capital, de la iniciativa privada y del mercado como *Deus ex machina*, y a arremeter, consecuentemente, contra todo cuanto se oponga al libre juego de dichas fuerzas y “leyes”. La intervención del Estado en tales ámbitos ha sido denunciada, por ende, como la más grave aberración de nuestro tiempo, y cualquier intento de contrarrestar los peores resultados de la “libre competencia” con algún tipo de justicia social ha sido considerado como un hecho “antinatural”. Si durante un largo período, que probablemente se inicia con el *New Deal* rooseveltiano,²⁴ el capitalismo había buscado mostrarse como una instancia benefactora (*welfare state*) y encubrirse con el manto de *justicia distributiva*, en los años ochenta de este siglo todo ello es abandonado en favor de un darwinismo puro y duro. Es más, si a principios de esta misma década el capitalismo aún necesitaba justificar su existencia invocando los valores de una civilización occidental y cristiana (o judeocristiana, como también se decía), a la que supuestamente encarnaba, al finalizar tal decenio dicha invocación salía sobrando.²⁵ En menos de diez años, la *contrarrevolución cultural y ética* de la “nueva derecha” había triunfado, convirtiendo sus ideas en el telón de fondo de la época (del mismo modo que la cultura de izquierda había sido el punto de referencia obligado de los años sesenta y comienzos de los setenta, cuando Sartre llegó a afirmar que el marxismo era “el horizonte de nuestra cultura”).

²⁴ Cfr. William Paul Adams (comp.), *Los Estados Unidos de América, Historia universal*, vol. 30, México, Siglo XXI, 7ª ed., 1983, capítulo 6.

²⁵ Como se puede comprobar con el simple cotejo de los documentos llamados “Santa Fe I” (“Las relaciones interamericanas: escudo de la seguridad del Nuevo Mundo y espada de la proyección del poder global de Estados Unidos”) y “Santa Fe II” (“Santa Fe II: una estrategia para América Latina en los noventa”).

Pero la “nueva derecha” no es únicamente ideología, sino también política y poder. Y en este plano, ha sido el neoconservadurismo estadounidense el abanderado de la gran cruzada desde el momento en que, bajo la égida de Ronald Reagan, el gobierno norteamericano decide abandonar la idea de ese “trilateralismo” tan en boga en los años setenta (elaboración de políticas internacionales conjuntamente con Europa Occidental y Japón),²⁶ y pasa a practicar un abierto “unilateralismo”,²⁷ es decir, un liderazgo exclusivo de Estados Unidos.

De este modo se produjo una indudable reconcentración de poder en la potencia americana, que en adelante marcaría la pauta de comportamiento de todo el Occidente, derechizándolo consiguientemente. La guerra fría, reiniciada por Carter en 1979, no hizo más que agudizarse:

En forma resumida, la consolidación de la segunda guerra fría representó un intento general de reducir las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial. Estas consecuencias habían sido: un traslado sustancial de los recursos hacia la clase trabajadora y las clases desfavorecidas en los países capitalistas avanzados, mediante políticas de salarios y de asistencia social; una aceptación de la URSS como una de las dos principales potencias del mundo, como consecuencia de su papel fundamental en la derrota del nazismo; y la sustitución del papel colonial por la independencia, en el Tercer Mundo. Las acciones de la administración Reagan y de sus aliados en Europa pretendían modificar por completo estas consecuencias utilizando la recesión, el anticomunismo y la amnesia histórica para imponer un nuevo conjunto de valores y políticas en el mundo.²⁸

²⁶ Véase al respecto *Estados Unidos, perspectiva latinoamericana*, México, Cuadernos Semestrales del CIDE, No. 2-3, segundo semestre de 1977-primer semestre de 1978; enteramente dedicado al tema “La Comisión Trilateral y la coordinación de políticas en el mundo capitalista”.

²⁷ Concepto utilizado por Fred Halliday, *Génesis de la segunda guerra fría*, *op. cit.*, p. 215.

²⁸ *Ibid.*, p. 222.

Esto era, en verdad, lo que buscaba la “nueva derecha”. Sin embargo, su acción topó con límites objetivos. Es cierto que el Estado de bienestar sufrió mermas en los países capitalistas avanzados, sobre todo en el momento del *ajuste* necesario para la superación de la crisis, pero no es menos cierto que los “recortes” terminaron siendo bastante inferiores a lo que los neoconservadores hubieran deseado. En síntesis, el *welfare State* se mantuvo en dichos países, incluyendo a Estados Unidos,²⁹ por la sencilla razón de que no era posible desmantelarlo sin quebrantar el orden democrático vigente, cosa inimaginable.

En cuanto a las relaciones con el Imperio del Mal (como Reagan llegó a llamar a la Unión Soviética), ellas fueron sin duda tensas y de constante hostigamiento, sobre todo en el período 1981-1984. Pero también esta actitud encontró límites claros que, de no ser respetados, fácilmente habrían recalentado la “guerra” más de lo debido. A la postre, Reagan no se atrevió a atizar el fuego ni siquiera en la convulsionada Polonia, y en 1985 reanudó las conversaciones con la URSS. En noviembre de ese mismo año el mundo pudo contemplar, transmitidas desde Ginebra, las imágenes de algo que uno o dos años antes parecía inconcebible: la reunión cumbre de los dirigentes de las dos grandes potencias mundiales, Reagan y el flamante Gorbachov.

La “nueva derecha” fue en cambio implacable en su trato con el Tercer Mundo, al que le hizo sentir todo su peso en los campos ideológico, económico, político y militar. En el terreno ideológico-cultural, por ejemplo, la administración Reagan declaró la guerra a muerte a la UNESCO, hasta que en buena medida consiguió su propósito: quebrar la orientación tercermundista que ella había llegado a adquirir. Entre los principales proyectos que de ese modo fueron bloqueados se encontraba el de un “Nuevo Orden Informativo Mundial”, a través del cual se buscaba crear ciertos mecanismos que contrarrestaran, aunque fuera en parte, el predominio creciente de Estados Unidos en el campo de la in-

²⁹ Como se desprende del propio libro de Nathan Glazer, *The Limits of Social Policy*, *op. cit.*

formación y la difusión cultural. Los resultados de este triunfo de la “nueva derecha” están a la vista; en 1988, Estados Unidos controlaba ya el 75% de la circulación mundial de programas de televisión, el 65% de las informaciones, el 50% del cine, el 60% de los discos y cassetes y el 89% de la información comercial. Como comenta Anselmo Sule:

En esta forma todo se conjuga para que seamos más vulnerables al avance de un proyecto económico con incidencia política, que no responde a nuestros intereses y aspiraciones, porque nuestra capacidad de decidir está influida por un mensaje que tampoco es el nuestro. A la larga eso irá minando el pleno ejercicio de nuestra soberanía, así como en el último tiempo se han ido reduciendo las expectativas que hace un par de años teníamos de empezar a caminar con paso seguro hacia la integración.³⁰

Y el combate neoconservador contra la idea de un “Nuevo Orden Económico Internacional” ha sido igualmente encarnizado. Parece haber acuerdo entre los observadores para señalar que, por una ironía de la historia, ese proyecto que había tomado cuerpo en México (fue el presidente Luis Echeverría quien lo elaboró y presentó, por primera vez, en la Tercera Conferencia de la UNCTAD, en 1972), fue sepultado en el mismo país, durante la reunión de Cancún (octubre de 1981),³¹ en la que Estados Unidos dejó sentado que no tenía el menor interés en celebrar negociaciones globales ni ningún tipo de diálogo Norte-Sur, posición que mantiene hasta hoy. Con posterioridad, la señora Kirkpatrick se vanaglorió de haber aplastado dicho proyecto también en la ONU, cuando se desempeñaba como embajadora de su país ante dicho organismo,³² y el propio presidente Reagan se jactó de

³⁰ “Comunicación y desarrollo”, publicado en “Testimonios y documentos de *El Día*”, México, 2 y 3 de octubre de 1989. Las cifras referentes al predominio estadounidense en el campo de la comunicación provienen de este mismo trabajo.

³¹ Véase, por ejemplo, Ramón Tamames, *Estructura económica internacional*, op. cit., p. 182.

³² *Newsweek*, 14 de enero de 1985.

haber “puesto de rodillas” a la OPEP.³³ Todavía el Tercer Mundo no acaba de pagar la cuenta de estas derrotas.

En un plano político más general, el gobierno neoconservador pasó a restringir todo margen de autonomía a sus aliados de la periferia. Como lo demostró el documento que ahora se conoce con el nombre de “Santa Fe I”, quien no estaba cien por ciento de acuerdo con la política estadounidense era considerado como un enemigo a abatir. Trágica coincidencia o algo peor, tanto el presidente ecuatoriano Jaime Roldós como el general Omar Torrijos, de Panamá, satanizados como “disidentes” en aquel documento,³⁴ terminaron falleciendo en extraños accidentes de aviación.

Por último, y como expresión máxima del proyecto neoderrechista de *reversión* (*roll back*) de los avances logrados por el Tercer Mundo, y en particular por sus movimientos de liberación nacional, se puso en marcha la llamada “guerra de baja intensidad”, consistente, en resumidas cuentas, en la organización, financiación y apoyo logístico de grupos mercenarios encargados de hostigar (guerra de desgaste), y de ser posible derrocar, a determinados gobiernos revolucionarios todavía no plenamente consolidados.³⁵ Fue, entre otros, el caso de la Nicaragua sandinista, acosada por los “contras”, o en África, el de la República Popular de Angola, asediada por la UNITA; países a los cuales no se logró derrotar, pero sí hacerles pagar un precio muy elevado por su independencia y libertad. Precio que ha sido usado, además,

³³ *El Día*, México, 12 de enero de 1986.

³⁴ Donde expresamente se dice que “La doctrina Roldós —del nombre del presidente de Ecuador— debe ser condenada”, refiriéndose al principio roldosiano de defensa intransigente de los derechos humanos; a la vez que se habla de “la dictadura de extrema izquierda, brutalmente agresiva, de Omar Torrijos”. Utilizamos la traducción del documento “Santa Fe I” publicada por la revista uruguaya *Estudios*, No. 78, marzo de 1981.

³⁵ Sobre este tema existe, como es de suponer, una abundantísima bibliografía. En lengua española destacan: Lilia Bermúdez, *Guerra de baja intensidad: Reagan contra Centroamérica*, México, Siglo XXI, 1987; VV. AA., *Centroamérica: la guerra de baja intensidad*, San José de Costa Rica, CRIES, 1987; Ana María Ezcurra, *Intervención en América Latina: los conflictos de baja intensidad*, México, Claves Latinoamericanas, 1988.

como escarmiento contra cualquier otro país que pretendiese seguir algún camino similar.

Como se puede percibir a través de algunos de los ejemplos mencionados, América Latina mal podía escapar a los efectos del viraje de Occidente a la derecha. Lo que es más, podría decirse que la dinámica política de nuestra región no es ajena a tal viraje. Recapitulemos ciertos hechos.

Luego de la oleada dictatorial que determinó que, hacia mediados de los años setenta, como mínimo tres cuartas partes de la población latinoamericana viviesen bajo regímenes militares o afines, o en “democracias” *sui generis* con permanente estado de sitio (estilo Colombia), la administración Carter trató de dar cierto respiro a la región emprendiendo, a partir de 1977, una campaña en favor de los derechos humanos y por la instauración de formas democráticas de gobierno, en el entendido de que, dadas las duras derrotas sufridas por las fuerzas populares en la fase precedente, la situación estaba bajo el control de los amigos de Estados Unidos. En otras palabras, se estimaba que la parte sucia del trabajo había llegado a buen término durante la administración anterior (con Henry Kissinger como ideólogo y ejecutor), de suerte que ahora podía entrarse sin temor ni riesgos en la etapa “constructiva”, promoviendo una democracia “viable”, proamericana, liberal.

Sólo que Carter, por razones de variado signo e intención, no logró en ningún momento controlar la situación. En algunos casos, como el de Chile, la dictadura simplemente se negó a aceptar las “sugerencias” de la Casa Blanca; nada, pues, de liberalización ni distensión. Algo similar ocurrió en Haití. En otros países, como Bolivia, el fin del “banzerismo”³⁶ se expresó en dos golpes de Estado sólo en el año 1978, mas sin ninguna transición a la democracia. En el Perú, en cambio, para sorpresa no sólo de Carter sino de todos los observadores, una izquierda que hasta entonces había pesado poco en la vida nacional obtuvo alrededor de un tercio del

³⁶ Dictadura del general Hugo Banzer (1971-1978), hoy soporte político del presidente socialdemócrata Jaime Paz Zamora.

total de votos para la Asamblea Constituyente. En Brasil, donde las cosas parecían estar más “en orden”, la oposición desbordó las previsiones gubernamentales y, sobre todo, la nueva clase obrera de los cordones industriales de São Paulo hizo su aparición con masiva e insólita fuerza. Como algunos lo advirtieron, era la punta de un *iceberg*: el del movimiento popular latinoamericano que resurgía. En el Ecuador, la derecha fue derrotada dos veces en el transcurso de 1978, ante el también inopinado ascenso del “roldosismo” (o sea, de la corriente popular encabezada por Jaime Roldós, a quien ya nos hemos referido).

Resultaba evidente que la administración Carter no estaba logrando manejar a su antojo la situación, y menos todavía en la zona centroamericana y caribeña. Con Panamá había tenido que suscribir, en septiembre de 1977, los tratados que se conocen justamente con el nombre de “Tratados Torrijos-Carter”, única manera de aplacar las legítimas reivindicaciones de ese país. Pero la idea de reintegrar la “zona del Canal” a Panamá entre el primero de octubre de 1979 y el 31 de diciembre de 1999, ciertamente no era del agrado de esa “nueva derecha” estadounidense empeñada, hasta hoy, en revertir tal situación a como diera lugar. En Nicaragua, las luchas populares arreciaron desde octubre de 1977, con perfiles nítidamente insurreccionales, mientras en El Salvador el movimiento guerrillero se expandía con gran arraigo de masas y en la propia Guatemala se asistía a una movilización creciente de los trabajadores y otros sectores populares urbanos, así como a la politización activa del campesinado indígena.

El nacionalismo puertorriqueño, por su lado, había cobrado un nuevo dinamismo. Y, aunque hoy parezca inverosímil, el Michael Manley de entonces se empecinaba en seguir una política bastante autónoma como primer ministro de Jamaica. Igual que su homólogo guyanés Linden Forbes Burnham, quien, en opinión de los “halcones” del Norte, había llegado a hacer de Guyana “un Estado marxista prosoviético”,³⁷ acusación exagerada, por decir lo menos.

³⁷ Documento “Santa Fe I”, *op. cit.*, p. 22.

Empero, la gota de agua que colmó el vaso y pareció ilustrar patéticamente el papel de “aprendiz de brujo” desempeñado por Carter (por lo menos a los ojos de sus adversarios de derecha), fue el triunfo sandinista de julio de 1979, subrayado por dos acontecimientos más: la sorpresiva toma del poder en Granada por miembros del partido nacionalista de izquierda Nueva Joya,³⁸ en marzo de aquel mismo año, y poco después, la celebración en La Habana de la Sexta Reunión Cumbre de los Países No Alineados, con la consiguiente elección de Fidel Castro como presidente del movimiento. A partir de entonces, la mira norteamericana comenzó a apuntar, rabiosa, contra la región: mientras el presidente Carter, en su discurso del primero de octubre de 1979 ubicaba a Centroamérica y el Caribe como puntos nodales del conflicto Este-Oeste, convirtiéndolos, por ende, en escenario de la segunda guerra fría, la “nueva derecha” definía directamente al mar Caribe como un “lago marxista-leninista”.³⁹

En realidad se trataba de una zona altamente explosiva, pero no necesariamente por culpa del Este, sino por constituir algo así como el eslabón relativamente más débil de la dominación imperialista en el hemisferio occidental; vale decir, el espacio donde el desarrollo subordinado del capitalismo ha acumulado el mayor número de contradicciones. Para empezar, es en el *bassin* centroamericano-caribeño donde han subsistido muchos territorios coloniales hasta después de la Segunda Guerra Mundial, y algunos hasta nuestros días, aunque disfrazados de *commonwealth* o *territoires d'outre-mer*.⁴⁰ Luego, es ahí donde se han creado particulares situaciones semicoloniales, como la de Panamá, país que además de haber sido varias veces invadido y partido físicamente en dos por la zona del Canal, carece hasta hoy de moneda propia; o como la de Honduras, que ha sido la típica “economía de en-

³⁸ Cfr. David E. Lewis, *Reform and Revolution in Grenada, 1950 to 1981*, La Habana, Casa de las Américas, 1984; y Maurice Bishop, *Discursos escogidos, 1979-1983*, La Habana, Casa de las Américas, 1986.

³⁹ Documento “Santa Fe I”, *op. cit.*, p. 22.

⁴⁰ Para tener una idea más acabada del complejo mosaico caribeño, véase Gérard Pierre-Charles, *El Caribe contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1981.

clave”, aun antes de convertirse en “república alquilada”⁴¹ en la década de los ochenta. Asimismo, ésta ha sido la región que mayor número de invasiones y ocupaciones estadounidenses ha sufrido (Cuba, Puerto Rico, Haití, República Dominicana, Granada, Nicaragua y Guatemala), en un constante intento por frustrar cualquier desarrollo nacional *autónomo*. Y es en esta área donde se encuentran los países que como Haití, Nicaragua, Guatemala y similares, han soportado las más oprobiosas dictaduras, y en los que nunca se ha producido aquel tipo de transformaciones que en otras latitudes han descongestionado un tanto las rigideces estructurales: ni revolución democrático-burguesa como en México, ni “populismo” o reformismo militar al estilo sudamericano; nada que se les parezca, ya que la propia dominación norteamericana se ha encargado de impedirlo. Varios de esos países hasta ahora no han conocido experiencias genuinamente democráticas (Haití, para no ir más lejos), mientras otros, como Guatemala, sólo la han vivido como excepción (1944-1954), o recién han empezado a construirla, como Nicaragua desde 1979, y no por azar bajo el asedio, incluso militar, de Estados Unidos. Las capas medias, y en especial los intelectuales, han carecido en casi todos estos países de espacios reales de desarrollo; a la vez que el campesinado jamás se ha beneficiado de la menor reforma, salvo en situaciones muy particulares como la de Costa Rica. En fin, ha sido en el área centroamericana donde las oligarquías han sido más longevas, perdurando hasta el presente cual viejo tronco del que han ido brotando —o en el que han sido injertadas— nuevas ramas del capitalismo.

Por si este cúmulo de oprobios fuera poco, el sistema imperialista ha seguido extorsionando económicamente a estas naciones hasta el preciso momento en que una parte significativa de ellas entraba en la fase revolucionaria. Como observa el siempre moderado Carlos F. Díaz-Alejandro, luego de analizar la evolución de los términos de intercambio de América Latina entre 1971-1973 y 1982-1984:

⁴¹ Cfr. Gregorio Selser, *Honduras, república alquilada*, México, Mex-Sur, 1983.

El desempeño comercial pobre o mediocre del resto de países [se refiere a los países no petroleros de América Latina], principalmente de los pequeños [...], parece ajustarse a una explicación ecléctica que conjuga las bajas cotizaciones internacionales y la debilidad de la demanda externa con la insuficiencia en los incentivos domésticos. Sin embargo, *el deterioro de los términos de intercambio en las repúblicas centroamericanas y del Caribe durante los once años es notable y puede considerarse exógeno*.⁴²

De todos modos, la “nueva derecha” estadounidense no estaba dispuesta a entender razones ni a respetar derechos, y aún menos a reconocer que cada pueblo debe ser dueño de su destino: Centroamérica era *su* patio trasero y el Caribe *su* mar, y eso es lo que contaba. Poco le importó, por ende, que la Revolución Sandinista hubiera optado por un modelo caracterizado por el *pluralismo político y cultural*, la *economía mixta* y el *no alineamiento*, y que las fuerzas que la impulsaban estuviesen inspiradas no sólo en un ideario socialista, sino también en lo mejor del nacionalismo latinoamericano y en un renovado cristianismo.⁴³ En lugar de comprender estos novedosos fenómenos y respetarlos, los neoconservadores del Norte decidieron, como lo confesarían más tarde, que “el matrimonio del comunismo con el nacionalismo representa el más grande peligro para la región y para los intereses de Estados Unidos”, y que la teología de la liberación no pasa de ser “una doctrina política disfrazada como creencia religiosa, con una significación antipapal y contraria a la libre empresa”.⁴⁴

⁴² “Algunos aspectos de la crisis del desarrollo en América Latina”, en Rosemary Thorp y Lawrence Whitehead (eds.), *La crisis de la deuda en América Latina*, Bogotá, Siglo XXI de Colombia, 1986. Las cursivas son nuestras.

⁴³ De la inmensa bibliografía sobre la revolución nicaragüense citamos: Lucrecia Lozano, *De Sandino al triunfo de la revolución*, México, Siglo XXI, 1985; Tomás Borge, *Los primeros pasos: la revolución popular sandinista*, México, Siglo XXI, 1981; Carlos M. Vilas, *Perfiles de la revolución sandinista*, La Habana, Premio Casa de las Américas, 1984; Richard Harris y Carlos M. Vilas (comps.), *La revolución en Nicaragua: liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, México, Era, 1985.

⁴⁴ En realidad, estas formulaciones aparecen en el documento “Santa Fe II”. Véase

Reagan no tardó, pues, en desencadenar la guerra contra Nicaragua, a pesar de sus costos humanos y sociales, que ciertamente no fueron de “baja intensidad” para el pueblo agredido. Como explica Sergio Ramírez:

La guerra de la “contra” para derrocar al gobierno sandinista y cuyo objetivo es destruir una revolución nacional, ha cobrado 57.000 víctimas en Nicaragua entre 1981 y 1989. De acuerdo con la población de Estados Unidos y de México, ello equivaldría en Estados Unidos a 4 millones de víctimas y en México a 1.303.000. Los daños ocasionados por la guerra de la “contra” y por los sabotajes estadounidenses a la economía nicaragüense alcanzan 12.300 millones de dólares. Para Nicaragua, cuyas exportaciones en 1980 fueron de cerca de 450 millones de dólares y entre 1986 y 1988 se redujeron a alrededor de 299 millones, esta cifra es inmensa.⁴⁵

Todos esos daños son, en realidad inmensos; superiores, en términos proporcionales, a los sufridos por Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial. Pero en eso mismo consiste la *guerra imperialista de “baja intensidad”*: en tratar de “neutralizar” a los rebeldes del Tercer Mundo llevándolos a los límites del desangramiento y la depauperación.

En el caso de El Salvador, Estados Unidos también volcó su poderío (dentro de los parámetros de ese tipo de guerra) en favor de sus “aliados naturales” y en contra del movimiento popular representado fundamentalmente por la alianza del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y el Frente Democrático Revolucionario (FMLN-FDR). Y aquí tampoco importó que el segundo de esos frentes fuera de orientación socialdemócrata, hecho que en sí mismo revelaba el carácter *plural* del proceso de cambio; lo que Washington no podía admitir es que se buscara un cambio no “monitoreado” por él.

la versión publicada en Enriqueta Cabrera (comp.), *Respuestas a “Santa Fe II”*, México, El Día en Libros, 1989, pp. 196 y 207.

⁴⁵ “El poder popular ha permitido enfrentar los reos de Nicaragua”, en “El Gallo Ilustrado”, suplemento dominical de *El Día*, México, 30 de julio de 1989.

Durante el período 1983-1987, el gobierno salvadoreño había recibido ya una ayuda económica del orden de 1.792 millones de dólares,⁴⁶ lo cual le había permitido, entre otras cosas, quintuplicar el número de sus efectivos militares con relación a 1980, amén de modernizarlos. Aun así, la guerra estaba lejos de ser ganada por las fuerzas del “orden”; la insurgencia seguía firme, mantenía la iniciativa y, a diferencia de la “contra” nicaragüense, que jamás logró implantarse en su país (de hecho se instaló en Honduras), el FMLN contaba con zonas liberadas relativamente amplias y ejercía influencia significativa en el resto del territorio nacional. Mas el precio pagado sólo podía ser alto: 70.000 muertos civiles, 20.000 bajas del ejército y 5.000 de la guerrilla, además de entre 400.000 y 500.000 desplazados en lo que va de la guerra.⁴⁷

En Guatemala, en cambio, el proceso insurgente fue mutilado antes de que el movimiento armado alcanzase una magnitud comparable a la del sandinismo o del FMLN. En efecto,

[...] entre 1981 y 1983, período en que el ejército gubernamental utilizó en gran escala los métodos contrainsurgentes (tierra arrasada, patrullas civiles y aldeas modelo), se pueden contabilizar más de 35.000 muertos, 900.000 personas agrupadas en la autodefensa civil, 18.000 habitantes reconcentrados en aldeas modelo (dato oficial), 46.000 refugiados en México y 1.200.000 desplazados internos. Son datos más que elocuentes de la “lógica” contrainsurgente sobre la población de este país, que se convierten en el costo social para ésta y las próximas generaciones.⁴⁸

¿Triunfo de la política de “mano dura” de Estados Unidos? Si al hecho de sembrar la destrucción y la muerte en tan elevada es-

⁴⁶ Cfr. Alexander Segovia, “Límites y dilemas de la política económica”, en VV. AA., *El Salvador: guerra, política y paz (1979-1988)*, San Salvador, ONAS-CRIES, 1988, p. 117.

⁴⁷ Cfr. Raúl Benita Manaut, “Guerra e intervención norteamericana”, en VV. AA., *El Salvador: guerra, política y paz (1979-1988)*, *op. cit.*, pp. 30 y 38.

⁴⁸ D. Barry, R. Vergara y R. Castro, “La guerra total: la nueva ideología contrainsurgente norteamericana”, en *Centroamérica: la guerra de baja intensidad*, San José, CRIES, DEI, 1989, pp. 233-234.

cala se decide denominar “victoria”, lo sería incuestionablemente. Pero resulta que la misma “guerra de baja intensidad” persigue ciertos objetivos que van más allá de la simple “tierra arrasada”. Como observa Deborah Barry:

La guerra de baja intensidad replantea cómo lograr el objetivo estratégico de la guerra; no busca la eliminación física del enemigo por medios militares sino, más bien, deslegitimarlo, aislarlo y sofocarlo, a tal grado que los insurgentes y los gobiernos revolucionarios dejen de considerarse como una alternativa política posible o estable [...] Se parte del principio de que la *guerra de baja intensidad* es una guerra principalmente política e ideológica, lo cual significa que la victoria se obtiene básicamente alterando las variables políticas, hasta que el enemigo se vuelva ineficaz.⁴⁹

Al cabo de ocho años de aplicación de esta estrategia, parece claro que Estados Unidos no ha logrado el propósito de anular a sus enemigos. Después de todo la Revolución Sandinista sigue en pie y el FMLN no ha sido privado de su proyección política. Los movimientos de liberación de la región han sufrido sin duda un desgaste, mas algo semejante ocurre con sus adversarios. Del trauma y la fatiga de la guerra nadie escapa, salvo, como es lógico, la potencia imperial que la atiza, pero sin arriesgar mayormente sus tropas. Esto también forma parte de la teoría y la práctica de la “guerra de baja intensidad”. Sólo que, a la larga, tal estrategia ha devenido un arma de doble filo al crear una situación de equilibrio o empate “catastrófico” que ninguno de los contendientes está en capacidad de alterar significativamente, so pena de desencadenar una guerra de intensidad bastante más “alta”, que terminaría por involucrar a todos los países de la región, incluida Costa Rica, además de los propios Estados Unidos (con sus tropas, se entiende). Es el tipo de guerra que no conviene a nadie; ni siquiera a las elites conservadoras de Centroamérica.

⁴⁹ “La doctrina de contrainsurgencia”, en *ibid.*, pp. 35-36.

En este escenario hay que entender las negociaciones que se inician en 1986 (“Esquipulas I”), a pesar del gobierno estadounidense y con cierta autonomía centroamericana, prosiguiendo con el “Plan Arias” y “Esquipulas II”,⁵⁰ y que parecieran estar, en 1989, en condiciones de promover una razonable paz ecléctica. La única posible, quizás.

Los acuerdos reconocen, *de facto*, el derecho de existir de la Revolución Sandinista, aunque sujeta a la ordalía electoral (en la que, signo de los tiempos, Estados Unidos se arroga el derecho de intervenir económica e ideológicamente). Y reconocen también, en contraste, la “legitimidad” de una Guatemala que sigue gobernada por un aparato militar terrorista, con una débil fachada civil demócrata cristiana. El desenlace de la revolución salvadoreña queda abierto —sólo puede ser objeto de una negociación interna—; en cuanto a Costa Rica, no ofrece mayor problema: es la única república conservadora de América Latina por voluntad propia y no porque alguien se lo imponga. Los acuerdos prevén que la “contra” debe ser desmantelada en Honduras, pero con las bases y tropas estadounidenses instaladas ahí está lejos de vislumbrarse una salida: a las propuestas soviéticas de hacer de Centroamérica una zona libre de injerencia militar extranjera, Estados Unidos opone el argumento de siempre: sus intereses estratégicos en el área son distintos de los de Moscú; en síntesis, se trata de *su* traspasamiento y no piensa retirarse de él.

Desde febrero de 1987 se ha reabierto, en cambio, un viejo foco de conflicto regional: Panamá.⁵¹ So pretexto de pedir la destitución del jefe de la Fuerza de Defensa, general Manuel Antonio Noriega, a quien se acusa de tráfico de drogas, el gobierno estadounidense persigue la anulación de los tratados Torrijos-Carter, tal como lo revela el documento “Santa Fe II”.⁵² La batalla del

⁵⁰ Cfr. Enrique Gomáriz (ed.), *Balance de una esperanza: Esquipulas I un año después*, San José de Costa Rica, I-LACSO-CSUCA, 1988.

⁵¹ Para entender las raíces de este viejo conflicto, véase Ricaurte Soler, *Panamá: historia de una crisis*, México, Siglo XXI, 1989.

⁵² Cfr. Enriqueta Cabrera (comp.), *Respuestas a “Santa Fe II”*, *op. cit.*, pp. 216-217.

Canal viene, pues, librándose todos los días y por los medios más variados, mientras que la mayoría de los gobiernos latinoamericanos muestran sus clásicas vacilaciones: por un lado le hacen el juego a Estados Unidos, insistiendo en la “ilegitimidad” de Noriega; por otro, temen que una invasión de Panamá termine por desencadenar un conflicto bélico regional de incalculables consecuencias y magnitud.

Si Estados Unidos no ha conseguido imponer *su* orden en Centroamérica, en el Caribe lo ha hecho mejor. En octubre de 1983 ocupó Granada, luego de que un grupo de aventureros de la misma izquierda cometió la locura de asesinar al primer ministro Maurice Bishop, sumiendo al país en el caos total. Ello permitió la invasión impune de la isla y, con esto, la consumación del único *roll back* de los ocho años de administración Reagan en el mundo. Trofeo magro, en verdad, si se recuerda que la población de Granada es cinco veces menor que la de la Universidad Nacional Autónoma de México. Pero Estados Unidos aprovechó esta “hazaña”, y sobre todo la falta de reacción latinoamericana frente a ella, para amenazar al gobierno surinamés, encabezado por Buterse, con aplicarle la misma receta si no cortaba sus amistosas relaciones con Cuba. Poco después, la Internacional Socialista condenaba también a Buterse, mientras el gobierno militar brasileño le hacía saber que igualmente tenía intereses estratégicos en Surinam. En suma: o Buterse se alineaba mansamente con Occidente, o terminaba escuchando hablar inglés o portugués en Paramaribo. Escogió la primera opción.

Entre tanto, el movimiento independentista puertorriqueño había ido declinando, por razones sobre todo internas, al tiempo que Estados Unidos controlaba firmemente las riendas de la “transición” haitiana (Jean-Claude Duvalier fue derrocado en 1986). Hasta ahora, 1989, este país no ha salido del régimen dictatorial, pero la Casa Blanca sería la última en denunciar la situación: el problema de la democracia sólo incumbe a la “nueva derecha” en la medida en que lo juzga conveniente para sus intereses. En Jamaica, el People’s National Party tomó, a su vez,

el camino de “la moderación y la conciliación”,⁵³ en el momento en que su líder, Michael Manley, volvía a ser elegido primer ministro. Con todo esto, el “lago marxista-leninista” de hace ocho años volvía a recobrar, aparentemente, la calma.

En América del Sur, mientras tanto, la hora de la democratización había sonado. Al “retorno constitucional” de Ecuador, en agosto de 1979, siguió el del Perú, un año más tarde, y es comprensible que estos países fuesen los pioneros, en la medida en que sus dictaduras habían sido las más “blandas” de la región; reformismo nacionalista militar, en realidad. No había por lo tanto mayores rencores ni temores acumulados, ni grandes cuentas que saldar ni “transiciones” amañadas que preparar.

Les siguió Bolivia en 1982, luego del inestable y por momentos tormentoso cuatrienio posterior a la caída de Banzer. Un año después fue el turno de Argentina. En este caso, la salida de los militares se facilitó tanto por la dura crisis económica que azotaba al país, cuanto por la contundente derrota sufrida en la guerra de las Malvinas, en 1982, cuando, gracias al apoyo militar y político de Estados Unidos, Gran Bretaña trituró a los contingentes argentinos. El panamericanismo, como se ve, era una tomadura de pelo frente al atlantismo.

1985 fue el año de las transiciones en Brasil y Uruguay, ambas muy poco ortodoxas. En el primer caso, la fórmula de Tancredo Neves para presidente y José Sarney para vicepresidente⁵⁴ se impuso en una elección indirecta, en el seno de un parlamento en buena parte integrado por representantes “biónicos”, es decir, designados por la propia dictadura. En el caso uruguayo la elección fue directa, pero con el político más popular del país, Wilson Ferreira Aldunate, tras las rejas. Lo importante fue, en todo caso, que los militares regresaron —al menos formalmente— a sus cuarteles.

⁵³ Son palabras de *Newsweek*, 20 de febrero de 1989, p. 25.

⁵⁴ Como se recordará, Neves falleció antes de asumir el cargo, siendo reemplazado por Sarney.

Hubo que esperar hasta 1989 para que Paraguay entrase también en los cauces legales, luego del inesperado derrocamiento de Stroessner, tras 35 años de dictadura y —“astucia de la historia”, habría dicho Hegel— por acción de su propio consuegro, actual presidente constitucional del país.

Si todo marcha como está previsto, Chile contará con un presidente democráticamente elegido a finales de 1989, con lo cual se cerraría no sólo un ciclo dictatorial de más de 16 años en esa nación, sino también un ciclo entero —y casi eterno— de dictaduras en América del Sur. Conmemoramos, en cualquier circunstancia, una década de transiciones democráticas en América Latina; la que inauguran Ecuador en Sudamérica y Nicaragua en América Central.

Hasta aquí, el lado más bien claro de la luna. Pero su lado oscuro no tardó en revelarse en 1982, cuando, para sorpresa no solamente de Latinoamérica sino del mundo entero, se descubrió que México, “milagro petrolero” y “potencia emergente” de la década anterior, se hallaba simplemente al borde de la quiebra; no tenía más dinero para “honrar”, como hoy se dice, sus compromisos financieros con el exterior.

Y no era únicamente México, que a esas alturas tenía una deuda cercana a los 90.000 millones de dólares: Brasil había superado ya ese monto; Argentina y Venezuela, sumadas, adeudaban casi 80.000 millones, y América Latina en conjunto debía más de 330.000 millones de dólares. Dictaduras o democracias, gobiernos liberales o conservadores, democratocristianos o socialdemócratas, todos parecían haberse puesto de acuerdo para administrar desastrosamente las economías de sus respectivos países, así como para responsabilizar de ello a un fantasma en este caso inocente, el del “populismo”, que en ninguna parte gobernara en el período del gran endeudamiento.

Y es que no era un problema de buenos o malos mandatarios, con independencia de que en otros planos lo hayan sido o no. Se trataba de un reajuste global del sistema capitalista que, por una vía *sui generis* nos pasó, como siempre, la cuenta de *su crisis*. La CEPAL y otras instituciones han hablado de una “permisividad

financiera” existente en el segundo quinquenio de los setenta, para señalar que por entonces había en el mundo desarrollado un “exceso” de capital que no se sabía bien en qué invertir y por ende se lo ofrecía en préstamo, “con facilidades”, a quien quisiera aceptarlo.⁵⁵ Ello no es casual, sino que forma parte de una lógica implacable: toda crisis capitalista se expresa en una *sobreacumulación*, con la consiguiente generación de capital “sobrante”; ese capital no se canaliza hacia la inversión directa (*productiva*) porque la propia recesión restringe el tamaño del mercado, contrayendo la “demanda solvente” —y nadie invierte en producir si no hay quien compre—, lo cual crea, mientras no ocurran determinados cambios estructurales, una tendencia a la “inversión” indirecta, es decir, a la conversión del capital sobreacumulado en su forma perversa de *capital a interés*.

Quedaba por encontrar unos buenos candidatos a deudores, y ésos resultamos ser nosotros, los países subdesarrollados, en parte por la miopía proverbial de las burguesías criollas, incapaces de prever lo que nos esperaba a la vuelta de la esquina,⁵⁶ pero en mayor medida aún por el señuelo de las bajas o nulas tasas de interés. En efecto, en el período comprendido entre 1974 y 1981, que es cuando se produce el flujo masivo de préstamos,⁵⁷ las tasas *reales* de interés son del siguiente orden porcentual: 0,11 en 1974; -2,21 en 1975; -0,22 en 1976; -0,50 en 1977; 1,23 en 1978; 0,66 en 1979; 0,86 en 1980; 6,11 en 1981.⁵⁸

⁵⁵ “[...] los bancos de la OCDE, con mucho dinero líquido disponible y una débil demanda interna de fondos, comienzan a competir entre ellos para exportar capital a los países en desarrollo [...]”. Jacobo Schatan, *América Latina: deuda externa y desarrollo; un enfoque heterodoxo*, México, El Día en Libros, 1985, p. 18.

⁵⁶ Era evidente que si hubiera sido un buen negocio realizar inversiones (directas, se entiende) en América Latina, los propios capitalistas extranjeros lo habrían hecho; por algo no querían correr ese riesgo.

⁵⁷ Sólo en el transcurso de 1974 América Latina se endeudó tanto como lo había hecho entre 1950 y 1969. Cfr. Pedro Paz, “La crisis actual del capitalismo y la crisis monetaria internacional”, en Pedro López Díaz (coord.), *La crisis del capitalismo: teoría y práctica*, México, Siglo XXI, 1984, p. 412.

⁵⁸ Enrique V. Iglesias, “América Latina: crisis y opciones de desarrollo”, en VV.

Hasta 1980, era como si estuviéramos recibiendo el maná del cielo: afluían cuantiosas remesas de un bien llamado dinero, por cuyo uso prácticamente no debíamos pagar nada en términos reales. Sólo que había un pequeño detalle, que hasta la década de los ochenta pasó casi inadvertido: esas tasas de interés no eran fijas, sino reajustables de acuerdo con las fluctuaciones de los mercados de Nueva York y Londres, y fuera, por lo tanto, de nuestro control y del ritmo de funcionamiento de nuestras economías. Bastó, pues, con que los centros hegemónicos, encabezados por Estados Unidos y orientados ya por la “nueva derecha”, decidieran echar a andar ciertos mecanismos de “ajuste”, para que nuestras ilusiones se esfumasen como alegría de pobre.

En efecto, con el advenimiento de la administración Reagan se produjo un alza considerable de las tasas de interés (aparecieron las garras *usurarias* del capital) y una “caída estrepitosa de los precios de las materias primas”⁵⁹ que exportamos, hechos que nos forzaron a transferir inmensas cantidades de excedente económico hacia las “metrópolis”, contribuyendo así a que el capitalismo avanzado saliera de su crisis, pero a costa de nuestra propia recesión.

Las cifras son por demás elocuentes. En 1978, por ejemplo, los ingresos netos de capitales a América Latina habían sido del orden de 26.200 millones de dólares, y los pagos netos de utilidades e intereses al exterior ascendían a 10.200 millones de dólares, dejando un saldo a nuestro favor de 16.000 millones de dólares. Cinco años más tarde, o sea, en 1983, los ingresos netos de capital habían caído a 2.900 millones de dólares, y los pagos netos de utilidades e intereses se elevaban a 34.400 millones de dólares, con un *saldo negativo de 31.500 millones de dólares*, que es lo que transferimos al exterior.⁶⁰ Además, la fuga de capitales

AA., *Democracia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1985, p. 241.

⁵⁹ Cfr. Jacobo Schatan, *América Latina: deuda externa y desarrollo. Un enfoque heterodoxo*, *op. cit.*, p. 18.

⁶⁰ CEPAL, *Balance preliminar de la economía latinoamericana*, s.l., CEPAL, 1988, cuadro 15, p. 24.

latinoamericanos hacia fuera de la región se acentuó concomitantemente, atraída por las nuevas tasas de interés. Para 1989, algunas estimaciones situaban el monto de esa fuga hasta en 243.000 millones de dólares.⁶¹

En 1988 la situación parecería haber convalidado un tanto (con relación a 1983), en la medida en que “únicamente” transferimos al exterior 29.000 millones de dólares, equivalentes a 4% del producto interno bruto (PIB) de la región.⁶² Mas resulta que si esta situación continúa tendremos que crecer a un ritmo anual de 6%, sólo para “honrar” ese compromiso del 4% y además poder atender el incremento de nuestra población (que es de aproximadamente 2% por año), sin mejorar en nada el deteriorado nivel de vida actual. Para mejorarlo mínimamente, nuestro PIB debería crecer siquiera a una tasa del 7% anual, siendo que en 1988 lo hicimos a un ritmo diez veces menor: 0,7%.

Para 1989, las previsiones de la CEPAL indican que la situación seguirá igual o peor, pese al “buen comportamiento” de nuestros gobernantes con los centros hegemónicos:

Si [los intereses] fueran pagados en su integridad, las *remesas de utilidades e intereses* se elevarían a casi 38.000 millones de dólares y el déficit en cuenta corriente de la región excedería de 12.000 millones de dólares por tercer año consecutivo. En estas circunstancias, y dado el *flujo casi nulo de capitales externos voluntarios*, la transferencia neta de recursos al exterior ascendería a unos 35.000 millones de dólares, la cifra más elevada desde el estallido de la crisis y 40% superior al saldo comercial de la región.⁶³

Vamos, pues, de mal en peor, y en camino de una creciente marginación. Como escribe Sergio Bitar:

⁶¹ América-economía, No. 31, México, septiembre de 1989.

⁶² CEPAL, Balance preliminar de la economía latinoamericana, op. cit., p. 2.

⁶³ CEPAL, *Panorama económico de América Latina*, s.l., CEPAL, 1989, p. 7. Las cursivas son nuestras.

En la década del ochenta América Latina pierde importancia en la economía mundial. Para la Comunidad Europea y Japón, la región pesa menos que a fines de los años setenta, en el campo comercial, financiero y en inversiones extranjeras directas. Se puede afirmar que la región es hoy más marginal que a comienzos de la década. En el comercio mundial, América Latina bajó su ponderación, desde un 5,7% del comercio total en 1980, a un 4,2% en 1986.⁶⁴

Vivimos, además, la hora de la *hiperestancflación*:

Al entrar en la segunda mitad de 1989, la mayoría de los países de América Latina y el Caribe se debaten entre el estancamiento y la inflación. Se observa, sin embargo, una creciente diversidad de situaciones, que abarca desde países donde, a un costo social muy elevado, se avanza hacia un ajuste combinado con transformaciones estructurales, hasta otros que se hallan al borde de la hiperinflación.⁶⁵

Por un lado tenemos, en efecto, una Nicaragua agobiada por los años de guerra, con una inflación superior al 7.000% en 1988; por otro, el grupo formado por Perú, Argentina y Brasil, que hacia agosto de 1989 superaba ampliamente la tasa de 1.000% anual de inflación (Perú bordeaba los 6.000%). Es el grupo que experimentó, a mediados de los ochenta, las llamadas políticas económicas “heterodoxas” (planes Inti, Austral y Cruzado, respectivamente), que no pasaron de ser un *monetarismo al revés* que, al no tocar los problemas estructurales de esas sociedades, sino sólo sus “inercias”,⁶⁶ terminaron por sembrar más bien el caos económico. Perú atraviesa, a su vez, por un estado de virtual guerra civil.

⁶⁴ “América Latina en la economía mundial, cambios recientes”, en VV. AA., *América Latina en la economía mundial (seminario en homenaje al doctor Raúl Prebisch)*, Santiago de Chile, INTM-CEPAL, 1988, p. 157.

⁶⁵ CEPAL, *Panorama económico de América Latina*, op. cit., p. 5.

⁶⁶ De hecho, lo que se trataba de controlar era sólo la inflación llamada “inercial”. Véase, por ejemplo, Persio Arira (org.), *Brasil, Argentina, Israel: inflação zero*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1986.

En cuanto a los países que, según la CEPAL, vienen realizando ajustes con elevados costos sociales, recordemos que en México el salario mínimo real urbano es, en 1989, *menos de la mitad* de lo que fuera diez años atrás.⁶⁷ Además, el sector “informal” (que en México, como en otras partes, es en gran medida la pura y llana desocupación disfrazada) parece haberse incrementado en un 82% entre 1980 y 1987, mientras en Brasil habría crecido un 70% y en Colombia un 48% en igual lapso.⁶⁸

No disponemos de datos comparables para Bolivia, que es otra muestra de aquel tipo de ajuste. Pero sí sabemos que su desempleo urbano abierto es uno de los más altos de América Latina (11,7% en 1988, frente al 3,6% de México, por ejemplo); y que su producto interno bruto por habitante ha registrado saldos negativos en *todos* los años posteriores al desencadenamiento de la crisis, acumulando en el período 1981-1988 una disminución de 26,3%. Cifra prácticamente igual a la de la Nicaragua en guerra (-27,4% en similar período), o a la de un Panamá también agredido por Estados Unidos (-24%).⁶⁹

Con o sin ajustes, con guerra o sin ella, con planes “ortodoxos” o experimentos “heterodoxos”, lo cierto es que al concluir la década de los ochenta el producto medio por habitante de América Latina será un 10% inferior al de diez años atrás. Es el famoso “decenio perdido para el desarrollo”. Por lo demás:

Excepto en Colombia, Costa Rica y Paraguay, el valor real de los salarios mínimos urbanos es actualmente (1989) inferior al de 1980. Más aún, en Brasil, Ecuador, México, Nicaragua y Perú las remuneraciones mínimas reales han caído aproximadamente a la mitad.⁷⁰

⁶⁷ CEPAL, *Panorama económico de América Latina*, op. cit., pp. 7 y 64.

⁶⁸ CEPAL, “La dinámica del deterioro social en América Latina y el Caribe en los años ochenta” (nota de la Secretaría), 26 de abril de 1989, p. 10.

⁶⁹ CEPAL, *Balance preliminar de la economía latinoamericana*, op. cit., cuadro 3, p. 18.

⁷⁰ CEPAL, *Panorama económico de América Latina*, op. cit., p. 7.

Lo cual quiere decir que se ha operado una drástica *redistribución regresiva del ingreso*, puesto que aquellos salarios se han erosionado más que este ingreso. Y hay inquietantes síntomas de un creciente deterioro en la atención de la salud y la educación de la población, sobre todo de la más joven,⁷¹ cosa que no augura, precisamente, un futuro halagador para la región.

Dentro de toda esta catástrofe, Colombia es el único país capitalista latinoamericano que ha conseguido capear el temporal en el terreno económico. Como observa el Banco Mundial:

La recesión en Colombia del período 1981-1985 causó estancamiento del producto interno bruto per cápita en vez de las grandes disminuciones observadas en otros países. Actualmente el crecimiento del producto interno bruto per cápita se está recuperando con rapidez y acercándose a la tasa de los años sesenta y setenta.⁷²

Bien sabemos cuál es la palanca principal de aquella recuperación y los problemas que trae consigo, pero la Colombia sumida en el dédalo del narcotráfico no es sino uno de los múltiples espejos de una América Latina que pareciera condenada a elegir entre la actividad delictiva y el absoluto pauperismo.

La profunda crisis económica de la década de los ochenta, sumada a la desembozada actitud neocolonialista de la “nueva derecha” estadounidense, ha determinado una acentuación de la *dependencia* latinoamericana en un grado que mal se hubiera imaginado hace quince o veinte años. Sobre todo a raíz del fracaso de los planes Austral, Cruzado e Inti, el único modelo económico que va quedando en pie es el *neoliberal*, impuesto por el Fondo Monetario Internacional. Una triste pero explicable paradoja de la historia ha querido, por lo demás, que tal modelo sea el mismo que en el pasado implantaron aquellas dictaduras a las que denominábamos “fascistas” o algo parecido. Privatización del

⁷¹ Cfr. CEPAL, “La dinámica del deterioro social en América Latina y el Caribe en los años ochenta”, *op. cit.*, pp. 14-16.

⁷² Banco Mundial, *Informe Anual 1988*, Washington, Banco Mundial, 1989, p. 98.

sector estatal de la economía; desmantelamiento de ese pequeño Estado de bienestar (“populismo”, como hoy suele llamársele para justificar su cercenamiento) que mal o bien llegó a forjarse gracias a la presión de las luchas populares; recortes drásticos del presupuesto y despido de empleados públicos; reducción de los salarios reales y reconcentración simultánea de la riqueza; apertura creciente de nuestros mercados al “libre comercio”. ¿Cuál de estos rasgos que en los años setenta denunciábamos como constitutivos del “modelo económico del fascismo dependiente” no están presentes en la “democratizada” América Latina de los ochenta? Tal vez no sea casual que el Chile de Pinochet sea exhibido, ya sin tapujos, como el “milagro” económico de finales de este decenio, al mismo tiempo que el presidente socialdemócrata Jaime Paz Zamora ensalza al ex dictador Hugo Banzer como uno de los “constructores” de la democracia boliviana.⁷³

Alusiones con las cuales nos acercamos a ese punto nodal en el que el desamparo económico produce efectos perversos en los campos político e ideológico, y recíprocamente, creando un círculo vicioso que perpetúa el deterioro, incluso moral, de nuestros países. Para comenzar, la propia noción de *soberanía nacional*, de un mandato popular que la genera y la nutre, va diluyéndose con el avance de la crisis. Tal como lo ha expresado Nils Castro, de manera a la vez precisa y dolorida:

La deuda externa ahora no es sólo la cara visible de un nuevo sistema de expoliación económica de nuestros pueblos, y de subsidio a la supremacía regional de la potencia hegemónica. Ha pasado a ser también un extraordinario instrumento de poder político del gobierno norteamericano para doblegar y someter a las autoridades latinoamericanas e imponerles el diseño de sus políticas interiores, y la liquidación de los proyectos solidarios e integracionistas, a despecho de la institucionalidad democrática existente en los respectivos países.

⁷³ *El Día*, México, 7 de julio de 1989, p. 11.

Los gobiernos democráticamente electos pierden su lealtad a los electores, y a los principios ideológicos y programas anunciados por sus respectivos partidos, tan pronto se sientan a hablar con los banqueros —y aun antes de sentarse—. Lo hacen a nombre de una expectativa de “dinero fresco” (es decir, de deuda nueva) que, sin embargo, no llega o se consume en servir la vieja deuda. En cambio, el sometimiento neocolonial y las deslealtades permanecen, y el disgusto social y la desconfianza en el sistema de partidos se incrementan.⁷⁴

Así es. Un John Kenneth Galbraith —que por lo demás dista mucho de ser un extremista— puede permitirse el lujo de llegar a Brasil y declarar enfáticamente que “sólo existe una solución para la deuda externa de los países del Tercer Mundo: la formación de un cártel de las naciones deudoras”.⁷⁵ Ningún mandatario latinoamericano, que no sea Fidel Castro, se atrevería a decir lo mismo, aunque esté convencido de ello, por la sencilla razón de que el gobierno estadounidense ha advertido —de manera pública, para mayor humillación nuestra— que *no tolerará* tal tipo de asociación. Hay que resignarse, entonces, a negociar por separado, en situación de absoluta inferioridad, rompiendo cualquier principio de unidad latinoamericana y, lo que es peor, sentando un precedente que en nada nos favorece: el de aceptar la condición de países con *soberanía limitada*, si es que no la de Estados *vasallos*.

Y no sólo eso. A finales del decenio de los ochenta se ha vuelto normal abrir los diarios y encontrar noticias con encabezados como los siguientes: “Bush pide manos libres para apoyar golpes de Estado”, y “Violeta Barrios es nuestra candidata, dijo George Bush. Aprobada la ayuda de 9 millones de dólares”;⁷⁶ sin que la

⁷⁴ Nils Castro, “Viabilidad de la socialdemocracia: la agenda latinoamericana de hoy y mañana”, en *El Día*, 16 de junio de 1989, p. 15.

⁷⁵ “Propone Galbraith que se integre un cártel de deudores. Deben ser más agresivos, dice”, en *El Día*, 8 de octubre de 1989, p. 1.

⁷⁶ *La Jornada*, México, 18 de octubre de 1989, pp. 33 y 35; Gerardo Arreola, “Panamá y el Grupo de Río”, en *La Jornada*, México, 20 de octubre de 1989, p. 54.

injerencia en Panamá, donde en este caso “urge” apoyar un golpe, ni la intromisión en Nicaragua, a la que se refiere la segunda noticia, parezcan escandalizar a la opinión pública ni motivar el más leve reclamo por parte de nuestros mandatarios. Porque, como advierte Gerardo Arreola:

Según la percepción que parece abrirse paso en algunos gobiernos latinoamericanos, el empleo y la amenaza del uso de la fuerza, el financiamiento a la oposición civil y militar, la injerencia abierta, directa, reconocida, en asuntos internos de otros Estados, es decir, el perfil de la política de Washington hacia Centroamérica ratificado por el gobierno de George Bush, no constituye peligro alguno para el hemisferio. Mejor dicho; no existe.

El disgusto social y la desconfianza popular en los partidos gobernantes —a los que se refiere también Nils Castro— no son, por lo demás, meros peligros, sino hechos consumados a finales de la década de los ochenta. La mayoría de las democracias de la región se mantienen gracias a una especie de *consenso pasivo* y a título de *mal menor*, ante el riesgo, en parte real y en parte inventado por los propios gobernantes civiles, de que vuelvan los militares al poder. Porque decir que la gestión de un José Sarney, un Raúl Alfonsín o un Alan García, por ejemplo, han despertado el fervor de sus mandantes, sonaría a cruel ironía. La socialdemocracia, que ha sido la corriente dominante de la transición sudamericana (como la democracia cristiana lo ha sido de la centroamericana), conserva todavía su “cartel” un tanto por inercia, mas sobre todo gracias a la red internacional que la sostiene y a los enormes medios de comunicación y capitales que la apoyan. Pero ella misma es consciente del futuro poco brillante que puede ofrecer a Latinoamérica, como lo revela la producción de sus teóricos y “cientistas” sociales, más empeñados en aplacar las expectativas de las masas y frenar su inclinación por el cambio, que en tratar de darles forma y hacerlas históricamente viables.⁷⁷ Además, es

⁷⁷ Véase al respecto nuestro libro *Las democracias restringidas de América Latina*:

evidente que cada fracaso de la socialdemocracia criolla la arrastra hacia posiciones más y más conservadoras y pronorteamericanas, como los ejemplos de un Carlos Andrés Pérez o un Michael Manley lo ilustran, de manera bastante patética.

Señalamos que se trata de bajar las aspiraciones de las masas; esto es, de convencerlas de que la democratización del continente es un problema exclusivamente político, y sobre todo electoral, sin ninguna dimensión social ni económica. Pero resulta que las masas no son tan candorosas —no se tragan vidrio molido, como alguien decía— y entonces advienen las situaciones críticas. En abril de 1984, el pueblo dominicano dio el campanazo de alerta, insurgiendo contra las medidas de austeridad de corte fondomonetarista, protesta que fue sangrientamente reprimida. Luego vino el turno de la población jamaíquina, que se rebeló por causas similares. Y a finales de febrero de 1989 se produjo el famoso levantamiento de Caracas, que sólo fue sofocado por las tropas del presidente Pérez al cabo de una semana y con un costo de entre 500 y 1.000 muertos: *segunda* masacre cometida por la socialdemocracia sudamericana.⁷⁸

Algunos dirán que esta cifra de bajas no es tan elevada en un continente como el nuestro, que en la sola década de los ochenta ha contabilizado alrededor de 250.000 *muertes por razones políticas*. Todo depende del punto de vista desde el cual se juzguen los hechos y de la idea que uno tenga del valor de la vida humana y de lo que debería ser la democracia.

Sea como fuere, parece indudable que la democracia latinoamericana aún no ha conseguido desarrollar contenidos populares ni robustecer la soberanía de nuestras naciones y, menos todavía, encontrar el camino de superación de la presente crisis. Son los retos que tendrá que afrontar en el decenio de los noventa.

elementos para una reflexión crítica, 2ª ed., Quito, Planeta, 1989, especialmente el capítulo II.

⁷⁸ La primera masacre ocurrió en las prisiones de Lurigancho y El Frontón, en Lima, Perú, en octubre de 1985, cuando las tropas de Alan García causaron alrededor de 200 bajas entre los detenidos políticos.

EN POS DE LA HISTORICIDAD PERDIDA Contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador¹

Dolorosa coincidencia. En el momento en que comienzo a redactar este breve ensayo sobre la literatura indigenista de mi país, el cable internacional trae la noticia del fallecimiento del novelista Jorge Icaza (1906-1978), acaecido el día 26 de mayo. El Ecuador acaba pues de perder a su más notable escritor del siglo XX, y la primera tentación que me surge es la de decir que con su muerte se cierra toda una etapa de nuestra historia literaria. Pero tal afirmación sería inexacta: esa fecha debería situarse posiblemente hace dos décadas, cuando el propio Icaza publicó el último gran relato ubicable dentro de dicha corriente: *El chulla Romero y Flores* (1958). Para esa fecha José de la Cuadra (1903-1941) había fallecido ya, lo mismo que Joaquín Gallegos Lara (1911-1947); Enrique Gil Gilbert (1912-1974) prácticamente había dejado de escribir para dedicarse de lleno a la actividad política; Ángel F. Rojas (1909) era un próspero abogado que apenas si recordaba con algo de remordimiento y nostalgia la época de *El éxodo de Yangana*; Alfredo Pareja Diezcanseco (1908) y Demetrio Agui-

¹ Extraído de Agustín Cueva, *Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Planeta-Letравiva, 1986, pp. 159-184.

lera Malta (1909) seguían produciendo pero ya dentro de otra veta, ensayando con irregular fortuna nuevos estilos y estructuras narrativas.²

El mismo autor de *Huasipungo* atravesó por un largo período de silencio del que sólo logró salir en 1972 —o sea, 14 años después de *El chulla Romero y Flores*— con la aparición de su tríptico intitulado *Atrapados*, en la editorial Losada. Mas esta novela, que ingenuamente Icaza consideraba su *chef-d'oeuvre*, carecía ya de la fuerza dramática que había caracterizado a su anterior producción. En buena parte antológica, puesto que incluye algunas piezas de teatro escritas hace cuatro décadas, *Atrapados* es en lo demás una obra autobiográfica y de reflexión sobre la creación del autor, pero en la que hasta el vigoroso estilo icaciano termina transformándose en “manera”. Para decirlo en pocas palabras, Icaza no hace aquí más que sobrevivirse: su mensaje está agotado, como agotado está, en cuanto forma social, ese Ecuador semifeudal en curso de disolución que él vivió en su juventud y que con amor, dolor e ira supo plasmar en sus célebres relatos. 1972, el año en que se publica *Atrapados*, es precisamente el año de nacimiento del Ecuador “petrolero” y, por ende, en cierto sentido moderno, con esa modernidad dudosa que el *boom* bananero de fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta prefiguró de alguna manera.

Lo que de verdad me asombra ahora que vuelvo a recapacitar sobre el proceso literario de mi país, no es tanto el hecho de que durante los treinta y pico de años que van desde la aparición de la primera novela indigenista, *Plata y bronce* (1927), de Fernando Chávez, hasta la publicación de *El chulla Romero y Flores*, hayamos tenido un predominio neto de la corriente que denominamos realismo social, de la que el indigenismo no es sino una vertiente.

² Los autores hasta aquí mencionados constituyen el núcleo fundamental del realismo social ecuatoriano y pertenecen todos a la llamada “generación del 30”. Dicha corriente se prolonga en dos autores más: Adalberto Ortiz (1914), quien en 1943 publicó la conocida novela *Juyungo*, y Pedro Jorge Vera (1914), que publicó *Los animales puros* en 1946. De entre ellos, sólo Icaza puede ser considerado indigenista.

Tampoco me llama la atención el que a partir de 1958, aproximadamente, dicha corriente haya ido extinguiéndose junto con la peculiar materia prima que constituyó su savia. Lo que parece tener visos de una paradoja que quisiera destacar, es más bien el hecho de que esa literatura tildada de “localista”, “regionalista” o “criollista”, siempre de manera peyorativa, sea la literatura más *universal* que hasta ahora ha producido el Ecuador. Porque, seamos justos: ¿qué otra cosa es la “universalidad” literaria si no la capacidad de elaborar un mensaje artístico que por su intensidad expresiva llegue a las más amplias latitudes, difundido y traducido como efectivamente fue el de nuestra “generación del 30”?³ Y seamos además francos: sin nombres como el de Jorge Icaza en la narrativa o el de Oswaldo Guayasamín en la pintura, es decir, sin los grandes indigenistas, nuestra proyección universal se vería hartamente mermada. Pablo Palacio (1906-1947), por ejemplo, el “antirrealista” al que algunos compatriotas reivindican actualmente como símbolo alternativo de aquella época, me parece —con todo el respeto que merecen las opiniones ajenas— un escritor menor, en muchos sentidos interesante pero de segunda línea.⁴

Con estas reflexiones me he adentrado tal vez en una polémica demasiado doméstica, pero que en cierta medida no puede estar ausente cuando se trata de hacer un balance del realismo social, y, más concretamente, del indigenismo ecuatoriano. En efecto, la pugna intergeneracional viene impidiendo un aquilatamiento justo de estas manifestaciones culturales que sin duda pertenecen ya al pasado, pero que en virtud de la misma proyección de sus

³ Sólo la novela *Huasi-pungo* había alcanzado hasta 1968 —última fecha para la que dispongo de datos— los siguientes *records* de difusión: 20 ediciones en lengua española incluyendo tirajes de hasta 50.000 ejemplares; traducciones a 16 idiomas; tres adaptaciones para niños y varias para teatro; selección, en el *Diccionario de la literatura universal Laffont Bompiani*, como una de las cinco obras maestras publicadas en el mundo en 1934.

⁴ Lo digo sin el menor prejuicio contra la obra de Palacio y con el exclusivo objeto de restablecer ciertas proporciones. Recuérdese, por lo demás, que el único libro de este autor editado fuera de nuestro país va precedido de un elogioso prólogo mío: *Un hombre muerto a puntapiés y Débora*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1971.

protagonistas siguen pesando como una suerte de complejo o de fantasmas sobre los autores nacionales de hoy.⁵

Sea de esto lo que fuere, hay una cosa que se debe tener en cuenta antes de emprender cualquier análisis de la literatura indigenista: que así como sería un anacronismo esperar que los escritores actuales continúen escribiendo como sus congéneres de hace medio siglo, también resulta anacrónico juzgar a estos grandes “ancestros” según los cánones vigentes en 1978. Ello, por la sencilla pero a menudo olvidada razón de que la literatura es un producto social y por lo tanto histórico como cualquier otro. En este sentido, es un hecho que pese a la persistencia del subdesarrollo y la dependencia, América Latina ha sufrido importantes cambios en los últimos cincuenta años (desarrollo indudable del modo de producción capitalista), y que estos cambios en la estructura de nuestras formaciones sociales se han traducido por sendas transformaciones en el quehacer literario y en la concepción de la literatura.

Una cuestión que quisiera subrayar de partida, puesto que parece ser el punto nodal de unos cuantos malentendidos, es que la evolución misma del concepto de forma literaria no es independiente de los cambios ocurridos en el modo de inserción de las formas en general en la vida material. Conviene recordar a este respecto que sólo desde el momento en que el capitalismo industrial y monopólico penetra con cierta intensidad en el cuerpo social, convirtiéndose en experiencia cotidiana, la forma empieza a autonomizarse realmente, a adquirir la categoría de un “valor en sí”. Y es que en la propia esfera económica el capitalismo convierte a la forma en un componente cada vez más importante de la producción y realización del valor, por razones que no es del caso entrar a analizar aquí. La industria automotriz, por ejemplo, llega a incluir entre sus costos de producción hasta un 25% proveniente de modificaciones estrictamente formales,

⁵ Por esta razón en los últimos años sólo ha aparecido un estudio riguroso y consistente del indigenismo ecuatoriano, escrito por el catedrático español Manuel Corrales Pascual: *Jorge Icaza: frontera del relato indigenista*, Quito, Centro de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 1974.

y algo similar ocurre, en mayor o menor grado, en todas las ramas de la producción capitalista, o al menos en aquellas dedicadas a la producción de bienes de consumo, para no hablar del predominio omnímodo que la elaboración formal adquiere en la industria de la publicidad. Baran y Sweezy han descrito de manera aguda estos fenómenos, mostrando cómo el capitalismo monopolístico, para reproducirse, tiene que recurrir sin cesar a la generación de una “obsolescencia planificada” y crear, por medio de las campañas de ventas, un insaciable *apetito de novedades* que por lo general son sólo formales y no de contenido (“novedades fraudulentas” en la terminología de Baran y Sweezy). Los autores apuntan que tal hecho, que en sus comienzos fue

una característica relativamente sin importancia, ha avanzado a la posición de uno de [los] centros nerviosos decisivos [del sistema capitalista]. En su impacto sobre la economía —concluyen— es superado solamente por el militarismo. En todos los otros aspectos de la existencia social nada supera su influencia penetrante.⁶

No es de extrañar, entonces, que esa *forma* que en sí misma ha alcanzado el estatuto pleno de un valor de cambio, invadiendo todas las esferas de la existencia social, *tienda a aparecer* también de manera protuberante en el ámbito literario; en el límite, a presentarse como un “valor en sí” desvinculado de todo valor de uso, como una forma independiente de todo contenido. Sólo en dichas condiciones es posible, por lo demás, que se desarrolle una teoría que conciba a la literatura como un fenómeno exclusivamente lingüístico y, más en concreto, como un simple proceso de transformación de significantes. Después de todo, el *fetichismo del signifiante* no es más que la prolongación, en el terreno de la crítica literaria, de un fetichismo mayor y bien conocido: el de la mercancía.

⁶ Cfr. Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *El capital monopolista*, México, Siglo XXI, 10ª ed., 1975, pp. 93 y ss.

No pretendo “deducir” de estas observaciones ningún juicio de valor sobre la literatura actual de nuestros países capitalistas, que considerada en bloque no es ni puede ser “mejor” o “peor” que la de épocas anteriores, y que está compuesta, como la sociedad misma, de sustanciales innovaciones y “novedades fraudulentas”. Tampoco quiero decir —y que por favor nadie lo interprete así— que esta literatura responde a los intereses del capitalismo: está claro que, a partir de determinadas condiciones sociales de producción, entre las que se incluyen las de orden formal, cada obra refleja, con profundidad variable y orientaciones ideológicas diversas, los perfiles y contradicciones característicos de nuestra época.

Lo único que busco es relativizar enfáticamente cierta perspectiva crítica surgida desde mediados de la década pasada, con todo su arsenal de axiomas que en última instancia remiten a la necesidad supuestamente “intrínseca” de una literaturidad “pura”, exenta de cualesquiera intención y referencias “extraliterarias”, que, al parecer, habrían impedido durante milenios la realización de la verdadera “esencia” de la literatura. Incapaz de descubrir sus propias determinaciones históricas, tal perspectiva es con mayor razón incapaz de indagar las causas por las cuales los escritores de hace medio siglo escribieron como escribieron. Con una suerte de “jdanovismo” invertido (mecanicismo idealista en lugar del mecanicismo materialista) se limita a *condenar* el realismo social y a *fortiori* el indigenismo por “impuros” y “utilitarios”, sin siquiera barruntar la idea de que la concepción de la forma como dimensión casi “natural” de un contenido (valor de uso) pudo haber correspondido efectivamente a la experiencia social de una época en la que el capitalismo industrial estaba lejos de echar raíces en la mayor parte de nuestros países.

En efecto, el Ecuador de los años veinte, en el que surgen las primeras manifestaciones del indigenismo literario,⁷ es una sociedad en la que ni siquiera está consumada la transición del

⁷ Y no sólo literario: en 1922, por ejemplo, aparece la obra pionera de la sociología indigenista, *El indio ecuatoriano*, de Pío Jaramillo Alvarado.

feudalismo al capitalismo. En la Sierra sobre todo, que es el lugar de asentamiento del problema indígena, dicha transición no ha hecho más que comenzar. Por consiguiente, y esto hay que tenerlo muy en cuenta, la subsunción real del trabajo al capital no se ha efectuado aún; lo cual significa, mirando las cosas desde un ángulo complementario, que todavía no se ha establecido socialmente ese nivel de “complejidad” derivado en última instancia del mecanismo de ocultamiento estructural de la explotación que es peculiar del modo de producción capitalista propiamente dicho: pago aparente del trabajo, pago efectivo de la sola fuerza de trabajo. De suerte que en ese entonces no es posible decir, como lo hará Jorge Enrique Adoum medio siglo más tarde, que

[...] cada casa está habitada por toda una población de tipos diferenciados y complejos, entre los que no es tan fácil como en el campo latinoamericano diferenciar definitivamente al enemigo, ni siquiera encontrar su ubicación exacta dentro del proceso de producción, es decir, su clase [...]⁸

Por el contrario, en una fase de transición como la indicada, los mecanismos de explotación eran absolutamente “visibles”, dada la presencia de formas brutales de acumulación originaria, prolongación inhumana de la jornada de trabajo, aumento de la intensidad de ésta por los métodos más bárbaros, procesos diversos de supeditación formal, vigencia de todo género de coacciones extraeconómicas, amén de los profundos desarraigos y “contrastes” ideológicos y culturales que en tales condiciones ocurren inexorablemente.

Todo esto está recreado de manera clara en la literatura social de la época, pero no es esta evidencia la que quiero subrayar aquí.⁹ Lo que me interesa poner de relieve es que tales procesos histó-

⁸ Jorge Enrique Adoum, “El realismo de la otra realidad”, en *América Latina en su literatura* (coordinación e introducción de César Fernández Moreno), México, Siglo XXI, 1972, p. 207.

⁹ He tratado de demostrarla en mi estudio *Jorge Icaza*.

ricos generaban un *espacio de verosimilitud* para una literatura en que se mostrara, como en la realidad, la trama infraestructural de la sociedad, con sus mecanismos básicos de explotación y opresión, al descubierto como una llaga viva.

Aparentemente “esquemática” cuando se la lee con la distancia generada por el desarrollo ulterior del capitalismo, esa literatura no lo era, por lo tanto, en el momento y en las condiciones sociales en que fue producida. Las coordenadas de la percepción de lo real eran entonces distintas; esa “otra realidad” a la que se refiere Adoum sencillamente no existía y la supuesta “esencia barroca” de América Latina tampoco había nacido, ya que el precapitalismo mal podía contemplarse borrosamente y desde lejos a sí mismo; estaba demasiado vivo como para aparecer con una dimensión “mágica” o “mítica”, con el *charme* legendario que sólo adquieren las formas ya abolidas. En fin, esa misma “alma” que hoy parece estar ausente del realismo social de los años treinta no es otra cosa que el espesor ideológico-cultural creado posteriormente por el capitalismo, con sus formas psíquicas correlativas.

Las condiciones sociales de producción de dicha literatura son desde luego más complejas de lo que este primer acercamiento deja entrever. La sociedad semifeudal ecuatoriana de la que venimos hablando es además una formación semicolonial, que a comienzos de los años veinte, y sobre todo durante la década de los treinta, se ve fuertemente estremecida por la crisis del sistema capitalista mundial. Las contradicciones internas se exacerbaban consiguientemente, hasta el punto de engendrar una aguda crisis de hegemonía. Entre 1920 y 1940 desfílan por el Palacio Presidencial de Quito alrededor de veinte mandatarios; el 15 de noviembre de 1922 hay una insurrección popular en Guayaquil que termina con una espantosa masacre de artesanos y obreros; sólo en el año de 1923 se producen y son brutalmente reprimidos los levantamientos campesinos de Leyto, Simincay, Pichibuela y Urcuquí; en 1925 triunfa la revolución pequeñoburguesa “juliana”, que intenta modernizar el país; en 1932, la reacción conservadora desencadena la guerra civil “de los cuatro días”.

Dentro de este convulso contexto hay un hecho que se perfila claramente: la casi permanente rebeldía “antioligárquica” de las nacientes capas medias, que por igual apuntan contra los “gamonales” de la Sierra que contra los “plutócratas” costeños. Si los primeros son el símbolo de la feudalidad todavía vigente, los segundos representan la típica vía reaccionaria de desarrollo del capitalismo; ambos sectores constituyen por lo tanto el blanco de la ira “jacobina”, exasperada por la dura crisis.

Transición extremadamente tardía hacia el capitalismo, la del Ecuador determina además una acumulación muy particular de contradicciones que, entre otras cosas, se traduce por la posibilidad de que en el horizonte aparezca prematuramente una perspectiva ideológica socialista que penetra en la propia ala izquierda del movimiento “jacobino”; después de todo, la Revolución de Octubre ya se ha producido en el mundo. El campo de visibilidad histórica es por ende más vasto que el que las solas condiciones internas del Ecuador habrían podido generar, aunque con respecto a este nivel también hay que hacer una precisión: internamente existe un espacio muy amplio para la recepción de influencias en la medida en que la crisis de hegemonía de entonces no es sólo política sino además profundamente ideológica. En efecto, recién con el *boom* bananero de los años cuarenta empezará a resolverse una de las contradicciones más clásicas del Ecuador sigloventino: predominio económico claro de la fracción compradora de la burguesía, incapacidad de la misma para establecer su hegemonía ideológica.¹⁰

Me he extendido tal vez más de la cuenta en estas consideraciones extraliterarias, pero que parecen necesarias para dar una visión más amplia del contexto histórico-estructural en el que se desarrolla la cultura contestataria (perdón por el anacronismo del vocablo) de esas capas medias que producirán la literatura realista de los años treinta y subsiguientes.

¹⁰ Véase nuestro trabajo *El proceso de dominación política en Ecuador*, México, Editorial Diógenes, 1974.

Una inquietud surge naturalmente en este punto y es la de saber por qué esas capas no produjeron una literatura autocentrada, o sea, volcada hacia la recreación del universo pequeñoburgués propiamente tal (con la excepción de la obra de Pablo Palacio, claro está). Una vez más seré polémico en mi respuesta señalando que me parecen infundados todos aquellos análisis que plantean el problema en términos de autenticidad/inautenticidad,¹¹ pero es que no veo razón alguna que autorice a interpretar la evolución de las capas medias latinoamericanas como un proceso de progresiva “purificación” moral. En cambio, me parece claro que en la trayectoria de estas capas se registra un movimiento objetivo que las lleva del descentramiento al autocentramiento social y cultural, con lo cual quiero decir una cosa muy sencilla: ellas no desembarcaron un buen día en la historia ya “hechas y derechas”, sino que fueron conformándose como tales paulatinamente. En el caso ecuatoriano esto ocurrió a partir de la relativa democratización operada por la revolución liberal de 1895, que permitió la constitución de una significativa capa de intelectuales de extracción popular.

“Extracción” y “popular”: he ahí los dos términos clave para comprender la primigenia situación de estos grupos que obviamente carecían de una refinada herencia cultural. La única tradición de alta cultura que el Ecuador poseía hasta entonces era la de cuño señorial-oligárquico, que culminó y a la vez inició su agonía con los “decapitados”, como llamamos a nuestros modernistas. Pero ésta era justamente la *cultura de clase* más abominada por las nuevas capas medias criollas, y no precisamente por sectarismo sino porque en aquel momento el enfrentamiento no se daba con los puros textos, como hoy, mas con la clase de carne y hueso que los había producido. *Pas question*, pues, de asimilar esa cultura, aunque sólo fuese a título de “bella forma”.

¹¹ Pese a la gran finura de sus análisis, Jorge Enrique Adoum cae desgraciadamente en este y otros lugares comunes de la mitología “antirrealista”. Véase su ensayo ya citado.

¿Qué quedaba entonces? ¿Cuál era ese “adentro” que supuestamente rehusaban expresar las capas medias de la época? Obviamente no había ningún interior oculto, sino un ser social en gran medida centrífugo por razón de su mismo grado de desarrollo, embrionario aún. En lugar de ese espíritu autocentrado que después se conformaría, con una tradición, una cultura y una psicología propias, en lugar de ese “para sí” ulterior que recibirá el nombre de “autenticidad”, estaba por el momento el ingrediente popular, “cholo” si se quiere, que lejos de ser la impostura que a veces se imagina, era una *vivencia* casi ineludible en un contexto cultural prácticamente dicotómico en el que lo que no era oligárquico anclaba de alguna manera en lo popular. Incluso lo popular campesino no se hallaba tan distante como ahora, dada la índole semirrural de las urbes ecuatorianas de hace medio siglo.

Mas esto constituye sólo una cara de la medalla, ya que había también un segundo nivel de realidad que el término “extracción” refleja perfectamente: la cultura y la vida de esas capas medias estaba arraigada en el pueblo pero al mismo tiempo extraída, en cierta medida, de él. El sistema educativo liberal progresista era el encargado de llevar a cabo esta extracción, por lo demás indispensable para sacar a lo popular de su simple condición de *folklore*.¹²

Las primeras capas medias del Ecuador eran pues una realidad contradictoria, cuyo carácter no dejó de reflejarse en la propia estructura del relato realista: “El autor latinoamericano —escribe Jorge Enrique Adoum refiriéndose a este período— hacía hablar a sus personajes en la jerga popular pero se mantenía a distancia para que no hubiera confusión en cuanto a su casticismo”.¹³ Lo cual es verdad, con la sola condición de precisar que ese casticismo, que por un lado refleja indudablemente la extracción a que nos hemos referido, por el otro no deja de representar una rup-

¹² En el sentido gramsciano de “concepción del mundo no elaborada y asistemática”. Cfr. Antonio Gramsci, *Cultura y literatura*, Madrid, Ediciones Península, 1967, pp. 329 y ss.

¹³ Jorge Enrique Adoum, “El realismo de la otra realidad”, *op. cit.*, p. 215.

tura con la escritura oligárquica precedente. Castizo con respecto a la jerga popular, el lenguaje de los nuevos realistas nada tiene que ver con la alambicada prosa de un Gonzalo Zaldumbide, por ejemplo: cualquier hijo de vecino sabe, en el Ecuador, que los autores realistas escribían como cholos y don Gonzalo como un señor. En cuanto a Icaza, es de dominio público que “no sabía escribir”.

La recuperación de aquella jerga no es, por su parte, una cuestión de mero folklore, sino que constituye uno de los elementos definitorios de la enorme *revolución* que en el plano del lenguaje literario llevó a cabo el realismo social. En efecto, y pese a la dicotomía señalada por Adoum, la literatura de esa época fue configurando de manera cada vez más intensa una *expresión latinoamericana* no sólo a través de la incorporación masiva de léxico popular —cosa que en última instancia y aisladamente sería lo de menos— sino sobre todo con la recuperación y recreación artística de un ritmo, una entonación y una sintaxis propias.

Y en este punto también se torna necesario rescatar la historicidad del problema con el fin de evitar los juicios *a priori*. En el Ecuador de los años treinta no era cuestión de romper con la escritura *burguesa* o expresar una desconfianza frente a ella, puesto que tal escritura simplemente no existía. Lo que había era esa escritura señorial-oligárquica de que venimos hablando, que nada tenía de propiamente nacional, pero que el mismo Juan Montalvo respetó y hasta enriqueció diccionario en mano,¹⁴ y que los realistas rechazaron de plano. No se trataba tampoco de “echar mano” del habla nacional y literaturizarla, ya que, en cuanto unidad, era tan inexistente como la escritura burguesa. Lo único que realmente había era una masa heterogénea pero estratificada de idiomas, dialectos y hablas locales o, en el mejor de los casos regionales, a partir de lo cual se tenía que emprender la gran tarea de forjar una lengua literaria nacional: esa lengua, como la cultura nacional toda, mal podía surgir definitivamente decantada y sin

¹⁴ Hecho que Gabriela Mistral no dejó de advertir en alguno de sus delicados ensayos.

contradicciones de la noche a la mañana. Que se me perdonen las prosaicas metáforas económicas, pero había que realizar una “acumulación originaria” de materiales culturales autóctonos y crear un “mercado interior” de símbolos propios, lingüísticos, entre otros, única manera de sentar las bases de una verdadera cultura nacional. La tarea era tanto más difícil cuanto que el desarrollo interno del capitalismo ecuatoriano era aún incipiente, además de reaccionario y prematuramente deformado por su condición semicolonial; y que en esas condiciones la burguesía criolla había sido incapaz de forjar una profunda unidad nacional. En el plano literario esa unidad fue más bien creándose, y en buena hora, a través de una vía revolucionaria.

Como se ve, era la propia realidad la que imponía a la literatura de entonces ciertas grandes tareas extraliterarias; éstas eran, en rigor, la condición misma de existencia de una producción literaria ecuatoriana. Por un lado, esta situación ampliaba el ámbito vital del escritor, quien sin dudas estaba lejos de ser un especialista o un profesional de las letras; le ofrecía la oportunidad, que después se iría perdiendo en *cierto sentido*, de explorar y recrear un mundo en gran medida virgen, puesto que todavía no estaba codificado desde abajo. Los que cumplieron con acierto esta labor no tardaron en universalizarnos: creación de una cultura nacional y universalización de nuestro ser histórico eran tareas dialécticamente entrelazadas, y así lo entendió la comunidad internacional, al menos la progresista, que ubicó en un sitio de honor a los pioneros de tal empresa. Su éxito no significó, por lo tanto, el triunfo de determinada escuela literaria, sino el triunfo de una literatura que cumplía la tarea histórica más avanzada que, como literatura de un país semicolonial en transición al capitalismo, podía entonces cumplir.¹⁵

Pero por otro lado, es cierto que el mismo contexto que abría ese amplio horizonte cerraba por definición otras posibilidades

¹⁵ Me parece que todo el error de la crítica adversa a esta literatura consiste en analizarla como si fuera una “escuela” surgida arbitrariamente y que además asume tareas que “idealmente” no le corresponden.

literarias. Era impensable, por ejemplo, una literatura experimental a nivel del lenguaje, puesto que justamente estaba por construirse ese lenguaje sobre el que los escritores ulteriores podrían experimentar. Y en general cualquier tipo de “obra abierta” era imposible, en la medida en que ella supone una codificación cultural preexistente que sirva de referente. La obra típica de los años treinta tenía, pues, que ser de significación “cerrada”, básicamente *codificadora* y referida con un mínimo de mediaciones a su contexto histórico-estructural. Todo confluía, en definitiva, hacia la necesidad de cierto realismo y, diría yo, de una particular epicidad. Las mismas marcaciones de ficción involucradas en el concepto europeo moderno de *novela* volvían inadecuada la aplicación de tal concepto a nuestra narrativa realista, que encontró una mejor ubicación en la categoría de *relato*.

Sin la recuperación literaria de los montubios “que se van”,¹⁶ de la cultura y problemas de la población negra de Esmeraldas, del drama y el lenguaje del “cholerío”, y por supuesto de la cuestión indígena, mal podía pensarse siquiera en cimentar las bases de una cultura nacional en el Ecuador. Pero la plasmación literaria del problema indígena —en el que ya es tiempo de que nos concretemos— no era una tarea fácil. Penetrante como siempre, José Carlos Mariátegui supo plantear en pocas líneas lo medular de esta cuestión:

Y la mayor injusticia en que podría incurrir un crítico, sería cualquier apresurada condena de la literatura indigenista por su falta de autoctonismo integral o la presencia, más o menos acusada en sus obras, de elementos de artificio en la interpretación y en la expresión. La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una litera-

¹⁶ *Los que se van* es, como se recordará, el título del libro de cuentos “montubios” publicado por Gallegos Lara, Gil Gilbert y Aguilera Malta en 1930. A esta fecha hito hace alusión la denominación “Generación del 30”.

tura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla.¹⁷

Mariátegui nos previene de este modo contra cualquier crítica fácil (*vulgar*) del indigenismo literario, a la vez que va al fondo de la cuestión. En efecto, todo el meollo del asunto reside en que a los problemas generales del realismo social se añade, en el caso del indigenismo, un problema particular derivado de esa sobre-determinación cultural específica que levanta una verdadera barrera entre dos “ánimas”, es decir, entre dos *universos simbólicos*: el del indio, y el del resto de la nación. Siendo la literatura una representación simbólica de la realidad, tal barrera se convierte necesariamente en uno de los problemas centrales de la donación de forma artística.

En esta perspectiva, la primera constatación que cabe hacer es la de que la literatura indigenista del Ecuador no logró rebasar, con ninguna de sus manifestaciones, el límite indicado por Mariátegui. Y es que tal vez sea el peruano José María Arguedas el único que hasta ahora ha superado esa frontera, de manera muy problemática y en la medida en que él mismo era, culturalmente hablando, por lo menos mitad indio. No nos corresponde analizar aquí su obra sino sólo señalarla como un punto de referencia diferencial con el que cualquier cotejo *valorativo* resulta ilegítimo, puesto que ningún escritor ecuatoriano intentó abordar la cuestión indígena en un plano similar. El acercamiento al problema es tan distinto en obras como *Huasipungo* y *Los ríos profundos*, por ejemplo, que hasta da lugar a estructuras narrativas claramente divergentes: “relatística” en el primer caso, tan lírica que llega a colindar con la prosa poética en el segundo.

El indigenismo ecuatoriano produjo fundamentalmente una literatura del *en sí* indígena, que no de su *para sí*; su principal propósito fue, en síntesis, el de plasmar la ubicación y condición del indio dentro de determinada estructura social. En este sentido,

¹⁷ José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Empresa Editora Amauta, 1971, p. 335.

la obra pionera es *Plata y bronce*, ya mencionada, y sobre la cual Ángel F. Rojas formuló el siguiente comentario:

El esquema de varias novelas posteriores de tema indigenista escritas por otros está ya esbozado aquí. Un cura fanático y dominador. Un teniente político sumiso a la voluntad de los señores feudales del predio contiguo. Un amo blanco gamonal, que explota a los indios que viven en el latifundio y viola a sus mujeres y a sus hijas. Se completa así el terceto trágico de expoliadores de la raza india, que luego veremos presente en las novelas y cuentos sobre la realidad agraria del altiplano.¹⁸

Ahora bien, ¿por qué *Plata y bronce*, a pesar de contener ya el esquema de varias novelas posteriores sobre el tema, no alcanzó un éxito comparable al de *Huasipungo*, y aún en la actualidad la seguimos considerando como una obra pionera pero menor? Resulta importante formular esta pregunta para dejar bien sentado que ni ese esquema, ni ningún otro, podía garantizar por sí solo una buena literatura. El indigenismo, como cualquier otra corriente, tenía un problema *formal* que resolver y únicamente podía producir grandes obras desde el momento en que encontrara la manera de conferir una forma adecuada al contenido que buscaba expresar. Es posible, entonces, que en *Plata y bronce* haya un esquema hipotéticamente aceptable, acompañado de las intenciones más loables de denuncia del problema indígena, pero por desgracia la plasmación artística deja mucho que desear. En primer lugar se conserva, aquí sí, un nivel de escritura castiza que no logra romper con la señorial-oligárquica sino que más bien es su prolongación, hecho que por sí solo introduce una inadecuación entre la forma y el contenido. En segundo lugar, hay una idealización incluso física del indio que indudablemente resta fuerza a la denuncia: los apolíneos ejemplares de superexplotados que allí aparecen quiebran la coherencia simbólica del relato. Tercero,

¹⁸ Ángel F. Rojas, *La novela ecuatoriana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948, p. 175.

el narrador es demasiado didáctico, como si buscara compensar las insuficiencias de la plasmación con un *surplus* de discurso ideológico-conceptual; los resultados no son obviamente los mejores. Cuarto, el autor termina por disolver el drama social en un melodrama sentimental entre el blanco “apasionado” y la india hermosa, falla artística que por lo demás remite a un problema que es ya de contenido y que revela los límites que no podía rebasar una visión estrictamente plebeya del problema, sin el apoyo, llamémoslo “logístico”, de una perspectiva materialista.

Errores similares pueden encontrarse en muchos otros indigenistas, que no es del caso entrar a analizar aquí. Antes de ver la solución artística que Jorge Icaza da a estos problemas, convirtiéndose en el representante máximo de nuestro indigenismo literario, sólo quisiera referirme brevemente a la obra de su “contrincante profesional”, G. Humberto Mata (1904), para subrayar que novelas como *Sal* (1963) ponen en evidencia que el panfleto, por muy encendido que sea y por mucho que ensalce al indio, no garantiza una buena literatura. Incapaz de distinguir lo esencial de lo que no lo es, y de plasmar con verdaderos métodos literarios la realidad, Mata hasta llega a romper el universo narrativo con estériles polémicas directas que, lejos de afirmar una dimensión realista, confirman la irrealidad de su obra literaria en cuanto tal; sin el rigor del ensayo ni la fascinación del arte, se diluye incluso toda significación.

La narrativa de Jorge Icaza constituye un vasto fresco de la sociedad ecuatoriana de los años treinta y subsiguientes, en el que el problema indígena se destaca como un resultado objetivo y subjetivo de determinada estructura (feudal) en curso de transformación. Este fresco, dotado de una indudable profundidad sociológica, no surge sin embargo de la aplicación de esquema alguno, si por esquema se entiende una representación conceptual anterior al proceso de producción literaria, que se limitaría a ilustrarla con las imágenes pertinentes. Para disipar cualquier duda al respecto es oportuno recordar que, aunque es evidente que su literatura recibió el apoyo “logístico” de una concepción (convertida en él en *capacidad de percepción*) materialista de la

historia, Icaza, en lo personal, nunca se distinguió por la claridad teórica. Incluso era penoso comprobar, al escucharlo en conferencias o en la simple conversación, la gran dificultad que tenía para expresar en conceptos esa realidad que tan admirablemente recreaba con imágenes literarias. Y en su vida política jamás fue un militante marxista: perteneció a la Concentración de Fuerzas Populares, organización populista fundada y en aquel entonces dirigida por el ambiguo caudillo Carlos Guevara Moreno.

No es mi intención reabrir aquí el clásico debate sobre cómo es posible que la obra literaria supere, y a veces con creces, la ideología explícita de su autor (“triunfo del realismo”, diría Lukács; posibilidad de una “crítica en acto de la ideología”, afirmaría Althusser). Pero sí deseo destacar que en tales condiciones resulta más admirable aún el “contenido” de la obra de Icaza, en la que aparecen planteamientos (*plasmaciones*) bastante más avanzados e históricamente más justos que los formulados en los escritos, inclusive marxistas, de su tiempo. Vale señalar a este respecto una sola cuestión, pero que considero esencial para la correcta comprensión de la narrativa icaciana: lejos de ser la representación simplista de una situación feudal en la que el indio es explotado por el “gamonal”, el cura y el teniente político, como tantas veces se ha dicho y repetido, esa narrativa se ubica y constituye como tal en la frontera conformada por el haz de tensiones que el avance del capitalismo desencadena en la vieja matriz feudal. De ese núcleo de contradicciones extrae su savia, allí encuentra su materia novelable. Toda la tensión de *Huasipungo*, por ejemplo, surge del embate capitalista que va desintegrando o por lo menos redefiniendo, según el nivel de análisis en el que uno se sitúe, las antiguas relaciones sociales de producción. En la novela *En las calles*, la cuestión es más clara aún.

Ahora bien, el hecho mismo de que la crítica, sin excluir la de carácter sociológico, haya sido incapaz de detectar este gran tema central de la obra de Icaza, demuestra que el “contenido” de ésta no es tan simple como por principio se supone. En la *construcción* de ese contenido llama la atención la capacidad del autor para distinguir lo esencial de lo secundario, captar el mo-

vimiento histórico y convertirlo en trama artística, seccionar con certeza los diversos niveles de la realidad social y luego reconstituir sus vínculos más hondos; en fin, para recrear sin la ayuda de conceptos teóricos toda una intrincada estructura de clases y castas ponderando atinadamente el significado de cada elemento involucrado. Se puede discutir si valores como éstos constituyen o no un principio al menos de mérito literario; lo que a mí como sociólogo no deja de asombrarme es que tal riqueza analítica se haya logrado por medio de imágenes sensibles y con procedimientos estrictamente narrativos.

Apuntaba que en la obra de Icaza el problema indígena se destaca como el producto objetivo y subjetivo de determinada estructura social en proceso de transformación, a lo cual quisiera añadir ahora una aseveración más: *como en la realidad*. Pues en efecto, y salvo que uno asuma una posición racista, idealista o similar, ¿cuál otra puede ser la esencia del problema indígena? Fuera de un sistema de explotación, dominación y discriminación, ni el indio ni la cultura indígena configuran problema alguno. Desde que tal sistema existe, con un pasado colonial como telón de fondo, es cierto que la cuestión adquiere proyecciones complejas en la medida en que entre los sectores “indio” y “no indio” se levanta una especie de dique cultural. Mas ello no autoriza a postular que la única visión válida del problema sea la plasmada con símbolos aborígenes, postulado que sólo cobraría pertinencia en caso de demostrarse que *todo* el problema radica en el nivel simbólico-afectivo.

Es oportuno recalcar, además, que la misma cultura aborigen se convierte en una mera entelequia si se la desprende de sus condiciones materiales de existencia. Esa cultura es sin duda más vigorosa en un país como el Perú, en el que la comunidad indígena ha logrado mal que bien sobrevivir con relativa consistencia hasta determinado momento cercano a nuestros días, que en el Ecuador, donde el omnipresente sistema hacendario serrano la redujo desde hace siglos a situaciones estrictamente marginales, convirtiendo al resto de la población autóctona en verdaderos *siervos* de la gleba. No quiero insistir aquí en los efectos que es-

to ha tenido en nuestras artes, la música por ejemplo, que en sus mejores manifestaciones es infinitamente menos india que la del altiplano peruano o boliviano. En cambio, me parece indispensable subrayar cómo la diferencia histórica anotada ha creado de hecho parámetros distintos para el desarrollo de la narrativa indigenista. En el Perú,

Una constante de la novela indigenista es la representación de un estado social indígena de relativa perfección, donde el grupo humano realiza sin dificultad valores incuestionables, y goza, al mismo tiempo, de una cierta estabilidad y bonanza económica; este estado, sin embargo, se destruye rápidamente por acción de fuerzas exteriores: la interferencia del poder central, la expansión del gamonalismo, los requerimientos de la explotación minera, para mencionar los casos más frecuentes. Es obvia la intención social de este esquema, como es obvia también su fidelidad representativa [...] ¹⁹

Ahora bien, una constante como ésta es simplemente impensable en la narrativa indigenista ecuatoriana en razón de que no corresponde a nuestra experiencia histórica fundamental. Por eso la materia novelable de Icaza se ubica en una frontera distinta, construida a partir de una situación originaria en la que no es posible presentar al grupo indígena realizando sin dificultad sus valores, en medio de la secular depredación ejercida por el latifundista feudal, el cura y el resto del aparato moral y materialmente represivo. ²⁰

No es de extrañar que en la narrativa icaciana el universo indígena aparezca por lo general degradado, en tanto producto histórico de un doble proceso de avasallamiento: el del feudalismo ahora en declive y el del capitalismo en curso de implantación.

¹⁹ Antonio Cornejo Polar, "Para una interpretación de la novela indigenista", en *Casa de las Américas*, No. 100, La Habana, enero-febrero de 1977, p. 43.

²⁰ El único libro en el que Icaza aborda el problema de los indios "de comunidad" es *Huairapamushcas*, pero lo hace de manera relativamente tangencial y muy simbolizada; el tema central de esta obra es más bien el del conflicto entre cholos e indios.

Lo que más bien asombra es que un buen sector de la crítica haya llegado a pensar que el autor de esta degradación es el novelista: ¿imagínase acaso que la servidumbre embellece al hombre y le permite desarrollar una espléndida cultura?

Tenemos, pues, que los mismos componentes de la cultura material del siervo andino se presentan en la obra de Icaza como símbolos de la depredación antes que como indicios de una autoctonía plena, de una autenticidad recién perdida. Y en cuanto a la cultura espiritual, ella aparece apenas de perfil y fugitiva: rostro de siervo antiguo que empecinadamente esquiva la mirada extraindígena.

Anímicamente, el drama del indio se expresa sin embargo con una gran intensidad en esa obra, según la lógica del conflicto vivido. Deviene lamento, imploración y grito de rebeldía, bellamente plasmado en los famosos pasajes corales a través de los cuales el pueblo aborígen habla colectivamente. Tocamos aquí el plano del símbolo y la poesía: el autor sin dudas adultera y estiliza el dato lingüístico inmediato, pero para descubrir ritmos y entonaciones subterráneas, registros anímicos y dimensiones psicoculturales sumergidas. El indio entra así existencialmente en la escena, por más que la vastedad de su universo simbólico permanezca inexplorada; hay un límite de alteridad que no se puede rebasar, es cierto.

Este mismo límite impide, en otro nivel, la creación de personajes individualizados, o sea, contruidos a partir de un “yo-tú-él únicos e irreductibles”, que por lo demás parece difícil encontrar fuera de la literatura producida bajo el capitalismo en su fase competitiva. Comoquiera que esto sea, la solución literaria de Icaza, que consiste en reforzar el personaje colectivo indígena, es sin duda la más adecuada, dadas las características estructurales del propio referente empírico. Tal procedimiento no es desde luego privativo de la obra de Icaza, sino un rasgo común de la novela indigenista.

La norma de la novela indigenista es distinta: si en cierto sentido se puede decir que frecuentemente descuida la caracterización de

sus personajes individuales, en otro orden de cosas tiene que reconocerse su aptitud para dotar de personalidad suficiente a grupos humanos más o menos numerosos, convirtiéndolos, así, en personajes colectivos.²¹

En Icaza, el tratamiento del problema indígena no se agota con la plasmación de la situación del “indio” propiamente dicho, categoría social que por lo demás posee contornos no siempre bien definidos. Uno de los mayores aciertos del autor consiste precisamente en haber sabido comprender que tal categoría no es sino uno de los polos de una superestructura racista que refleja, cristaliza y a la vez enmascara las relaciones de explotación (de clase, por lo tanto) en una compleja red de relaciones de discriminación. Estas relaciones étnico-culturales de origen feudal y colonial impregnan toda la constelación social de los Andes ecuatorianos, confiriendo a su estructura clasista un indeleble tinte de castas. Sobre esta base, el propio arranque del capitalismo registra un movimiento ambiguo, que por un lado tiende a conservar la discriminación racial como asidero de una redoblada explotación, mientras por otro lado no deja de generar cierta movilidad de los recursos humanos (creación paulatina de un mercado de trabajo) que a la postre entra en conflicto con el rígido sistema de castas.

En el espacio urbano y suburbano del Ecuador de los años treinta ese conflicto es ya notorio y, para ciertos estratos al menos, se convierte en un verdadero trauma: es el trauma del mestizo, a cuyo análisis Jorge Icaza dedicará alrededor de las tres cuartas partes de su obra. El problema indígena, que inicialmente apareciera como exclusivo del “indio puro”, se proyecta así a sectores mucho más vastos de la población, afectados por una discriminación que está lejos de ser abolida por el relativo avance del capitalismo. Ya no es entonces un problema exterior a la experiencia vital del “cholerío”, sino que forma parte de su drama íntimo.

²¹ Antonio Cornejo Polar, “Para una interpretación de la novela indigenista”, *op. cit.*, p. 46.

Como dice un personaje de *Media vida deslumbrados*: “Todo está en luchar porque nu’asome el indio. No dejarle salir a la cara, a la voz, a los ojos, a la ropa, a la tierra en la cual uno vive, a todo mismo. Shevarle como un pecado mortal en las entrañas”.

En la narrativa icaciana el mestizo se manifiesta esencialmente como el punto de cristalización subjetiva de todas las contradicciones sociales. Atrapado entre dos razas, dos culturas, dos instancias estructurales y hasta dos edades históricas, configura un lugar de desgarramiento y desarraigo antes que un espacio privilegiado de fusión. Como solía decir Jorge Icaza, en el “alma mestiza” no se desarrolla en realidad un monólogo interior, sino un permanente diálogo entre dos mundos irreconciliables.

El autor sabe perfectamente que ese conflicto de valores y pautas de comportamiento no es más que el complejo trasunto de contradicciones más profundas, de clase, que el mítico mestizaje no está en capacidad de resolver. Con objetividad, ve cómo el avance del capitalismo, inducido desde arriba por los *junkers* locales y los inversionistas extranjeros, desencadena en ciertos niveles subalternos una especie de libre competencia tanto más despiadada cuanto menores son las posibilidades de un real ascenso social. Por eso, el cholo aparece con frecuencia en sus relatos como un verdadero “lobo del indio”, a la vez que en otros planos, y ya como embrión de capas medias (“chulla”), va incubando patrones de conducta netamente individualistas. El drama del mestizo, esa suerte de Mesías Prometido que casi todos los escritos de la época presentan como la síntesis redentora de América Latina, es recreado en todo caso sin mistificación alguna, en sus justas proporciones y perspectiva histórica.

En el plano propiamente formal, la obra de Icaza se construye sobre la base de una enunciación siempre lineal, escueta y altamente funcionalizada, en la que ninguna diversión —en el doble sentido del término— tiene derecho de ciudadanía. Se ubica decididamente en el terreno del *relato*, o sea, en esa franja fronteriza en la que la narración reduce al mínimo vital sus connotaciones de ficción e incluso de literatura. La propia trama se rige por un principio de absoluta economía, como si el autor se propusiese

romper deliberadamente la norma de “morosidad” que Ortega y Gasset señalaba como atributo esencial del género novelístico. Las descripciones son por regla general telegráficas, sin el menor asomo de esa fruición que consiste en hacer *le tour* de los objetos, en modelarlos con delectamiento. Y jamás encontramos un engolosinamiento en el lenguaje o indicios siquiera de una estancia recreativa en el significante. Pese a que el referente de las narraciones icacianas es frecuentemente agrario, en ellas no aparece en rigor paisaje alguno: sólo una topografía severa y funcional, con la que el hombre lucha o se confunde. En fin, nada que se asemeje a un entorno pintoresco o folklórico: en ese mundo de lo horrible, el color local no tiene sitio.

Hay, en esta voluntad de no-estilo, una negación radical del pomposo discurso literario de la oligarquía, un rechazo radical de la estética del consumo conspicuo. Como hay, en otro plano, un designio de desmitificar la ideología dominante toda mediante la confrontación de sus fragmentos discursivos más “sublimes” con la escueta representación de un universo de miseria y opresivo, en el que la única poesía posible parece ser la de la insumisión, la de la rebeldía.

El proceso de codificación realista de nuestra realidad (sic) queda así consumado, y la literatura ecuatoriana *de denuncia* alcanza su expresión más alta: la historia de la expoliación empieza a recorrer el mundo convertida en un mensaje cuyo no-estilo reproduce en sí mismo la lógica del despojo absoluto, y cuya configuración profunda está impregnada de universalidad en la medida en que trasciende lo único que en rigor merece el nombre de “regional” o “local”, es decir, lo meramente fenoménico, lo aparenial.

¿Perdurará la obra de Icaza como gran literatura o bien el transcurrir del tiempo la irá relegando a la más modesta condición de un testimonio de carácter sociológico? No quiero arriesgar ninguna profecía, aunque me parece más probable que la historia llegue a olvidar ciertas querellas de campanario antes que la producción del mejor exponente de una corriente como la indigenista, surgida de las entrañas mismas de nuestro dolorido ser andino.

EL MARXISMO LATINOAMERICANO: HISTORIA Y PROBLEMAS ACTUALES¹

LA INTERNACIONAL COMUNISTA Y LOS PARTIDOS NACIONALES

La idea de una dependencia absoluta de los partidos comunistas (PC) latinoamericanos con respecto a la Internacional Comunista (IC) ha sido sostenida por tres fuentes harto disímiles: a) el imperialismo y las clases dominantes en general, b) el movimiento trotskista y c) algunos PC. Que las fuerzas comprendidas en el primer literal esgriman esa tesis es más que comprensible: se trata de presentar a los PC y grupos afines como organizaciones ajenas a la realidad nacional, y al propio marxismo como “ideología foránea”. Igualmente se entienden las razones de trotskistas; es una manera de atribuir todas las limitaciones y eventuales errores de la izquierda realmente existente (la otra, imaginaria, es por definición inmaculada) a Stalin y la IC.

Llama la atención, en cambio, que ciertos PC sostengan tesis parecidas, pero tal asombro se disipa al observar que no por azar son aquellos partidos que no han logrado arraigar en las masas obreras y en general populares de sus respectivos países. Culpar

¹ Extraído de Agustín Cueva, *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, Planeta-Lettraviva, 1987, pp. 165-186.

de ello a la IC —disuelta hace más de cuarenta años— resulta entonces un expediente tan fácil como irresponsable.

Que la pertenencia a la IC no determinaba de manera fatal el destino de los PC pareciera la evidencia misma. Sólo con pensar en la trayectoria de tres partidos asiáticos hoy en el poder, el chino, el vietnamita y el coreano, uno percibe la inmensa distancia que los separa de sus homólogos latinoamericanos, todos miembros, no obstante, de la IC. Los asiáticos estuvieron desde luego más cerca de esta organización que los latinoamericanos, mas ello no fue óbice para que, por una parte, nacionalizaran profundamente su marxismo —para bien o para mal— y, por otra, siguieran entre sí vías harto distintas. La experiencia de Mao, sobre todo a partir de 1935, comprueba además la siguiente hipótesis: no es que algunos PC hayan sido —y a veces siguen siendo— débiles porque la IC les impuso determinada línea política; al contrario, fue en la medida en que eran débiles y carentes de arraigo popular que una línea “exterior” parecía imponérseles. Mao pudo divergir de Stalin porque se movía, según su metáfora, “como el pez en el agua”.

Para el caso de América Latina no es superfluo recordar que también existen diferencias muy notables en el desarrollo de los PC.

Bastante ortodoxos y de masas, los partidos chileno y uruguayo se parecen más bien a sus equivalentes de la Europa mediterránea, hasta la década pasada al menos. Un partido como el Comunista de México tiene en cambio una historia surcada por todo tipo de “heterodoxias”, que sin embargo poco lo acercaron al pueblo. Una lectura cuidadosa de su recién publicada *Historia* pone de manifiesto que su verdadero drama nunca fue el de una definición frente a la IC, sino el de cómo reaccionar y actuar frente a la revolución que ocurría en su propio país.² Si creemos en estudios como el de Manuel Caballero, el PC de Venezuela tampoco parece poseer una trayectoria explicable en función de

² Arnoldo Martínez Verdugo, *Historia del comunismo en México*, México, Enlace-Grijalbo, 1985.

las consignas de la IC: el autor tiene razón en subrayar que esa trayectoria es más comprensible a partir del específico proceso histórico venezolano.³

Una última observación: casi huelga aclarar que importantes episodios de nuestra historia, como el levantamiento comunista de 1935 en el Brasil o del Frente Popular chileno en 1936, sólo en la leyenda difundida por Michael Löwy son reductibles a *mots d'ordre* del Comintern.⁴ Innumerables testimonios confirman la “autoctonía” del movimiento brasileño,⁵ a la vez que ningún historiador medianamente serio dudaría de la raigambre nacional del Frente Popular de Aguirre Cerda y Salvador Allende.

MITO Y REALIDAD DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Reivindicado por los neogramscianos tanto como por los maoístas de Sendero Luminoso, y no menos por el gobierno de Velasco Alvarado que por todos los partidos comunistas, José Carlos Mariátegui (JCM) es a la par un clásico de nuestro marxismo y una suerte de espacio simbólico en el cual confluyen múltiples mitos. Aquí nos limitaremos a exponer nuestra opinión sobre algunos puntos controvertidos.

Primero, nos parece falso que JCM sea una especie de profeta *heterodoxo*, como en algún momento lo creyeron ciertos marxistas dogmáticos y, lo que es peor, siguen creyéndolo todavía los teóricos trotskistas o algunos publicistas cercanos a la socialdemocracia. Asombra, por lo demás, que intelectuales de la IV Internacional reivindicquen como suyo a un autor que explícitamente dio razón a Stalin contra Trotsky, incluso en cuanto a la

³ Manuel Caballero, “La Internacional Comunista y América Latina. La sección venezolana”, *Cuadernos de Pasado y Presente*, No. 80, México, 1978.

⁴ Michael Löwy, *El marxismo en América Latina (de 1909 a nuestros días)*. Antología, México, Era, 1982.

⁵ Cfr. por ejemplo: Dênis de Moraes y Francesco Viana, *Prestes: lutas e autocríticas*, Petrópolis, Vozes, 1982; o: Moisés Vinhas, *O Partidão: a luta por um partido de massas, 1922-1974*, São Paulo, Hucitec, 1982.

necesidad de desarrollar el socialismo en un solo país,⁶ y que con mayor explicitéz aún hizo de la existencia de un feudalismo latinoamericano el pivote de sus brillantes análisis (crimen de lesa interpretación según el trotskismo). Tampoco deja de asombrar que, a fuerza de querer hacer de JCM un disidente *avant la lettre*, José Aricó, por ejemplo, termine inventándose un JCM “anties-tatalista”, “contrario a la visión clasista del marxismo oficial” y “creador de un universo que se define más en términos de cultura que en los estrictamente de clase”.⁷ ¿Dónde expresó JCM semejantes ideas?

Segundo: tampoco parece tener asidero objetivo la leyenda de una obra de JCM cuyo destino póstumo hubiera consistido en transitar de las catacumbas del “estalinismo” a una especie de epifanía actual: ambos extremos son falsos. Para los andinos de mi generación y de la que la precedió, JCM nunca fue un desconocido. Más aún: era impensable, justamente en los años en que se supone que el “Amauta” estuvo proscrito, que discutiéramos del problema indígena o agrario, de cuestiones literarias o de lo que veinte años más tarde se denominaría “modos de producción”, sin conocer mínimamente los *7 ensayos*. Por los años cuarenta y cincuenta este libro ya era un clásico.⁸

Cabe desde luego preguntarse si JCM era igualmente conocido en el Cono Sur, por ejemplo. Y la respuesta tiene que ser negativa, pero con la aclaración de *que hoy tampoco lo es*, aunque por razón

⁶ Cfr. José Carlos Mariátegui, *Obra política*, México, Era, 1984, p. 219. Löwy mutila sin el menor respeto ese texto para dar a entender que Mariátegui era filotrotskista, siendo que Mariátegui incluso comparte abiertamente la idea de la revolución en un solo país. La cita mutilada se puede encontrar en Löwy, *El marxismo en América Latina (de 1909 a nuestros días)*, *Antología*, op. cit., p. 20.

⁷ Cfr. su artículo “El marxismo latinoamericano”, en Norberto Bobbio y Nicola Matteucci: *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 1982, p. 987.

⁸ Algunos me han hecho notar que transcurrieron quince años entre la primera edición de los *7 ensayos* (1928) y la segunda (1943) y nueve años más entre ésta y la tercera (1952). Es cierto, mas ello corresponde al ritmo editorial de la época. Entre la primera (1950) y la segunda edición (1959) de *El laberinto de la soledad* pasaron nueve años y eso que ya eran otros tiempos, en un país como México y con un autor que dista mucho de ser un proscrito: Octavio Paz.

bastante menos intrigante de la que algunos quisieran encontrar: su universo de preocupaciones no es el más coincidente, al menos a nivel de la experiencia empírica cotidiana, con el que ha primado en el Cono Sur. Sin el menor ánimo de fastidiar a Aricó y menos aún de postular al monopolio de una “andinidad” en la que no creo, debo confesar que mi lectura de sus múltiples interpretaciones de JCM no hacen más que corroborar aquella sospecha: estudioso adentrado en los meandros del debate europeo, Aricó me deja siempre la impresión de pasar un poco al lado de las preocupaciones de JCM; casi como si hiciera un esfuerzo por traducir al lenguaje de los “blancos” el *sui generis* discurso del “cholo” peruano.

Tercero: JCM no me parece un teórico *strictu sensu*, es decir, un pensador cuyo trabajo se dirija fundamentalmente a la revisión y/o reelaboración de categorías y sistemas conceptuales de interpretación de la realidad. En este sentido, suscribo sin reserva las siguientes opiniones de Rubén Jiménez Ricárdez:

[JCM abordó los problemas teóricos del marxismo] en un número limitado de ensayos. Constituyen, si he visto bien, la parte más débil de la obra de Mariátegui. La de menor aliento crítico. Pero la anima la misma pasión política que al resto de su obra. Habrá que considerar los trabajos que la integran como un tipo de trabajos subsidiarios. Discurren en un terreno filosófico y dejan ver el inacabado proceso de aprehensión del materialismo dialéctico por parte de Mariátegui. Son, por tanto, los hitos sintomáticos de un proceso teórico no concluido, y no las graves y definitivas desviaciones del marxismo que muchos han querido ver.⁹

Ni tampoco, añadiríamos, las geniales aportaciones que otros se empecinan en descubrir.

¿En qué radica entonces la grandeza de JCM? Ante todo, en habernos legado el primer esquema marxista de interpretación de las modalidades específicas de desarrollo del capitalismo en

⁹ “Prólogo”, en *Obra política, op. cit.*, p. 13.

América Latina, en condiciones de dependencia y articulación con otras formas productivas (feudalismo, esclavitud, comunidad primitiva); esquema que muchos de nosotros, discípulos suyos, seguimos considerando válido. Al hacerlo, JCM ligó por vez primera el discurso marxista a nuestra realidad, evitando que aquel discurso flotara como una sustancia etérea incapaz de incorporarse al referente empírico que pretende explicar. ¿Nacionalización del marxismo? Si se quiere, sí.

Luego, JCM nos enseñó con el ejemplo cómo la vocación totalizadora del marxismo no puede permanecer como mero postulado, sino que tiene que cuajar como práctica real: sus análisis abarcan, en efecto, desde la problemática económica hasta los vericuetos de la literatura, pasando por el estudio de la dinámica regional (hoy tan de moda), del problema educativo, la cuestión étnica, etc. Todo ello, con una particular lucidez y sobre la base de un inmenso acervo cultural que, también por primera vez en nuestra historia, es incorporado a coordenadas sistemáticamente marxistas sin caer en ese *potpourri* teórico que aún caracteriza a buena parte del ensayo latinoamericano.

En fin, JCM abrió el camino a una crítica marxista de las ideologías adversarias, sobre todo, a través de sus debates con el idealismo y el populismo. Además, claro está, de ser un pionero al señalar la necesidad de una vía revolucionaria y socialista de solución de los problemas latinoamericanos, justificada científicamente por el análisis de nuestro específico desarrollo capitalista. Inmensos aportes de este hombre singular.

1930-1959: LA FUNDACIÓN DE UNA VISIÓN MARXISTA DE NUESTRO MUNDO

Con frecuencia suele presentarse un panorama del desarrollo inicial del marxismo en América Latina dividido en dos fantasiosas etapas: a) una especie de edad de oro que se extinguiría con la muerte de Mariátegui, en 1930; y b) una supuesta edad oscura que se extendería desde ahí hasta 1959, en que se produce la Revolución Cubana.

Esta versión carece de toda seriedad. Es justamente a partir de los años treinta cuando cobra cuerpo un movimiento intelectual inspirado en el marxismo, y de tanto vigor y envergadura que bien podría considerársele como el fundamento de toda la cultura moderna de América Latina. A él pertenecen poetas de la talla de Neruda, Vallejo o Nicolás Guillén, novelistas como Jorge Amado o Carlos Luis Fallas, pintores como los del muralismo mexicano y hasta arquitectos como el gran Niemeyer. Sin duda lo mejor de nuestra cultura.

Y obsérvese que no se trata de creadores que “por un lado” se confiesen marxistas y “por otro” hagan una obra que nada tenga que ver con dicha ideología. No; el peso del marxismo es tan grande que a veces ocurre más bien lo contrario: autores que militan en partidos no marxistas, pero cuya obra está impregnada de una visión materialista del mundo. Sirvan de ejemplo los novelistas Jorge Icaza de Ecuador, Ciro Alegría del Perú o el Premio Nobel Miguel Ángel Asturias.

Ahora bien, conviene destacar que a través de esta pléyade de creadores el marxismo se funde indisolublemente con lo nacional y lo popular en la medida en que: a) se recuperan las raíces populares subyacentes en grupos étnicos oprimidos: indios, negros, mulatos, mestizos, etc.; b) se reinterpreta nuestra historia y nuestras tradiciones; c) se crea, a partir de lo anterior, un nuevo repertorio simbólico y hasta un nuevo lenguaje; y ello d) sin caer en el folklorismo y ubicando esas imágenes y representaciones en la perspectiva de la construcción de una cultura nacional hasta entonces inexistente, o por lo menos atrofiada por el carácter estamental de la sociedad oligárquica y por la dominación imperial; y e) destacando las múltiples tensiones y contradicciones, incluidas las de clase, que surcan la vida de nuestras naciones.

Al participar decisivamente en la conformación de esta visión del mundo, el marxismo adquiere carta de ciudadanía en América Latina a la vez que esta región se *marxistiza*. En adelante, será el continente más impregnado de marxismo: nadie podrá trazar la historia contemporánea de sus actividades vitales prescindiendo de ese ingrediente que hallaremos no sólo en la política, sino tam-

bién en la literatura, las artes plásticas, la música neofolklórica o la canción-protesta, las ciencias sociales o la misma teología.

Quedan, desde luego, algunas preguntas por responder, empezando por la siguiente: ¿por qué los “especialistas” en marxismo latinoamericano no se han percatado de este fenómeno que salta a la vista? Dejemos al lector la tarea de indagar la parte que corresponde a la simple ignorancia y la que es atribuible a la mala fe.

Una segunda cuestión consiste en saber qué determinó el auge de aquella visión fuertemente marxistizada de la realidad. Amén de la influencia de la revolución bolchevique y otros acontecimientos “extremos” (la Guerra Civil Española o el Frente Popular francés, por ejemplo), hubo por supuesto la efervescencia y disponibilidad de nuestras propias fuerzas locales y en particular de unas capas medias tanto más jacobinas y antiimperialistas, cuanto que soportaban directamente las consecuencias de una vía oligárquica de desarrollo (“descompuesta” en alguna medida por la crisis del 29) y de la dependencia del imperialismo que nos impedía culminar el proyecto nacional. El marxismo-leninismo (fórmula inseparable entre nosotros) fue en tales condiciones el único instrumento capaz de dar cuenta de esa compleja situación y señalar al mismo tiempo un camino de superación.

Una tercera inquietud se refiere al contraste entre la riqueza de aquel cúmulo de imágenes y representaciones revolucionarias, y la relativa y simultánea pobreza del pensamiento abstractamente expresado: ensayo filosófico, sociológico, etc. Así es, pero la explicación de tal “anomalía” rebasa los propósitos de este artículo en la medida en que remite a un problema mayor: el de inquirir por qué la cultura de América Latina toda, desde la Colonia hasta los años sesenta de este siglo, ha poseído similar característica.

Por último constatemos que durante todo el lapso analizado en este apartado, se registra un notorio desarrollo desigual del marxismo: hegemónico en muchas áreas de la cultura, cuaja muchísimo menos en el plano orgánico-partidario (pese a la existencia de PC y afines) y penetra sólo muy lentamente en las masas.

LA REVOLUCIÓN CUBANA: CULMINACIÓN Y RUPTURA

Las reflexiones precedentes ayudan a explicar algo que todos intuimos: la revolución Cubana no surgió por generación espontánea. Permiten entender, asimismo, aquella aseveración de Fidel Castro que muchos ponen en duda: que antes del triunfo de 1959 él era ya marxista-leninista. Coadyuva, por último, a comprender cómo la Revolución Cubana sólo en apariencia constituye una trasgresión del principio de que “sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria”. En este caso la teoría revolucionaria *strictu sensu* estaba dada por la presencia del marxismo-leninismo a nivel mundial, pero existía además una “aclimatación latinoamericana” de dicha teoría y una visión del mundo inspirada en ella, pletórica de vivencias y símbolos nacionales. En la medida en que el materialismo histórico arraiga en América Latina como marxismo-leninismo, es decir, como pensamiento profundamente antiimperialista, tampoco es de extrañar que el líder cubano, sin “engañar” a nadie ni plantearse dilemas como los de Ernesto Laclau,¹⁰ encuentre natural juntar aquel pensamiento con nuestra mejor tradición libertaria, encarnada en este caso por José Martí. Veinte años más tarde la experiencia se repetirá, *mutatis mutandis* en la Nicaragua sandinista.

Pero junto al movimiento de las ideas está también el de la realidad. En este decisivo plano la Revolución Cubana es culminación y superación, a la vez, de una serie de insurrecciones y revoluciones que marcan toda la etapa de la posguerra en América Latina. Recordemos tres por su importancia, comenzando por el “Bogotazo” de 1948, en donde Fidel hizo uno de sus primeros aprendizajes, quedando marcado tanto por la acción de las masas como por la personalidad del líder asesinado, Jorge Eliécer Gaitán, en quien confluían en explosiva mezcla lo mejor del liberalismo radical, muchos rasgos del populismo entonces en boga, y una suerte de difuso socialismo.

¹⁰ Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*, México, Siglo XXI, 2ª ed., 1980, pp. 193 y ss.

En segundo lugar hay que mencionar la revolución guatemalteca (1944-1954), en la que otro líder del futuro Movimiento 26 de Julio, el Che Guevara, hizo a su turno el aprendizaje. ¿Qué conclusiones extrajo de allí? Por lo menos dos: a) la izquierda sólo puede triunfar a condición de organizar y armar a las masas, para garantizar y profundizar con ellas el proceso revolucionario; y b) en los países dependientes, la parte más ardua de la lucha no es la que se libra contra la clase dominante local sino la que hay que sostener contra el imperialismo.

Queda una tercera experiencia cuya influencia sobre el proceso cubano es más difícil de aquilatar: la revolución boliviana de 1952. Lo más probable es que de esta revolución saliera una lección exactamente inversa a la de Guatemala; de nada sirve tener a las masas combatiendo en las calles ni —hecho insólito— a los obreros aniquilando al ejército de la clase dominante, si no existe una organización de vanguardia que cumpla realmente su papel.

Aparte de esto, no hay que olvidar que el modelo de desarrollo capitalista dependiente de la posguerra había entrado en una zona crepuscular en América Latina, junto con las distintas opciones políticas que lo acompañaron, desarrollismo y populismo sobre todo. Amén de que, a estas alturas de la historia, esa crisis enlazaba con una de carácter mundial: a finales de los años cincuenta era evidente que junto al *boom* económico de los países imperialistas, la “brecha” que los separaba del Tercer Mundo no había hecho más que aumentar. Justamente por eso surgen las nociones de Tercer Mundo y *subdesarrollo*; al calor, por lo demás, de luchas de liberación nacional que se libran en muchos puntos del globo: Indochina, Argelia, Congo, etc.

La Revolución Cubana es, pues, el punto de confluencia de muchas vertientes; de una tradición jacobina y antiimperialista muy autóctonas y un marxismo-leninismo asimilado y moldeado a nuestra medida; de todo ello, y una disposición revolucionaria de las masas acorde con nuestra condición de eslabón débil; en fin y muy importante, de un momento en el que por primera vez la historia universal busca totalizarse no ya a través de la acción y

el pensamiento de las metrópolis de siempre, sino por la constitución de una nueva unidad que, aún de manera difusa, empieza a denominarse Tercer Mundo.

EL MARXISMO RENOVADO DE LOS AÑOS SESENTA

¿Implicó la Revolución Cubana una superación del marxismo latinoamericano hasta entonces existente? Por supuesto que sí, ya que constituyó no sólo una culminación sino además una *crítica práctica* de aquél, al mostrar nuevos caminos y perspectivas para la revolución. En la medida en que el marxismo-leninismo no es únicamente una teoría “crítica”, sino una teoría encaminada a transformar la realidad, el hecho de que los revolucionarios cubanos hayan logrado este objetivo implicó por sí mismo una *superación*: no sólo de ciertas tesis y prácticas del marxismo llamado “tradicional”, es decir, el de los PC, sino también y hasta diría que, sobre todo, de aquellos marxismos imaginarios que siempre tuvieron razón verbal o escrita pero jamás transformaron en lo más mínimo la realidad.

¿Cuales fueron las principales concepciones modificadas por el proceso cubano? Es ya de rigor señalar cuatro; a) la definición del carácter de las formaciones sociales latinoamericanas; b) el esquema de interpretación de las clases sociales y por tanto del sistema de eventuales alianzas; c) el carácter de la revolución latinoamericana; y d) las formas de lucha.

En lo atinente al primer punto, mucho se insiste en que la Revolución Cubana sólo fue posible en cuanto sus líderes comprendieron que nuestras sociedades no son feudales ni semif feudales, sino plenamente capitalistas. Se trata, sin embargo, de una atribución *post factum*. No existe un solo texto, *ni uno solo*, en que tal preocupación aparezca esbozada siquiera por alguno de los dirigentes del 26 de Julio. Hasta agosto de 1961, el Che seguía hablando de una reforma agraria “antifeudal y antiimperialista”.¹¹

¹¹ Ernesto Che Guevara, “Discurso en Punta del Este”, en *Obra revolucionaria*, México, Era, 1971, p. 421.

Al revisar su *Obra revolucionaria* resulta en cambio evidente que su radical antiimperialismo está enriquecido con un amplio conocimiento de las luchas de liberación del Tercer Mundo así como de la reflexión en torno a ellas, a la vez que por los análisis y concepciones sobre lo que se había detectado como situación de subdesarrollo. En este sentido, cabe subrayar que el marxismo latinoamericano se enriqueció al experimentar una *tercermundización*, hecho tanto más necesario de destacar cuanto que el “euro-marxismo” tratará de sepultarlo después.

Lo anterior no significa que el debate sobre el carácter de América Latina no se haya desarrollado a *la suite* de la Revolución Cubana, especialmente provocado por André Gunder Frank y su escuela (que por lo demás fueron acogidos en la revista cubana *Pensamiento Crítico*). No es del caso entrar aquí en el laberinto argumental de esta discusión, cuyo desenlace es de todos conocido: dado que la América Latina de los años sesenta en adelante era predominantemente y cada vez más capitalista *a juicio de todos*, el debate tendió a languidecer por falta de contrincantes y de actualidad. Con honrosas excepciones, como la de Luis Vitale, nadie se enardece actualmente ante la pregunta de si América Latina fue o no feudal en los siglos XVI a XIX, ni cree que de allí se deriven consecuencias para la futura revolución. El debate, sin embargo, enriqueció nuestras ciencias sociales aunque sólo fuese porque las puso en tensión.

En lo que concierne al segundo punto, esto es, el esquema de interpretación de las clases sociales, lo fundamental de la discusión giró en torno de la existencia o no de una burguesía nacional y al papel que ella podía desempeñar en el proceso revolucionario. Como en el caso anterior, este problema también apareció con posterioridad a la Revolución Cubana y más por la experiencia de otros países que por la que inicialmente se había dado en la isla. En efecto, en un famosísimo texto de 1961, el Che escribía sobre Cuba lo siguiente:

Es comprensible que la burguesía nacional, acogotada por el imperialismo y por la tiranía, cuyas tropas caían a saco sobre la pequeña

propiedad y hacían del cohecho un medio diario de vida, viera con cierta simpatía que estos jóvenes rebeldes de las montañas castigaran al brazo armado del imperialismo... Así, fuerzas no revolucionarias ayudaron de hecho a facilitar el camino del advenimiento del poder revolucionario.¹²

A esas alturas, sin embargo, era ya evidente que en los demás países latinoamericanos la “burguesía nacional”, azorada por el curso de la Revolución Cubana, iba convirtiéndose en una fuerza cada vez menos progresista. Era además verdad algo que los estudios sociológicos y económicos corroboraban: el proceso de transnacionalización, que confería un nuevo carácter a nuestras economías, había vuelto raquítica en un extremo y transnacionalizada en el otro a la antigua “burguesía nacional”; en suma, la había *descompuesto*. Las contradicciones interburguesas (secundarias, obviamente) seguían existiendo, pero eran ya de otro tipo.

Si los puntos hasta ahora tratados representan implicaciones de la Revolución Cubana, antes que planteamientos explícitos de ella, los concernientes al carácter de la revolución latinoamericana y a las formas de lucha son, en cambio, sus aportes directos. La gesta cubana pone al orden del día la posibilidad de una revolución socialista, que en su curso resolverá las tareas teóricamente “democrático-burguesas” y desde luego las de liberación nacional (antiimperialistas).¹³ En cuanto a las formas de lucha, actualiza la posibilidad de la acción armada recuperando una vieja tradición guerrillera y *montonera* de América Latina. Sin embargo, a partir de ese momento entramos en una etapa en la que se experimentan todas las formas de lucha, desde el denominado “foquismo” hasta la guerrilla urbana que le sigue, continuando en los años setenta con experiencias tan diversas como la de la Unidad Popular chilena o la guerra popular prolongada que se da en algunas zonas de Colombia y sobre todo en Centroamérica.

¹² “Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonialista?”, en *Obra revolucionaria*, *op. cit.*, p. 517.

¹³ Cfr. Carlos Rafael Rodríguez, *Cuba en el tránsito al socialismo (1959-1963)*, México, Siglo XXI, 1978.

Por otro lado, la década de los sesenta inicia una suerte de época de oro de nuestras ciencias sociales, que por primera vez dejan de ser una mera caja de resonancia de lo que se dice en Europa o Estados Unidos, para configurar su propia problemática y hasta pretender elaborar su propia teoría: la de la dependencia, que no es del caso entrar a discutir aquí. Esas ciencias sociales están además altamente politizadas y en un interesante vaivén dialéctico contribuyen, a su turno a dar asidero científico a las tareas de las diversas organizaciones políticas.¹⁴

REFLUJO Y NUEVOS CUESTIONAMIENTOS

En 1973, con el golpe de Estado en Uruguay y el derrocamiento de Salvador Allende en Chile se inicia un período de reflujo del movimiento revolucionario latinoamericano que durará aproximadamente un quinquenio, hasta 1978, y conocerá tal vez su peor momento en 1976, cuando los regímenes militares de derecha o recientemente rechazados parecen controlar casi todo el continente.

En estas condiciones, el marxismo latinoamericano desarrollará cuatro líneas principales de investigación, que a la vez son de necesario cuestionamiento sobre: a) el carácter de los nuevos regímenes, especialmente del Cono Sur; b) los cambios operados en el Estado latinoamericano; c) la necesidad de restablecer la democracia y las vías para conseguirlo; y d) los marcos globales de interpretación de la realidad latinoamericana.

En cuanto al primer punto, puede decirse que hay unanimidad en constatar el carácter novedoso de los regímenes militares recién implantados; o sea, que no se trata más de las dictaduras latinoamericanas de tipo tradicional sino de golpes institucionales que aspiraban a remodelar la economía, las relaciones sociales y la política de los respectivos países en consonancia con un proceso

¹⁴ Incluso de los PC, como puede comprobarse con sólo leer la *Declaración de la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe*, La Habana, Granma, resumen semanal, 22 de junio de 1975.

de transnacionalización de los mismos. Más allá de este acuerdo, las divergencias comenzaban a ser particularmente agudas al discutir el carácter fascista o no fascista de aquellos regímenes. Inútil recapitular los argumentos de un debate cuyo eco es todavía perceptible. Las alternativas a la tesis de la fascistización fueron, como se recordará, por un lado la del denominado Estado de Seguridad Nacional (sostenida por Luis Maira, por ejemplo); por otro, y a la izquierda, la teoría del Estado de Contrainsurgencia, de R. M. Marini (no evocamos la tesis del Estado burocrático-autoritario, sustentada por G. O'Donnell, por situarse fuera del debate marxista). Supuestamente, cada tesis interpretativa correspondía a determinada fórmula política de lucha antidictatorial, aunque, irónica como siempre, la historia determinó nuevos “parteaguas” en la década de los ochenta.

Con respecto al segundo punto —cambios operados en el Estado—, también hubo consenso en detectar su remodelación en función de los requerimientos del capital financiero, hecho que a su manera supone cierto tipo de modernización. ¿Establecimiento, entonces, de un capitalismo monopolista de Estado? Aquí, ya estábamos lejos de la unanimidad. ¿Grado de robustez de ese Estado? Tampoco había acuerdo sobre esto y hasta hoy no lo hay.

La cuestión de la democracia pareció en un comienzo el mejor punto de confluencia para todas las fuerzas antidictatoriales; pero a la larga devino la peor manzana de la discordia en la medida en que cada cual rellenaba aquel concepto con los más diversos contenidos. Chile, donde la izquierda siempre tuvo más alternativas que en el resto del Cono Sur, ilustra a cabalidad los alcances de estas discrepancias, hoy más agudas que ayer. Pero esto remite a problemas que analizaremos en la parte final.

Queda el cuarto punto —cuestionamiento de los marcos generales de interpretación de la realidad latinoamericana— que a *grosso modo* se expresó como una oposición entre la “teoría de la dependencia” y una “teoría de la articulación de modos de producción bajo dominio imperialista”; discusión que en su momento levantó encendidas pasiones pero que hoy, a la distancia, parece en gran medida superada, para no decir *démodée*. En par-

te, porque la realidad presente ya no plantea las mismas preguntas y retos de hace una década; en parte porque cada uno de los campos (*dependentistas* y *antidependentistas*) han ido decantando sus tesis y también... sus filas.

De todas maneras aquellos debates fueron interrumpidos o, más exactamente, reencauzados por dos acontecimientos que se perfilaron con nitidez en 1978: el renacimiento del movimiento de masas, impresionante en casos como el del Brasil, y el rebrote del espíritu insurgente en Centroamérica, sobre todo en Nicaragua. Signos inequívocos de una nueva etapa.

ENTRE LA REVOLUCIÓN Y EL EUROCOMUNISMO

El año 1979 es axial en la historia del marxismo latinoamericano por más de una razón. En primer lugar, por el triunfo de la revolución sandinista, veinte años después de la Revolución Cubana y al cabo de tantas experiencias fallidas de la izquierda. Revitalizante en sí misma, la victoria nicaragüense no fue además un hecho aislado: fue el punto descollante de un proceso revolucionario que tomaba cuerpo en El Salvador y se articulaba en Guatemala, al tiempo que prendía en un punto lejano y hasta entonces ignorado: la Granada de Bishop.

Sin embargo, el desarrollo de estos y otros procesos será tanto más arduo y sinuoso cuanto que coincide con una precipitación de derechización de "Occidente", es decir, de los países imperialistas. Está desde luego el acontecimiento más conocido: la *reorganización* de los Estados Unidos, que en verdad se inició bajo el mandato del mismo Carter, a mediados de 1979. Y está también su equivalente de ultramar, representado por la señora Thatcher. Pero esto es sólo una parte; más grave, sin duda, es la derechización de los partidos socialistas de Francia, España y Portugal, cada vez más satélites de la potencia estadounidense. Además, y como lo cuenta detalladamente R. Aron en sus *Mémoires*,¹⁵ la antigua

¹⁵ Raymond Aron, *Mémoires*, París, Julliard, 1985, especialmente la "Cinquième partie".

intelectualidad de izquierda, o por lo menos progresista, ya había experimentado un viraje de 180 grados hacia finales de los setenta. Y conste que no se trata, únicamente de un antisovietismo o anti-comunismo, sino también de un expreso antitercermundismo.¹⁶ No es éste el lugar para analizar las causas de tal derechización, que indudablemente tiene que ver con la profunda crisis de Occidente, uno de cuyos chivos expiatorios ha resultado ser el Tercer Mundo (como lo fueron los judíos en la crisis del 29).

El *eurocomunismo* surge precisamente en este contexto, como una expresión más de la crisis de la izquierda europea y concibiéndose a sí mismo, en una de sus vertientes, como una alternativa conservadora a la “vía chilena”. En efecto, mientras la mayor parte de la izquierda latinoamericana reaccionó ante la derrota en Chile destacando el error consistente en no haber hecho todo lo posible para tomar realmente el poder, la dirigencia del PC italiano llegó a la conclusión estrictamente opuesta: había que proceder con más cautela, marchando al compás de una alianza con la Democracia Cristiana. Tesis que ciertamente evitaría el golpe, puesto que lo torna innecesario, aun sin llegar a los extremos del PCI: *terza via* al socialismo bajo el paraguas protector de la OTAN.

Mas seamos justos: si todos los caminos conducen supuestamente a Roma, no todos parten de allí. Tesis bastantes similares a las del eurocomunismo surgieron en América Latina al comenzar la década de los setenta, sintetizadas, por ejemplo, en el libro *Proceso a la izquierda*, de Teodoro Petkoff, ex guerrillero venezolano y actual dirigente del MAS.¹⁷ Sólo que dicho texto tuvo mínima influencia fuera de su país; fue recibido como lo que en gran parte era: fruto de una elevada fiebre petrolera.

Distinto fue el destino del eurocomunismo en razón de varios hechos. Primero, venía con el sello europeo, en un momento en que una extraña mezcla de debilidad y frivolidad nos hacía recaer

¹⁶ Quien desee tener una idea de la furia antitercermundista, coloreada de racismo, de importantes sectores de la intelectualidad europea, Cfr. *Le Monde diplomatique* en español, año VII, núm. 77, mayo de 1985, *dossier* titulado: “Una bestia a abatir: el tercermundismo”.

¹⁷ Movimiento al Socialismo (*N. del E.*).

en la dependencia teórico-cultural. Segundo, con razón o sin ella, traía el aval de un hombre por todos respetado, Antonio Gramsci. Tercero: aparecía como la “vía democrática” al socialismo, en un contexto en que la mayoría de latinoamericanos clamábamos por un “retorno” a la vida democrática. Cuarto: fuera de Centroamérica, la norma era más bien el declive ideológico. Quinto y último: la fiebre petrolera no era exclusivamente venezolana; de manera efímera México viviría una etapa parecida y, en cierto sentido, los últimos alientos del “milagro brasileño” alimentaban circuitos de bienestar proclives al eurocomunismo.

Comoquiera que fuese, dicha corriente sembró una enorme confusión en América Latina y contribuyó al desarme ideológico de muchos sectores de izquierda, en el momento en que mayor firmeza requeríamos para combatir un imperialismo cada vez más prepotente y agresivo. Entre otras cosas, nos hacía perder esa conciencia tercermundista con que nos habíamos enriquecido en los años sesenta; ahora, aún teóricamente se presuponía nuestra pertenencia a aquello que Gramsci denominó “Occidente”. No faltó quien vaticinara que a la vuelta del milenio países como México, Brasil y Venezuela ingresarían al club de los *desarrollados*. En esos sueños andábamos cuando la crisis de 1982 nos deparó el duro despertar que conocemos: volvimos al redil de los subdesarrollados y ni siquiera con la cabeza erguida.

DIVERSIDAD, PLURALISMO

Como lo ha señalado en más de una ocasión Schafik Jorge Handal, dirigente de los comunistas salvadoreños, la propia diversificación que ha experimentado la estructura social de nuestros países crea no sólo clases, sino grupos de fisonomía muy específica que legítimamente aspiran a poseer órganos propios de expresión.¹⁸ Al mismo tiempo, la crisis del imperialismo y del capitalismo en

¹⁸ Cfr., entre otros, Mario Menéndez Rodríguez, *E1 Salvador: una auténtica guerra civil*, San Salvador, EDUCA, 1980, pp. 159 y ss.; o Marta Harnecker, *Pueblos en armas*, México, Universidad Autónoma de Guerrero, 1983, pp. 133 y ss.

cada país radicaliza a muchos grupos sociales, que adoptan posiciones revolucionarias. En esas condiciones resulta muy difícil pensar que una sola agrupación política pueda ser considerada como vanguardia, con excepción de las demás, y lo que se impone con razón es la idea de los frentes revolucionarios (en Nicaragua ocurrió igual que en El Salvador) que en conjunto constituyen la vanguardia del respectivo proceso. Hay pues una especie de diversidad en la unidad, cuya evolución no está determinada de antemano: puede o no ser conveniente avanzar hacia la conformación de un partido que reemplace al frente, dependiendo de muchas condiciones objetivas y subjetivas, internas y externas.

Si la diversificación de la estructura social nacional favorece la formación de varias organizaciones revolucionarias por país, la diversidad histórico-estructural entre países, sumada a la multiplicidad de experiencias en la construcción del socialismo en el mundo, propician otro fenómeno: que organizaciones aparentemente similares en determinado momento experimenten con el transcurso del tiempo transformaciones que las llevan a posiciones a veces harto disímiles. Es lo que ocurre con los PC, no sólo a nivel latinoamericano sino mundial. En efecto ¿qué similitud hay actualmente entre los PC de la URSS, China, Albania, España y Yugoslavia, por ejemplo? Poca, como no sea una referencia al marxismo cada vez más equívoca y una historia común cada vez más remota. Quizás en América Latina la diferencia sea menos contrastante, sobre todo a raíz del virtual fracaso de las líneas maoísta y “albanesa”; lo cual no significa que no se registren variaciones notables si se compara, por ejemplo, el PC brasileño con el de El Salvador, el PSUM¹⁹ con el PC cubano, o éste con el nicaragüense. Ello, a nivel de las posiciones políticas, porque a nivel de desarrollo y presencia nacional, las diferencias no son menos notables, como se vio en el primer apartado de este artículo. El caso arriba mencionado del PC nicaragüense sirve, por lo demás, para demostrar cómo la vanguardia del proceso revolucionario no se confunde necesariamente con los PC.

¹⁹ Partido Socialista Unificado de México (*N. del E.*).

Y esto nos lleva a un último punto, que tiene que ver con el pluralismo ideológico: en la actualidad, la frontera que separa las posiciones revolucionarias de las no revolucionarias no corresponde obligatoriamente a la que divide a marxistas y no marxistas. Entre los eurocomunistas que hacen profesión de su oposición al socialismo real y gala de su “distancia crítica” frente a todas las revoluciones de este mundo, y los cristianos comprometidos con la revolución (como tantos que ahora existen en América Latina) me parece evidente que la posición de izquierda está representada por los segundos.

Por lo demás, entre el universo teórico de esos cristianos revolucionarios y el del marxismo de igual signo, tal vez haya menos distancia de la que se suele suponer. En un reciente número de la revista *Cristianismo y Sociedad*, por ejemplo, vienen varios estudios que muestran cómo las ciencias sociales latinoamericanas, fuertemente impregnadas de marxismo, han servido de nexo entre el materialismo histórico y la visión del mundo de los cristianos de avanzada. Samuel Silva Gotay afirma que “la interpretación radical de la dependencia estructural, representada por los científicos de izquierda, inclinados al uso de las categorías marxistas de análisis socioeconómico, fue lo que hizo posible que muchos militantes cristianos del continente vinieran en contacto con el análisis marxista e hicieran una interpretación marxista de la historia y el subdesarrollo latinoamericano”.²⁰ Más reservado, el padre Gustavo Gutiérrez piensa que “si hay encuentro, éste se da entre *teología y ciencias sociales*, y no entre teología y análisis marxista”; aunque de inmediato tiene que señalar un matiz: “salvo por los elementos de éste [del análisis marxista, AC] que se hallan en las ciencias sociales contemporáneas, en particular tal como se presentan en el mundo latinoamericano”.²¹

Precisión correcta, puesto que en “el mundo latinoamericano” también esta esfera de la cultura resulta inimaginable sin el aporte

²⁰ Samuel Silva Gotay, “Las condiciones históricas y teóricas que hicieron posible la incorporación del materialismo histórico en el pensamiento cristiano de América Latina”, en *Cristianismo y Sociedad*, No. 84, México, 1985, p. 40.

²¹ Gustavo Gutiérrez, “Teología y ciencias sociales”, en *ibid.*, p. 56.

marxista, que ni siquiera la sistemática represión de los últimos años ha logrado erradicar de las ciencias sociales.

Lo cual no quiere decir que el marxismo esté “imponiéndose” a los cristianos ni “infiltrándose” en la teología, sino que hay una *confluencia* cimentada en una cultura revolucionaria, patrimonio común de los latinoamericanos y que alimenta el proyecto radical de cambio. Con su fulgurante mezcla de sandinismo y poesía, de cristianismo y marxismo-leninismo,²² Nicaragua es sin duda la mejor plasmación de esta confluencia.

PERFILES DEL DEBATE ACTUAL

El debate evocado en “El marxismo renovado de los años sesenta” de este trabajo, referente al carácter de las formaciones sociales latinoamericanas, fue en todo momento un debate explícito; el que se desarrolla actualmente sobre el mismo tema (aunque con diferentes alternativas) es en cambio un debate solapado, pleno de coartadas.

En tales condiciones, el propio marxismo comienza a adoptar un lenguaje equívoco, a veces enredado en la trampa de viejas oposiciones premarxistas, como por ejemplo la de “sociedad civil” *vs.* “sociedad política”. Se olvida, en este caso, que el marxismo se constituyó haciendo la *vivisección* del concepto de “sociedad civil” hasta descubrir su médula económica y su contradictoria textura clasista. Fuera de esta perspectiva, ¿qué puede significar para un marxista la categoría de sociedad civil? Nada, como no sea un campo semántico ambiguo, al que por igual puede apelar la burguesía para pedir que se desestatice en su favor la economía (el FMI resulta en esta óptica el mejor defensor de la “sociedad civil”), que el pueblo para exigir que el Estado burgués respete la autonomía de sus organizaciones sindicales, partidarias, etc.

²² El mejor texto teórico a este respecto es el titulado “En Nicaragua se juega el destino de América Latina”, discurso del comandante Bayardo Arce en el Primer Congreso del Pensamiento Antiimperialista, Managua, 20 de noviembre de 1985, mimeo.

Igual ambigüedad encierra el concepto de “hegemonía”, una vez desprendido de su uso europeo occidental que alude a la forma de dominación actual de la burguesía financiera; *consenso* en el interior del espacio metropolitano, *coerción* en la “periferia”; explotación atenuada adentro, sobreexplotación afuera. ¿Qué queda del concepto de “hegemonía” cuando se lo aplica en las antípodas, es decir, en las sociedades “periféricas”? Apenas una mistificación subliminal que induce a pensar que el poder se estructura según el más puro esquema liberal: por medio de una libre competencia de ideas, imágenes y representaciones que termina por favorecer a los *concurstantes* políticos más meritorios.

En fin, y como lo señalamos con anterioridad, está el mismo concepto gramsciano de sociedades “occidentales”, que no hace más que desvirtuar nuestra peculiaridad derivada de la dependencia y el subdesarrollo. Y, tras de todo este equívoco andamiaje teórico, una cuestión fundamental que nunca termina de aflorar: ¿cuál es el verdadero *estatus* de las sociedades latinoamericanas de hoy?

Cuando Gramsci afirmó que las sociedades de “Occidente” se caracterizaban por el robustecimiento de la “sociedad civil”, quiso señalar un reforzamiento de *la sociedad burguesa*; de otro modo resultarían incomprensibles los problemas y perspectivas que atisba para la revolución proletaria. Además, es lógico que ello ocurriera en los eslabones fuertes (países imperialistas): Lenin también lo previó. Queda por saber si un fortalecimiento parecido de la burguesía está ocurriendo en nuestra sociedad y bajo qué forma y en qué condiciones. Hay que estar conscientes, además, de que si tal cosa viene de veras sucediendo, significa que la revolución socialista quedará aplazada *sine die*, como efectivamente ha ocurrido en “Occidente”.

Por tanto la misma discusión sobre el carácter “leninista” o no de nuestras sociedades,²³ lejos de ser, como se pretende, un debate sobre qué *vía* de transición y qué socialismo adoptar, implica pronunciamientos sobre una cuestión mucho más decisiva: la de

²³ Cfr., por ejemplo, “Introducción”, en *Caminos de la democracia en América Latina*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1984.

saber si aún es viable una alternativa anticapitalista (y necesariamente antiimperialista) en América Latina, o si lo máximo a que podemos aspirar es a un “socialismo” a la europea occidental, sólo que sin “periferia” de donde extraer excedente económico para atenuar los efectos de la explotación.

Punto con el cual nos acercamos a otra cuestión vital. Contra lo que se recalca en “Occidente”, Lenin no es únicamente el teórico de cierto tipo de partido y de lucha por el poder; es además el teórico del capitalismo en su fase imperialista, por más que esto suene a lugar común. Ahora bien: ¿puede haber en la América Latina dependiente un marxismo susceptible de prescindir de su complemento leninista? Pareciera que no, y menos todavía en un momento en que el imperialismo se muestra más agresivo y expoliador que nunca.

MARXISMO Y DEMOCRACIA

Está en el orden del día afirmar que la cuestión central del marxismo pasa hoy por su definición frente a la democracia. Aseveración que parece absolutamente correcta con la sola condición de hacer ciertas precisiones breves destinadas a evitar intencionales deformaciones o malentendidos.

Primero: la democracia es siempre una respuesta histórica y concreta destinada a conseguir el máximo bienestar para el pueblo (o al menos coyunturalmente, su mal menor), y no un conjunto de normas formales que deben aplicarse con independencia de cada situación. En este sentido, es evidente que a un país agredido como Nicaragua no puede exigírsele, supongamos, el levantamiento de ciertas restricciones a los derechos individuales, como las que se derivan del estado de emergencia vigente. Por lo menos Colombia ha vivido medio siglo en estado de sitio, que es más grave que el de emergencia. Amenazado por un puñado de facinerosos, que no llegaban al centenar, Alfonsín impuso igual medida en Argentina en 1985, sin que nadie la encontrara escandalosa.

Segundo: parece absolutamente idealista pensar que pueda existir en la actualidad una democracia *sin adjetivos*. Éste es, ade-

más, un problema que no depende de los marxistas: la democracia estadounidense, por ejemplo, no va a dejar de ser burguesa e imperialista por el hecho de que algún teórico neomarxista decida liberarla de tales calificativos. Nótese, a este respecto, que las agresiones que Estados Unidos perpetra por el mundo se basan en el *consenso* de la mayoría de la nación, además de que, por regla general, siguen todos los procedimientos previstos por la Ley: con la mayor “libertad” el Congreso vota la cantidad de fondos que ha de destinarse a cada agresión.

Tercero: la elección de métodos democráticos o no democráticos de lucha (en el sentido de su apego o no a la ley vigente) no necesariamente depende del solo campo revolucionario. Aparte de que identificar democracia con legalidad es exagerado, por decir lo menos: en América Latina lo normal es más bien que la burguesía rompa su propia legalidad y que los sectores populares sean acusados de “subversivos” cuando responden a tales transgresiones.

Cuarto: es obligación del marxismo latinoamericano definir con profundidad lo que ha de entenderse por democracia en países como los nuestros, habida cuenta primordialmente de las aspiraciones e intereses de los sectores populares y evitando que se utilice el concepto de democracia para enmascarar las contradicciones de clase, eludir las definiciones frente al imperialismo, o alejar del horizonte toda posibilidad de una transformación realmente anticapitalista.

Quinto y último: no hay que olvidar que la discusión actual en el seno de la izquierda latinoamericana no pasa por la frontera ficticia entre una corriente supuestamente democrática y otra que no lo sería (la denominada “leninista”); la diferencia real se da más bien entre una tendencia que trata de congelar las aspiraciones de las masas en el nivel fijado por el democratismo burgués, y otra que no niega la democracia sino que busca la manera de elevarla hasta niveles revolucionarios. Para esta última, el problema no es obviamente el de la democracia a secas, ni el de la democracia como una esencia filosófica, sino el de cómo incorporar la mayor cantidad de democracia para el pueblo en el proceso de transformación radical de la realidad.

EL ANÁLISIS “POSMARXISTA” DEL ESTADO LATINOAMERICANO¹

NI TODO BRILLA, NI TODO ES ORO...

Aunque el tema de esta ponencia² no se refiera directamente a las tendencias hoy predominantes en las ciencias sociales latinoamericanas, conviene empezar señalando un hecho que no deja lugar a dudas, por lo menos en el *área sudamericana*:³ la pérdida de terreno o, si se prefiere, el repliegue relativo del marxismo en los campos de la sociología y la ciencia política (en historia, irónicamente, el materialismo histórico nunca fue muy influyente). En este sentido, me parece que un comentario como el del investigador estadounidense Scott Mainwaring, publicado en la

¹ Extraído de Agustín Cueva, *Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica*, Quito, Planeta-Lettraviva, 1988, pp. 77-97.

² Originalmente este trabajo fue presentado como ponencia en la mesa redonda sobre “Estado, sociedad y democracia”, del VII Congreso Centroamericano de Sociología, Tegucigalpa, 2-7 de noviembre de 1986. La presente versión ofrece algunas modificaciones.

³ En el área centroamericana, la situación es distinta en razón de la intensidad de la lucha política, y en México adquiere características propias en virtud de un histórico antiimperialismo. Quien se interese en una visión sistemática del desarrollo de las ciencias sociales en Centroamérica vea *Revista de Ciencias Sociales*, No. 33, Universidad de Costa Rica, septiembre de 1986, dedicada monográficamente al tema.

revista argentina *Desarrollo Económico*, refleja adecuadamente la situación. Dice así:

Lo mejor de la ciencia social en Sudamérica ha cambiado de marcha significativamente desde fines de la década de los sesenta y comienzos de los setenta. Los aportes más sólidos se han alejado del tema de la dependencia y del análisis de clase inspirado en la tradición marxista. El marxismo ha declinado en su frecuente actitud crítica hacia la “democracia formal”, aunque su influencia es aún significativa. La mayoría de los intelectuales latinoamericanos han revaluado la importancia de las instituciones democráticas y se han desplazado hacia nuevas formas de ciencia social donde se acentúan los valores políticos, la cultura y las instituciones, mientras se presta menor atención a las clases y a la dependencia.⁴

¿Decadencia del análisis de clase? Ciertamente, en un momento en que fuertes vientos soplan más bien del lado de la “conceración social”, la búsqueda de una “governabilidad progresiva de nuestras sociedades” y el “acuerdo sobre aspectos sustanciales del orden social”.⁵ Lenguaje que de por sí nos coloca más cerca de Samuel Huntington y la Comisión Trilateral que de Marx, y que hasta nos remitiría a Augusto Comte de no ser porque ahora la idea de *orden* pareciera predominar omnímodamente sobre la de *progreso*, al que *algunos comienzan a considerar como una aspiración demasiado radical*.⁶

⁴ Scott Mainwaring, “Autoritarismo y democracia en la Argentina: una revisión crítica”, en *Desarrollo Económico*, vol. 24, No. 95, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1984. Se analizan trabajos de Guillermo O’Donell, Alain Rouquié, Eduardo Viola y Marcelo Cavarozzi. Sobre la supuesta “reevaluación de las instituciones democráticas” por parte de los intelectuales latinoamericanos, habría que recordarle a Mainwaring que no fueron éstos los autores de los golpes de Estado, ni los responsables de que tales instituciones fuesen tan frágiles y poco respetables.

⁵ Frases tomadas literalmente del artículo de Mario R. dos Santos, “La conceración social como recurso para la democratización: una discusión abierta”, en *David y Goliath*, revista de CLACSO, año XV, No. 47, agosto de 1985, p. 53.

⁶ En opiniones como la de Hirschman, por ejemplo.

Y por supuesto se observa una amnesia recurrente con respecto al análisis de la dependencia, curiosamente en el momento en que ésta se acentúa, así como una repulsión a mencionar siquiera las determinaciones económicas. No en vano el terreno fue previamente abonado por las repetidas críticas al “reduccionismo clasista”,⁷ al “dependentismo” (con respecto al cual muchos de nosotros desempeñamos, ciertamente, el papel de aprendices de brujo),⁸ y ni se diga al “economicismo”. Sólo que por este camino se ha llegado tan lejos, que ahora hasta un autor poco ortodoxo como Guillermo O’Donnell aparece involucrado en la comisión de aquellos pecados que se suponían privativos de los marxistas. En efecto, Mainwaring encuentra que O’Donnell: a) “vincula a los militares con las clases de un modo demasiado estrecho” (léase: “reduccionismo clasista”); b) está “marcado por el análisis de la dependencia” (léase: “dependentismo”); y c) “explica la vida política en términos demasiado económicos” (léase: “economicismo”).⁹

Valores, cultura, instituciones: he ahí, en cambio, unas cuantas categorías que parecieran ser el último grito de la moda sociológica, pese a ser las mismas que nuestra generación, formada académicamente en el espíritu radical de los años sesenta, rechazó por considerarlas relativas a instancias superestructurales que reclaman un análisis explicativo de mayor profundidad. Todos

⁷ Véase, por ejemplo, Ernesto Laclau, en quien autores como Lechner reconocen haberse inspirado para abandonar el “reduccionismo de clase”. Norbert Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI de España, 1986, p. 9.

⁸ Queremos decir con esto que nunca pensamos que nuestras críticas de mediados de los años setenta a la teoría de la dependencia, que pretendían ser de izquierda, podrían sumarse involuntariamente al aluvión derechista que después se precipitó sobre aquella teoría. Conocido hasta el cansancio en los países latinoamericanos de lengua española y en los Estados Unidos, el debate sobre esta cuestión es curiosamente desconocido en el Brasil. La mejor antología al respecto sigue siendo la compilada por Daniel Camacho, *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana, EDUCA, 1979.

⁹ Scott Mainwaring, “Autoritarismo y democracia en la Argentina: una revisión crítica”, *op. cit.*, p. 450.

éramos conscientes, por ejemplo, de que en los países del Tercer Mundo predominaban una “cultura” y ciertos valores e instituciones poco democráticos; pero a nadie medianamente serio se le ocurría pensar que tales niveles de realidad pudiesen estar desvinculados de una historia de colonialismo, semicolonialismo y actual dependencia, así como de una estructura de clases y de un modelo económico generador de lo que en la época se denominó “violencia estructural”.¹⁰ No ver esto nos parecía, por lo demás, la posición típica de un estructural-funcionalismo cargado de racismo, que encontraba absolutamente natural que estos pueblos “bárbaros” poseyesen una “cultura autoritaria”, concepto que bastaba para explicar golpes de Estado, dictaduras, y todo tipo de violencia y conductas antidemocráticas.

¿Era la nuestra una visión del mundo errada y mecanicista, típica de aquellos años “marcados por el nacionalismo o por el clasismo, por la música del frente de liberación o por la del choque ‘clase contra clase’”, como cáusticamente los rememora Juan Carlos Portantiero?¹¹ Y, lo que es más importante, ¿estamos asistiendo actualmente a una superación de aquella visión gracias a *enfoques novedosos y creativos*?

Desafortunadamente, no todo lo que se publica avala tal optimismo, comenzando por algunos de los textos importados de la metrópoli. Para explicar la falta tradicional de democracia en América Latina, el ya mencionado profesor Hirschman, por ejemplo, observa lo siguiente:

En muchas culturas (incluyendo la mayoría de las latinoamericanas que conozco) se estima muchísimo más el que se tengan opiniones firmes sobre lo que sea, y que se gane con el argumento que sea, que el que se tenga la capacidad de escuchar y, llegado el caso, aprender de los demás. En esa medida, estas culturas están más inclinadas al autoritarismo que a la política democrática.¹²

¹⁰ Si no recordamos mal, el concepto fue acuñado por J. Galtung.

¹¹ “Reunir socialismo y democracia”, entrevista publicada en *La Jornada Semanal*, México, 30 de marzo de 1986, p. 3.

¹² *Ibid.*, p. 30.

¿Qué pensar de una reflexión como ésta, que, sin el menor asomo de ironía, pareciera estar trazando el retrato hablado del presidente Ronald Reagan antes que dibujando el perfil de esas culturas latinoamericanas que el autor asegura conocer?

Y Hirschman no es un caso de excepción. Si tomamos, por ejemplo, el libro de otro latinoamericanista, el profesor Paul Lewis, descubrimos un marco teórico absolutamente similar. En efecto, su *Paraguay bajo Stroessner*, editado no hace mucho por un sello tan respetable como el del Fondo de Cultura Económica, se inicia con un capítulo titulado “Una cultura autoritaria”, en el que se sostiene que tal cultura existe por dos razones: a) porque con su mediterraneidad “la geografía ha contribuido a formar la tradición pretoriana del Paraguay”; b) porque el hecho de que “aun asociaciones públicas como los partidos políticos tendían a basarse en agrupamientos familiares [...] podría explicar por qué la política paraguaya era tan descarnada y resentida [...]”.¹³

¿Vale más este tipo de explicación, basado en la geografía y la familia, que una explicación sustentada en el análisis del sistema económico, la dependencia y la estructura de clases? Dudamos, sinceramente, de la superioridad intrínseca de los enfoques *culturalistas* y *funcionalistas*, y pensamos que ni el propio Mainwaring está muy convencido de su novedad, a juzgar por estas líneas en las que practica una verdadera curación en salud:

En un análisis superficial uno puede tentarse de concluir que hemos descrito un círculo hacia los conceptos inspirados por la ciencia política norteamericana de principios de los sesenta. Sin embargo, el significado de estos conceptos ha cambiado. Los valores políticos y la cultura son entendidos ahora en un sentido más histórico [...]¹⁴

¹³ Paul Lewis, *Paraguay bajo Stroessner*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 24 y 29. Lewis asevera, además, que en Paraguay “las normas políticas fundamentales de su cultura son autoritarias y *todos las comparten*” (p. 19, las cursivas son nuestras).

¹⁴ Scott Mainwaring, “Autoritarismo y democracia en la Argentina: una revisión crítica”, *op. cit.*, p. 457.

¿Simple impresión “superficial de circularidad”? La historia es muchas veces irónica y revela su trasfondo a través de movimientos de inesperado candor, como en el ejemplo que vamos a ofrecer a continuación (esta vez con protagonistas latinoamericanos y no más latinoamericanistas).

La Universidad Autónoma Metropolitana, de México-Azcapotzalco, lanzó hace poco la revista llamada *Sociológica*, que contiene un artículo sobre el tema “Nuevos enfoques teóricos en la investigación social: hacia el pluralismo”, uno de cuyos cinco grandes ejemplos es el ensayo “Argentina: ¿una Australia italiana?”, de Torcuato di Tella.¹⁵ No pretendo impugnar en absoluto los méritos de este trabajo de Di Tella; empero, me es difícil resistir a la tentación de señalar que se trata del mismo autor funcionalista discípulo de Gino Germani y su “teoría de la modernización”, que leíamos y discutíamos cuando éramos estudiantes universitarios, a comienzos de los años sesenta, y, lo que es más asombroso todavía, retomando un tema que de tan viejo lo teníamos olvidado: la clásica comparación de Argentina con Australia, Canadá, Nueva Zelanda y otros países conformados por europeos emigrados.

En *Cien años de soledad*, los personajes perciben como circular un tiempo que en realidad es lineal; en las ciencias sociales de hoy, pareciera que en cambio está de moda percibir como ascendente un movimiento que es perfectamente circular.

ESTADO VS. SOCIEDAD CIVIL: LA GUERRA DEL FIN DEL MUNDO QUE NUNCA SUCEDERÁ

¿En qué medida lo anteriormente señalado afecta a los estudios sobre el Estado? A nuestro juicio, el problema radica en este caso en el vaciamiento de los contenidos de clase del Estado, así como en la prescindencia de lo que Marx denominó “anatomía de la sociedad civil”.

¹⁵ *Sociológica*, año I, No. 1, primavera de 1986, pp. 45 y ss. Los otros autores estudiados son Sergio Zermeno, Guillermo O'Donnell, Luis Alberto Romero y Adolfo Gilly. La autora del artículo es Lidia Girola.

Para que se entienda mejor esta cuestión partiré del planteamiento de que el materialismo histórico se constituye como tal desde el momento en que sus fundadores elaboran un paradigma explicativo asentado en dos premisas: *primera*, que las formas estatales no son arbitrarias ni estructuralmente indeterminadas, sino que, para decirlo de la manera figurada que el propio Marx alguna vez usó, constituyen un “resumen de la sociedad civil”; *segunda*, que tampoco esta sociedad civil puede ser comprendida en profundidad si se la analiza exclusivamente a “nivel oficial”, de sus instituciones, sin tomar en cuenta la base económica y la estructura de clases que a partir de esta base se genera.¹⁶

No es del caso entrar a discutir aquí si Marx conservó o no la antítesis “sociedad civil / Estado político” (*bürgerliche Gesellschaft/politischer Staat*) como eje fundamental de su obra de madurez. Autores como Norberto Bobbio y Michelangelo Bovero¹⁷ se inclinan a pensar que sí, cosa que nosotros encontramos por lo menos dudosa. Sea de esto lo que fuere, parece imposible demostrar que dichas categorías continúan siendo marxistas si se las priva de las determinaciones arriba señaladas, por mucho que ello se haga invocando la lucha contra el “economicismo” o el “reduccionismo clasista”. Una cosa es criticar el simplismo de ciertos trabajos de inspiración marxista (simplismo contra el cual el antimarxismo tampoco es el mejor antídoto) y otra, muy distinta, tomar aquello como pretexto para tirar el materialismo histórico por la borda.

Ahora bien, parece incuestionable que en las ciencias sociales latinoamericanas de los años ochenta tiende a generalizarse el uso de las categorías de *Estado* y *sociedad civil* depuradas de las determinaciones a que nos hemos referido y enfrentadas entre sí

¹⁶ “Esto es lo que el señor Proudhon jamás llegará a comprender, pues él cree que ha hecho una gran cosa apelando del Estado a la sociedad civil, es decir, del resumen de la sociedad a la sociedad oficial”. Carta de Marx a Vasilievich Annenkov, 28 de diciembre de 1846.

¹⁷ Norberto Bobbio y Michelangelo Bovero, *Sociedad y Estado en la filosofía moderna*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, especialmente el capítulo IV de la segunda parte.

como entidades dotadas de sustantividad propia, en un combate en el que además la izquierda pareciera estar obligada a tomar el partido de la *sociedad civil* contra el *Estado*, para merecer el título de genuinamente democrática.

¿Exageración nuestra? Creemos que no y, lo que es más, nos atrevemos a pensar que por lo menos algunos colegas comparten la misma preocupación. A título de ejemplo vale la pena transcribir, con subrayados nuestros, un fragmento de un reciente artículo de Ruy Mauro Marini cuya sutil redacción no parece ocultar la presencia de inquietudes similares a las que hemos expresado. Dice lo siguiente:

La experiencia de los pueblos latinoamericanos les ha enseñado que la concentración de poderes en manos del Estado, *cuando éste no es suyo*, sólo refuerza la máquina de opresión de la burguesía. Debilitarlo hoy, restarle fuerza económica y política, no puede, pues, sino interesar en el más alto grado al movimiento popular, *siempre y cuando ello implique la transferencia de competencias, no a la burguesía, sino al pueblo*. Por ello, frente a la privatización o la simple estatización, el movimiento popular plasma sus intereses en la propuesta de autogestión y por la subordinación de los instrumentos de regulación del Estado a las organizaciones populares.¹⁸

No es del caso examinar aquí si la propuesta autogestionaria incluida en la cita de Marini es o no viable en condiciones capitalistas, ni especular sobre si el autor cree de veras en ella o simplemente trata de capear el temporal, en una coyuntura en que los vientos no soplan muy a la izquierda que se diga. Conviene destacar, en cambio, que si se siente obligado a hacer precisiones tan insistentes como las subrayadas, es porque lo “normal” es que ahora se prescindiera de ellas, tanto en la letra como en el espíritu, y porque además Marini sabe mejor que nadie que, al omitirlas, la izquierda corre el riesgo de juntarse con insólitos “compañeros de camino” como Milton Friedman, Friedrich Hayek y similares.

¹⁸ Ruy Mauro Marini, “La lucha por la democracia en América Latina”, en *Cuadernos Políticos*, No. 44, México, julio-diciembre de 1985, p. 10. Versión en portugués.

Estamos seguros de que muchos de los que han depurado de su sustrato económico y de clase a los conceptos en cuestión, no lo han hecho con el propósito de llegar a las extremas conclusiones y alianzas que hemos insinuado con el exclusivo fin de argumentar por el absurdo; no cabe olvidar, empero, que el camino al infierno está empedrado de las más nobles intenciones.

MOLINOS DE VIENTO Y UTOPIÁS PASATISTAS

En un artículo titulado “Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina”, Ángel Flisfisch, Norbert Lechner y Tomás Moulián (en adelante FLM), que son los mejores y más coherentes representantes de la sociología “posmarxista”¹⁹ latinoamericana, formulan el razonamiento que sigue:

El robustecimiento del fenómeno estatal, posterior a la ruptura de la dominación tradicional, y el carácter que la intervención estatal tendió a asumir —aun cuando ese carácter, en muchos casos, tuvo desde el comienzo una ambigüedad notoria—, se interpretó en términos de un cierto *esencialismo* del Estado: por su propia naturaleza, el Estado no podía sino cumplir determinadas tareas o funciones históricamente progresistas. Este esencialismo también ha tenido una connotación social: por su esencia, las masas dominadas no pueden ser sino estatistas. Frente al antiestatismo tradicional de los grupos dominantes, los sectores populares *son* estatistas, en un sentido casi ontológico. Las experiencias autoritarias del Cono Sur latinoamericano han puesto de manifiesto, y han servido para constituir la conciencia de ese hecho, que el Estado no está dispuesto por esencia al desempeño de tareas históricamente progresistas, ni es un ente que por su naturaleza acompañe favorablemente el desarrollo y emancipación de los grupos dominados.²⁰

¹⁹ “Posmarxista”, no en el sentido de una superación de Marx sino, más bien, en razón de que la mayoría de sus autores son ex marxistas.

²⁰ Ángel Flisfisch, Norbert Lechner y Tomás Moulián, “Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina”, en VV. AA., *Democracia*

Hemos transcrito extensamente este pasaje porque nos parece la mejor muestra del método favorito de la sociología “posmarxista”, que consiste en lo siguiente: en lugar de tratar de descubrir la lógica subyacente en los procesos históricos, *fabrica* los acontecimientos que necesita para justificar su propio razonamiento. Contribuye, de esta suerte, a la construcción de ese pasado mítico que denunciábamos en el ensayo anterior.

En efecto, sería bueno saber, para comenzar, quién o quiénes fueron los pensadores latinoamericanos que fundaron esa escuela del “esencialismo del Estado”, porque, hasta donde nuestra memoria y conocimientos alcanzan, ni la teoría de la modernización (Gino Germani y compañía), ni la sociología comprensiva (de un Mediana Echevarría, por ejemplo), ni la CEPAL (que tal vez sería la más cercana a ello), ni la teoría de la dependencia, y menos todavía el marxismo-leninismo, han postulado jamás lo que los autores chilenos les atribuyen. Es más, la simple idea de preguntarse hegelianamente sobre la “esencia” buena o mala del Estado parece bastante ajena a nuestra tradición y, para decir la verdad, cercana más bien a la línea de reflexión y a las preocupaciones que desde sus inicios han caracterizado a la obra de Norbert Lechner.

Si los autores en cuestión (FLM) trabajasen a partir de la experiencia argentina, por ejemplo, podríamos pensar que quizás su tesis esté referida a una concepción populista-peronista del Estado, aunque en tal caso su afirmación sería igualmente inexacta: uno tiene dificultad en imaginar a Perón, y menos todavía a Rodolfo Puiggrós, avalando la idea de que “por su propia naturaleza, el Estado no puede sino cumplir tareas o funciones históricamente progresistas”. El solo hecho de haber luchado contra el Estado oligárquico les daba suficiente perspectiva como para no imaginar que el Estado latinoamericano pudiese ser la “encarnación de la idea ética” o algo parecido.

A partir de la experiencia chilena, la afirmación de FLM resulta más abusiva todavía. Pueden decir, rindiendo tributo a la moda,

y desarrollo en América Latina, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1985, p. 94.

que los teóricos y políticos de la Unidad Popular y del MIR cayeron en una “visión instrumentalista del Estado” al concebirlo como el órgano de dominación de una clase sobre otra u otras; pero lo que no pueden endosar a esas organizaciones políticas es la creencia de que el Estado “es un *ente que por su naturaleza*, acompañe favorablemente el desarrollo y emancipación de los grupos dominados”. La discusión ganaría en concreción si los autores precisasen contra quién, en definitiva, están polemizando, y sobre la base de qué evidencias.

¿Será verdad, por otra parte, que fueron las experiencias del Cono Sur las que alertaron a tirios y troyanos sobre la posible conducta perversa del Estado con respecto a la sociedad civil? Sí y no. Por un lado es indiscutible, como señalamos, que esas dictaduras dejaron no sólo una imagen de cruel alteridad en las masas, sino que además, en muchas situaciones, el éxito en la represión y el desmantelamiento de las organizaciones populares afirmó la idea de que se trataba de una *alteridad definitiva*: sensación de estar frente a un Estado todopoderoso con el cual se puede, en el mejor de los casos, negociar una *coexistencia democrática*, si se aceptan sus reglas de juego, pero al que jamás se podrá arrebatar, a favor de las masas, su condición de centro cristizador del poder.

Luego volveremos sobre este tema de lo político, del Estado y del poder. Por ahora, interesa subrayar que las dictaduras del Cono Sur no eran, que sepamos, una expresión de la “esencia” por fin revelada del Estado, sino, como se dijo, dictaduras del capital monopólico que reorganizaban en favor de éste y a cualquier precio la totalidad social. Era eso *lo nuevo*, y lo que con razón impactó en una conciencia latinoamericana para la cual, ¡*bélas!*, las dictaduras nunca fueron excepción. Sólo que las actuales eran cualitativamente tan distintas de las tradicionales, que incluso se empezó a percibir a éstas como ubicadas en una suerte de limbo protohistórico similar al que simbólicamente emerge de las fantasmagorías de Roa Bastos, García Márquez o Alejo Carpentier.

Las dictaduras de la fase premonopólica del capitalismo latinoamericano habían sido en muchos sentidos más “corpóreas”, más personales y, si se quiere, más “anecdóticas” que las actuales,

en la medida en que lo que representaban en su inmediatez era el predominio de alguna fracción oligárquica temporalmente hegemónica. Sin duda encarnaban también un poder estatal, pero era el poder de un Estado todavía lleno de tosquedades y fisuras; demasiado concreto, en todo caso, como para que la dominación de unas cuantas familias de todos conocidas apareciese como la dictadura de “*Monsieur l’État*” sobre “*Mademoiselle la Société Civile*”. En contraste, las dictaduras contemporáneas encarnan el poder de un bloque dominante más universal, más sólido e incluso supranacional, y *en este sentido más “abstracto”*; por lo tanto, mucho más propicio para que la filosofía idealista lo tome por la sustantivación misma del concepto de Estado.

Allí radica el meollo de la cuestión, así como en la incapacidad de gran parte de nuestras ciencias sociales y de algunas organizaciones de izquierda (o que dicen ser tales) para entender y enfrentar esta nueva etapa histórica del Estado burgués latinoamericano.

Los ejemplos de esa incapacidad y/o desconcierto podrían multiplicarse *ad infinitum*, pero aquí nos limitaremos a ofrecer algunas muestras, empezando por la propia tesis programática de Flisfisch, Lechner y Moulián, tesis que, por un lado, se basa en “el requerimiento de una sociedad civil siempre *vigilante*, de cara a un Estado del que no se puede presumir que necesariamente mantenga relaciones cooperativas con ella”;²¹ y, por otro lado, en un “estilo de hacer política” basado en “políticas de alianza orientadas inclusivamente, concertación o articulación de la sociedad civil con la sociedad política y las decisiones políticas, y expansión de oportunidades de participación”.²² Todo lo cual suena muy armonioso, pero deja sin esclarecer algunas cuestiones sin las que parece hartó difícil descender al plano terrestre de la política:

²¹ *Ibid.*, p. 95.

²² *Ibid.*, p. 101.

a) ¿Quiénes se incluyen en la órbita de esa “sociedad civil” que ha de mantenerse *vigilante* ante posibles abusos del Estado? ¿Serán, por ejemplo, los famosos “momios” chilenos los que vayan a encargarse de que el futuro Estado democrático no viole los derechos de los trabajadores? ¿Habrá que encomendar a esos mismos miembros de la “sociedad civil” la vigilancia de los militares chilenos para que no vuelvan a conspirar?

b) Concertación, sí, y alianzas inclusivas también; queda por saber sobre qué bases y contando con la buena voluntad de quién. No se olvide que vivimos un momento en que la burguesía, vanguardizada por el imperialismo norteamericano (del que FLM se olvidan curiosamente), está menos dispuesta que nunca a ceder un milímetro de sus privilegios en aras de una “concertación”. Que se nos diga, si no, dónde ha ocurrido una alianza de clases *inclusiva* en la era reaganiana, aunque sólo fuese porque nos gustaría tomarla como ejemplo.

c) ¿Cuál va a ser, a fin de cuentas, ese Estado con el cual la “sociedad civil” va a pactar una concertación? ¿El aparato represivo de Pinochet, eventualmente sin Pinochet, pero controlado cada día más directamente por Estados Unidos? ¿O es que la “concertación” implica un desmantelamiento de esa maquinaria represiva, como garantía mínima de que la supuesta “sociedad civil vigilante” no vaya a resultar a la postre vigilada por los guardianes del sistema?

Al no contestar y ni siquiera plantear este tipo de preguntas, el “posmarxismo” se revela como lo que en verdad es: un *premarxismo* que, en lugar de haber superado efectivamente a Marx, nos retrotrae siempre a algún momento anterior a él. Así, bajo el nombre de “sociedad civil”, volvemos a encontrar lo que Marx denunció como una “comunidad ilusoria”, o sea, una colectividad imaginaria en la que el pensamiento, como por arte de magia, ha hecho desaparecer todos los antagonismos y contradicciones. Y bajo el nombre de “Estado”, reencontramos una entidad ingrávida de sus determinaciones de clase y convertida, nadie sabe bien en razón de qué maleficio, en enemiga implacable de la “sociedad civil”.

Al no dar una respuesta adecuada y nueva a estas cuestiones de fondo, el “posmarxismo” no sólo inventa enemigos imaginarios y gladiadores ficticios, sino que, en un movimiento de contracción frente al Estado capitalista consolidado, se sumerge a veces en un mundo no únicamente utópico mas también reaccionario. A este respecto, quizás nada sea más ilustrativo que un estudio aparecido en la revista *Latin American Perspectives*, en donde Steve Ellner resume las principales líneas ideológicas y programáticas del Movimiento al Socialismo (MAS), de Venezuela, destacando con meridiana claridad cómo el “recelo frente al Estado” ha conducido a dicho movimiento a formular un ideario opuesto no solamente a las nacionalizaciones, sino incluso a las inversiones en gran escala y a la industrialización de similares dimensiones, y favorable, en cambio, a la pequeña y mediana empresa, de tecnología simple y con decisiones descentralizadas, modelo que remite —como bien lo apunta Ellner— a un anhelo de “retorno al capitalismo competitivo del siglo XIX”.²³

Y, claro está, el MAS no es el único caso de socialismo “posmarxista” que vuelve los ojos hacia el liberalismo de hace un siglo y medio, aunque sí puede decirse que es el más coherente. Otros movimientos y autores quizás no lleguen a formular tal modelo para el ámbito económico, ya que tienen conciencia de su inviabilidad; pero sí comparten la teoría liberal del orden social, en la medida en que dan por supuesto que el poder se constituye gracias a la libre competencia de ideas, imágenes y representaciones, que no como una constelación estructural ubicada a mayor profundidad.²⁴ El problema del poder queda entonces reducido al de la “libre” elección de gobernantes, hecho que, por lo demás, pareciera marcar los límites del concepto de democracia ahora

²³ Steve Ellner, “The MAS Party in Venezuela”, en *Latin American Perspectives*, vol. 13, No. 2, primavera de 1986, pp. 89-90.

²⁴ La idea de una *estructura social* es, por lo demás, explícitamente rechazada por muchos teóricos de los movimientos sociales. Véase, por ejemplo, Fernando Calderón Gutiérrez, “Os movimentos sociais frente á crise” (especialmente la primera parte titulada “A sociedade não é uma estrutura”), en Ilse Scherer-Warren y Paulo J. Krischke (comps.), *Uma revolução no cotidiano? Os novos movimentos sociais na América do Sul*, São Paulo, Brasiliense, 1987, pp. 191 y ss.

predominante en el escenario sudamericano. “*More people voting in more elections in more countries than ever before in the history of this hemisphere*”, como exclamara George Schultz.²⁵

“MOVIMIENTISMO” Y ESPONTANEÍSMO: ¿SE HACE CAMINO AL ANDAR?

La existencia de movimientos no es nada nuevo en el quehacer político latinoamericano, como lo prueba el simple recuerdo del MNR boliviano, el Movimiento 26 de Julio cubano o el actual M-19 de Colombia, por lo demás de distintas orientaciones. Lo nuevo es que el “movimientismo” que algunos reivindican hoy, en el sentido de Flisfisch, Lechner y Moulián (siguiendo en gran medida a Alain Touraine), consiste en un verdadero himno a la “espontaneidad” de las masas y en una defensa a ultranza de sus formas “naturales” de organización, contrapuestas a las modernas organizaciones partidarias. En efecto, según FLM el “movimientismo”:

[...] constituye una reacción al predominio, ideal y práctico, de un modelo formal de organización, con acentuados rasgos burocráticos, esencialmente jerárquico, centralista y autoritario. En el dominio político, esa reacción es concretamente contra el paradigma leninista de partido, al cual, con matices diversos, la mayoría de los partidos latinoamericanos procuran ajustarse, consciente o inconscientemente.²⁶

Suena desde luego a tomadura de pelo aquello de que la mayoría de los partidos políticos latinoamericanos procuran “ajustarse al paradigma leninista”, por mucho que la aseveración aparezca como producto de un rastreo psicoanalítico que ha hurgado en

²⁵ Citado por Edward S. Herman y James Petras en “Resurgent Democracy: Rhetoric and Reality”, en *New Left Review*, No. 154, 1985, p. 83.

²⁶ Ángel Flisfisch, Norbert Lechner y Tomás Moulián, “Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina”, *op. cit.*, p. 90.

el inconsciente. La caricatural exageración revela, no obstante, cómo, más allá de los partidos leninistas, el “movimientismo” apunta contra cualquier organicidad partidaria.

Ahora bien, el problema de este tipo de perspectiva radica en que, fuera de cierto impacto que pueda tener en aquellas situaciones en que los militares han desmantelado las expresiones políticas de las masas y sembrado el terror hacia lo político,²⁷ ella no puede prosperar por la sencilla razón de que parte de un supuesto falso, cual es el de la existencia de una sociedad civil, conformada por seres *prepolíticos*, especie de *bonssauvages*, ajenos a toda modernidad. Veamos, si no, algunos ejemplos de respuestas que los mismos “actores” han dado a los teóricos del “movimientismo”:

a) Según FLM, las etnias de la región andina “naturalmente tienen al movimiento como forma de asociación para su movilización y potencial irrupción política”.²⁸ Sí, con el único problema de que estas etnias son bastante menos “naturales” de lo que siempre se supuso y por eso han irrumpido políticamente a través de organizaciones como el Quintín Lame, de Colombia, o Sendero Luminoso, del Perú, que no parecieran entusiasmar sobremanera a los teóricos de los movimientos sociales.²⁹

b) El presidente León Febres Cordero quiso, como es bien sabido, contribuir a la “democratización” de la sociedad ecuatoriana.

²⁷ “La división y dispersión del campo popular fueron impuestas por los militares, en su afán de suprimir cualquier tipo de oposición organizada. Reprimidos y perseguidos, los ciudadanos se refugiaron en sus últimos reductos, aquellos de los cuales no se les podía expulsar: la fábrica, la vivienda, la escuela, para iniciar desde allí un esfuerzo de resistencia a la violación de sus derechos y, luego, de defensa abierta de éstos” (Ruy Mauro Marini, “La lucha por la democracia en América Latina”, *op. cit.*, p. 9). En tales condiciones, que nada tienen de “espontáneas” ni “naturales”, es que han tenido algún eco las tesis “posmarxistas”. Nada glorioso, dicha sea la verdad.

²⁸ Ángel Flisfisch, Norbert Lechner y Tomás Moulián, “Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina”, *op. cit.*, p. 89.

²⁹ No quiero de manera alguna justificar la política seguida por Sendero Luminoso, sino sólo contrastar la realidad con las ilusiones despolutizadoras del “movimientismo”.

riana aboliendo la disposición que obliga a todos los aspirantes a cualquier cargo de elección popular a afiliarse a algún partido político. Tropezó con un pequeño escollo: la ciudadanía votó abrumadoramente en contra de tal propuesta.

c) La dinámica política del propio Chile parece contradecir el optimismo de FLM en el sentido de que el “movimientismo” cobra fuerza entre la *intelligentsia* y la juventud, para luego alcanzar “resonancias positivas en diversos sectores de las masas”. Si admitimos que la Universidad de Chile, por ejemplo, puede ser un buen termómetro de lo que ocurre en aquellos estratos (lo es más que la FLACSO, en cualquier caso), hay que decir que los “movimientistas” están cerca de todo, menos de “cobrar fuerza”. La Democracia Cristiana y el Movimiento Democrático Popular, de orientación marxista-leninista, son absolutamente hegemónicos en la mencionada institución.³⁰

En fin, así como en el apartado anterior vimos que el anties-tatismo a ultranza termina por desembocar en *mitos arcaicos*, como el del MAS venezolano, ahora no podemos dejar de observar que con el “movimientismo” ocurre algo semejante. A fuerza de buscar “auténticos movimientos” a como dé lugar, se acaba reivindicando las expresiones más primarias y de más dudoso contenido clasista, ubicadas en los niveles más rudimentarios del capitalismo sudamericano: los regionalismos de Bolivia y Ecuador, concretamente.³¹

¿CAMBIO DE “LOCUS” POLÍTICO O ACEPTACIÓN SUTIL DEL ORDEN ESTABLECIDO?

En su artículo titulado “Los reinos perdidos de la izquierda”, Tomás Moulián apunta lo siguiente:

³⁰ Véase al respecto el artículo de Irene Geis, “Chile: ¿acordando o acortando plazos?”, en *Nueva Sociedad*, No. 81, Caracas, enero-febrero de 1986.

³¹ Ángel Flisfisch, Norbert Lechner y Tomás Moulián, “Problemas de la democracia y la política democrática en América Latina”, *op. cit.*, p. 91.

[Antes] la política tenía como objeto el poder estatal, el cambio social se realizaba desde el Estado... En la actualidad el estrechamiento del Estado y la debilidad de los partidos se amalgaman con grandes cambios culturales y sociales: ambos factores suscitan el surgimiento de nuevos temas. Los principales son la autonomía del movimiento social, la reformulación del “locus” de la política y de sus objetivos, entre los cuales cobra importancia el reforzamiento de la “sociedad civil”, el cuestionamiento del rol de los partidos.³²

Algunos temas, como los mencionados en las dos últimas líneas, ya fueron discutidos. Otros, evidentemente forman parte de la quimera “posmarxista”. Por ejemplo, ¿en qué lugar de América Latina se está asistiendo al “estrechamiento del Estado”? ¿En cuál de nuestros países, salvo en Nicaragua, el Estado burgués no se ha robustecido de manera impresionante en los últimos veinte años?³³ ¿O es que Moulián denomina “estrechamiento del Estado” a los recortes del gasto social y a la cadena de privatizaciones llevadas a cabo por algunas de las dictaduras militares o por imposición del Fondo Monetario Internacional?

No nos hagamos ilusiones ni intentemos pasar gato por liebre. La propuesta de desplazar el “locus” de la política hacia fuera del Estado, tal como lo proponen algunos “movimientos” de Occidente, no supone ningún acuerdo que obligue *también* a la burguesía a retirarse de él. Por el contrario, se basa en un “pacto social” *sui generis* según el cual la burguesía permanece atrinchera en el Estado (además de no ceder ninguno de sus bastiones de la sociedad civil), mientras que las clases subalternas se refugian en los intersticios de una cotidianidad tal vez más democrática,

³² Tomás Moulián, “Los reinos perdidos de la izquierda”, en *La Jornada Semanal*, México, 30 de marzo de 1986, p. 5.

³³ Esto es tan evidente, que Juan Corradi, por ejemplo, sostiene que uno de los pocos rasgos comunes de las dictaduras conosureñas —Brasil incluido— es el “aumento de la intervención del Estado en todas las esferas de la vida social”. Véase su artículo “A cultura do medo na sociedade civil: reflexões e propostas”, en Isidro Cheresky y Jacques Chonchol (comps.), *Crise e transformação dos regimes autoritários*, São Paulo, Editora da UNICAMP-Icone Editora, 1986, p. 220.

en la que el Estado no interviene en la medida en que las formas de sociabilidad elegidas no obstruyan la reproducción ampliada del sistema capitalista-imperialista.³⁴ Moulián sabe, por lo demás, que de esto se trata, y por ello alude con inocultable encono a las organizaciones que intentan ir más allá de lo “molecular”:

[...] las experiencias de cambio molecular, la preocupación por la vida personal o por los problemas de la afectividad, del “desarrollo interior” eran menospreciados para privilegiar las instituciones políticas, las reformas estructurales, el compromiso revolucionario como sentido de la vida, la actividad política en el Estado.³⁵

En definitiva, las organizaciones políticas cometían el error de hacer... política. Con un agravante más: intentaban transformar prometeamente el mundo.

Que un “pacto” como el que venimos examinando es viable, *bajo ciertas condiciones* lo prueba su sola vigencia en las sociedades capitalistas avanzadas (imperialistas), a pesar de la evidente rechazación de éstas y la no menos patente decadencia de los movimientos contestatarios y del espíritu libertario que los caracterizó. Pero ese mismo ejemplo pone de manifiesto la otra cara de la moneda, a saber, la imposibilidad de transformar la sociedad: “[...] en Occidente tú puedes decir todo lo que quieras, pero no puedes cambiar en nada el mundo”. Palabras que no provienen de ningún ultraizquierdista latinoamericano, sino de un ciudadano “por encima de toda sospecha”, el filósofo húngaro exiliado István Mészáros.³⁶ Y su compatriota Agnes Heller no difiere mayormente de él, cuando en un texto muy matizado evoca sus impresiones de Occidente:

³⁴ Si simplemente se entorpece esa reproducción, como en el caso del consumo de estupefacientes que termina por producir *cierto* drenaje del excedente económico del centro hacia la periferia, el Estado imperialista obviamente no se queda cruzado de brazos, como lo estamos comprobando desde 1985.

³⁵ Tomás Moulián, “Los reinos perdidos de la izquierda”, *op. cit.*, p. 5.

³⁶ “Tempos de Lukács e nossos tempos: socialismo e liberdade”, entrevista con István Mészáros, en *Ensaio*, No. 13, 1984, p. 26.

[...] la casi imposibilidad de actuar de acuerdo con mis opiniones y de influir sobre los acontecimientos políticos, la gran presión de la burocracia y de las instituciones, en particular a nivel académico (institucionalización de las ciencias); pero al mismo tiempo [...] la experiencia de la gran liberación que suponen las libertades individuales, liberación incluso mayor de lo que yo esperaba [...] en una sociedad occidental, que escribas esto o lo otro es tu problema; habrá gente a quien le guste y gente a quien no, pero este tipo de actividad intelectual, científica o artística, no tiene una implicación política directa.³⁷

Y es que el conservadurismo forma parte consustancial de la actual cultura de Occidente. Mas dicho conservadurismo no es gratuito, ni representa, en rigor, un precio que se pague por el ejercicio de ciertas libertades en abstracto. Al contrario, el disfrute de estas libertades es posible, sin que entrañe mayor peligro para el sistema, porque hay un bienestar relativamente generalizado, con las necesidades básicas de la gran mayoría de la población satisfechas. En síntesis, Occidente es conservador porque tiene mucho que conservar y hoy, en medio de la crisis, incluso es fuertemente reaccionario porque, con razón o sin ella, ve en los “países del Este”, y *sobre todo* en los del Tercer Mundo (la guerra es, a final de cuentas, contra estos últimos), una amenaza a su bienestar. No en vano el gran viraje a la derecha se produjo cuando Occidente atribuyó su crisis al alza de los precios del petróleo proveniente de la “periferia” y cuando el sistema imperialista sufrió, a mediados de la década pasada, significativas desmembraciones en Asia, África e incluso América Latina.

En todo caso, la cuestión crucial para nosotros radica en indagar si en la región latinoamericana se dan o no las condiciones necesarias para el establecimiento de un “pacto” similar, digamos, al de Europa Occidental, en donde la razón capitalista y la razón democrática parecieran estar plenamente reconciliadas.

³⁷ “Bajo la mirada de Occidente”, conversación de F. Claudín con Agnes Heller, en *Nexos*, No. 93, México, septiembre de 1985, p. 6.

Mas aquí surgen nuestras mayores dudas, no por falta de fe en la vocación democrática de nuestros pueblos sino porque a éstos les ha tocado, hasta ahora, ocupar el lado oscuro de la tierra. La dependencia y el subdesarrollo, cara de una misma y única medalla, ciertamente no han desaparecido ni están a punto de desaparecer, por mucho que hayan sido “superados” por el discurso “posmarxista”. Y tampoco hay el menor indicio de que el imperialismo y las clases dominantes locales estén dispuestos a reducir la extracción del excedente económico hasta los límites compatibles con cierto bienestar generalizado de nuestra población. Al contrario, Occidente pareciera estar decidido a salir de su crisis, o al menos a paliar los efectos de ella, a costa del Tercer Mundo. Su sola negativa a negociar seriamente la cuestión de la deuda lo prueba fehacientemente.

En tales circunstancias, el capitalismo bien puede intentar seguir “legitimándose”, aquí en Latinoamérica, más por el amedrentamiento que por la distribución de bienestar. Después de todo ya se comprobó, en algunas áreas del Cono Sur, que la “democracia burguesa con sangre entra”, sobre la base de lo que algunos estudiosos han denominado la “cultura del miedo”. Bajo esta “cultura” siempre pueden desarrollarse, además, determinados rasgos que aparentemente indican la “interiorización” de las pautas de comportamiento capitalistas y hasta el surgimiento de ciertos signos de “posmodernidad”: “[...] despolitización; considerable reducción de las actividades realizadas en asociación [...]; apoyo a la privatización económica; adopción de estrategias egoístas de sobrevivencia, competición y especulación [...]”.³⁸ Sólo que, dentro de aquellas coordenadas perversas de la dominación, estos comportamientos son más bien modos de adaptación, puntos de retirada frente al terror estatal.³⁹ Ese terror cuyas expresiones más aberrantes felizmente han desaparecido

³⁸ Juan Corradi, “A cultura do medo na sociedade civil: reflexoes e propostas”, *op. cit.*, p. 221, a partir de una investigación efectuada en Argentina por Guillermo O’Donnell y Cecilia Galli.

³⁹ Según la interpretación del mismo Corradi, en *ibid.*

en el curso de las actuales transiciones democráticas, pero que no por ello deja de estar presente como escarmiento, como fuerza de disuasión. La población no ignora que detrás de la fachada civil y civilizada, a veces inclusive bonachona del Estado “representativo”, subyace, intacto e intocable, *el mismo* aparato represivo de los regímenes dictatoriales.

Más que en el consenso activo de los ciudadanos, el sistema se asienta pues, actualmente, en la inducida y escéptica prudencia de los gobernados. Por ello, no es un azar que el pensamiento “posmarxista”, que en rigor constituye *una sociología y una ciencia política del orden*, o sea, tanto el discurso de la Gran Promesa cuanto de la Gran Resignación; empeñado como está en elaborar una crítica despiadada de los sujetos políticos que históricamente han intentado “subvertir el orden”, antes que una crítica del sistema como tal. Y tampoco es casual que su primordial esfuerzo esté encaminado a separar en forma radical la razón democrática de la razón prometeana, “demostrando” que no existe más camino democrático que el seguido por el Occidente conservador.

LA ESPIRAL DEL SUBDESARROLLO
EN LAS ESTRUCTURAS SIMBÓLICAS DE
EL CORONEL NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA
Y *CIEN AÑOS DE SOLEDAD*¹

EL ESCRITOR EN SU LABERINTO

Las dos grandes obras de Gabriel García Márquez incluidas en el presente volumen tienen en común un rasgo genético que tal vez no carezca de significado: ambas irrumpieron cual intrusas en los planes de trabajo del novelista colombiano, atropellaron otros proyectos en marcha y salieron airoosamente a la luz en momentos inesperados. Intrigado por esta “anomalía”, Plinio Apuleyo Mendoza preguntó al autor lo siguiente:

—Sé que llevabas bastante tiempo trabajando *El otoño del patriarca* cuando lo interrumpiste para escribir *Cien años de soledad*. ¿Por qué lo hiciste? No es frecuente interrumpir un libro para escribir otro.

¹ El presente texto constituye el “Prólogo” escrito por Agustín Cueva a la edición de *El coronel no tiene quien le escriba* y *Cien años de soledad*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, vol. 148, octubre de 1989. Se publica la presente edición con expresa autorización de la Biblioteca Ayacucho.

A lo que García Márquez contestó:

—La interrupción se debió a que estaba escribiendo *El otoño* sin saber muy bien cómo era, y por consiguiente no lograba meterme a fondo. En cambio, *Cien años*, que era un proyecto más antiguo y muchas veces intentado, volvió a irrumpir de pronto con la única solución que le faltaba: el tono. En todo caso, no era la primera vez que me pasaba. También interrumpí *La mala hora*, en París, en 1955, para escribir *El coronel*, que era un libro distinto incrustado dentro, y que no me dejaba avanzar [...] ²

Para quien conoce de cerca la obra de García Márquez, estas irrupciones e interrupciones no parecen tener, sin embargo, nada de sorprendente. En cierto sentido, todos los relatos anteriores a *Cien años* constituyen sendos intentos de modelar una materia prima a la vez obsesionante y escurridiza, muy particular, para cuya aprehensión el autor tardó mucho en encontrar la perspectiva justa y el tono adecuado, literariamente convincente. En su libro *García Márquez: historia de un deicidio*, Mario Vargas Llosa refiere que:

[al terminar su primera novela] García Márquez experimentó un sentimiento de frustración: no era lo que había querido escribir, la realización estaba por debajo del proyecto. Había planeado una ficción que contendría toda la historia de Macondo, y el texto ofrecía una imagen fragmentaria de ese mundo. Este mismo sentimiento de fracaso lo dominará al terminar todos sus libros siguientes, hasta *Cien años de soledad*, y es la razón del desgano con que tomó la publicación de esas ficciones. Todas se editaron bastante tiempo después de ser escritas. ³

² Gabriel García Márquez, *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza. El olor de la guayaba*, Bogotá, Editorial La Oveja Negra, 1982, p. 87.

³ Mario Vargas Llosa, *García Márquez: historia de un deicidio*, Barcelona, Seix Barral, 1971, p. 38.

Dentro de esa empecinada búsqueda de una forma que corresponda a aquella materia prima (no olvidemos que el llamado “proceso de creación” consiste, antes que nada, en una “dación” de forma), *El coronel no tiene quien le escriba* ocupa un lugar muy especial: es la primera obra en la que García Márquez logra convertir ese material narrativo singular en un universo artístico acabado, aunque todavía sin el espesor que adquirirá después, en *Cien años de soledad*.

Pero no vayamos tan de prisa. Recordemos que *La hojarasca*, que el futuro Premio Nobel comenzó a escribir cuando tenía apenas diecinueve años, es el ensayo inicial de plasmación de un Macondo que, a pesar de su insipiencia, aparece ya con un conjunto de rasgos que en adelante le serán típicos: por un lado, es “la tierra prometida, la paz y el ‘Vellochino’”, como se dice en la propia novela; mientras por otro lado, ocurre “como si Dios hubiera declarado innecesario a Macondo y lo hubiera echado en el rincón donde están los pueblos que han dejado de prestar servicios a la Creación”. En cierto sentido, Macondo es la materialización de la infancia, individual y social, la nostalgia de esta etapa lúdica y apromblemática que la memoria busca perpetuamente fijar en una especie de “tiempo eterno”, cristalino; mas también es un espacio de degradación, de desgaste, sujeto a la acción de un “tiempo líquido”⁴ que todo lo corroe.

El mismo título del libro alude a un sino del cual no podrá escapar el pueblo mítico: la llegada de la compañía bananera y, con ella, el desencadenamiento de un menoscabo existencial promovido por “la hojarasca”, es decir por esos advenedizos enseñados “a no creer en el pasado ni en el futuro”, sino sólo “en el momento actual y a saciar en él la voracidad de sus apetitos”. Todo lo cual conduce al ineluctable desenlace: “la compañía bananera había acabado de exprimarnos, y se había ido de Macondo con los desperdicios de los desperdicios que nos había traído”.

⁴ Las expresiones “tiempo eterno” y “tiempo líquido” son tomadas de *La hojarasca*.

La idea de fatalidad está, pues, presente, aunque todavía no es plasmada como la parte declinante de una gran parábola épica, sino que más bien es concebida en un plano abstracto, casi metafísico, de tragedia antigua, con una perspectiva que no pareciera ser la más ajustada al universo macondino. Así, el misterioso médico, taciturno y solitario, que termina suicidándose, es un personaje configurado en el mejor estilo trágico; pero quizás por esto mismo tiene mucho de artificial. El autor salva la situación presentándolo como un “extranjero”,⁵ en un clima que, por lo demás, no deja de recordar la influencia de Albert Camus: justamente del Camus de *El extranjero* y *La peste*.

El coronel encargado de dar sepultura al suicida desempeña, a su vez, un papel sublime, mas el carácter bastante gratuito de su comportamiento (sin mayor lógica interna concreta que lo justifique) sólo se disipa de manera retrospectiva al proyectar sobre él, casi inevitablemente, determinados rasgos y entornos del protagonista de *El coronel no tiene quien le escriba*. El registro trágico se degrada, además, cuando el único enfrentamiento real del coronel de *La hojarasca* se produce con una autoridad local que no conoce otra lógica que la del soborno y el juego sucio.

Es verdad que en las páginas iniciales del relato se señala que con la llegada de “la hojarasca... los primeros éramos los últimos... éramos los forasteros... los advenedizos”; pero esta fuente eventual de conflicto, de marginación y extrañamiento, no pasa de ser un enunciado que jamás llega a plasmarse narrativamente.

Por artificiosas que parezcan, tanto la situación del médico como la del coronel plantean, eso sí, algunos de los temas centrales de la literatura garciamarquiana: la soledad, la dificultad de comunicación, cierta forma de ostracismo interior. Y lo plantean con la densidad de una soberbia escritura en ciernes, de una gran capacidad de ambientación, aunque en un registro todavía metafísico, de inequívocas resonancias existencialistas, en el que incluso la búsqueda angustiosa de Dios se hace sentir:

⁵ Este recurso volverá a ser utilizado en *El amor en los tiempos del cólera*, con el cautivante personaje Jeremiah de Saint-Amour, pero ya sin la menor connotación existencialista.

—Dígame una cosa, doctor: ¿usted cree en Dios?

—Es difícil saberlo...

—¿Pero no le produce temor una noche como ésta? ¿No tiene usted la sensación de que hay un hombre más grande que todos caminando por las plantaciones, mientras nada se mueve y todas las cosas parecen perplejas ante el paso del hombre?

Tópico que no tiene, como es obvio, nada de reprochable en sí, pero que tampoco pareciera ser característico del universo macedonio y de las preocupaciones vitales de sus habitantes.

En fin, *La hojarasca* es probablemente la única obra de García Márquez en la que se detecta una real influencia de Faulkner, más allá de tal o cual recurso técnico. Nos referimos a cierto trasfondo puritano, acompañado de la idea de culpa, de pecado, de un Mal con mayúscula: “Se habían ido a vivir juntos, como dos cerdos, sin pasar siquiera por la puerta de la iglesia, a pesar de que ella era mujer bautizada”.

Incluso a “la hojarasca” se le reprocha “que se revolcaba en su ciénaga de instintos y encontraba en la disipación el sabor apetecido”; en una perspectiva tanto más insólita cuanto que ella no sólo se desvanece en la obra ulterior de García Márquez, sino que cede el paso a una exuberancia de signo estrictamente opuesto en *Cien años de soledad*.

Luis Harss ha escrito, con propiedad, lo siguiente:

Si *La hojarasca*, a pesar de sus esplendores, se malogra, es porque está escrita en un idioma prestado que nunca llega a ser un lenguaje personal. Sus tramas entrelazadas, sus episodios superpuestos, sus juegos de tiempo, con sus retrocesos y repeticiones, son recursos mal aprovechados que frustran el propósito que deberían servir. Los monólogos complementarios de los tres narradores sofocados e indistintos fracasan porque complican la acción sin matizarla. En vez de iluminar a los personajes los confunden, puesto que todos hablan con la voz del autor [...] En general se malgasta mucha

energía en *La hojarasca*, que con toda su carga emotiva queda informe y difusa.⁶

García Márquez continúa asediando a esa materia todavía “informe y difusa” a través de una serie de textos que le permiten experimentar distintos tratamientos y aproximaciones. Es cierto que el “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”, por ejemplo, no logra cuajar en forma de cuento, pero en cambio contiene un aporte substancial: el fenómeno natural de la lluvia es tratado por momentos como si fuese un *mensaje*, procedimiento que será ampliamente retomado en *Cien años de soledad*.

Los cuentos incluidos en el libro *Los funerales de la Mamá Grande* son bastante irregulares, ya que van desde esa pequeña obra maestra titulada *En este pueblo no hay ladrones* (donde, dicho sea de paso, García Márquez usa magistralmente un diálogo al que se supone le da muy poca importancia en su obra),⁷ hasta algunos relatos tan laxamente estructurados que, como alguna vez lo observara Ernesto Volkening,⁸ incluso carecen de desenlace. Pero, en medio de este paisaje accidentado y fragmentario, sin duda va conformándose un denso ambiente físico, con su correlato subjetivo: tenemos el calor agobiante, el sopor de la tarde, la siesta y la desolación, las calles polvorientas y los inevitables almendros, el advenimiento de un octubre siempre aciago. Macondo posee, así, su propio “clima”, y con él sus pájaros agoreros y sus ratones muertos, heraldos de una descomposición que no tardará en venir. Pero no todo es desolación: junto al deterioro y

⁶ Luis Harss, *Los nuestros*, Buenos Aires, Sudamericana, 1966, p. 397.

⁷ En *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza. El olor de la guayaba*, op. cit., pp. 33-34, García Márquez explica que usa poco ese recurso: “Porque el diálogo en lengua castellana resulta falso. Siempre he dicho que en este idioma ha habido una gran distancia entre el diálogo hablado y el diálogo escrito. Un diálogo en castellano que es bueno en la vida real no es necesariamente bueno en las novelas. Por eso lo trabajo tan poco”.

⁸ Cf. Ernesto Volkening, “Los cuentos de Gabriel García Márquez o el trópico desembrujado”, en *Isabel viendo llover en Macondo*, Buenos Aires, Estuario, 1968, p. 34.

a la muerte, están también la poesía, el invento, la maravilla. En este caso, la jaula encantadora de Baltasar:

Puesta en exhibición sobre la mesa, la enorme cúpula de alambre de tres pisos interiores, con pasadizos y compartimientos especiales, para comer y dormir, y trapecios en el espacio reservado al recreo de los pájaros, parecía el modelo reducido de una gigantesca fábrica de hielo (*La prodigiosa tarde de Baltasar*).

El hielo, el resplandor, la transparencia: nuevamente la infancia. Entre tanto, Macondo se ha ido poblando de aquellos seres que ya no lo abandonarán: el coronel Aureliano Buendía y su hermano José Arcadio, el Judío Errante y el duque de Malborough, la Mamá Grande y el padre Antonio Isabel del Santísimo Sacramento del Altar Castañeda y Montero. Con estos dos últimos personajes la longevidad se instala, además, en la comarca, entre decrepita y ufana, sumando alrededor de dos siglos que luego serán de soledad. Y el incesto ronda ya por aquellos dominios, como un presagio más:

La rigidez matriarcal de la Mamá Grande había cercado su fortuna y su apellido como una alabrada sacramental, dentro de la cual los tíos se casaban con las hijas de las sobrinas, y los primos con las tías, y los hermanos con las cuñadas, hasta formar una intrincada maraña de consanguinidad que convirtió la procreación en un círculo vicioso.

El cuento *Los funerales de la Mamá Grande*, que no en vano presta su título al libro, posee un interés muy especial en la medida en que a través de él García Márquez pareciera tomar plena conciencia de la *sui generis* cualidad de la materia prima con la cual ha venido trabajando. Explícitamente declara que ella representa toda “una edad histórica”, una estructura de poder y una mentalidad muy particulares, y que por ende requiere un tratamiento específico: el de la *crónica*. Percibe que sus personajes tienen que ser “destilados por la leyenda” sin restricción alguna, y no vacila,

acaso por vez primera, en latinoamericanizar, tropicalizar, desacralizar (que para el caso da lo mismo), las más sublimes realidades. El papa asiste “naturalmente” a los funerales de la Mamá Grande, con todas las consecuencias que ello implica: “Su Santidad padeció esa noche, por primera vez en la historia de la Iglesia, la fiebre de la vigilia y el tormento de los zancudos”.

Estamos lejos, ahora sí, de la solemnidad de la tragedia antigua, y cerca, muy cerca, del tono mesuradamente humano, dolorido, cotidiano, que caracterizará a *El coronel no tiene quien le escriba* o a *El general en su laberinto*. A pesar de esas exitosas libertades y líneas de fuga, el cuento en cuestión tiende, en su conjunto, a acercarse a cierto realismo criollo del período precedente y a ser con frecuencia retórico. El tema del poder, por ejemplo, es tratado de una manera demasiado discursiva, sin el vuelo imaginativo ni la dimensión poética desplegados en *Cien años de soledad* e incluso en *El otoño del patriarca*:

Durante muchos años la Mamá Grande había garantizado la paz social y la concordia política de su imperio, en virtud de los tres baúles de cédulas electorales falsas que formaban parte de su patrimonio secreto [...] Ella era la prioridad del poder tradicional sobre la autoridad transitoria, el predominio de la clase sobre la plebe, la trascendencia de la sabiduría divina sobre la imposición mortal.

Texto discursivo, como discursiva es —aunque no carezca de humor e interés— esta sátira que el autor hace de la ideología dominante de su Colombia natal, inventariada a título de “patrimonio invisible” de la Mamá Grande:

La riqueza del subsuelo, las aguas territoriales, los colores de la bandera, la soberanía nacional, los partidos tradicionales, los derechos del hombre, las libertades ciudadanas, el primer magistrado, la segunda instancia, el tercer debate, las cartas de recomendación, las constancias históricas, las elecciones libres, las reinas de belleza [...] [etcétera]

Si a través de la Mamá Grande García Márquez intenta recrear algunos supuestos y mecanismos del poder tradicional y su ideología, con *La mala hora* entra de lleno en el tema del ejercicio terrorista de aquel poder. Y hay que decir que en este campo el autor no carece de un abundante material de primera mano: desde 1946 para acá, la violencia política en Colombia ha dejado no menos de 300.000 muertos y el país ha vivido un casi permanente estado de sitio.⁹ Y el resto de América Latina tampoco ha registrado una historia que pueda calificarse de pacífica: sólo en esta última década, de los años ochenta, en que todos hablamos de una transición a la democracia y de “pactos”, “convergencias” y “concertaciones”, los muertos por razones políticas sobrepasan fácilmente la cifra de 250.000: 200.000 en Centroamérica y el Caribe, 50.000 en América del Sur. En este sentido, *La mala hora* hasta puede ser catalogada como una novela “realista”, como verídica es la relación que García Márquez establece entre dicha forma de ejercer el poder y la especie de “acumulación primitiva” de capital que a partir de ese hecho se produce:

—Lindo negocio: mi partido está en el poder, la policía amenaza de muerte a mis adversarios políticos, y yo les compro tierras y ganados al precio que yo mismo ponga [...] Cuando pasan las elecciones [...] soy dueño de tres municipios, no tengo competidores, y de paso sigo con la sartén por el mango aunque cambie el gobierno [...] mejor negocio, ni falsificar billetes.

Sin embargo, *La mala hora* no vale únicamente por este elevado grado de “realismo”, sino sobre todo por la capacidad de crear un ambiente de un intenso, penetrante y decantado terror, que García Márquez demuestra a lo largo de las casi 200 páginas

⁹ La bibliografía sobre este tema es muy amplia y va desde el ya clásico libro de Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna: *La violencia en Colombia*, 2 vol., Bogotá, Tercer Mundo, 1962 y 1964; hasta trabajos más recientes como el impactante de Alfredo Molano, *Los años del tropel: relatos de la violencia*, Bogotá, Fondo Editorial CEREC, 1985.

de su novela.¹⁰ Primero son los pasquines, colocados por una o varias manos invisibles, que nunca llegan a ser identificadas, los que siembran la zozobra y la desconfianza en un pueblo ya escarmentado por las fases anteriores de la violencia política.

Luego, hay un asesinato por motivos pasionales, azuzados por un pasquín, hecho tanto más doloroso cuanto que la víctima es Pastor, el músico y compositor de canciones, especie de Baltasar o de Francisco el Hombre, es decir, encarnación de la dimensión poética de la realidad. Adviene posteriormente el toque de queda, so pretexto de descubrir a los autores de los pasquines y, en eso, es capturado un joven al que se sorprende repartiendo hojas clandestinas: el terror estatal se instala entonces en toda su magnitud, aupado por la sevicia de los delincuentes a quienes el gobierno ha convertido en policías.¹¹ Como se dice en la última página de la novela, nunca fue más definido el silencio de Pastor que ahora, cuando en vez de sus románticas canciones se escuchan las “serenatas de plomo”.

Se ha observado que la construcción de *La mala hora* “es episódica, basada en una serie de breves impulsos algo efímeros y a veces desorientados. Los personajes aparecen y desaparecen, las escenas afloran y se marchitan sin verdadera secuencia dramática”.¹² Parece que el propio autor ha admitido que:

Si la obra decae un poco al final, y termina a medio camino, por así decir, es [...] porque no llegó realmente a completarla. Lo interrumpían constantemente problemas políticos y personales, hasta que un día, para satisfacer a unos amigos que querían presentarla a un concurso de la Academia de Letras colombiana, la agarró y la terminó lo mejor que pudo, dejando muchos cabos sueltos.¹³

¹⁰ De hecho, y aunque suene a herejía decirlo, la violencia nos parece mucho mejor plasmada en *La mala hora* que en *Crónica de una muerte anunciada*.

¹¹ Lo cual es también rigurosamente histórico. Cfr. los testimonios recogidos en el citado libro de Molano.

¹² Luis Harss, *Los nuestros*, op. cit., p. 413.

¹³ *Ibid.*

Sea de esto lo que fuere, el hecho digno de destacar es que García Márquez abandona aquí la *trama cerrada*, propiamente novelesca, y ensaya un principio de trama abierta (la “construcción episódica”, de la que habla Harss), lo cual implica un abandono correlativo del eje biográfico individual en beneficio de la crónica de la colectividad (tal como se había propuesto ya en *Los funerales*). Inútil insistir en la importancia que esto tiene en la perspectiva de *Cien años de soledad*.

Empero, *La hojarasca* no desarrolla todas sus potencialidades tanto porque los personajes no reciben el tratamiento épico adecuado (a pesar de que ya comienzan a desarrollar cierta exuberancia física, por ejemplo),¹⁴ cuanto porque el autor aún no consigue recrear una visión del mundo que en cierto nivel articule y confiera sentido a las situaciones, acontecimientos y personajes. Por eso la novela puede parecer a menudo deshilvanada: porque su materia narrativa continúa fragmentada, en jirones, huérfana de totalización. Como señalara Vargas Llosa, en su citado ensayo de 1971:

Esto es común a muchos cuentos de García Márquez: su naturaleza fragmentaria, ser partes de un todo omitido. Incluso *La hojarasca* y *La mala hora* tienen una personalidad algo incompleta; sólo *El coronel no tiene quien le escriba*, a pesar de haber nacido como un desprendimiento de la “novela de los pasquines”, y *Cien años de soledad*, dan la impresión de ser autosuficientes.¹⁵

En efecto, desde la primera hasta la última página de *El coronel*, se siente la obra serena, acabada, en la que nada pareciera estar demás ni hacer falta. Hay, para empezar, una notable

¹⁴ En *La hojarasca* César Montero “era monumental, de espaldas cuadradas y sólidas, pero sus movimientos eran elásticos aún con botas de montar [...] Tenía una salud bárbara”; el juez Arcadio, que a mediodía había consumido ya una docena de cervezas, “se vanagloriaba de haber hecho el amor tres veces por noche desde que lo hizo por primera vez” y Adalberto Asís “era un gigante montaraz que se puso el cuello de celuloide durante quince minutos en toda su vida [...]”.

¹⁵ Mario Vargas Llosa, *García Márquez: historia de un deicidio*, op. cit., p. 233.

economía de estilo, que corresponde perfectamente a la índole desamparada y miserable de la aldea del coronel. Luego, dicha austeridad estilística da la impresión de estar cortada a la medida de la taciturnidad impuesta por un pavor omnipresente y ubicuo, bajo cuyo peso la realidad toda termina tornándose hirsuta y clandestina. La obra se abre precisamente con el redoble de las campanas que llaman a un entierro al que el coronel califica de verdadero acontecimiento, puesto que es “el primer muerto de muerte natural que tenemos en muchos años”; aún así, el cortejo no puede pasar frente al cuartel de policía por mucho que, como comenta el propio coronel, no se trate de una insurrección sino de “un pobre músico muerto”. Con este deceso, la dimensión poética de la realidad ha fenecido una vez más: le sobrevive el yermo tenebroso del estado de sitio.

El coronel ha quedado, además, “huérfano” (como él dice) de su hijo Agustín, acribillado nueve meses antes en la gallera por distribuir información clandestina. Pero este acontecimiento luctuoso no deriva en una tragedia ni, menos aún, en melodrama: de nuevo asistimos al triunfo de la estética de la sobriedad.

Por una parte, la historia se desarrolla por un atajo en el que el problema central pareciera ser la miseria material del coronel, un veterano de las guerras civiles que espera desde hace décadas una pensión que nunca llega ni llegará. Viejo, achacoso, con muchos “octubres” auestas, el ex compañero de armas del coronel Aureliano Buendía (ex tesorero de la revolución en la región de Macondo, para ser más exactos) soporta su miseria con una verdadera dignidad de hidalgo venido a menos. No usa sombrero para no tener que quitárselo ante nadie y su mujer pone varias veces a hervir piedras para que los vecinos no se enteren de que las ollas están vacías: “majestad y pobreza”, como solía decirse. Y, cual es de suponer, el universo mercantil le es completamente ajeno a este caballero, incapaz de realizar la mínima transacción comercial, por más que de ella dependa la supervivencia suya y de su cónyuge. “No tienes el menor sentido de los negocios”, le dice justamente su esposa, ya en la desesperación: “Cuando se va a vender una cosa hay que poner la misma cara con que se va a comprar”.

Y el coronel tampoco entiende, es obvio, de trámites burocráticos: simplemente espera la carta confirmativa del otorgamiento de su pensión, que “con seguridad” tendrá que llegar “hoy”. “Lo único que llega con seguridad es la muerte, coronel”, le responde el administrador.

Es la razón señorial convertida en sinrazón, desamparada en un mundo mercantilizado, burocratizado y presa del terror, en donde todas las reglas del juego “anteriores” han sido trastrocadas. Empero, el coronel no es un héroe propiamente desgarrado: tiene una distancia irónica frente a ese mundo; cierto escepticismo rayano en la resignación, que exaspera sin duda a su esposa pero que a él personalmente lo salva. No pretende ser Quijote ni redentor, y posee la virtud de verse a sí mismo con una buena dosis de humor, que termina por convertirlo en esa suerte de *antihéroe* que en alguna medida es:

—Estas en el hueso pelado —dijo [su mujer].

—Me estoy cuidando para venderme —dijo el coronel—. Ya estoy encargado por una fábrica de clarinetes.¹⁶

En otro plano de la novela, la historia del hijo asesinado sigue un desarrollo interesante en la medida en que el drama real del coronel consiste en decidir si vende o no el gallo de pelea que perteneciera al muchacho. Al final no lo hace, pero lo que en realidad importa son las resonancias simbólicas del problema.

El gallo es, desde las primeras narraciones de García Márquez, el homólogo estricto de aquellos míticos coroneles, así como la gallera lo es del campo de batalla. Ya en *La hojarasca* el niño ve a su abuelo, un coronel, “agitado y con el cuello hinchado y cárdeno, como el de un gallo de pelea”; mientras en los tiempos arcádicos de Macondo, en *Cien años de soledad*, quedan terminantemente prohibidas las riñas de gallos, ya que fue precisamente un duelo a muerte provocado en una gallera lo que motivó el éxodo a esa “tierra que nadie les había prometido”. Y en *El coronel no tiene*

¹⁶ El mismo tipo de humor, de fina ironía con respecto a sí mismo, caracteriza al Bolívar de *El general en su laberinto*.

quien le escriba, el gallo de Agustín está revestido de una connotación análoga: “Esos malditos gallos fueron su perdición [dice la madre] Si el tres de enero se hubiera quedado en la casa no lo hubiera sorprendido la mala hora”.¹⁷

La culpa la tienen, pues, esas aves “malditas”, que no las hojas clandestinas. Sin embargo, el símbolo “fatídico” no deja de ser ambivalente. Si por un lado es metáfora de la “mala hora”, del enfrentamiento (político o no) violento, con su desenlace de muerte, por el otro también encarna cierta dimensión ufana, épica de la existencia. Y el pueblo, los amigos de Agustín en particular, así lo sienten. En la novela la riña de gallos evoca, en buena medida, el combate caballeresco y, a través suyo, remite a la *época de oro previa a la Caída*, anterior a la degradación; vale decir, a aquellos tiempos en que todavía no se había producido la rendición del coronel Aureliano, que “fue la que echó a perder el mundo”.

Algunos de los elementos constitutivos de esa *degradación* ya los hemos identificado: una *burocratización* casi kafkiana (“esos documentos han pasado por miles y miles de manos en miles y miles de oficinas hasta llegar a quién sabe qué departamento del Ministerio de Guerra”), en países que ni siquiera poseen complejas estructuras modernas; una *violencia* que constituye el pan de cada día y no sólo sirve como mecanismo de *dominación terrorista*, sino también como palanca de acumulación originaria dentro de un *capitalismo* verdaderamente *salvaje* (típico representante de esta forma de enriquecimiento por *expoliación*, don Sabas, compadre del coronel, se dedica a denunciar a sus copartidarios para poder comprar sus bienes a vil precio cuando el alcalde los expulsa del pueblo). En fin, y para que no falte una de las marcas más infamantes de nuestra historia, tenemos la presencia del capital en su forma imperialista, que sólo puede ser sinónimo de *depredación*. Cuando el coronel huye de la fiebre del banano

¹⁷ Y la analogía va *más* lejos todavía en *El coronel no tiene quien le escriba*: “—Esta tarde tuve que sacar a los niños con un palo”, dijo la mujer del coronel: “Trajeron una gallina vieja para enlazarla con el gallo”. “—No es la primera vez—dijo el coronel—. Es lo mismo que hacían en los pueblos con el coronel Aureliano Buendía. Le llevaban muchachitas para enrazar”.

diciendo: “Me voy... El olor del banano me descompone los intestinos”, y, dicho y hecho, abandona Macondo “en el tren de regreso, el miércoles veintisiete de junio de mil novecientos seis a las dos y dieciocho minutos de la tarde”, todos sabemos de lo que en realidad está escapando: de esa “hojarasca” que todo lo corrompe y oxida, descomponiendo el mundo de antaño en nombre de una “modernidad” y un “progreso” que nunca llegarán para quedarse.

Enfrentado a este universo que lo estruja y sobrepasa, cansado de un tráfigo de medio siglo que no le ha dejado “un minuto de sosiego desde la rendición de Neerlandia”, el coronel tiene razón de recordar su vida de “antes” como una lejana estancia dichosa, de soñar nostálgica y candorosamente en aquel “inglés disfrazado de tigre que apareció en el campamento del coronel Aureliano Buendía”. Y desde luego tiene derecho a la pequeña ilusión, cortada a la medida de un mundo de mezquindad y miseria: la pasajera tentación de vender el gallo y disponer de dinero para comer tres años.

—La ilusión no se come —dijo la mujer.

—No se come, pero alimenta —replicó el coronel—. Es algo así como las pastillas milagrosas de mi compadre Sabas.

Frente al realismo de su esposa, el edulcorante de la ilusión...

El propio García Márquez ha señalado que *El coronel no tiene quien le escriba* “es una novela cuyo estilo parece el de un guión cinematográfico. Los movimientos de los personajes son como seguidos por una cámara. Y cuando vuelvo a leer el libro, veo la cámara”.¹⁸ Nosotros añadiríamos que, con su parquedad (que a ratos se vuelve parsimonia) y su ascética concisión, tiene también algo de guión, de esbozo de un proyecto mayor. Es desde luego una obra redonda y acabada, autosuficiente si se quiere llamarla

¹⁸ En *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza. El olor de la guayaba, op. cit.*, p. 33.

así; pero la cantidad de mundo aludido, sugerido, implícito, es inconmensurablemente mayor que la del mundo propiamente recreado.

La imagen de la cámara de cine vale rescatarla también como símbolo de un distanciamiento, de cierta forma *moderna*, de exterioridad. Igual que en *Pedro Páramo* (la gran novela que Juan Rulfo publicara en 1955), en *El coronel no tiene quien le escriba* (terminada de redactar en enero de 1957), se aprecia ya un proceso de alejamiento *urbano* con respecto al mundo aldeano y rural; en general, frente a todo un estrato histórico marcado por la caducidad hacia mediados de los años cincuenta, tal distanciamiento se traduce en una *estética de la reticencia*, que recrea las sombras, siluetas y reverberaciones de ese mundo, antes que su frondosidad; y por esa ya señalada economía de estilo que registra, de modo casi cinematográfico, un paisaje social en apariencia desamparado, vegetativo y rutinario, cuya monotonía sólo se rompe, por el lado positivo, con la llegada del circo, en las obras de García Márquez anteriores a *Cien años de soledad*. En todo caso, habrá que esperar hasta los años sesenta para que, desde un ángulo ya mítico (o “mágico”, si se prefiere el término consagrado), se capte la barroca exuberancia de ese mundo en mutación.

¿Puede catalogarse a *El coronel no tiene quien le escriba* como una novela corta, o más bien debería considerársele un cuento largo? García Márquez, que no se singulariza por la ternura hacia los críticos, con seguridad respondería que es la típica pregunta bizantina, proveniente de una academia que pareciera no encontrar problemas más importantes que tratar. Y en buena medida tendría razón. Aquí, nos limitaremos a observar que en virtud de su estructura interior, más que de su extensión formal, *El coronel* es sin duda una novela. Retomando algunas de las reflexiones del joven Lukács, Lucien Goldmann recuerda que la esencia de la novela consiste en la ruptura *definitiva* entre el “héroe” (protagonista) y el mundo, mientras que en el caso del cuento tal ruptura es sólo *accidental*.¹⁹ La última palabra (en sentido literal y

¹⁹ Lucien Goldmann, *Pour une sociologie du roman*, Paris, NRF Gallimard, 1964, p. 24.

figurado) de *El coronel no tiene quien le escriba* (“Mierda”), que hace que el protagonista se sienta “puro, explícito, invencible”, zanja inequívocamente la cuestión: la ruptura entre el “héroe” y el mundo es terminante, imposible de restañar.

Sin embargo, y a esto era a donde en verdad queríamos llegar, ese mundo con el cual se enfrenta irreductiblemente el coronel, *en rigor* no es el suyo: aquella burocracia “kafkiana” es una instancia “superior”, ubicada fuera del escenario inmediato de la novela; la violencia y en general la política siniestra se originan también en lejanas “esferas” de poder, y, por supuesto, la “hojarasca” de la que huye el protagonista es traída por un vendaval extranjero. No se trata, por ende, de un conflicto del héroe con su comunidad de origen, con su grupo de referencia cultural y afectiva, como en el caso de la novela europea analizada por Lukács y Goldmann, sino más bien de una tensión, llevada al paroxismo, entre esa comunidad a la que el protagonista en gran medida representa, y una instancia exterior que los oprime. Estamos, por consiguiente, ante una forma literaria enmarcada en las estructuras del colonialismo interno y la dependencia.²⁰

LA EPOPEYA DE UN PUEBLO OLVIDADO

Cien años de soledad mantiene, sin duda, una absoluta continuidad *temática* con la producción anterior de Gabriel García Márquez, pero al mismo tiempo representa un salto cualitativo en la *forma* de su obra y, lo que es más importante, constituye un verdadero parteaguas no sólo en la historia de nuestras letras sino también en lo que hoy se llamaría “el imaginario” latinoamericano. En todos esos niveles hay *un antes y un después* de 1967, año en el que se publicó por primera vez la célebre novela.

Cien años es, para comenzar, una obra absolutamente original tanto en sus contenidos como en su forma. En cuanto a los primeros, ya hemos visto cómo ellos se fueron forjando, de un

²⁰ Sobre el concepto de *colonialismo interno* cfr. Pablo González Casanova, *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI, 1969, pp. 223-250.

modo aluvial, a lo largo de los múltiples “ensayos” literarios de García Márquez, y de nadie más. Atrás de eso, lo que hay es el peso de una enorme tradición popular, que el autor a veces se empeña en señalarla como específicamente caribeña,²¹ pero que en realidad es de América Latina entera. Y, como mediación entre dicha tradición y el escritor, cual fragua de un estilo de narrar, es cierto (y no una mera *boutade*) que se halla la ya legendaria figura de la abuela. “¿Cómo llegaste a encontrar ese otro tratamiento, llamémoslo ‘lo mítico de la realidad’, que te permitió escribir *Cien años de soledad*?”, le pregunta Apuleyo Mendoza. A lo que el novelista responde:

—Quizás, como te lo dije ya, la pista me la dieron los relatos de mi abuela. Para ella los mitos, las leyendas, las creencias de la gente, formaban parte, y de manera muy natural, de su vida cotidiana. Pensando en ella, me di cuenta de pronto que no estaba inventando nada, sino simplemente captando y refiriendo un mundo de presagios, de terapias, de premoniciones, de supersticiones [...] ²²

Lo cual en gran medida es verdad. Una de las cosas que más llama la atención en *Cien años de soledad*, en contraste incluso con las obras anteriores del autor, es el desplazamiento ocurrido en la frontera que separa a lo “real” de lo “imaginario”, gracias a la adopción de una concepción distinta de *verosimilitud*.²³ En efecto, lo que hace García Márquez es abandonar, *en cierto nivel*, el concepto moderno de *lo verosímil*, correspondiente a un desarrollo relativamente elevado de las fuerzas productivas, e instalarnos en el seno de una concepción “tradicional”, es decir, precientífica, de las relaciones hombre-naturaleza.

²¹ En *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza. El olor de la guayaba, op. cit.*, pp. 64-66.

²² *Ibid.*, p. 61.

²³ A partir de aquí utilizamos directamente muchos pasajes de nuestro artículo “Para una interpretación sociológica de *Cien años de soledad*”, publicado por primera vez en la *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXVI, vol. XXXVI, No. 1, enero-marzo de 1974, pp. 59-76.

Así, interpretados desde el punto de vista de una representación “macondina” (o sea *aldeana*, y si se quiere en este plano *naïve*) del mundo, inventos tan triviales y para nosotros “verosímiles” como el imán, la lupa o una dentadura postiza, aparecen como objetos insólitos y maravillosos. Además, el autor logra plasmar con admirable intuición aquella característica de la mentalidad precientífica que consiste en aplicar un razonamiento lógico en niveles cuyo estatuto teórico no ha sido adecuadamente definido.²⁴ En el caso del “diluvio”, por ejemplo, tal desfase es evidente, aunque no sepamos con certeza si se trata de un fenómeno natural (lluvia no provocada por el hombre), que es descifrado como un mensaje, o de un fenómeno sociopolítico (lluvia artificialmente producida por los técnicos de la compañía bananera para acabar con un litigio), que es percibido por los habitantes de Macondo como un hecho sobrenatural.

Inversamente, los sucesos que, interpretados a la luz de una representación moderna del mundo resultarían inverosímiles: muertos que resucitan, alfombras voladoras, fenómenos de levitación, etc., son absolutamente “normales” para los macondinos. Muchas veces, incluso puede ser necesaria una “traducción” para nosotros extraña, como la que ocurre en *El coronel no tiene quien le escriba* cuando el protagonista, que obviamente tiene dificultad en imaginar lo que es un avión, termina por convenir en que “debe ser como las alfombras”. Sólo que en *Cien años* García Márquez lleva su complicidad con los personajes aldeanos hasta las últimas consecuencias: con una narración serena y transparente registra la percepción del mundo de esos seres “mágicos” sin interferir la serenidad de una escritura a la que el autor ha calificado de “simple, fluida, lineal”,²⁵ y que se explica por tres razones: primero, porque esa realidad es vista, en última instancia, desde un nivel de conciencia distinto, que en su momento analizaremos;

²⁴ A este respecto, cfr. Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, Breviarios, varias ediciones.

²⁵ En *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza. El olor de la guayaba*, op. cit., p. 65.

segundo, porque el escritor no busca desarrollar ninguna filosofía irracionalista, sino recrear determinados estratos profundos de nuestro ser cultural; y tercero, porque la “materia prima” de sus narraciones constituye un mundo sin mayores tortuosidades, en gran medida “inocente”, anterior no sólo al pecado sino también al uso de razón “occidental”, si cabe el término.

Tal es la lógica del llamado “realismo maravilloso”, o “mágico”, de Gabriel García Márquez. Hay que advertir, empero, que el manejo libre y lúdico de esa matriz de verosimilitud no implica ningún intento de mistificación de la realidad, ni deviene una puerta abierta hacia la arbitrariedad. Como afirma el propio autor:

Con el tiempo descubrí [...] que uno no puede inventar o imaginar lo que le da la gana, porque corre el riesgo de decir mentiras, y las mentiras son más graves en la literatura que en la vida real. Dentro de la mayor arbitrariedad aparente, hay leyes. Uno puede quitarse la hoja de parra racionalista, a condición de no caer en el caos, en el irracionalismo total [...] Porque creo que la imaginación no es sino un instrumento de elaboración de la realidad. Y la fantasía, o sea la invención pura y simple, a lo Walt Disney, sin ningún asidero en la realidad, es lo más detestable que puede haber.²⁶

Así es. Por eso, aquella matriz precientífica de la cual venimos hablando, opera únicamente en el nivel de percepción de las relaciones hombre-naturaleza, mas no en el de la aprehensión de las relaciones propiamente sociales o políticas, enfocadas siempre, en mayor o menor medida, desde un nivel de conciencia más elevado. Piénsese, por ejemplo, en la decidida intervención del narrador para señalar, incluso, dónde se origina la interferencia que vuelve “ambiguo” el recuerdo que los macondinos tienen de la masacre cometida por la compañía bananera.

Además, aquella matriz no es arbitraria en la medida en que está históricamente determinada, esto es, construida con elemen-

²⁶ *Ibid.*, p. 31.

tos provenientes de nuestra más profunda tradición cultural, de origen católico en particular. En fin, los elementos “maravillosos” de *Cien años* están siempre destinados a expresar, plantear y hasta “resolver”, simbólicamente, algún problema. Valgan estos dos ejemplos para ilustrar el modo como procede el autor en este campo.

Primero. La peste del insomnio que asola a Macondo es temida por una razón muy precisa, explicitada por el narrador en los siguientes términos:

La india explicó que lo más temible de la enfermedad del insomnio no era la imposibilidad de dormir, pues el cuerpo no sentía cansancio alguno, sino su inexorable evolución hacia una manifestación más crítica: el olvido. Quería decir que cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia, empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y la noción de las cosas, y por último la identidad de las personas y aún la conciencia del propio ser, hasta hundirse en una especie de idiotez sin pasado.

La metáfora del insomnio se liga entonces, orgánicamente, a otras, como la de la daguerrotipia de Melquíades, o de cualquier objeto o conjunto de objetos convertidos en “máquinas de recordar”, incluidos los líricos naipes de Pilar Ternera; y sin duda remite también a una concepción de la literatura como antídoto contra el olvido, como una práctica encargada no sólo de fabricar sueños, sino de recuperar y recrear continuamente la historia, para evitar que nos convirtamos en una “hojarasca sin pasado”. Pero la metáfora del insomnio no se agota ahí. Dicha enfermedad se presenta como propia de los indios, es decir, del pueblo al que la Conquista y la represión permanente han tratado de privarle de su cultura, de su memoria, de su identidad colectiva. A partir de una imagen insólita, pero no arbitraria, se llega pues al planteamiento de un problema importante.

Segundo ejemplo. *Cien años de soledad* está constantemente atravesada por la oposición *naturaleza/cultura*, que el autor ex-

plora a menudo con el tema del incesto que, como ya se vio, ronda por su imaginación al menos desde *Los funerales de la Mamá Grande*. Ahora bien, resulta que el incesto aparece a veces como un límite natural (amenaza de la cola de cerdo), en cuyo caso no tiene solución en la obra: la estirpe de los Buendía, en cuanto representante de cierta etapa histórica, está condenada a desaparecer, y es lo que se expresa metafóricamente en este nivel. Pero, en otros casos el tabú del incesto es percibido como una restricción cultural impuesta por la Iglesia,²⁷ restricción que remite a la noción de pecado y, través suyo, a la oposición *materia/espíritu*, susceptible ella sí, de resolución simbólica. Es lo que ocurre gracias a la mediación de Remedios, la bella: materia carnal exuberante pero inocente, la muchacha se convierte en espíritu sin perder su corporeidad al elevarse “en cuerpo y alma al cielo”.

Ejemplo que nos lleva directamente a un segundo asunto, muy importante: la forma de constitución de *personajes* de *Cien años de soledad*, quienes en estricto rigor ni siquiera serían tales, sino más bien conjuntos articulados de símbolos, si reservamos aquel nombre para el héroe individualizado y psicológicamente verosímil de la literatura occidental posterior al Renacimiento. Sea de esto lo que fuere, importa señalar que los héroes macondinos no se construyen introspectivamente, ni como núcleos subjetivos irreductibles, sino que son *configurados de una manera epopéyica*, mediante la descripción de rasgos culturalmente relevantes y con la narración de actos y comportamientos que condensan ciertas pautas y valores de la colectividad. El pasaje inicial del sexto capítulo, en el que se modela en pocas líneas la figura legendaria del coronel Aureliano Buendía,²⁸ es el mejor ejemplo de ello y sirve,

²⁷ “—¿Es que uno puede casarse con una tía? —preguntó Aureliano José. —No sólo se puede —le contestó un soldado—, sino que estamos haciendo esta guerra contra los curas para que uno se pueda casar con su propia madre”.

²⁸ “El coronel Aureliano Buendía promovió treinta y dos movimientos armados y los perdió todos. Tuvo diecisiete hijos varones de siete mujeres distintas, que fueron exterminados todos en una noche, antes de que el mayor cumpliera treinta y cinco. Escapó a catorce atentados, a setenta y tres emboscadas y a un pelotón de fusilamiento [...]” Etcétera. (*Cien años de soledad*).

además, para evidenciar otro aspecto de la lógica de constitución de los héroes: el procedimiento aditivo o superlativo, que termina por convertir la cantidad en calidad, hasta forjar figuras que ya ni siquiera son típicas, sino rigurosamente arquetípicas:

Llegaba un hombre descomunal. Sus espaldas cuadradas apenas si cabían por las puertas. [Era José Arcadio, el hijo aventurero que había vuelto y que ahora, luego de dormir tres días, despertar y servirse dieciséis huevos crudos] salió directamente a la tienda de Catarino, donde su corpulencia monumental provocó un pánico de curiosidad entre las mujeres [...] Hizo apuestas de pulso con cinco hombres al mismo tiempo [arrancó de su sitio el mostrador] lo levantó en vilo sobre la cabeza y lo puso en la calle. Se necesitaron once hombres para meterlo. En el calor de la fiesta exhibió sobre el mostrador su masculinidad inverosímil, enteramente tatuada con una maraña azul y roja de letreros en varios idiomas.

Vitalidad desbordante tras la cual subyace, muchas veces, una obsesión rural de exuberancia y fertilidad extensible, además, al reino animal.²⁹

Los núcleos temático-culturales en donde se gestan los diversos protagonistas de la novela son, por supuesto, demasiado numerosos y complejos como para poder inventariarlos exhaustivamente aquí; pero tal tarea es teóricamente factible en la medida en que el campo semántico del cual van surgiendo está coherentemente estructurado, al menos para los personajes principales. Las figuras femeninas, por ejemplo, son bastante menos grises de lo que cierta crítica ha supuesto y se agrupan en torno de tres motivos básicos: a) el de la mujer ama de casa, representante de cierto tipo de “sensatez” (“lógica casera”, como se la llama en *Cien años*) y símbolo de la esfera “privada” en general, cual sería el caso de Úrsula; b) la mujer agente sexual, del tipo de Pilar Ter-

²⁹ “Sus yeguas parían trillizos, las gallinas ponían dos veces al día y los cerdos engordaban con tal desenfreno, que nadie podía explicarse tan desordenada fecundidad, como no fuera por artes de magia”. (*Cien años de soledad*).

nera, no exenta de cierta magia; y c) la mujer objeto bello, con toda su levedad, como Remedios. Pero luego, y para continuar con esos ejemplos, Úrsula se opone al primer José Arcadio como el sedentarismo al ansia de aventuras, y al coronel Aureliano en términos de lo “familiar” frente a lo “público”. A su vez, Remedios es contrastada con Fernanda del Carpio como lo espontáneo y “natural” que chocan con lo restrictivo y convencional, oposición que de alguna manera remite también a la de *aldea / gran ciudad*, más notoria aún en los casos de José Arcadio II y Pietro Crespi, que respectivamente encarnan la rudeza y el concepto aldeano de virilidad, frente al refinamiento y hasta el “amaneramiento” urbanos. La ubicación de Remedios, la bella, en varios nudos semánticos muestra, por lo demás, la complejidad que pueden ir adquiriendo los personajes según el número de variables temáticas que intervengan en su constitución (constitución que, no está por demás recalcarlo, nada tiene de psicológica).

Mención aparte merece el caso de Melquíades. Depositario de un saber, mago capaz de curar la peste del insomnio y poseedor del secreto último de Macondo, es sin duda el símbolo perfecto de la literatura y, a través de ella, del hombre como “soñador definitivo”.³⁰ No es de extrañar, entonces, que con Melquíades incluso el tiempo “líquido” pueda detenerse y transformarse en sincronía absoluta, pues para García Márquez la literatura es la “mejor forma de tentar el infinito, de fijar para siempre la realidad fugitiva”. Pero, nítida y reflexiva cual espejo, mágica y cristalina como el hielo de los gitanos, la obra literaria es también ficción, espejismo. Por eso está previsto que Macondo, “la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria de los hombres en el instante en que Aureliano Babilonia acabara de descifrar los pergaminos, y que todo lo escrito en ellos era irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra”.

³⁰ Como es obvio, estoy glosando una frase del primer *Manifiesto Surrealista*, de 1924.

Pasaje final de la novela que apunta no sólo a una concepción de la literatura, mas también a determinada visión de la realidad. Mundo remoto y ahora subalterno, Macondo es en gran medida la plasmación de una nostalgia: la nostalgia de una infancia mítica perdida (lo “precientífico” es, por eso, golosamente lúdico). De ahí que, aun en el plano estilístico, el narrador se preocupe de ubicar siempre los acontecimientos en la perspectiva de un pasado absoluto:

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.

Años después, en su lecho de agonía, Aureliano II había de recordar la lluviosa tarde de junio en que entró en el dormitorio a conocer a su primer hijo.

De te fábula narratur: la historia de Macondo ya fue “escrita por Melquíades hasta en sus detalles más triviales, con cien años de anticipación”. Sólo es cuestión de descifrar los manuscritos; de caminar a lo largo de un tiempo lineal e irreversible, donde el desgaste se producirá de manera ineluctable. El tema del deterioro irremisible es, por lo demás, una obsesión que recorre toda la obra de García Márquez, notoriamente acentuada en *El amor en los tiempos del cólera* y *El general en su laberinto*.

La concepción “circular” del tiempo en *Cien años de soledad*, de la que tanto y tan ligeramente se ha hablado, hay que ubicarla por ende en otro nivel: en la percepción de los personajes, que en realidad conceptúan el mundo como un ciclo de repeticiones permanentes, y en el intento del autor de señalar cierto estancamiento de las fuerzas productivas. Mas, aquí hay que tener mucho cuidado de no ver en Macondo la plasmación de una instancia puramente precapitalista, pese a no dejar de presentar muchos rasgos de este tipo. En el fondo, lo que hay es una combinación de dos elementos: la idea de “circularidad”, que efectivamente corresponde a la modalidad de reproducción *no ampliada*, característica de las

formas precapitalistas, pero aunada a una sensación de “avanzar retrocediendo” o (“retroceder avanzando”, como se prefiera), que se deriva de la percepción de los ciclos típicos del capitalismo subdesarrollado y subalterno, con su trayectoria hecha de progresos ilusorios y modernidades efímeras, alternados con prolongados períodos depresivos durante los cuales nuestros pueblos parecerían “hundirse sin remedio en el tremedal del olvido”.

De todos modos, la concepción lineal y la circular del tiempo se unifican metafóricamente en la obra, gracias a aquel pasaje famoso en que la historia de la familia Buendía es representada como “un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irreparable del eje”.

Cabe hacer, sin embargo, una precisión sobre la forma lineal del relato. Es cierto que ella existe en la medida en que, a *grosso modo*, los sucesos de cada capítulo, o de cada *episodio*, para ser más exactos, son en su parte medular cronológicamente posteriores a los narrados en el episodio precedente; pero dentro de cada episodio hay líneas de fuga hacia el futuro, que no hacen más que subrayar la fatalidad y caducidad de los acontecimientos, y retrocesos constantes, explicables ya no en virtud de una concepción del tiempo, sino por la *trama epopéyica* de una narración tejida en tomo de biografías múltiples, para completar las cuales resultan imprescindibles aquellos desplazamientos.

Obsérvese, por lo demás, que el proceso *de legendarización* se realiza en este plano mediante la difuminación de uno de los niveles del código cronológico: el de los años. No se trata de una desaparición de éstos como categoría general, sino de la abolición del índice numérico que les confiere precisión. De este modo tenemos la impresión de abandonar la historia objetiva, para sumergirnos en la imprecisa vastedad de una memoria colectiva y, como los niveles que subsisten sin difuminarse pertenecen a la parte recurrente y no lineal del código —meses, días, horas—, se crea la sensación de un tiempo vivido cíclicamente o de manera circular por la comunidad.

Legendarización, episodios en lugar de capítulos, trama épica: no es difícil detectar en *Cien años de soledad* múltiples características que la alejan del tipo de novela producida en Europa Occidental a partir de los siglos XVI y XVII, y la vinculan en cierto sentido con la epopeya. *Cien años* no es, en efecto, la historia de un héroe individual y de su “búsqueda demoníaca de valores auténticos” (para utilizar la conocida fórmula de G. Lukács en su *Teoría de la novela*), sino la historia de toda una colectividad representada por una estirpe. Consecuentemente, sus personajes no son individualidades en pugna con la colectividad inmediata a la que pertenecen, ni seres que cuestionen o problematicen los valores de ésta. Por el contrario, y como ya se vio, son seres que encarnan ufanamente tales valores. La obra posee, además, una dimensión temporal tan vasta, que supera a la de cualquier novela. Rasgos todos estos que la emparentan con la antigua epopeya.³¹

No obstante, *Cien años de soledad* es un gigante de “mirada triste”, a la manera de ese José Arcadio Buendía que ya conocemos. Es una epopeya atormentada por el fantasma enunciado en su título, atravesada por ráfagas constantes de melancolía, obsesionada por la memoria de la muerte que ronda todo el libro. O sea que no es únicamente infancia y júbilo, magia y aventura, sino también “madurez problemática”; no es sólo epopeya, sino igualmente novela, y de corte muy moderno. Algunos dirían que es típicamente “postmoderna”.

LOS CAMINOS DE LA SOLEDAD

Cien años de soledad mal podía cuajar como una epopeya pura, por la sencilla razón de que la “materia prima” de la cual está hecha (el universo macondino) en rigor no es una entidad *antigua*, ni posee una autonomía sociohistórica que le permita globalizar-

³¹ Lukács, por ejemplo, señala en su *Teoría de la novela* que: “Rigurosamente hablando, el héroe de la epopeya no es nunca un individuo. Desde antiguo se ha considerado como rasgo especial del *epos* el que su objeto no sea un destino personal, sino el de una comunidad”. Cfr. George Lukács, *El alma y las formas y Teoría de la novela*, México, Grijalbo, 1985, p. 333.

se, configurar un *ethos* y un *epos* propios, disfrutar a plenitud la “bienaventurada totalidad existente de la vida”,³² saber que “el mundo es ancho y, sin embargo, es como la casa propia”³³ (y no “ancho y ajeno” como en la famosa novela de Ciro Alegría).

En efecto, y miradas las cosas de cerca, resulta que el Macondo arcádico y autárquico de los dos primeros capítulos de *Cien años* no es más que el recuerdo idílico de ciertas formas hoy caducas de economía y vida patriarcales; es decir, un mito nostálgico forjado en pocas líneas de fulgurante poesía. Y el otro Macondo, el vivido y actuante del resto de la obra, se va perfilando justamente a través de sus conflictivas relaciones con conjuntos sociales mayores, ya sea como instancia precapitalista enfrentada al desarrollo del capitalismo agrario, ya como “localidad” inserta en las guerras nacionales, o bien como víctima de los huracanes portadores de “hojarasca”.

Así y todo, Macondo posee un espesor cultural específico y el gran acierto de García Márquez es haber sabido intuir sus perfiles particulares y plasmarlos con bellas imágenes no exentas de lirismo. Años de una creatividad desbordante y libérrima, los sesenta se prestaban por cierto para ello, puesto que proporcionaban ya al escritor latinoamericano suficiente distancia *urbana* como para que percibiera ese mundo tradicional en acelerada mutación (mutación cultural, sobre todo, debido al rápido desarrollo de los modernos *mass media*), como una instancia relativamente lejana y casi mítica (maravillosa, mágica, *naïve* y hasta pueril, como se ha dicho); al mismo tiempo en que todavía no lo había urbanizado ni desarraigado tanto como para que dejara de sentir ese mundo como parte entrañable de sus raíces, de su niñez, del vetusto y fantasmal caserón de sus abuelos.

Por eso, García Márquez logra finalmente recrear la idiosincrasia y en general la cultura de Macondo con una cercanía vital que le exime de caer en la mera “reconstrucción” desde afuera, de tipo etnográfico o folklórico. Pero aun así, el acercamiento no

³² *Ibid.*, p. 326.

³³ *Ibid.*, p. 297.

es por medio de una introspección y una profundización psicológicas, imposibles no sólo por razones estructurales (desniveles de conciencia muy grandes), sino también porque el grado de desarrollo histórico de Macondo resulta incompatible con ciertas formas psicológicas de individualidad. El principal problema de los primeros relatos garciamarquianos es, justamente, el de no encontrar qué tratamiento pertinente aplicar a esta “materia prima” congénitamente rebelde a determinados moldes psicológicos, filosóficos e incluso literarios de corte “occidental”.

Sólo gracias a aquellos procedimientos epopéyicos ya señalados, Macondo deja de ser ese espacio social desértico y monótono que encontramos aún en *El coronel no tiene quien le escriba* (“este pueblo de mierda”, como dice uno de sus personajes), para recobrar su vitalidad, su esplendor barroco y su riqueza de sentidos, sin necesidad de que ninguna “voz” exterior tenga que atribuirle artificialmente una esencia “misteriosa”, “oculta” o metafísica, que a lo mejor ni posee, como en *La hojarasca* y hasta cierto punto en *La mala hora*.

Una conciencia exterior a la “materia prima” macondina está presente, sin embargo, en *Cien años de soledad*, y es la matriz hegemónica que articula la obra como una novela, infundiéndole ese hálito de *soledad* que sabiamente empata con el *desamparo* aldeano. Mas ahora esta conciencia ya no es la encargada de procesar directa o inmediatamente los datos, reprimiendo o al menos censurando muchas de sus ricas significaciones, sino que tal procesamiento se efectúa a través de una segunda matriz, subordinada a la anterior en cuanto no genera las significaciones últimas ni posee la capacidad de imponer una forma “final” a la narración —o sea, de totalizarla genéricamente—, pero dotada de suficiente *autonomía relativa* como para poder subtotalizar los datos conforme a la perspectiva particular de su lugar de origen, a la sintaxis peculiar de cada mensaje.

Con todo esto, *Cien años de soledad* no deja de presentar cierta “ambigüedad” cuando se la examina a la luz de la teoría de los géneros literarios. Por una parte, pocas dudas caben sobre su condición de novela, no sólo porque el autor la concibió como una

práctica artística inserta en dicho campo, sino también porque posee aquel “exceso” de conciencia del escritor frente al mundo narrado que, según una tradición crítica que va de Lukács a L. Goldmann, es el elemento constitutivo del género novelesco:

Un hecho particularmente importante [escribe Goldmann] es que, en la novela, la situación del escritor con relación al universo que ha creado difiere de su situación con respecto al universo de todas las demás formas literarias. A esta particular situación Girard la llama *humorismo*, Lukács, *ironía*. Ambos están de acuerdo en el hecho de que el novelista debe rebasar la conciencia de sus héroes y que este exceso (llámese humorismo o ironía) es, estéticamente hablando, el elemento constitutivo de la creación novelesca.³⁴

Humorismo o ironía que en *Cien años de soledad* determinan no sólo cierto distanciamiento del autor con respecto de la *lógica* del mundo narrado (por más acercamiento *afectivo* que haya), sino también un deterioro expreso y reiterado de lo heroico, como cuando se señala, de manera abrupta y categórica, que el coronel Aureliano Buendía promovió treinta y dos levantamientos armados y los perdió todos. Lo cual no anula, desde luego, la vigencia de los rasgos épicos antes señalados.

De suerte que, si nuestras observaciones son adecuadas, nos hallaríamos ante una *forma literaria heterogénea*, caracterizada por una estructura jerarquizada de elementos novelísticos y epopéyicos, que mal puede explicarse por la evolución interna de uno u otro de esos géneros, ni en Europa ni en América Latina.

A nuestro juicio, dicha forma literaria sería más bien el trasunto artístico de la heterogeneidad estructural del gran referente empírico de la narración: América Latina en general y Colombia en particular; y estaría reflejando la ambigüedad de una praxis compleja, procedente de niveles distintos de una misma formación social que articula en su seno diversos modos de producción, de vida y de cultura, y fases también diversas del

³⁴ Lucien Goldmann, *Pour une sociologie du roman*, op. cit., p. 30.

modo de producción dominante (el capitalista), en un mismo tiempo histórico.³⁵

En contraste con el Macondo pueblerino y enraizado en el agro, del que ya tanto hemos hablado, tendríamos, pues, la experiencia de vida en la gran urbe organizada bajo la hegemonía directa del capitalismo en sus niveles más avanzados, cuyos efectos sobre las relaciones humanas y los modos de vivir en general determinan cierta forma de conciencia que, proyectada en el plano de la literatura narrativa, no puede engendrar otra cosa que una forma novelesca. No se trata, por cierto, de un dato universal de la vida citadina sino de la forma de conciencia de aquellos grupos de intelectuales sometidos a una doble marginación en la urbe capitalista: la que padecen “normalmente” en un espacio social regido omnímodamente por la economía de mercado (“enajenación” del artista que no concibe otro valor que el de uso), más la ocasionada por su desplazamiento relativamente reciente de la aldea a la gran ciudad.

Este conflicto del artista con la economía de mercado, García Márquez lo ha planteado con nitidez en por lo menos uno de sus cuentos: “La prodigiosa tarde de Baltasar”, al que ya nos referimos y en donde, a través de la antagónica relación del creador con el burgués (don Sabas), se plantea la oposición, difícil de conciliar, entre *valores de uso* y *valores de cambio*.³⁶ Con menor explicitéz, tal oposición se plantea también en la conducta del protagonista de *El coronel no tiene quien le escriba*, con su incapacidad, e incluso resistencia, para realizar la más sencilla transacción comercial; y por supuesto reaparece, bellamente poetizada, en la historia de los pescaditos de oro que hace y deshace el coronel Aureliano, sin mayor “lógica” desde el punto de vista de la economía mercantil (incluso mercantil simple):³⁷

³⁵ Nuestras tesis sobre la estructura del subdesarrollo latinoamericano y su historia las hemos expuesto ampliamente en el libro *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, varias ediciones.

³⁶ En el sentido en que Marx los define en *El Capital*, cap. I, de la sección primera, libro primero; o sea, en el capítulo dedicado a “La mercancía”.

³⁷ *Mercantil simple*, es decir, que produce ya para el mercado, aunque todavía no en forma capitalista.

Con su terrible sentido práctico, [Úrsula] no podía entender el negocio del coronel, que cambiaba los pescaditos por monedas de oro, y luego convertía las monedas de oro en pescaditos, y así sucesivamente, de modo que tenía que trabajar cada vez más a medida que más vendía, para satisfacer un círculo vicioso exasperante. En verdad, lo que le interesaba a él no era el negocio sino el trabajo.

Sobre el segundo problema, esto es, el del contacto traumático con el contexto urbano, disponemos de una interesante declaración del propio García Márquez, quien refiere en los siguientes términos sus impresiones de desarraigo en Bogotá:

Cuando crucé frente a la Gobernación, en la avenida Jiménez, abajo de la séptima, todos los cachacos andaban de negro, parados ahí con paraguas y sombreros de coco, y bigotes, y entonces, palabra, no resistí y me puse a llorar durante horas. Desde entonces Bogotá es para mí aprehensión y tristeza. Los cachacos son gente oscura, y me asfixio en la atmósfera que se respira en la gran ciudad, pese a que luego tuve que vivir años en ella. Pero, aún entonces, me limitaba a permanecer en mi apartamento, en la universidad o en el periódico, y no conozco más que estos tres sitios y el trayecto que había entre unos y otros; ni he subido a Monserrate, ni he visitado la Quinta de Bolívar, ni sé cuál es el parque de los Mártires.³⁸

Cierto que América Latina es bastante más compleja y “heterogénea” de lo que es dable suponer: en esta visión garciamarquiana de la ciudad “de los cachacos” se mezcla, a no dudarlo, una buena dosis de la opinión del costeño que “sube” a una sierra que nunca dejará de parecerle gris, austera y melancólica. Aun así, parece evidente que el acento está puesto en el aspecto “gran urbe”. Es sintomático, por lo demás, esta lapidaria afirmación de *La hojarasca*: “Hasta los desperdicios del amor triste de las ciudades nos llegaron en la hojarasca”.

³⁸ Reproducido por Vargas Llosa en *García Márquez: historia de un deicidio*, op. cit., p. 29.

El autor se refiere, en este caso, a la implantación de la prostitución en Macondo, y en ese plano es explícito su rechazo a la conversión de ciertos “bienes” en valor de cambio, en mercancía, como innegable es la inmediata vinculación de ello con la “tristeza” de la gran ciudad.

La experiencia citadina pareciera ser, por lo tanto, el origen de ese sentimiento de soledad, de extrañamiento, así como de ese “excedente” humorístico o irónico (distanciamiento frente al mundo narrado), que en *última instancia* estructura a *Cien años de soledad* como novela. Soledad omnipresente pero indeterminada en la obra (cual un dios, se deja sentir por doquier, aunque nadie la pueda visualizar concretamente), puesto que no se desprende de la configuración de los personajes, ni de sus interrelaciones o modos de inserción y actuación en la colectividad inmediata de la que forman parte, sino que más bien se asemeja a un estado de ánimo, a una coloración afectiva proveniente de un narrador ubicuo, a menudo cómplice hermético de sus personajes (como ya se vio), mas también omnipresente y capaz de proyectar sobre ellos y su mundo una luz ámbar, una cierta tonalidad crepuscular. De suerte que esa soledad y esa “tristeza” urbanas (que como en un juego de espejos se incorporan al juego de nostalgias de García Márquez),³⁹ están fuertemente presentes en *Cien años*, pero más como una *forma* de conciencia, como una *configuración anímica* que termina por articular una *forma literaria*, que cual una plasmación concreta de situaciones y personajes.

Por lo demás, ésta no es la única perspectiva existente en la obra. En otros niveles es posible rastrear, sin mayor dificultad, el punto de vista de muchos personajes aldeanos cuya situación no se define por un ligamen específico con los medios de producción, sino más bien con la superestructura político-jurídica local y eventualmente nacional: militares, funcionarios, notables de aldea en general. Grupos que están, a su vez, impregnados de

³⁹ En *Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza. El olor de la guayaba*, op. cit., p. 80, García Márquez afirma: “Lo difícil no era entonces pasar del escenario de un pueblo al de una ciudad, sino pasar del uno al otro sin que se notara el cambio de nostalgias”.

valores señoriales, y que incluso desempeñan en escala local el papel de una “pequeña nobleza”.

Comencemos por recordar que el propio título del primer libro de García Márquez remite a una metáfora que condensa un sentimiento anticapitalista engendrado por la nostalgia de una forma y una posición sociales previas, que el capitalismo está a punto de cancelar. También de aquí proviene (además del otro núcleo de condensación detectado) aquel sentimiento *antiurbe*, *antimercancía* y finalmente *antibojarasca*; sentimiento tanto más reforzado y justo cuanto que los efectos “civilizatorios” que ahora se palparán no son otros que los derivados de la modalidad más expoliadora y depredadora del capitalismo, o sea, de su forma imperialista. Por esto no es un azar que en *toda* la obra de García Márquez tal tipo de “progreso” sea visto como un deterioro, como una decadencia precoz, como la expresión más fehaciente de esa degradación ontológica y ética que toda novela pareciera, con su sola estructura concienzual, evidenciar y denunciar.⁴⁰

En otras narraciones, como las incluidas en *Los funerales de la Mamá Grande*, el problema del punto de vista se torna más complejo por el entrelazamiento constante de las perspectivas de varios sectores sociales. Sirva de ejemplo el cuento “La siesta del martes”, cuyo héroe, en tanto que ex boxeador, no hace más que reproducir por homología la situación del gallo y del coronel, pero con un comportamiento que encarna más bien la reacción de estratos marginales ya urbanos. Lo mismo cabe decir de “En este pueblo no hay ladrones” e incluso de “Un día de éstos”.

Y hay otros aspectos de la narrativa de García Márquez que tampoco podrían explicarse a cabalidad si no es a partir de las perspectivas que venimos analizando. Su *visión de la naturaleza* por ejemplo, sobre la cual Ernesto Volkening ha observado lo que sigue:

⁴⁰ “La novela se caracteriza como la historia de una búsqueda de valores auténticos en un *mundo degradado*, en una *sociedad degradada*, degradación que, en cuanto al héroe concierne, se manifiesta principalmente por la mediatización, por la *reducción de los valores auténticos al nivel implícito* y su desaparición en tanto que realidades manifiestas”. Mario Vargas Llosa en *García Márquez: historia de un deicidio*, op. cit., p. 35, subrayados nuestros.

Privado de sus exuberancias vegetales y riquezas cromáticas, el mundo tropical de García Márquez revela una aridez, una pobreza, una trivialidad incolora, manoseada, polvorienta e insoportable, pero con tal nitidez se dibuja el perfil del pueblo que su misma desnuda indigencia, vista por un ojo avizor comparable al objetivo de una cámara fotográfica, produce una sensación de extrañeza, a la vez cautivadora e inquietante.⁴¹

Vimos ya de dónde proviene esa extrañeza; sólo queda por añadir que si tal naturaleza está ausente o relegada a un segundo plano, es porque tanto el ángulo mediato como el inmediato desde el cual se la visualiza no es el de ningún grupo orgánicamente vinculado al agro. Por eso, la obra de García Márquez poco tiene de rural (en contraste con la mayor parte de la literatura latinoamericana de los años treinta o cuarenta), y lo que tiene es sólo de manera indirecta, por refracción: en *Cien años* ello ocurre únicamente cuando, al recrear modelos aldeanos de percepción de la realidad se terminan reproduciendo también, de manera inevitable, algunos efectos de cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas del entorno agrario.

La recreación de la realidad desde los puntos de vista hasta aquí señalados permite, además, conferir una especial relevancia a la *política* y al *poder* como fuentes de conflicto, lo cual, dada la concreta historia de Colombia, se refuerza más aún. Como sabemos, la primera situación conflictiva en *Cien años*, la que motiva el éxodo inicial de los Buendía y los pone en un contacto también primero con la “soledad” (con la soledad de la muerte, en este caso),⁴² es el incidente de la gallera, que no es más que una prefiguración de la arena política. Luego, el ambiente edénico de Macondo —el de antes de que el pueblo fuera señalado por Melquíades “con un puntito negro en los abigarrados mapas de la muerte”— empieza a enturbiarse con el arribo de la autoridad

⁴¹ Ernesto Volkening, “Los cuentos de Gabriel García Márquez o el trópico desembrujado”, *op. cit.*, p. 34.

⁴² Todas las apariciones de Prudencio Aguilar, después de muerto, tienen que ver con este tema de la muerte como soledad, como “nostalgia de los vivos”.

representante del poder central; es decir, con la irrupción de la instancia político-estatal en la aldea dichosa. A partir de entonces la conflictividad no hace más que incrementarse, siempre ligada al involucramiento del pueblo en la dinámica general del país. Es lo que termina por arrancar definitivamente a Macondo de su “infancia” o “prehistoria” feliz, a historizarlo de verdad; pero sin que ello signifique todavía una degradación (que ya sabemos con qué vendavales llegará), sino más bien el ingreso en esa “madurez problemática” que ya no sólo implicará un contacto con la “soledad de la muerte”, mas también con la “soledad del poder”.

Es lo que ocurre, y de un modo lacerante, cuando el coronel Aureliano Buendía se ve “forzado” a decidir el fusilamiento de su compadre José Raquel Moncada, en nombre de la pugna política entre liberales y conservadores: “Recuerda, compadre, que no te fusilo yo. Te fusila la revolución”. Escena en la que interviene Úrsula para recriminar a su hijo, en una actitud perfectamente coherente con su razón “privada” y “local”, que se opone a esa razón “pública” y “nacional”, “política”, que toca ya los linderos de una *raison d'État*.

Por eso, el propio coronel Aureliano terminará por descubrir, luego de raspar durante muchas horas “la dura cáscara de la soledad”, que:

[...] sus únicos instantes felices, desde la tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo, habían transcurrido en el taller de platería, donde se le iba el tiempo armando pescaditos de oro. Había tenido que promover treinta y dos guerras, y había tenido que violar todos sus pactos con la muerte y revolcarse como un cerdo en el muladar de la gloria, para descubrir con casi cuarenta años de retraso los privilegios de la simplicidad.

De este lado, la añoranza de la “simplicidad”, del espacio privado, de los pescaditos de oro con la connotación que ya conocemos. Del otro, cual resaca de una epicidad contaminada por la marea del poder, el “muladar de la gloria”; es decir, esa sustancia viscosa, turbia, comparable al “tremedal” del olvido o los “pan-

tanos” de la soledad y, por lo mismo, antípoda exacta del hielo de los gitanos, de los cristalinos ríos primigenios, de las ciudades de vidrio o la jaula prodigiosa de Baltasar.

Y el viaje por el interior de la añoranza continúa: “Pensó confusamente, al fin capturado en una trampa de la nostalgia, que tal vez si se hubiera casado con ella hubiera sido un hombre sin guerra y sin gloria, un artesano sin nombre, un animal feliz”. El mismo tema de la gloria y el aislamiento, y por lo tanto de la soledad del poder, magníficamente representado en aquella imagen del círculo destinado a impedir que “ningún ser humano, ni siquiera Úrsula”, su madre, se aproximara a menos de tres metros del coronel Aureliano, convertido en guerrero mítico, podría ser interpretado como una plasmación más del sistema de oposiciones que venimos analizando, y que ahora pareciera desplegarse también hacia una contraposición entre las formas llamadas *primarias* y *secundarias* de relación social; vale decir, entre las formas personales, directas e inmediatas de convivencia, y las relaciones impersonales, indirectas y mediatizadas, que en el límite derivan en procesos de burocratización.⁴³

Pérdida de la “familiaridad”, despersonalización, “opacidad” y progresiva “abstracción” de las relaciones interhumanas: he ahí unos cuantos efectos del capitalismo en el espacio urbano, descritos en cualquier tratado de sociología. Efectos que en *Cien años de soledad* aparecen vinculados al tema de la guerra y a la correspondiente incorporación problemática de Macondo en una unidad social mayor:

El coronel Gerineldo Márquez fue el primero que percibió el vacío de la guerra. En su condición de jefe civil y militar de Macondo sostenía dos veces por semana conversaciones telegráficas con el coronel Aureliano Buendía. Al principio, aquellas entrevistas determinaban el curso de una guerra de carne y hueso cuyos contornos

⁴³ Para definir lo que es un orden burocrático y autoritario, bien se pudiera parafrasear un pasaje de *Cien años de soledad* y decir que es aquel en que “las órdenes del jefe se cumplen antes de ser impartidas, antes de que él las conciba, y siempre llegan mucho más lejos de donde él se hubiera atrevido a hacerlas llegar”.

perfectamente definidos permitían establecer en cualquier momento el punto exacto en que se encontraba, y prever sus rumbos futuros. Aunque no se dejaba arrastrar al terreno de las confidencias, ni siquiera por sus amigos más próximos, el coronel Aureliano Buendía conservaba entonces el tono familiar que le permitía identificarlo al otro extremo de la línea. Muchas veces prolongó las conversaciones más allá del término previsto y las dejó derivar hacia comentarios de carácter doméstico. Poco a poco, sin embargo, y a medida que la guerra se iba intensificando y extendiendo, su imagen se fue borrando en un universo de irrealidad. Los puntos y las rayas de su voz eran cada vez más remotos e inciertos, y se unían y combinaban para formar palabras que paulatinamente fueron perdiendo todo sentido. El coronel Gerineldo Márquez se limitaba entonces a escuchar, abrumado por la impresión de estar en contacto telegráfico con un desconocido de otro mundo.

Despersonalización e ingreso en un universo de irrealidad, que de algún modo nos recuerda los efectos de la famosa peste del insomnio, cuando los macondinos, acosados por el olvido, se exilian “en un mundo construido por las alternativas inciertas de los naipes, donde el padre se recordaba apenas como el hombre moreno que había llegado a principios de abril y la madre se recordaba apenas como la mujer trigueña que usaba un anillo de oro en la mano izquierda, y donde una fecha de nacimiento quedaba reducida al último martes en que cantó la alondra en el laurel”.

Curiosamente, los extremos se tocan: el retroceso hacia un desamparo oculto tras las barajas adivinas, y el “avance” hacia cierto tipo de desarrollo capitalista. En todo caso los dos pasajes transcritos demuestran la maestría del autor, quien, sin abandonar la perspectiva de Macondo, consigue abrir un campo de significación que no remite únicamente a la guerra y sus efectos, sino que además expresa, sin necesidad de recrearla anecdóticamente, la problemática de las relaciones humanas, cada vez más distantes y “extrañas”, del polo más avanzado de la sociedad.

Reencontramos de este modo, pero ahora en otro nivel, la presencia de las instancias sociales que determinan la estructura-

ción formal y por supuesto temática de la obra. Desde este último punto de vista *Cien años de soledad* bien podría ser interpretada como la mirada nostálgica que ciertos estratos urbanos echan sobre su origen precitadino. No es un azar que esta famosa novela haya surgido en el exacto momento en que América Latina se convertía en una sociedad predominantemente urbana, y cuando la hegemonía acentuada del capitalismo creaba formas cada vez más complejas y problemáticas de existencia. Como tampoco es casual que esta nostalgia de una “infancia” social míticamente sencilla y transparente haya producido la novela más diáfana de este siglo.

Pero no se trata sólo de esto. *Cien años de soledad* puede y debe ser leída también como una gran metáfora del subdesarrollo, y en este plano de significación no sólo cuentan sus ejes estructurales (en los que ahora hemos insistido), sino igualmente los materiales concretos con los que está construida: la cultura es un campo en el cual estos materiales no son indiferentes. En otro plano podría interpretársela como una gran cosmogonía, parábola de envergadura bíblica que nos lleva al paraíso perdido, al éxodo y al apocalipsis (aunque, novela al fin, sin la esperanza de una tierra prometida). También puede ser leída como una interpretación del ciclo vital del individuo; y el psicoanálisis encontrará seguramente muchas obsesiones que descifrar, aunque sólo fuese aquella del constante acercamiento entre la cópula y las cenizas.⁴⁴ Nada de lo cual agotará, felizmente, su riqueza: García Márquez es, como el Neruda que él mismo ha descrito, una especie de rey Midas que todo lo que toca lo convierte en poesía, en metáfora, en maravilla.

⁴⁴ Entre la bibliografía en lengua española existe por lo menos un intento en este sentido: es el libro de Josefina Ludmer, *Cien años de soledad, una interpretación*, Buenos Aires, Editorial Tiempo Contemporáneo, 1972.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA DE AGUSTÍN CUEVA

PRINCIPALES LIBROS PUBLICADOS

Entre la ira y la esperanza: ensayos sobre la cultura nacional, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1967. Hay seis ediciones más.

A partir de una concepción de campo discursivo —la relación de fuerzas entre géneros literarios que determina el predominio de uno de ellos— y de una sociología literaria que encuentra las determinaciones sociales en la forma estética y no en los contenidos, Cueva realiza una lúcida interpretación de la historia cultural del Ecuador desde la Conquista hasta los años sesenta. El hecho colonial, que bloqueó la formación de una dinámica relación entre el habla social y la lengua de la cultura, dominó, según el autor, la producción intelectual y artístico-literaria del Ecuador hasta las primeras décadas del siglo XX, impidiendo la formación de una auténtica cultura nacional. Sólo a partir de la generación de los años treinta —con la literatura y la pintura sociales— se abre la posibilidad de esa creación cultural.

El proceso de dominación política del Ecuador, Quito, Ediciones Crítica, 1972. Existen 16 ediciones en Ecuador, una en México y una en Cuba. Fue traducido al inglés.

La obra contiene dos partes. En la primera, Cueva realiza una panorámica de la historia política del Ecuador del siglo XX. En la segunda parte, luego de una interpretación sociológica e histórica del fenómeno velasquista, Cueva lleva a cabo un agudo y novedoso análisis de la figura mítico-simbólica de Velasco Ibarra.

El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica, México, Siglo XXI, 1977. Hay 18 ediciones en español. Fue traducido al holandés, al japonés y al portugués.

Se trata de una interpretación histórica de América Latina, desde la Independencia hasta la década de los ochenta del siglo XX. A partir de las contradicciones internas de las sociedades latinoamericanas —sin desconocer, por supuesto, el peso del imperialismo sobre las mismas— busca explicar su desarrollo, diferencias, mutaciones y crisis. En las distintas fases del desarrollo del capitalismo —acumulación originaria en el siglo XIX e industrialización en buena parte del XX, crisis de posguerra—, el autor procura analizar las luchas sociales —triumfos y derrotas— que provocaron los cambios más importantes de la historia de Latinoamérica.

Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador, Quito, Planeta, 1986.

Se trata de una colección de ensayos escritos en distintas épocas, la mayoría de ellos entre el 67 y el 71, poco después de la publicación de *Entre la ira y la esperanza*. Sólo los dos últimos, “En pos de la historicidad perdida: contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador”, de 1978,

y “Claves para la literatura ecuatoriana de hoy”, de 1985, y el primero de ellos, “El método materialista dialéctico aplicado a la periodización de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas”, de 1980, son posteriores.

Los otros ensayos —una panorámica de la literatura ecuatoriana y los estudios sobre Jorge Icaza, José de la Cuadra, Arturo Montesinos, César Dávila Andrade y Pablo Palacio— se mueven en el mismo ámbito categorial y simbólico de *Entre la ira y la esperanza*. Así es como se desarrolla, por ejemplo, el análisis de la narrativa de César Dávila Andrade, en particular de sus *13 relatos*, organizado en torno a la oposición simbólica entre lo orgánico y lo inorgánico.

La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales, Quito, Planeta, 1987. Dos ediciones.

Ésta es, sin duda, la obra teórica más importante de Cueva. La primera parte del texto realiza una amplia y compleja discusión sobre la problemática de las clases sociales, a partir de la *anatomía de la sociedad civil*, para cuestionar al gramscismo latinoamericano que había pretendido disolver las categorías de “capital”, “poder” y “clases sociales”, y reconstruir así la problemática fundamental de la sociología marxista. Cueva analiza también la categoría gramsciana de “hegemonía”.

Completan el texto discusiones con autores marxistas —Balibar, Bettelheim, Mandel, Gramsci, Lenin, Lukács, Sánchez Vázquez, Althusser, Poulantzas— sobre diversas problemáticas conflictivas y actuales del marxismo: enajenación, ciencia e ideología, relaciones de apropiación y propiedad, etc. Finalmente se presenta un importante panorama del desarrollo del marxismo latinoamericano.

Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica, Quito, Planeta, 1988. Dos ediciones.

En la primera parte del texto el autor realiza un análisis de las democracias forjadas en la América Latina de los años ochenta.

ta, luego de las crueles dictaduras de los setenta, en especial en el Cono Sur. Se trata de democracias *restringidas*, diseñadas, según el autor, no para promover la participación política de la sociedad sino para mantener el control de la misma, algo necesario para enfrentar la agudización de la crisis provocada por la deuda externa y los programas de ajuste estructural. A la par, Cueva cuestiona y desestructura el pensamiento de las ciencias sociales oficiales de la América Latina de la época, que, luego de la fase radical y crítica de los años sesenta y setenta, se ha convertido en un discurso de legitimación del nuevo orden. El texto continúa con una discusión sobre la categoría de “populismo” y, en el capítulo final, cuestiona las tesis de Hernando de Soto sobre la llamada “informalidad”, uno de los fundamentos de la “nueva derecha”.

América Latina en la frontera de los años noventa, Quito, Planeta, 1989.

Un análisis de los cambios ocurridos en América Latina en los años ochenta y las perspectivas que dichos cambios abrían para la década de los noventa. Luego de la profunda crisis del capitalismo iniciada en 1973 —acentuada por el alza de los precios del petróleo y el ascenso de los proyectos nacionales de la periferia, los ochenta fueron la década de la contraofensiva de los países desarrollados. Esto implicó una extrema derechización ideológica, el fin del Estado de bienestar y una renovada ofensiva en contra del Tercer Mundo que provocó un grave deterioro de las economías y las sociedades de América Latina, región en la que, a la vez, se habían establecido regímenes democráticos en todos los países. Los contenidos populares de una auténtica democracia y la preservación de la soberanía nacional aparecían como los mayores retos para la década de los noventa.

Literatura y conciencia histórica en América Latina, Quito, Planeta, 1993.

Un magistral análisis de la narrativa de García Márquez inicia este libro, publicado de manera póstuma por Erika Hanekamp en 1993, a un año de su muerte. El libro contiene varios ensayos sobre el colonialismo —viejo tema central de la sociología de la literatura de Cueva—, una renovada panorámica de la literatura ecuatoriana del siglo XX y una nueva intervención sobre el llamado “*affaire* de Pablo Palacio”.

OTROS TEXTOS Y ARTÍCULOS

“Problemas y tendencias actuales”, en *El desarrollo del capitalismo en América Latina: ensayo de interpretación histórica*, México, Siglo XXI, 1977, pp. 219-238.

Teoría social y procesos políticos de América Latina, México, EDICOL, 1979. Dos capítulos fueron traducidos al inglés y uno al portugués.

“En pos de la historicidad perdida: contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador”, en *Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*, Quito, Planeta, 1986, pp.159-184.

Tiempos conservadores: América Latina en la derechización de Occidente (coord.), Quito, El Conejo, 1987.

“El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales”, en *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, Quito, Planeta-Lettraviva, 1987, pp. 165-186.

Ideología y sociedad en América Latina, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, Colección Temas Latinoamericanos, 1988.

“El análisis post-marxista del Estado Latinoamericano”, en *Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica*, Quito, Planeta, 1988, pp. 77-97.

“La epopeya de un pueblo olvidado”, segunda parte de “La espiral del subdesarrollo en las estructuras simbólicas de

El Coronel no tiene quien le escriba y Cien años de Soledad”, prólogo a la edición de las correspondientes obras de García Márquez en Biblioteca Ayacucho, vol. 148, Caracas, 1989. Incluido en *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, Quito, Planeta, 1993, pp. 31-53.

“El velasquismo: ensayo de interpretación”, en *El proceso de dominación política del Ecuador*, Quito, Planeta-Letравiva, 2000, pp. 123-150.

“Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”, en *Debates sobre la teoría de dependencia y la sociología latinoamericana*, ponencias del XI Congreso Latinoamericano de Sociología, pp. 64-94.

Impreso en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno 162-1, col. Granjas Esmeralda
09810 México, D.F.
El tiraje consta de 1,000 ejemplares y sobrantes
Se terminó de imprimir el 18 de septiembre de 2015.

